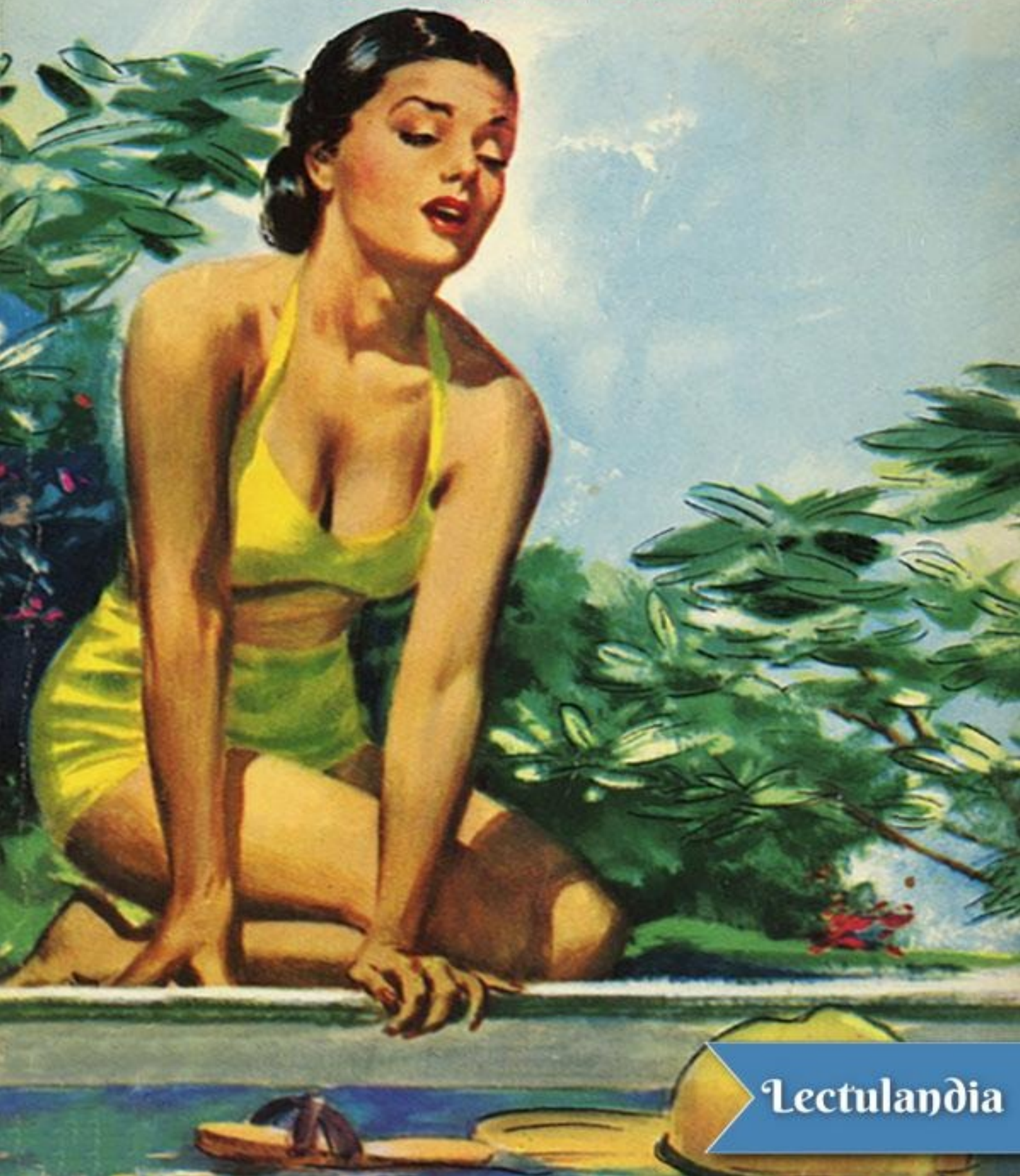


de

CARTER DIKSON

SE ALQUILA UN CEMENTERIO



Lectulandia

Todo empezó cuando el famoso detective inglés sir Henry Merrivale, la víspera de llegar a Nueva York, recibió a bordo un telegrama desafiante para que viese un milagro... Y sir Henry jamás se resistía a responder a un desafío.

Apenas desembarca, él mismo embruja el ferrocarril subterráneo, crea un tumulto y se enreda en una serie de aventuras fantásticas. El misterio desemboca en un asesinato, cuando después de esfumarse ante los asombrados ojos de numerosas personas desapareciendo en el fondo de una piscina, el filántropo Frederick Manning, es hallado moribundo en el interior de un cementerio abandonado y presto para alquilar.

Lectulandia

Carter Dickson

Se alquila un cementerio

Henry Merrivale - 19

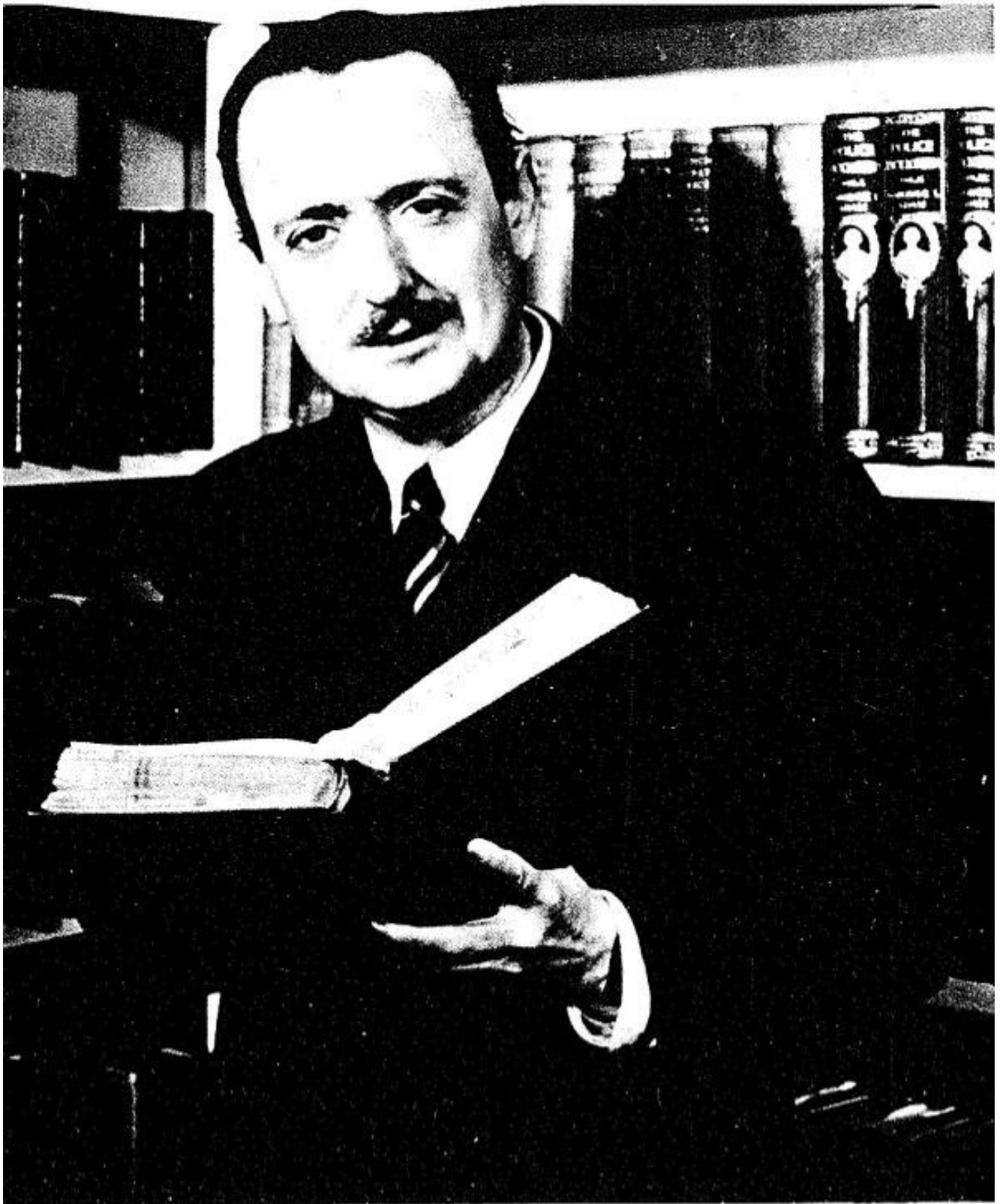
ePub r1.0

Titivillus 06.07.2017

Título original: *A Graveyard to Let*
Carter Dickson, 1949
Traducción: M^a Teresa Domínguez de Garza

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

NOTA PRELIMINAR

CARTER DICKSON

CARTER DICKSON, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Uniontown, Pennsylvania, el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.

Aparte de numerosas novelas —más de cuarenta—, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fue honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fue varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como “H. M.” o “El Anciano”.

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte han sido y son los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

CARTER DICKSON

Carter Dickson, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Norteamérica el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.

Aparte de las numerosas novelas que lleva escritas, más de cuarenta, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.

Cinco obras constituyen este segundo volumen de Novelas escogidas^[1].

En la primera, Murió como una dama, se nos presenta Carter Dickson como el hábil e inteligente escritor que es, desplegando sus peculiares dotes de argumentista y psicólogo que le han hecho destacarse entre los grandes realizadores de la novela policíaca.

Después de haber estado escuchando la retransmisión de Romeo y Julieta, de Shakespeare, Rita Wainright y su joven amante Sullivan desaparecen, dejando escrita una carta en la que la muchacha dice que, puesto que ha de morir, quiere hacerlo como una dama, igual que Julieta.

Siguiendo sus huellas hasta el acantilado que está próximo a la casa, el anciano doctor Luke, que estuvo de visita con ellos, descubre la muerte de ambos.

Su hallazgo se lo comunica a Alec, el marido de Rita, hombre opulento, de edad madura y que colma a su esposa de joyas.

Alec finge no conocer los amoríos de su esposa con Sullivan, así como su proyecto de fuga con el joven, y dice que la noche del aparente doble suicidio de la pareja —asesinato, en realidad, pues fueron heridos antes de ser arrojados al mar—, él no se movió de su casa.

A un abandonado pabellón de los alrededores llega aquella misma noche, procedente de Londres, Bella Sullivan en busca de su marido.

¿Qué tiene que ver esta mujer, trastornada por el terror, con el drama?

¿Qué papel interpreta en todo aquel conflicto?

El doctor Luke opina que el asesino es un tercer personaje, en tanto que el policía Craft mantiene su creencia en el suicidio, después que uno de los amantes matara al otro; mientras que sir Henry Merrivale sigue otra pista, ayudado por Tom,

hijo de Luke y médico como él.

La pugna entablada por todos los que buscan la solución del conflicto da lugar a escenas movidas, trazadas con maestría absoluta y dominio característico del idioma.

Carter Dickson se apunta con esta novela un tanto a su favor.

La insólita solución del enigma llena de sorpresa al lector.

Empezó entre fieras es una novela originalísima que nos hipnotiza materialmente. Empieza el relato con las fieras del parque zoológico rugiendo al fondo; es decir, empieza entre fieras, pero acaba con la flema de cualquiera.

Míster Benton, además de director del parque zoológico de Londres, es un gran aficionado a los reptiles.

Posee magníficos ejemplares, que cuida con pasión de coleccionista de obras de arte, enseñándoselos a sus amigos como si se tratara de hallazgos inapreciables.

Una noche, cuando varios invitados a cenar llegan a su casa, la encuentran vacía. Benton no aparece por ningún sitio. Al fin lo encuentran en una habitación precintada por dentro, con las rendijas de las ventanas y de las puertas tapadas con papel engomado. La habitación está llena de gas venenoso y allí está muerto Benton, en compañía de uno de los ejemplares más valiosos de sus serpientes.

Nadie ha podido salir de la habitación después de precintada. Sin embargo, la muerte de Benton no parece suicidio.

¿Se trata de un crimen?

¿Cómo, de ser así, pudo escapar el asesino?

Este alucinante relato es difícil de leer con sosiego. El lector se ve envuelto en la trama, que llega a dominarle, a obsesionarle, a excitarle.

La solución, sencilla, aunque parezca complicada, nos da idea de hasta dónde llega la habilidad del autor para embrollar un caso que, a todas luces, se presenta claro ante los ojos del lector.

La tercera novela incluida en este volumen lleva por título Anda de noche, y su autor nos presenta en ella un caso de asesinato perpetrado con una espada de finísimo filo, que ocasiona el decapitamiento de la víctima.

El asesinado es el duque de Saligny.

El misterio más impenetrable rodea este hecho, que causa sensación en los medios sociales a causa de la personalidad de la víctima, estimadísima entre la buena sociedad.

¿Quién pudo asesinarle? Esta es la pregunta que todos se hacen, sin que nadie llegue a dar una contestación precisa.

Carter Dickson, con su maestría acostumbrada, nos presenta una serie de tipos

raros, todos ellos mezclados, más o menos, en este asesinato, sin que haya prueba decisiva contra ninguno de ellos.

Por fin, al cabo de investigaciones fatigosas, se consigue dar con el asesino; pero hasta llegar a ese final, que asombra por lo inesperado, el autor nos hace sentirnos dominados por el terror que se desprende de toda la novela y que llega a alucinarnos como una pesadilla.

Con diálogo conciso, sin prodigar palabras innecesarias ni frases vanas, este relato es buena muestra de la capacidad inventiva de su autor.

Hombre de oro, cuarta novela de este volumen, nos lleva a un mundo de intrigas donde todo está desquiciado.

Los personajes que en ella aparecen tienen aspecto de fantasmas que gravitan en el aire sin lograr posarse nunca en tierra.

El asesinato de Dwight Stanhope cuando intentaba robar en su propia casa es el tema principal de este relato, alrededor del cual gira toda la trama de la obra.

¿Quién apuñaló a Stanhope?

El misterio que envuelve este asesinato lleva consigo el descubrimiento de otros hechos delictivos, que ponen en tensión el ánimo del lector.

Escrita con la sagacidad propia de Carter Dickson, esta novela subyuga desde sus primeras páginas y hace que el lector no la abandone hasta llegar al final.

Betty Stanhope, Nicolás Wood, Vincent James, Christabel Stanhope..., personajes extraños que se mueven cautelosamente en torno de un asesinato incomprensible.

Intriga y emoción son las características de esta obra, que ha sido traducida a todos los idiomas y llevada al cine y al teatro.

Por último, Se alquila un cementerio, como colofón a este volumen de novelas escogidas.

Sir Henry Merrivale, viejo detective inglés, recibe un cable de Manning invitándole a presenciar un milagro en su casa.

El detective se entera por el propio Manning de que desaparecerá en el momento más inesperado sin que nadie sepa cómo, y efectivamente, cuando todos se hallan en la piscina de su casa, Manning se arroja al agua y desaparece sin dejar rastro.

¿Qué ha sucedido?

Hipótesis y cábalas surgen por todas partes.

El misterio, a medida que va pasando el tiempo, se hace más impenetrable.

Sir Henry trata por todos los medios de esclarecer un caso como nunca se le presentó otro. Investiga, pregunta, inquiere...

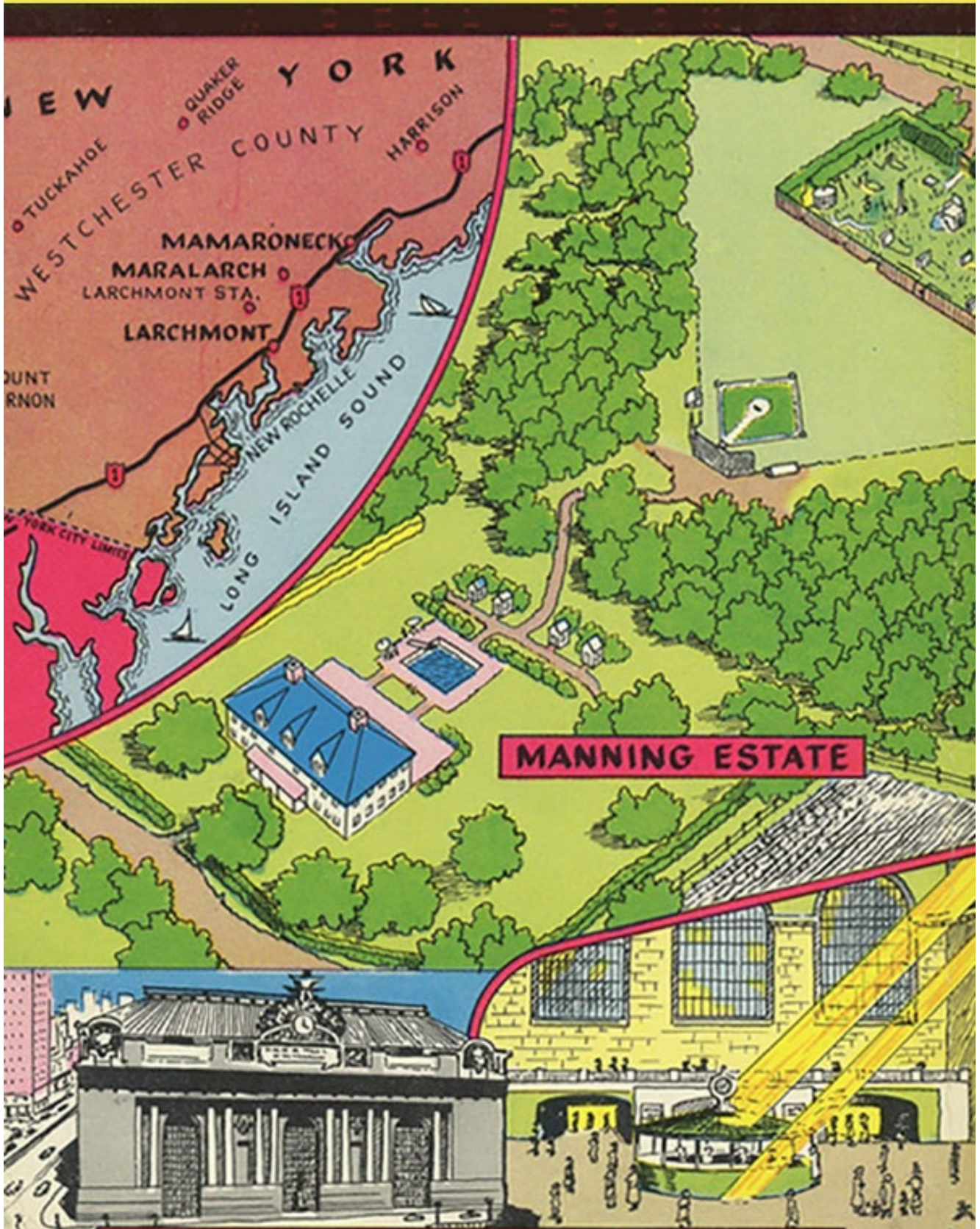
¿Cómo pudo desaparecer Manning en el interior de una piscina con todo el mundo presente?

Este es el caso que Carter Dickson presenta en esta alucinante novela que deja atónito al lector, pues en ella van aunados el misterio con el interés, la fantasmagoría con la realidad, lo real con lo inverosímil.

Con un diálogo conciso, Carter Dickson nos arrastra hasta el final de la novela, dándonos una solución inesperada e incomprensible, pero verdadera.

Salvador Bordoy Luque.

Un alboroto en Grand Central, el fiscal de distrito en un frenesí, interrumpió los subterráneos. El resultado de las bufonadas de H. M. en la resolución de un crimen milagroso.



No fue sin razón el que el gran novelista y humorista O'Henry, ya fallecido, clasificase a Nueva York como un Bagdad en el ferrocarril subterráneo. Porque allí pueden ocurrir hasta las más extrañas aventuras del género de los cuentos de *Las mil y una noches*.

Al menos, si para ello se tiene en cuenta la lamentable conducta de sir Henry Merrivale en el referido ferrocarril subterráneo...

Pero, ante todo, señalemos las trayectorias de varias vidas que convergían hacia un punto de ironía en aquella calurosísima tarde de aquel lunes 6 de julio. El propio sir Henry Merrivale, cubierta la cabeza con una gorra de lana y vistiendo un grueso traje invernal que hubieran provocado agonías estéticas por sí solos, sin contar su corpulencia y su aspecto, llegaba a Nueva York en el *Mauretania*.

El termómetro marcaba nada menos que treinta grados. La línea de rascacielos de Manhattan parecía abrumada bajo el cielo candente. En el momento preciso en que el navío descargaba su pasaje —exactamente las dos y media de la tarde—, ya sir Henry Merrivale había sido entrevistado y fotografiado por los periodistas hasta la saciedad. En esta *entreviú* se mantuvo firme y audaz en cuanto a la situación internacional, haciéndolo, además, con tal fluidez y falta de discreción que hasta los propios periodistas sintieron escalofríos.

—Veamos, señor —inquirió uno de ellos—. ¿Mantendrá usted lo que acaba de decirnos? ¿No dirá después que solo lo declaró con carácter confidencial?

—¡Oh hijo mío! —replicó sir Henry Merrivale, accionando con una mano en actitud desolada—. Cuando yo afirmo una cosa y le llamo al pan, pan, y al vino, vino es porque es así. Esto es muy sencillo y está perfectamente claro, ¿no?

—Escuche —suplicó un fotógrafo que había estado maniobrando afanosamente con su cámara para obtener una buena fotografía cual un francotirador emboscado—: nos dijo usted que le gustaba este país, ¿verdad?

Sir Henry Merrivale dirigió al fotógrafo, a través de sus grandes anteojos, una mirada tan despreciativa y tan aterradoramente maligna que cualquier otro fotógrafo la hubiera tomado por la de un delincuente por cuya captura ofreciesen cinco mil dólares de premio. Sir Henry se quitó la gorra, de forma que el resplandor del sol hiciese todavía más terrorífica su expresión, al sumarle a esta el rasgo de su total calvicie. Pero el fotógrafo todavía añadió, suplicante:

—¡Yo desearía que pusiese usted un gesto de agrado!

—Ya estoy expresando agrado, ¡demonio! —rugió sir Henry.

—¿Y cuáles son sus proyectos, sir Henry?

—Bien, ahora —dijo el gran hombre— tengo que ir a visitar a una familia en Washington...

—Pero ¿no va usted a quedarse algún tiempo en Nueva York?

—Ciertamente que me gustaría... —y el rostro de sir Henry se cubrió con una expresión tal que el jefe de la Policía, de haber estado presente, la hubiera clasificado como una mezcla de agudeza y espíritu infernal—. Me gustaría visitar aquí a un par de amigos míos. También quizá me gustaría ir al campo deportivo de Polo Ground...

—¡Al Polo Ground! —exclamó una voz—. Pero usted es inglés, ¿verdad?, y los ingleses no saben nada de *base-ball*...

—¡Uh! ¡Uh! —masculló sir Henry.

—¿Acaso sabe usted algo de *base-ball*?

La boca de sir Henry se abrió cual una inmensa caverna. La pregunta del reportero le pareció igual que si al filántropo Andrew Carnegie le hubiesen preguntado si sabía lo que es una biblioteca.

—¿Que si yo sé algo de *base-ball*? —rugió sir Henry. Y en el mismo tono repitió la indignada pregunta. Se estiró los pantalones y, haciendo señas a los presentes para que se le acercasen más, les dijo—: ¡Oigan!

A la misma hora en que este gran hombre estaba haciendo sus declaraciones, uno de los amigos que había mencionado se encontraba a no mayor distancia que un vuelo de cuervo. Era míster Frederick Manning, de la Fundación de este mismo nombre, el cual se hallaba exactamente penetrando en las oficinas centrales del Banco Token and Trust Company, y bajaba después directamente al departamento de cajas de seguridad para depósitos, establecido en el sótano.

De allí surgió nuevamente míster Manning, unos veinte minutos más tarde, con su cartera de mano mucho más voluminosa que cuando entró. En el bajo Broadway, el sol lo bañó con los resplandores amarillos y verdes que despedían los taxis de esos mismos colores. Míster Manning se paró unos instantes bajo las grandes columnas del Banco y murmuró unos blandos juramentos.

Porque a míster Manning no le gustaba el calor, pues le transformaba la piel en el color rosado fuerte de las langostas. A los cincuenta y un años, míster Manning era flaco y se encorbaba un poco; mantenía un peso medio, y su cabello se había plateado, aunque sus ojos azules conservaban una expresión vivaz, que él más bien trataba de disimular que de utilizar. Gozaba reputación de ser un buen hombre de negocios, aunque, en realidad, la mayor parte de sus negocios los dejaba en manos de su abogado. Míster Manning era más mundano que negociante y más hombre de cultura que negociante y mundano.

—Está bien —se dijo a sí mismo.

Luego de esto, apostrofó al bajo Broadway con una cita de Milton, que al oírla sorprendió a varios transeúntes. Después llamó a un taxi.

El taxi le condujo a su club, donde almorzó a solas. Mas en relación con la cadena de acontecimientos desagradables que después siguieron, es preciso anotar que míster

Gilbert Byles, fiscal general del condado de Nueva York, era también miembro de aquel mismo club. Míster Byles, a quien los periódicos describían como *el fiscal mejor vestido*, estaba también almorzando en el club y dirigió repetidas miradas a Manning a través del comedor.

Pero Manning estaba, evidentemente, tan preocupado que ni siquiera advirtió la presencia de un viejo amigo. No tocó apenas la comida y finalmente no levantó una sola vez la mirada, porque, además, estaba afanosamente entregado a hacer sumas en el dorso de un sobre vacío. Por último, aunque dubitativamente, escribió dos veces las palabras *Los Angeles*.

—¿Café, señor? —preguntó el camarero.

—No, porque es malo —replicó Manning.

—¿Quiere usted, entonces, otra cosa, señor?

—¿Qué? —contestó Manning, al tiempo que escribía *Miami*.

—Si no quiere usted café...

Manning reaccionó. Sus ojos azules, resaltando del rostro rojizo y la cabellera gris, recobraron la viveza reveladora de una fuerte personalidad. Estrujó en la mano el sobre y lo arrojó a un lado.

—Perdóneme usted —dijo al camarero con aquella amable sonrisa suya que a tantos había cautivado—. Ciertamente, sí quiero café...

Poco después, bajo el martilleo del calor, encontrábase caminando junto al Edificio Lubar, en la esquina de la calle Cincuenta y Uno y la avenida Madison.

Sus oficinas, que estaban en el piso veintidós, tenían una sola entrada. Sobre el cristal de la puerta podía leerse: *Fundación Frederick Manning* en letras pequeñas y brillantes. Este rótulo traía a la memoria la Escuela Frederick Manning, de Albany, Nueva York, que era una institución filantrópica, sin ningún objetivo de beneficios comerciales, dedicada a la enseñanza de las artes creadoras. De Manning se decía que tenía dos grandes pasiones en la vida, y una de ellas era esta Escuela. En esos instantes, el aire acondicionado del interior del edificio le refrescó, le serenó y aquietó la emoción que sentía y que muy pocos de sus amigos lograron rara vez descubrir en él.

Sin embargo, apenas abrió la puerta explotó la agitación.

—Míster Manning —llamole suavemente la mujer que estaba junto a la mesa de recepción.

Era una mujer de mediana edad y parecía la directora de un colegio.

—Dígame, miss Vincent.

Miss Vincent se puso nerviosa, lo que nunca debe ocurrirle a una empleada de recepción. Sus ojos, más que su palabra o su gesto, le llamaron hasta la mesa, sobre la cual, meticulosamente, colocó su sombrero panameño.

—Creo que debo decírselo —añadió miss Vincent en voz baja—. Su hija está esperándole en su despacho...

—¿Cuál hija?

—Miss Jean, señor —hubo una imperceptible pausa y añadió—: Y míster Davis está con ella.

Manning, que había escuchado inclinado, apoyándose con las manos sobre la mesa, se incorporó. Miss Vincent presintió, más que vio, la llamarada de furia que brotó de Manning apenas ella pronunció el nombre de Davis. Y también adivinó la causa. Pero sus ojos se mantuvieron opacos y su voz en calma.

—¿Está mi secretaria? —preguntó él.

—Sí, míster Manning.

—Muy bien. Gracias.

A la izquierda había un estrecho pasillo de mullida alfombra, que corría a lo largo de despachos pequeños como cajas, provistos de paredes de cristal. Era un ambiente frío, muy frío y muy moderno, constituyendo un fondo totalmente incongruente para Manning, el cual, personalmente, no era moderno ni frío. Al final del pasillo estaba su despacho privado.

Con un gesto de desafío en la boca miró hacia el suelo. Y descubrió que para sostener la puerta abierta en parte, a fin de que el aire acondicionado circulase mejor, alguien había utilizado un busto de mármol de Robert Browning^[2], que era precisamente el único ornamento de su despacho. Manning, cuya contenida furia rayana en deseos de asesinar, se disimulaba en ese instante bajo un velo de calma, saltó suavemente sobre el busto al abrir del todo la puerta, volviendo a entornarla luego con la misma meticulosidad impregnada de ansias de matar.

—¡Hola, *papy*! —exclamó la voz de su hija más joven con tono agudo y más bien tembloroso.

—Buenas tardes, señor —dijo la voz de míster Huntington Davis hijo.

No fue, en realidad, la llegada de Manning lo que provocó allí la tensión, porque la tensión ya estaba en la atmósfera. Lo único que hizo fue aumentarla después constantemente.

El despacho de Manning era ancho y cuadrado; estaba en una esquina del edificio y tenía dos ventanas a cada lado de la mesa de Manning. Pero las persianas venecianas habían sido cerradas casi enteramente, dejando la estancia casi en la penumbra. El gris oscuro del mobiliario, incluido el pesado sofá, resultaba así poco atrayente, como la misma alfombra y las propias fotografías con marco colocadas en las paredes, relativas a la Escuela Frederick Manning y sus realizaciones.

El silencio se prolongó mientras Manning colgaba su sombrero y se sentaba lentamente detrás de su gran mesa, en un ángulo del despacho.

—¡*Papy*! —dijo Jean, al tiempo que rompía en gemidos.

—¿Qué, hija mía?

—Quiero preguntarte una cosa y *tienes* que responder a mi pregunta, por favor.

—Ciertamente, hija querida —asintió su padre, que ni siquiera una sola vez había dirigido la mirada hacia Davis—. Bien...

Jean reaccionó.

Tenía exactamente veintiún años y se sentía demasiado conturbada. Vestía un traje de seda blanco y estaba sentada en el sofá, sobre una de sus piernas. Aunque Jean era muy bella, con sus rubios cabellos peinados al estilo de un joven paje, no tenía, sin embargo, la belleza estereotipada que hace que ahora tantas mujeres se parezcan unas a otras como gotas de agua y cual si todas ellas hubiesen saltado simultáneamente de las páginas de una revista de modas y se pusieran a desfilas por la Quinta Avenida.

Jean llevaba muy poco maquillaje, acaso por su fino pero saludable cutis. Sus ojos azules eran discretos y nobles, incluso un poco ingenuos. Cuando hizo la pregunta que tanto la había estado torturando, una persona de más edad acaso lo hubiera juzgado una audacia extrema. Preguntó:

—¿Es verdad que has *andado por ahí* con esa lamentable mujer, como dice todo el mundo?

Durante unos instantes Frederick Manning no replicó.

Un observador imparcial hubiera dicho que aquella pregunta, y únicamente aquella pregunta, era lo que le había desconcertado. Por unos momentos se produjo en sus ojos un ligero parpadeo; después, los músculos de su mandíbula se contrajeron y los bordes de su nariz se dilataron.

—Aparte —dijo— de que la frase *andar por ahí*, que yo odio, y la palabra *lamentable*, que es incorrecta...

—¡Oh! No prosigas —suplicó Jean, golpeando el brazo del sofá.

—¿Que no prosiga *qué*?

—Bien sabes lo que quiero decir —replicó Jean, insistiendo sobre el tema de aquella mujer. Era cual si una araña hubiera caminado sobre su brazo desnudo—. ¿La estás..., la estás *sosteniendo*?

—Ciertamente. Creo que es la forma correcta de proceder. ¿Acaso te sorprende?

—No, desde luego, no —contestó Jean instantáneamente, porque se hubiera sentido ofendida por cualquier insinuación de que algo pudiera sorprenderla, fuese lo que fuese. Aunque, en realidad, muchas cosas la sorprendían, efectivamente—. Es solo... Lo siento, *papy*..., porque eso me parece *indecente*... en un hombre de tu edad...

—Honradamente..., ¿lo crees así, querida mía? —replicó Manning sonriendo.

—Y eso no es todo. También existe... mamá...

Manning se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Tu madre hace dieciocho años que ha muerto... —dijo Manning—. ¿Acaso recuerdas algo de ella?

—No, pero...

Jean se sentía desolada y a punto de que se le sallaran las lágrimas. Perdida en ensoñaciones románticas, ni siquiera percibió que el rostro de su padre estaba casi tan pálido como el suyo propio.

—Pero —insistió Jean —siempre nos han hablado de lo mucho que la adorabas.

Que la amabas hasta la idolatría... —y la mirada de Jean fue a posarse sobre el busto de mármol que estaba sosteniendo entreabierta la puerta—. Nos decías que sentías por ella los mismos sentimientos que dedicó Robert Browning por Elizabeth Barret, incluso después que ella murió...

Manning cerró los ojos.

—Jean —dijo—, ¿querrías hacerme el favor de no decir nunca *mismos* cuando en realidad quieres decir *parecidos*? Eso es detestable...

—*Papy*, no te *comprendo* —gimió Jean, desolada—. ¿Qué diferencia puede haber en la forma de expresarme, cuando lo que importa es lo que quiero decir?

El rostro de Manning se puso al rojo vivo.

—Tu estilo de hablar, querida, es el de Emerson y Lincoln, el de Poe y Hawthorne —dijo Manning suavemente—. Por tanto, no lo estropees.

—¡Oh *papy*!, estás a cien años de la realidad actual.

—Sin embargo, resulto demasiado moderno..., aparentemente..., cuando mantengo relaciones con miss Stanley, ¿no?

—Esa mujer... —Jean imploró con vehemencia.

Después se detuvo, intentando, sin éxito, imitar el aire cínico y mundano de su hermana mayor, Crystal, que contaba veinticuatro años.

—Ten en cuenta —dijo Jean— que antaño las gentes tenían también sus extravagancias —cambió de tono y añadió—: Pero *tú*... Vuelvo a decirte que estás cien años atrasado. Quizá sea por eso por lo que tu Escuela...

Jean hizo una nueva pausa, pero esta vez con diferente inflexión.

—¿Qué le ocurre a la Escuela? —inquirió Manning, azulándosele de indignación las venas de las sienes.

Había visto a su hija mirar hacia su cartera negra de mano, que, no cabía duda, estaba bien repleta y que él había colocado sobre la mesa, al lado derecho. Sin precipitación, Manning recogió la cartera y con naturalidad la encerró en el cajón derecho de su mesa.

—¿Qué le ocurre a la Escuela? —volvió a preguntar.

Jean miró en torno suyo cual si buscase ayuda y gritó:

—¡Dave!

Míster Huntington Davis hijo carraspeó y se incorporó de la silla donde se hallaba sentado, al extremo de la habitación.

El despacho estaba tan oscuro ya, con las persianas venecianas casi totalmente cerradas, que apenas se podían distinguir las facciones en los rostros de los presentes. Davis —nuevo asociado de la vieja firma de su padre, Davis, Wilmont & Davis, en el negocio de compra-venta de fincas y propiedades— tenía más dominio de sí mismo que el que podía corresponder a sus treinta años de edad. El cabello negro de Davis, bien peinado, brilló bajo el reflejo de las cortinas metálicas, al tiempo que aquel se encaminaba hacia la mesa de Manning.

—¿Puedo decir una palabra, señor? —preguntó Davis.

—Indudablemente —replicó Manning.

Y miró al joven de arriba abajo y de abajo arriba con aire enigmático, como hubiera mirado a un cuadro en el que la tela estuviese en blanco, sin un solo trazo de pintura.

Davis sonrió con agrado, mostrando sus blancos dientes. Tenía elevada estatura, para satisfacción de su padre, y era apasionado por el deporte, cosa que precisamente Manning detestaba. Davis estaba tostado por el sol como un indio, resaltando así más la luz de sus ojos color gris pálido. Sin ceremonias, apoyó uno de sus puños sobre la mesa.

—Quisiera hacerle una pregunta, míster Manning —dijo—. ¿Qué es lo que realmente piensa usted?

—Estaba preguntándome —musitó Manning, juntando las puntas de los dedos de ambas manos— por qué usted y yo nos detestamos tanto.

—¡Papy! —exclamó Jean.

Davis sonrió.

—Eso no es verdad, míster Manning —dijo con agudeza—. Yo, francamente, no le detesto a usted. Ni creo que tampoco usted pueda detestarme a mí.

—¿Por qué lo cree así?

Sin apartar la mirada del hombre que tenía enfrente, Davis tendió su mano por detrás de sí llamando a Jean; esta abandonó el sofá presurosa, tomó la mano de Davis y la apretó fuertemente.

—Bien —dijo Davis sonriendo con buen humor—. Supongo que usted no se opondrá a que Jean y yo nos casemos, ¿verdad? Usted dio su consentimiento sin rechistar siquiera.

—Yo casi siempre accedo a todo —repuso Manning— para evitar disgustos y complicaciones. La hermana de Jean ya se casó tres veces.

—Mire, señor —dijo Davis. Había como una nota de desesperación en su firme voz—: Jean y yo nos casaremos en agosto. Esto, ahora, es ya un asunto familiar. Por eso yo quiero ayudarle a usted. ¿Acaso no merezco su confianza?

—No, ni siquiera en una millonésima de una pulgada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me detesta tanto?

—No lo sé, míster Davis. Digamos que es *por instinto*.

Davis hizo un ligero gesto a Jean y esta volvió a sentarse en el sofá. Después, Davis alzó los hombros de su bien cortado traje, se puso recto y sonrió. Era la representación viva de la *joven Norteamérica del éxito en los negocios*.

—Temo, míster Manning, que usted no se da perfecta cuenta de la mala posición en que se encuentra —dijo Davis con voz suave, pero firme, cual si estuviera reprendiendo a un niño—. Y creo que debo decírselo: usted corre el riesgo de verse en graves complicaciones. ¿Qué me responde usted a esto?

Manning alzó los ojos levemente.

—Solo le diré, joven, que su audacia haría estremecer de indignación a una

momia egipcia.

Davis se encogió de hombros con indiferencia.

—Bien; pues que sea como usted quiera —dijo sonriendo—. Pero, indudablemente, usted no ha oído los rumores que circulan por ahí...

—¿Qué rumores son esos?

Davis hizo como que no escuchaba.

—Se lo advierto... —dijo Davis con gravedad—. No tenía por qué haberle dicho a usted esto. Quizá, tal como están las cosas, yo no pudiese ayudarle; probablemente, no. Pero quería que usted supiese que soy su amigo, sin que importen las complicaciones en que usted pueda verse envuelto.

—¿Qué rumores son esos? —insistió Manning.

El momento había llegado.

—Bien, señor. Debo ser franco con usted. Se dice que esta Fundación Frederick Manning de usted —Davis echó una mirada en torno a la estancia— se encuentra en muy difícil situación económica. Incluso, que va a quebrar. Y que usted está metido en esa mala situación hasta el cuello...

Hubo un silencio. Manning se levantó despacio de su asiento. Un rayo de luz, filtrándose a través de las cortinas, iluminó sus grises cabellos.

—Usted es un *puerco impertinente* —dijo.

Aunque su voz no era ruda, las dos últimas palabras fueron como dos cuchilladas. En ese momento parecía ser más corpulento que Davis, como si lo borrara completamente, con su elegante traje y su piel tostada por el sol.

—Eso no es cierto... —gimió Jean—. No es cierto, ¿verdad, *papy*? No existen dificultades económicas...

—Ciertamente que no —replicó Manning con dignidad. Después, volviéndose hacia Davis, añadió—: ¡Márchese! ¡Márchese!

Inmediatamente en el rostro de Manning se produjo uno de esos cambios instantáneos de expresión, que nadie que no conociese su corazón y su curioso sentido del humor no se hubiese explicado en ese momento. La mirada que dirigió a Davis fue ya casi cordial. Su voz se hizo en extremo suave:

—Dígame, míster Davis: ¿tiene usted alguna cita para esta noche?

En ese instante, Davis, sorprendido como por una descarga eléctrica, apenas pudo pronunciar palabra y se limitó a mirarle.

—Si no tiene ningún compromiso —prosiguió Manning—, ¿querría usted venir a Maralarch y cenar con nosotros?

—Nada me lo impedirá —dijo Davis con evidente alegría.

—Esta mañana dije a Jean, lo mismo que a mi hija Crystal y a mi hijo Bob, que tenía algo muy importante que comunicarles en la cena de esta noche —y Manning miró a Davis—. Mi abogado estará con nosotros y usted hará el sexto en la mesa. Espero también tener un séptimo invitado muy distinguido...

—¿Un séptimo invitado? —repitió Davis, mientras miraba tan sorprendido a

Manning como este le miraba a él—. ¿No podría decirnos quién es?

—Un viejo amigo mío de Inglaterra. Su nombre es Merrivale, sir Henry Merrivale.

Jean, que se hallaba en pie en medio de la estancia, hizo un gesto de decepción. Y en el mismo tono decepcionado dijo:

—Sí. Y eso es todo lo que ahora nos hacía falta, ¿verdad?

—No te comprendo bien, Jean —replicó Manning.

Los azules ojos de Jean le miraron fijamente.

—Esta noche nos vas a comunicar algo terrible, ¿no? Por favor, no lo niegues. Yo sé que lo vas a hacer, *papy*. ¿Qué nos dirás?

Manning puso un gesto de duda, adquiriendo un aspecto impresionante.

—Eso puede esperar —replicó, dubitativo—. Pero si estás sorprendida por algo que yo haya dicho esta tarde, y digo *esta tarde*, Jean, entonces, todavía te sorprenderás más esta noche.

—¡Sir Henry Merrivale! —exclamó Jean.

—Realmente, querida, todavía no comprendo por qué...

—Crystal está completamente asombrada —explicó Jean—. Lo vio en Debrett. Tiene un abolengo tan largo como tu brazo y también una cadena de títulos después de su nombre. Encima de lo que nos ocurre no era preciso que tuviésemos que soportar a un barón inglés, que quizá sea tan rígido y refinado que todos sintamos temor de hablarle.

—¡Ah! Ya comprendo... —murmuró Manning. Después miró su reloj de pulsera y se asustó—. ¡Dios santo! Estaba anunciado que el barco atracaría al muelle a las dos y media. Y son las tres y media... Veamos, un momento...

Nuevamente se sentó a su mesa y llamó por el teléfono interior a su secretaria, en el despacho inmediato.

—¡Miss Engels!

—Dígame, míster Manning —replicó una voz.

—Miss Engels, ¿envió usted aquel radiograma al *Mauretania* esta mañana temprano?

—Sí, míster Manning.

—Mandé a Parker a esperar el navío para que trajese aquí a sir Henry, aunque para ello tuviese que secuestrarlo. ¿Qué ocurrió? ¿No llegó el barco?

—Sí, míster Manning. El barco llegó. Pero míster Parker... solamente llamó hace cinco minutos. Y yo no quería molestarle a usted. En cuanto a sir Henry, míster Parker ni siquiera pudo acercarse a él...

—¿Qué quiere usted decir con que no pudo acercársele?

—Pues parece ser que sir Henry salió del navío con multitud de periodistas. Todos subieron en taxis y marcharon a un bar de la Octava Avenida, donde, en una habitación reservada, se pusieron a jugar una partida de póquer. Y el *barman* no dejó entrar a míster Parker.

—¿Una partida de póquer? —exclamó Jean.

No obstante cuanto pudiese haber dicho anteriormente sobre sir Henry, las simpatías de Jean se transformaron en un instante. Era apasionadamente leal hacia sus amigos, incluso hacia los simples amigos de sus amigos.

—Ese pobre e inocente inglés... —gimió Jean—. Lo han cogido en una trampa y lo dejarán sin un solo centavo...

—¡Cállate, Jean!... Dígame, miss Engels...

Por el teléfono, miss Engels continuó informando:

—Míster Parker esperó en una farmacia, manteniéndose al acecho. Tres cuartos de hora después salió del bar sir Henry con sus bolsillos desbordando dinero. Dijo que tenía que marcharse a Washington. Saltó dentro de un taxi y le gritó al chófer: «A la estación Gran Central».

Davis, que ya había recobrado su aplomo, intervino en este punto:

—Pero para ir a Washington no puede hacerlo por la estación Gran Central. Tiene que tomar el tren en la estación Pensilvania. ¿Es que no se lo advirtieron?

—Continúe, miss Engels —dijo Manning.

La voz de la secretaria adquirió un tono de disculpa:

—Míster Parker dice que lo siente mucho, señor, pero que él no puede entregarse a ese género de persecución de sir Henry. Mientras se encontraba acechando en la farmacia, míster Parker telefoneó a un amigo suyo —se percibía que miss Engels estaba consultando notas taquigráficas mientras iba haciendo su relato—. Ese amigo se llama míster Cy Norton.

—Muy bien. Magnífico. Excelente —comentó Manning.

—¿Y quién es ese Cy Norton? —inquirió Jean.

—Durante ocho años —replicó su padre—, Cy Norton fue corresponsal en Londres del periódico *Echo*. Conoce a sir Henry mucho mejor que yo mismo. Ignoraba que Norton hubiese regresado a Nueva York —y Manning reanudó su diálogo con la secretaria—. ¿Consiguió míster Parker coger otra vez la pista de sir Henry?

—Sí, señor. Le telefonaré a usted tan pronto como tenga noticias.

—Gracias, miss Engels. Eso es todo.

Manning, como bajo una fiebre anticipada, se frotó las manos.

—Pero... la Gran Central... —murmuró Davis.

—No tengo la menor duda —dijo Manning tranquilamente— de que sir Henry sabía perfectamente que no era esa la estación para Washington.

—Entonces, ¿es que está loco?

—Muy lejos de ello. La mejor manera de describirlo es diciendo que es *un vivo*. Eso es: *un vivo*.

—Pero...

—Lo que él precisa *no es ir a Washington* —dijo Manning con firmeza—. Él sabe que *tiene que estar* esta noche en Maralarch; y más aún que esta noche, mañana por

la mañana. Puedo jurarlo. Lo que me pregunto es lo que estará haciendo a estas horas...

El eco estentóreo de incontables altavoces alcanzaba hasta los últimos rincones de la gigantesca estación Gran Central, transmitiendo espectros de mensajes e instrucciones a los viajeros.

Uno de estos mensajes clamaba:

«¡Sir Henry Merrivale!». (*Ligera pausa*). «¡Sir Henry Merrivale!». (*Nueva pausa*). «Por favor, acuda a la oficina del jefe de estación, en el piso superior, cerca de la vía treinta y seis».

Sin embargo, el anciano sir Henry no dio muestras de hallarse presente.

Cy Norton, fumando un cigarrillo, se mantenía a la expectativa cerca de la oficina de Información, vigilando y observando, sin perder detalle, a la comparativamente pequeña multitud que iba y venía por la estación.

Dieciocho años antes, cuando primeramente le enviaron a Londres en calidad de corresponsal del *Echo*, no se había asombrado —como tampoco se asombran otras gentes sensitivas— ante lo imponente de la Catedral londinense de San Pablo.

Entonces había comentado en una crónica que la Catedral de San Pablo era exactamente como la estación Gran Central, con un vasto espacio dotado de asientos levadizos.

Ahora, al hallarse en pie en el enorme vestíbulo del piso superior de la estación, escuchando el incesante ruido de pasos sobre el piso de mármol, aquel viejo recuerdo revivió en su memoria. ¡Como tantos otros recuerdos, gratos unos, desagradables otros! Y en medio de ellos, como siempre también, la imagen del rostro de alguna bella muchacha...

«¡Sir Henry Merrivale! ¡Sir Henry Merrivale! Acuda, por favor, a la oficina del jefe de estación, en el piso superior, cerca de la vía treinta y seis».

Nuevamente el eco de los altavoces se extendió por todo el ámbito, taladrando los oídos de la muchedumbre.

Parado como allí estaba, vistiendo un viejo traje de franela gris que había comprado ya antes de la guerra, con la corbata azul saliéndose por entre las solapas de la chaqueta cruzada, hubiera sido difícil clasificar a Cy Norton. Tenía buen carácter; así se advertía fácilmente. Su rostro, sin embargo, mantenía una expresión irónica y su cabello era fino y rubio en extremo. Rebasaba los cuarenta años, y su aspecto físico los representaba claramente.

No obstante los estragos de los años y de la guerra, Cy conservaba un extraordinario aire juvenil, hasta el extremo de que solo había lanzado una cantidad muy relativa de juramentos cuando pocas semanas antes —y de forma muy delicada

— le habían despedido de su empleo de corresponsal en Londres.

En el cablegrama que le enviaron le decían como pretexto: «Creemos que está usted perdiendo *el punto de vista americano*».

Cy Norton pensó que, con tantos años de ausencia, hasta el propio diablo tenía que tender a perder el famoso *punto de vista americano*. Reflexionando, pero sin tratar de engañarse a sí mismo, Norton se preguntaba si era posible que fuese capaz de ver las cosas desde muy distintos puntos de vista, desde muy distintos países. Quizá ocurría que ahora estaba realizando verdadero periodismo y no pura rutina, como al comienzo. Como quiera que fuese...

En ese punto de sus reflexiones, una voz agria, acompañada de estrépito de pasos, gritó:

—¡Míster! ¡Míster!

La cara de un muchacho de unos doce años apareció súbitamente ante Cy, el cual había contratado al jovenzuelo mediante una cantidad y la promesa de que iba a desempeñar un papel detectivesco.

—No está aquí ese señor —dijo el muchacho, respirando agitadamente y dando a sus palabras tono confidencial, a la par que miraba en torno con aire de conspirador—. Ya lo han reclamado cinco veces por el altavoz y no lo harán más. De todas formas, no está aquí.

El corazón de Norton sufrió un choque.

—Mala cosa —dijo Norton—. Yo estaba seguro de que se encontraría aquí. Contaba con que así fuese...

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que ese hombre no podría resistir a la tentación de esos altavoces. Al oírlos, habría querido acudir a ellos y utilizarlos él mismo para dirigir su palabra a la estación entera.

—¡Diablos! —dijo el muchacho—. ¿Qué le hace pensar así?

Y el chico, sorprendido, abrió desmesuradamente los ojos como dos grandes discos blancos.

—Porque... —confesó Cy —eso es precisamente lo que yo mismo me sentí tentado a hacer muchas veces..., pero me faltó valor. No es que yo crea que iban a permitirle recitar una historia fantástica de una muchacha oriental. Pero él no dejaría de intentarlo...

—¡Míster! ¡Tenemos que encontrarlo!

Los ojos febriles de Cy buscaron el reloj iluminado que estaba en lo alto de la oficina de Información. Faltaban veinticinco minutos para las cuatro. Cy concluyó:

—Si no ha oído el altavoz, entonces es que abandonó ya la estación; o bien se encuentra en alguna de las tiendas de este edificio. Probablemente estará en una librería.

—Hay muchas librerías aquí —dijo el chico—. Vamos a verlas.

Corriendo, salió en dirección de la Avenida Vanderbilt. Cy Norton, recordando

satisfecho que no había aumentado una sola libra de peso en quince años, echó a correr tras el muchacho.

Exploraron todas las tiendas iluminadas de aquel sector, en las que se veían infinidad de artículos multicolores, formando una especie de arco iris, cuya abundancia tenía que seducir y marear a un londinense, pues incluso seducían y mareaban a Cy. Sus pasos resonaban sobre el mármol, lanzando ecos agudos, hasta que el chico, patinando y girando graciosamente junto a la última tienda, señaló con un dedo hacia adelante.

Al fondo, a la izquierda, había otra librería, pero tampoco allí encontraron a sir Henry. Sin embargo, Cy, al mirar a la fila de puertas de cristal del ferrocarril subterráneo que tenía enfrente, al fondo del corredor, y ver quién se encontraba tras una de esas puertas, lanzó un gruñido de triunfo.

—Toma —dijo al chico, poniéndole otro billete de un dólar en la mano—. Eso es todo, Dick. Ya lo encontramos.

Y penetró presurosamente por una de las puertas de cristal.

El aire caliente, pesado, con olor a aceite, del Subterráneo envolvió a Cy apenas entró. Enfrente, a la derecha, había una escalera automática que servía de comunicación entre la Gran Central y la estación del subterráneo de Times Square.

A la izquierda, junto a la pared de mosaicos blancos, había una cabina con una ventanilla, para cambiar moneda los viajeros. A un lado, sobre el suelo, veíase una maleta inglesa, muy grande y muy vieja, cubierta de antiguas etiquetas de hoteles y transportes. Sobre la maleta, con los brazos cruzados en la actitud de Napoleón partiendo para Santa Elena, estaba sentado, ni más ni menos, el propio sir Henry Merrivale.

Frente a sir Henry, con los puños apoyados en las caderas, se hallaba en pie un enorme policía.

Algunas personas podrán argüir que si Cy Norton hubiese intervenido en ese instante, antes que nada ocurriese, todo hubiera quedado resuelto bien. Pero para quienes así piensen, Cy Norton tiene una respuesta definitiva.

«El policía —les replicaría Cy— no estaba de servicio. Era un policía motorista del tráfico, con polainas de piel negra y demás atuendo. Además de lodo esto, el policía estaba de buen humor».

Por lo menos, lo estaba cuando se encaró con sir Henry.

—¿Qué le ocurre, abuelo? —dijo jovialmente a sir Henry el policía—. ¿Acaso no tiene usted dinero para pagarse el billete en el Subterráneo?

Sir Henry lo miró por encima de las gafas con intención maligna.

—Claro que tengo dinero... —le replicó, a la vez que sacaba de los bolsillos puñados de monedas. Después, mostrando al policía una moneda de plata de diez centavos y otra de níquel de cinco, le dijo—: Que me quemem durante cincuenta años si entiendo esto: ¿por qué la moneda pequeña vale más que la grande?

—¿Qué es lo que dice usted? —replicó sorprendido el policía.

—No se preocupe. Estaba divagando solamente.

El policía, que era joven y tenía un buen tipo con su uniforme azul, adquirió un aire de sospecha y se puso a observar meticulosamente a sir Henry.

—Dígame, *abuelo*: ¿quién es usted?

—Yo soy *el viejo* —replicó sir Henry, volviendo a meter su dinero en los bolsillos y palmeteándose con ostentación el pecho—. Y además estoy loco. Y soy bueno y malo...

—No; lo que quiero decir es si acaso no es usted *una especie* de inglés.

—¿Qué quiere significar usted con las palabras *especie de inglés*? Yo huelo a inglés por los cuatro costados.

—Pero usted habla igual que un americano —arguyó el policía, como si estuviese cazando algún recuerdo fugitivo—. Espere un momento; ya lo sé: usted habla igual que Winston Churchill. Y Churchill habla igual que un americano. Le he oído por la radio. Desde luego, en la mayor parte de las cosas, Churchill es un americano —terminó afirmando despreocupadamente el policía.

El rostro de sir Henry se tiñó del color púrpura más fuerte.

—Pero escuche, *abuelo* —añadió persuasivamente el policía—: ¿por qué está usted sentado ahí en el suelo, sobre su maleta? Además, ¿por qué está usted tan enfurecido?

Solo mediante un extraordinario esfuerzo fue capaz de contenerse sir Henry. Su voz, que al principio parecía venir de las profundidades de un sótano, se fue moderando. Pero no pudo impedir el replicar con crudeza:

—Quiero hacerle una declaración, hijo mío.

—*Okay*. Hágala usted.

—Quiero declarar —dijo sir Henry— que este Subterráneo, de todos los que yo he entrado, es el más maldito, sin lugar a duda alguna.

Aunque el policía poseía el más genuino buen carácter, las palabras de sir Henry le sacaron de quicio. Había nacido en el barrio del Bronx, se llamaba Aloysius John O'Casey y la indignación en él subía de punto.

—¿Qué es lo que tiene de malo este Subterráneo?

—¡Oh hijo mío! —murmuró sir Henry accionando en forma desolada con una mano.

—Yo le pregunto, *abuelo*, qué es lo que tiene de malo este Subterráneo...

A Cy Norton, que se encontraba en pie cerca de la puerta de cristal, observando la escena, la pregunta del policía le pareció justificada. Todavía no era la hora en que las grandes multitudes invaden el Subterráneo y solo escasas personas entraban y salían. Cerca de la ventanilla de cambios había abandonado un trozo de cuerda, probablemente dejado allí por algunos obreros de la empresa. En los andenes subterráneos las luces rojas y blancas de señales parpadeaban alternativamente, mientras los trenes iban sucediéndose.

—Le estoy preguntando, *abuelo*, qué es lo que le pasa a este Subterráneo...

—Pues nada —dijo sir Henry—; llegué aquí, eché una moneda de diez centavos en el aparato que da entrada, penetré, me metí en un tren, como es natural, y...

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Pues... la primera estación a la que llego se llama Times Square. Bueno... Miro por la ventanilla en la próxima estación y veo que es Gran Central. Entonces me digo: «¡Dios me salve! Debo de haberme equivocado..., pues no creo que haya dos estaciones con el mismo nombre...». El tren arranca de nuevo y, que me ardan los pantalones si miento..., otra vez Times Square..., y la próxima..., nuevamente Gran Central...

El policía O'Casey habló suavemente:

—Mire, *abuelo*: esta es una estación terminal y de enlace que circula solo entre aquí y Times Square.

—Eso es lo que yo sospeché... y lo que me parece también absurdo... —dijo sir Henry.

—¿Por qué dice usted absurdo?

—Pues porque, ¡voto al diablo!, nada puede ser más absurdo que un tren que circula solo entre dos estaciones.

—Pero usted puede cambiar en ellas para cualquier otro tren y lugar... El servicio es así... —el policía O'Casey empezaba a tragar la saliva con dificultad, pero tuvo una chispa de inspiración—. Bueno, *abuelo* —suplicó—, ¿adónde quiere usted ir?

—A Washington, a la capital...

—Pero usted no puede ir a Washington por esta estación...

Sir Henry extendió el brazo en forma majestuosa e insultante hacia aquel Subterráneo tan amado por O'Casey.

—Usted está borracho —dijo el policía— y tengo que llevármelo detenido.

—¿Ve usted esas máquinas para abrir paso después de depositar la moneda? Pues bien: acabo de embrujarlas. Les he echado un sortilegio africano —dijo sir Henry. Después, alargando el rostro, añadió—: ¿Quiere usted apostar algo a que *ni* echo una moneda en ellas *ni* entro por ellas?

—Oiga de una vez, *abuelo*...

—¡Ah! Usted cree que estoy bromeando...

Sir Henry, cuyo pesado traje invernal le hacía aparecer más extravagante, se puso en pie y majestuosamente se dirigió a las máquinas de entrada. Después, con mucha gracia, como una bailarina que fuese a iniciar un *ballet*, empujó con el cuerpo las aspas horizontales del aparato de entrada. Este produjo un chasquido y las aspas horizontales giraron, dejando pasar a sir Henry...

—Vuelva usted aquí —gritó furioso el policía.

—Claro que vuelvo —replicó sir Henry, saliendo nuevamente por las aspas y volviendo a entrar repetidamente por ellas sin echar la correspondiente moneda ni una sola vez.

—*Vudú!* —gritó sir Henry, pronunciando la palabra mágica de la brujería negra.

El policía, evidentemente desconcertado, contempló durante unos momentos a sir Henry. Después, en una arrancada, se lanzó como un toro contra la puerta de entrada en aspa, pero esta no cedió.

—¿Lo ves, hijo mío? —le dijo compasivamente sir Henry—. Usted no puede hacerlo, no siendo que conozca las palabras mágicas del *vuduismo*— después añadió —: Creo también que ese sujeto que está en la ventanilla de cambios está en este momento sufriendo de alta presión arterial...

Y era verdad, según pudo comprobar el policía O'Casey al echar una ojeada. En efecto, el joven empleado de cambios estaba perdiendo la consciencia detrás de las rejas de su ventanilla.

—¿Qué demonios está pasando ahí? —gimió al fin el empleado.

Sir Henry no le prestó la menor atención.

—Les advierto nuevamente a todos ustedes que todas las entradas están embrujadas por mí —dijo sir Henry—. Nadie puede entrar sin pagar, a menos que conozca las mágicas palabras del *vudú*.

El color del policía O'Casey cambió nuevamente. El revólver de calibre 38, que llevaba en la respectiva funda, experimentó una sacudida dentro de aquella, golpeando en la cintura a O'Casey. Pero su ardiente curiosidad era en él más fuerte que su instinto de hacer cumplir y respetar la ley y el orden.

—Oiga, *abuelo* —dijo en voz baja—, voy a *picar* el anzuelo. Bien sé que esto es una broma. Pero dígame: ¿cuáles *son* esas misteriosas palabras de vudú?

Sir Henry le replicó inmediatamente:

—Esas palabras son: *Hocus, pocus. Allagazan. Hierro frío y Robín buen amigo*. Eso es todo.

—Pero yo no puedo pronunciar *eso*... —gimió el policía.

—¿Por qué no?

—No lo sé —confesó O'Casey, al tiempo que se ruborizaba hasta el cuello del uniforme—. Me parece cosa de locos. Me suena a...

Después cambió enteramente de tono.

—*Hocus, pocus* —dijo el policía, extendiendo el dedo y apuntando a la máquina de la puerta giratoria de aspas—. *Allagazan. Hierro frío y... Robin Hood*.

Apenas terminó la mágica invocación se lanzó contra la puerta y la cruzó con tal facilidad e ímpetu que casi fue a caer por la cercana escalera abajo.

Pero ni sir Henry ni el policía habían previsto lo que inmediatamente iba a ocurrir.

Una atronadora salva de aplausos y vítores llenó repentinamente el ambiente subterráneo, cuyo eco devolvían, de rechazo, las paredes. El policía no advirtió la masa de público que se había ido congregando durante aquellas extrañas experiencias de magia, y que parecía tan embrujada como las mismas puertas. La multitud acudía por todas las entradas de la Gran Central.

O'Casey se puso tan colorado como un tomate. Pero sir Henry, a quien ni el peor enemigo podía calificar de vergonzoso, adoptó la actitud de dignidad del propio

Napoleón en Austerlitz, se inclinó ante la multitud agradeciendo las ovaciones, doblándose tanto como su cuerpo le permitía. Para probar sus artes a la concurrencia, volvió varias veces a entrar y salir corriendo por las embrujadas puertas sin depositar moneda alguna, y así hubiera continuado si el policía no le hubiera echado la mano.

—¡Atrás todo el mundo! —dijo autoritariamente O’Casey, dirigiéndose a la multitud—. Se lo advierto a ustedes: ¡atrás todo el mundo!

O’Casey empuñaba su revólver y todo el público retrocedió prudentemente.

—Jake —gritó el policía, llamando al empleado de la ventanilla de cambios, que parecía estar a punto de desmayarse.

Jake salió apresuradamente de su garita, cuidando antes de cerrar bien la puerta tras él.

—Mire, Jake, algo funciona mal en esas puertas automáticas.

—Y yo puedo decirle —replicó contundente Jake— que no hay nada que funcione mal en ellas. El público las ha estado utilizando para entrar y salir durante todo el día. Usted mismo lo ha visto.

—Todo lo que les pasa es que tienen *vudú* —dijo tranquilamente sir Henry.

—*Abuelo*, usted se calla, ¿eh? Jake, allí hay un trozo de cuerda junto a la pared —O’Casey lo señaló con el dedo—. Usted ata una punta de la cuerda a la reja de su ventanilla y la otra punta a la puerta automática para que nadie más entre... Andando..., manos a la obra.

Mientras inspeccionaba la tarea de instalar la cuerda, O’Casey parecía sentir que estaba perdiendo poco a poco la razón.

—Mire, hijo mío —le dijo consoladoramente sir Henry—, enfrentemos la realidad. Si usted conoce la palabra mágica, la clave, el *ábrete, sésamo*, entonces puede viajar gratuitamente en el Subterráneo cuanto se le antoje, y eso sin tener que saltar por encima de la puerta ni escurrirse por debajo...

Fue una verdadera desgracia que estas palabras de sir Henry, dichas en fuerte voz, llegasen a oídos de gran parte de la multitud presente, la cual empezó a lanzar imprecaciones.

—¿Qué están haciendo *esos ahí*? —se oyó gritar.

—¿No lo han oído ustedes? Esta puerta está clausurada...

—Sí, pero se puede viajar gratis en el Subterráneo si se salta sobre la puerta o se desliza uno bajo ella —se oyó decir entre la multitud, al mismo tiempo que una especie de sacudida eléctrica estremecía a aquella. La noticia corrió como la pólvora en medio de silbidos y gritos.

—Le doy mi palabra —decía un hombrecito minúsculo a una especie de gigante— que usted puede viajar gratis en el Subterráneo.

—Eso es tan verdad como el Evangelio —gritó un viajante de comercio, que andaba buscando la forma de salir de entre aquella multitud—. Es apenas un experimento psicológico.

—¿Y todo lo que hay que hacer para ello es saltar sobre la puerta? —preguntó

otra voz entre aquella masa.

—Exactamente...

—Entonces, ¿qué es lo que estamos esperando? *Adelante...*

Hay momentos en que el cronista, por muy verídico que esté obligado a ser, preferiría callarse y correr un tupido velo sobre los hechos. Además de esto, los hechos comprobados en este caso son muy pocos.

Aquello no era verdaderamente una multitud. Aquello era un aluvión humano. Cuando la avalancha rompió la cuerda, esta arrancó consigo la ventanilla enrejada de la cabina de cambios, produciendo el sonido de la campanada de un *gong* cuando da la señal para el primer *round* en un combate de boxeo. Después de esto ya no hubo dos personas que estuviesen de acuerdo sobre quién inició el tumulto, aunque por el suelo rodaron muchos cuerpos humanos, cayendo después escalera abajo.

Lo único comprobado es que alguien se lanzó por la ventanilla de cambios adentro y comenzó a llevarse el dinero. Pero de este sujeto, a efectos de identificación, solo fue posible percibir los fondillos de sus pantalones, que precisamente eran azules, sobre los cuales una vieja señora, armada de un paraguas, descargó furiosamente fuertes golpes. El policía O'Casey, en medio de su asombro y desorientación, se limitó a saltar por encima de la maleta de sir Henry y permanecer a un lado como una estatua de piedra. En cuanto a sir Henry —citando sus propias palabras—, se quedó tan tranquilo en un rincón, quieto como un santo y sin molestar a nadie.

En medio de la confusión general, una mano surgió de no se sabe dónde y agarró fuertemente de un brazo a sir Henry. Esta vigorosa mano pertenecía a Cy Norton.

—¡Vamos! —dijo Norton.

—¡Dios sea loado! —exclamó sir Henry al verle—. ¡Hijo mío! Ni siquiera sabía que estaba usted aquí.

—Dentro de diez minutos ya podré decirle dónde estará usted si continúa aquí. Estará usted encerrado en la Comisaría. Y permanecerá allí, sin remisión, treinta días...

—Tengo aquí mi maleta —protestó sir Henry como queriendo desasirse mientras Norton le arrastraba—. Y he perdido mi valiosa gorra también...

—Volveremos a buscar eso más tarde. Huyamos hacia el vestíbulo de la Gran Central...

Dicho esto, ambos huyeron velozmente.

Cuando llegaron al vestíbulo, otra muchedumbre —pero pacífica y de simples espectadores— estaba allí congregada. Entre ella se mezclaron, como dos inocentes, sir Henry y Norton. Pero Cy vio que dos policías acudían presurosos hacia el centro del tumulto; pensó que ni siquiera allí estarían seguros y decidió ir con sir Henry a refugiarse en una farmacia cercana, provista de una buena puerta de escape, útil en caso necesario.

En la farmacia reinaba la paz, a pesar de que en la fuente de soda había mucho

público. Cy tranquilizó a sir Henry.

—Escuche —le dijo—. ¿Conserva usted en su poder todos sus documentos de valor, es decir, pasaporte, cartas de crédito, dinero, etcétera?

Con expresión significativa, sir Henry se palpó los bolsillos del pecho.

—Muy bien; entonces lo único que se ha perdido es su maleta de viaje. ¿Conoce usted acaso a alguna persona influyente en Nueva York?

Sir Henry reflexionó unos momentos.

—Conozco al fiscal general del distrito. Le llaman Bloke, aunque su nombre es Gilbert Byles. Me escribió una carta poco antes que yo emprendiera este viaje. Recuerdo que esa carta comenzaba así: «¿Cómo estás, viejo, hijo del diablo?». Era puro estilo americano y por ello comprendí que constituía una misiva muy amistosa...

Cy Norton respiró aliviado.

—Entonces, si es así, usted podrá lograr salir de este conflicto sin grandes dificultades. Ahora me voy a arriesgar tratando de rescatar su maleta. Mientras tanto, y antes que envíen la señal de alarma a toda la Policía, es preciso que le lleve a usted a Maralarch, en lugar de que usted se vaya a Washington. Tengo que...

Cy se quedó repentinamente mudo.

Frente a ellos, a corta distancia, con una mirada de duda, se encontraba una esbelta muchacha vestida con un traje blanco sin mangas. Su rostro tenía un ligero tinte dorado que hacía resaltar la intensidad azul de sus ojos y el rojo de sus labios entreabiertos. Su cabello, rubio como el oro, estaba peinado al estilo de los pajes y brillaba resplandeciente bajo las luces.

Durante unos segundos Norton quedó absorto. Estaba profundamente sorprendido por la semejanza de esta muchacha con... En este punto, Cy cerró herméticamente sus pensamientos. Era un estrecho parecido... Y allí estaba ante él...

La muchacha, por su parte, miraba fijamente a sir Henry con la expresión de quien se esfuerza en recordar y comparar la descripción que le hicieron de una persona.

—Perdóneme —dijo la muchacha, avanzando unos pasos—, ¿acaso es usted sir Henry Merrivale?

Sir Henry carraspeó e hizo a la muchacha una modesta inclinación.

—Que me asen vivo, pero en verdad es usted una hermosa niña —dijo sir Henry con franca admiración. La muchacha le escuchó inmóvil—. Este país —prosiguió sir Henry— está lleno de hermosas muchachas, aunque la mitad de ellas están tan echadas a perder que sería preciso azotarlas. Usted no precisa ser azotada...

La muchacha pareció hacer grandes esfuerzos para contener una estrepitosa carcajada en las propias barbas de sir Henry.

—Infinitas gracias, señor —murmuró ella—. Soy Jean Manning. Mi padre me envió aquí a buscarle a usted, porque el señor Davis tenía que ir a su despacho.

Los ojos de Jean revelaron preocupación creciente.

—Por no sé qué misteriosa razón, mi padre tuvo el presentimiento de que se encontraba usted en apuros. ¿Está usted en apuros? Tengo aquí un automóvil...

—¿Tiene usted un automóvil aquí? —preguntó Cy Norton.

—Sí.

—¿Dónde está? Es decir, ¿podemos meternos en él rápidamente?

—Conozco muy bien esta estación —dijo Jean en extraño tono. Después, ante la urgencia demostrada por Cy, añadió—: Por ejemplo, conozco un pasaje junto al entresuelo que nos llevará fuera de aquí, nada menos que hasta la esquina de la calle Cuarenta y Seis y Park Avenue.

—Entonces haremos bien en marcharnos hacia Maralarch, miss Manning. Lo siento, pero lo que ocurre es una cosa seria. Si dan la alarma a la Policía...

—¿Alarma a la Policía?... —preguntó Jean, asustada.

—Sí... ¡Oh! No, no va usted... —dijo Cy al propio tiempo que retenía a sir Henry agarrándole por la chaqueta cuando aquel se disponía a irse hacia la fuente de soda—. Lo llevaré a usted a Maralarch aunque me cueste la vida. Y me contestará usted a algunas preguntas durante el camino.

—¡Oh! ¡Hijo mío!... —gruñó sir Henry—. Ya estamos a salvo. Ahora ya no hay posibilidad de que...

Seguidamente, como si el instinto le hubiese advertido por telepatía, su calva cabeza giró mirando en derredor.

En la puerta de cristales de la farmacia vio aparecer el rostro del policía O'Casey, con la boca rumiando implacable venganza...

—¡Huyamos por la otra puerta! —gritó Norton—. *Corramos...*

Sir Henry Merrivale no respondió a pregunta alguna hasta que el automóvil amarillo en que rodaban, después de marchar a través de la ciudad, corría veloz a lo largo de la autopista del West Side, a orillas del río Hudson.

Jean, con un pañuelo encarnado enrollado a la cabeza, iba al volante. Sir Henry, con los brazos cruzados y una expresión ruda en el rostro, iba comprimido entre Jean y Norton. Cy realizó un último esfuerzo.

—Escuche usted, sir Henry. Sobre la cuestión del tumulto que provocó esta tarde...

—Me están ustedes secuestrando... —replicó sir Henry—. Tengo que ir a visitar a una familia en Washington...

La capota del auto estaba bajada. Aunque el calor había aflojado, la presión continuaba, a pesar de la fresca brisa. A la izquierda del camino, las aguas del río eran de un azul oscuro, matizadas de luz en algunos puntos. Lejos, a la derecha, las casas de departamentos de River Side aparecían grises, como *chalets* italianos sobre un fondo de verdor.

Cy se sintió incómodo por la situación y no volvió a hablar hasta que llegaron al puente George Washington y lo cruzaron a la carrera.

—No ha habido alarma policíaca —dijo—. Nadie lanzó siquiera una mirada investigadora a nuestro auto.

—Ya lo sé —contestó Jean—. Pero a cada minuto he venido observando por el espejo lateral si alguien nos seguía, pues temía a cada instante empezar a oír las sirenas de la Policía detrás de nosotros. Y todo por causa de...

—Ahora, sir Henry...

—¡Oh! Por el amor de Esaú...

—Nosotros no le estamos secuestrando —dijo violentamente Cy—. La verdad es que usted nunca tuvo el propósito de ir a Washington...

—No sé de lo que me habla usted.

—Pues yo se lo probaré a usted —insistió Cy— con los elementos de su propia actuación. Y ahora ya sabe usted perfectamente cómo toda su trama se desenlazó.

—Bien..., ahora... —musitó incómodo el gran hombre.

—En cualquier parte, posiblemente a bordo del navío, aprendió usted ese *truco* para entrar en el Subterráneo sin pagar —Cy tragó saliva con dificultad. La curiosidad le acuciaba, lo mismo que había atormentado al policía O'Casey—. Y dígame, ¿en qué consiste ese *truco*?

—¡Ah, ja! —replicó sir Henry. El espectro de un espíritu maligno cruzó por la

expresión de su rostro; después nuevamente adoptó un aire impasible de hombre de hierro—. Ese *truco* es una verdadera maravilla —dijo bromeando—. Quizá más tarde explique cómo hace efecto, quizá no lo explique... Pero, de todas formas, ¡es una maravilla!

Cy contuvo su furia.

—Entonces usted no pudo esperar a probarlo con otra persona. Se fue a la Gran Central, se sentó en su maleta como...

—Como una araña —agregó Jean.

—Exactamente. Usted esperó como una araña espera a la presunta víctima, y allí surgió aquel policía de tráfico. Todo marchó bien al principio, pero se le ocurrió decir que Churchill era un americano y entonces usted se enfadó y decidió vengarse de él. ¿No es así?

—A propósito —tronó sir Henry—, creo que no les he presentado a ustedes mutuamente...

—Exacto, no nos ha presentado —intervino sonriendo Jean.

—¡Qué ocurrencia! —dijo sir Henry, como si valiéndose solo de palabras pudiese desviar las cuestiones hacia otros derroteros—. Muy bien; esta es Jean Manning, hija de un viejo amigo mío. Y este *compadre* —y al decirlo se golpeó el hombro del lado de Cy— es Cy Norton, quien ha estado en Londres de corresponsal del *Echo* de Nueva York durante dieciocho años. Ya estamos, pues...

—Mucho gusto —dijo Jean con gravedad.

En efecto, la artimaña de sir Henry había desviado momentáneamente la atención de Norton.

Durante todo el tiempo, Cy había estado pensativo ante la presencia de Jean por su parecido con *alguien*. Claro que Jean era más joven y menos sofisticada. Pero el recuerdo de otros años...

—Ya no soy corresponsal del *Echo* —dijo—. Me destituyeron hace tres semanas.

—¿Cómo es eso, hijo mío? —preguntó con agudeza sir Henry.

Jean preguntó a su vez:

—¿Por qué le... dejaron irse?

Norton echó un rápido vistazo a su vida pasada y dijo medio en broma:

—Tal vez porque yo no era suficientemente buen corresponsal...

—No lo creo —dijo Jean—. ¿Cuál fue la causa verdadera?

El auto rodaba a pleno motor. Cy tenía la conciencia de que representaba más edad de la que tenía, de que probablemente necesitaba afeitarse, de que su sombrero —que había comprado hacía ocho años en la londinense calle Bond— estaba ya demasiado usado... y fuera de lugar en su patria..., igual que él mismo se sentía también fuera de lugar en ella.

—¿Por qué fue? —insistió nuevamente Jean.

—No lo sé, verdaderamente. Mientras trataba de localizar a sir Henry estuve buscando los motivos, que pueden ser varios... Y aún descubrí uno más...

Era una de las pocas cosas de este mundo capaces de poner a Cy furioso Pero era preciso que recordase la conveniencia de hablar despacio y así se lo recomendó a sí mismo.

—Es que yo odio las agallas del partido laborista —dijo— y nunca me preocupé en disimularlo. El propietario del *Echo* aquí en Nueva York es uno de esos *liberales* a quienes les place elogiar todo aquello que no entienden.

Cy hizo una mueca al tiempo que la sangre se retiraba de su rostro.

—Pero no tiene importancia, de todas formas —añadió—. Quizá sea yo quien esté equivocado. Ahora lo que quiero es que sir Henry me dé informes. Veamos, sir. Todo viajero, y no digamos uno que conoce este país tan bien como usted, sabría perfectamente la forma de ir a Washington. Entonces, ¿por qué no hizo sus experimentos de magia en la estación de Pensilvania en lugar de hacerlo en la Gran Central?

Inesperadamente sir Henry bajó su guardia.

—Muy bien, muy bien —dijo—. No es que yo no quisiera ir a Washington, pues preciso ir allá mañana. Sería una falta imperdonable si no fuese. Y dígame usted, apetosa comadreja, ¿soy yo alguna vez incorrecto?

—No; verdaderamente, nunca lo es.

—Bien —prosiguió sir Henry—. ¿Y no es en la Gran Central donde se toman los trenes para ir a un lugar llamado Maralarch?

Se hizo un prolongado silencio, roto apenas por el suave canto del rodar del automóvil.

—Entonces, ¿venía usted a visitarnos? —preguntó Jean. Una expresión casi de terror enrojeció su semblante—. ¿No le importa si yo le pregunto por qué viene usted a visitarnos?

—Pues porque recibí a bordo un radiograma de su papá. ¿Quiere usted leerlo?

Y rebuscando en el fondo de un bolsillo interior, sir Henry extrajo el radiograma, poniéndolo a la vista de Jean y Cy para que ambos pudieran leerlo. Las letras parecían saltarles encima. El texto decía:

VISÍTEME EN MARALARCH DEL CONDADO DE WESTCHESTER A SOLO VEINTIUNA MILLAS DE NUEVA YORK. LE MOSTRARE UN MILAGRO Y LO DESAFÍO DE ANTEMANO A QUE NO SERA CAPAZ DE DESCIFRARLO.

Sir Henry se guardó el radiograma, mientras Cy repetía en voz alta las significativas palabras:

—«Le mostraré un milagro y lo desafío de antemano a que lo descifre».

Después, Cy lanzó un silbido.

—Me preguntó... —dijo Cy—. No sé si usted lo ha oído ya, miss Manning...

Ella le corrigió:

—Jean, por favor...

—Muy bien, Jean. No sé si usted lo sabe ya, pero este sir Henry es el máximo

detective técnico inglés, especializado en abrir habitaciones cerradas, resolver situaciones insolubles y crímenes indescifrables...

—¿Crímenes? —exclamó Jean súbitamente—. ¿Quién habló de crímenes?

—Lo siento; no quería decir eso. Solo pretendía hacer comparaciones.

—Pero ¿por qué dijo usted...? —Jean se detuvo. A pesar de ello, no podía dejar de personalizar—. ¿Sabe usted? Se parece usted mucho a Leslie Howard.

Cy cerró los ojos. Después murmuró:

—¡Oh mi Dios!

Jean resopló:

—¿Acaso he dicho alguna inconveniencia, señor Norton?

—No, en absoluto. Y no es que yo estuviese menospreciando a Leslie Howard. Todos sintieron, en Inglaterra, su muerte como una pérdida personal. Pero eso fue porque era un gran patriota y una buena persona... Son las malditas películas... ¿Es que nuestra expresión, nuestros pensamientos, nuestros valores han de estar gobernados por esa tontería barata que es el cine?

El rostro de Jean ardía bajo el áureo tostado de la piel.

—Pero es que una buena película que contenga verdadero arte...

—Jean —le replicó con gentileza Norton—, en general, las películas contienen aproximadamente tanta relación con el arte o la integridad como un folleto de caricaturas con un cuadro de Rembrandt. ¿Acaso sería usted capaz de tragarse un tipo de moralidades denominado *política* que le hubiera dado náuseas al propio Tartufo?

—Pero es que el cine tiene que atraer a todos los tipos de mentalidades.

—¡Ah! ¿Tiene que hacer eso?... —preguntó interesado Cy—. Vaya por Dios...

—Usted se expresa igual que mi padre... —dijo Jean.

—¿De veras? Entonces, Jean, eso es un gran elogio para mí, porque su padre es una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

—¿Lo es verdaderamente? —preguntó Jean. El volante, en manos de Jean, tuvo una oscilación, y ella dijo—: Esto es terrible.

Estaban aproximándose al puente Henry Hudson, ya sobre el río Harlem. Por mutuo acuerdo, cuando Jean paró el gran auto amarillo, Norton pasó a su sitio y la sustituyó en el volante.

—Papá ha cambiado mucho —dijo Jean, poniéndose las manos sobre los ojos.

—¿En qué ha cambiado? —preguntó Cy.

—En primer lugar, anda con una terrible mujer... Repito: una mujer *verdaderamente terrible*, llamada Irene Stanley. Y ahora... Bien, yo no entiendo de negocios, pero dicen que papá ha estado defalcando el dinero de la Fundación Manning, y que por eso puede ser enviado a presidio...

Sobre el río Harlem, el cielo estaba blanquiazul, con un suave toque oscuro en los bordes. Se respiraba aire de tormenta, aunque de momento distante, cuando cruzaron el puente.

—Papá habla de usted con el mayor entusiasmo, sir Henry —dijo Jean

repentinamente—. ¿Cuál es la opinión de usted sobre el conjunto de la situación?

Cuando se hallaban al otro lado del puente, al mirar a sir Henry, se dieron cuenta de que la expresión de este había cambiado. Ya no era la del hombre estrepitoso que provocaba tumultos en el Subterráneo. Sir Henry era ahora el *viejo maestro*.

—Comprendo, mocita —dijo sir Henry, volviendo a echar un vistazo al radiograma—. Cuando recibí este mensaje esta mañana, creí que solo se trataba de una broma, quizá muy aguda y fascinadora, y pensé cómo Fred Manning podía imaginarse capaz de hacer un milagro.

—¿Qué es lo que, a fin de cuentas, quiere decir eso? —preguntó Jean.

—Todavía no lo sé. De todas formas, pensé que visitarlo a él sería como si visitase el Polo Grounds o a cualquier amigo mío en el Bronx. Pero no es así... No es así, mocita mía... Esto es una cosa seria...

Nuevamente se produjo un largo silencio.

—¿Qué opina usted sobre esto? —volvió a preguntar Jean—. ¿Cree usted que papá está realmente..., cómo diría yo..., que papá se ha convertido en un pícaro?...

—¡No! —exclamó sir Henry—. No lo creería, ni siquiera viéndole ante un tribunal...

—Yo estoy de acuerdo con usted —dijo Norton.

Los ojillos de sir Henry se pusieron a girar detrás de las grandes gafas.

—Y lo que es más aún, mocita mía: alguna cosa la ha sobresaltado a usted y la puso en ese estado de nervios. ¿Qué es ello?

Sabiendo que evidentemente se encontraba entre amigos, Jean contó lo ocurrido aquel día en la oficina de Manning entre este, ella y Davis; en aquella oficina tan tranquila, que ni siquiera el ruido del tráfico lograba perturbar su silencio. Algo en el relato de Jean logró llamar la atención de sir Henry y atraer en extremo su interés, aunque no lo comentó.

—¡Ah! ¡Robert Browning!... —murmuró sir Henry Merrivale.

Jean hizo un guiño significativo y dijo:

—Dos veces por semana, durante el curso en la Escuela, papá va hasta Albany a dar conferencias. Uno de los cursos que da es sobre Browning, y el otro sobre los novelistas de la época victoriana. Desde luego, papá está cien años atrasado, pero le gusta todo eso...

Sir Henry volvió a guardarse el radiograma y se pasó las manos por la calva cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que se entregó a esa extraña conducta?

—Desde el punto y hora que empezó a andar con *esa mujer*... —dijo Jean.

—Bien. ¿Y usted la conoce?

—Gracias a Dios, no... Pero yo he...

Jean se detuvo bruscamente, como si tragase la saliva con dificultad.

—Ya veo —dijo sir Henry, frotándose nuevamente la calva—. Fred Manning estaba en Inglaterra cuando le conocí. Yo sabía apenas que tenía familia, pero poca

cosa más. ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde viven? ¿Cuál ha sido su pasado?

—Pero si no hay nada, prácticamente, que decir sobre eso... —dijo Jean.

—Cierto. Pero, a pesar de ello, diga usted lo que sepa.

—Pues bien: vivimos en esa finca llamada Maralarch. No es muy grande ni muy pretenciosa. Creo que papá está bien de intereses, pero que no es verdaderamente rico. En realidad, nunca me preocupé de eso...

—Entonces, mocita mía, si nunca se preocupó de eso es porque su papá es hombre acomodado. Prosiga.

Tratando de adivinar lo que habría de decir, Jean titubeó unos instantes. Después continuó:

—Hay mucho terreno alrededor de nuestra casa. Papá construyó para nosotros una piscina. Hay también bosques, y una cancha de tenis al extremo de la finca. Y finalmente, un cementerio abandonado, al que nadie puede tocar por no sé qué disposiciones legales...

Norton observó por el rabillo del ojo la pequeña nariz de Jean, su boca ancha y la curva dorada de sus cabellos.

—Mi hermana Crystal —dijo Jean— tiene veinticuatro años. Y ahora acaba de obtener su tercer divorcio. Es muy hermosa, no como yo, y extraordinariamente inteligente. También es muy dada a la sociedad, cosa que ninguno de los otros somos —Jean se echó a reír sin poder contenerse—. Sir Henry, estoy impaciente por ver la cara que pondrá Crystal cuando le conozca a usted.

Sir Henry no interpretó con exactitud lo que Jean quería decir.

—Bien..., ahora... —dijo sir Henry con una falsa modestia que no hubiera engañado ni a un niño —yo tengo una arrogancia natural, como usted ve, que cohíbe a las gentes hasta que empiezan a conocerme mejor. Prosiga.

—Bob es mi hermano, es el intermedio —dijo Jean—. Tiene veintidós años y es *tremendamente* buen mozo. Pero no es inteligente como Crystal. No se interesa apenas por nada, como no sea el *base-ball* y los automóviles. No sabe a qué dedicarse, ahora que se graduó ya en *sus* estudios. A veces, papá se pone, aunque en silencio, furioso contra él, al extremo de que me dan ganas de matarlo.

Sir Henry la miró con curiosidad.

—¿A cuál de ellos mataría usted? —le pregunto—. ¿A su hermano o al viejo?

—Quise decir a papá. Aunque no lo siento de veras...

—Ya comprendo. ¿Hay alguien más en esa casa?

—No. ¡Ah! Espere. Está también el viejo Stuffy; es uno de nuestros tres criados. En principio, está para cuidar de la casa, pero hace toda clase de trabajos, desde la limpieza hasta dar masaje a las rodillas de papá. Hace incontables años parece ser que fue un gran jugador de *base-ball* —en este punto, sir Henry tuvo un ligero sobresalto—, pero ya podrá usted interrogar a Bob sobre eso.

Jean hizo una pausa y seguidamente su voz pareció adquirir un tono histérico.

—¿Y qué más podría decirle a usted? —gritó—. Somos, simplemente, una

familia corriente.

La mirada de sir Henry, capaz de ser tan desconcertante como el ojo del mal, estaba fija en Jean.

—Y ahora dígame: ¿qué tiene usted miedo que pueda ocurrir? —le preguntó.

—No lo sé; no lo comprendo...

—Sí lo comprende —dijo pacientemente sir Henry—. Después de la discusión en la oficina de su padre, ¿qué tiene usted *temor* que pueda suceder?

Jean alisó la falda sobre sus rodillas, miró a lo alto, como si implorase la ayuda del cielo, y después volvió a bajar la mirada. Norton sentía el roce del brazo desnudo de la muchacha. Esta reanudó las respuestas.

—Cuando Dave y yo fuimos a la oficina de papá esta tarde...

—¿Es Dave —interrumpió sir Henry— ese tipo Jamado Huntington Davis? ¿El novio de usted?

—Sí. Es maravilloso. Se parece a...

Y como estaba a punto de compararlo también con algún artista cinematográfico, Jean echó una mirada a Cy Norton y le sonrió.

—Como quiera que sea... —continuó Jean—. Hablé con miss Engels, la secretaria de papá. Me dijo que papá había ido al Banco Token y que no regresaría al despacho hasta después del almuerzo. Cuando regresó, papá llevaba una voluminosa cartera de mano.

—¿Y qué?

Jean tragó saliva.

—Pues que... supongamos que se encuentra en apuros... Supongamos que se prepara para desaparecer con una gran cantidad de dinero, llevándose a esa terrible mujer con él...

—Pero en todo eso no veo por ninguna parte el milagro de que habla su radiograma... —interpuso Cy.

—¿Milagro?

—Él prometió mostrar a sir Henry un milagro y le desafía a que lo descifre. Nada tendría de milagroso el marcharse con una mujer. A menos —dijo pensativamente Cy— que proyecte convertirse en humo y esfumarse ante sus ojos...

—¡Cállese! —gritó Jean.

Cy le pidió perdón. No podía comprender qué es lo que había puesto en su imaginación semejante idea. Sin embargo, la tenía presente, vivida y como un fantasma que se hubiese fijado en el cristal del parabrisas del automóvil.

—Tómelo con calma, mocita mía —dijo sir Henry, tranquilizándola—. He visto en mi vida toda clase de cosas, pero nunca vi eso y tampoco espero verlo.

—Eso no me preocupa —replicó Jean—, porque es una tontería. Pero esta noche... —y se volvió hacia Norton—. Usted se quedará esta noche con nosotros, ¿verdad?

—¡Cielos! No. No puedo. No traje ropa ninguna conmigo.

—Tampoco las trae sir Henry —señaló la muchacha—. Papá tiene siempre gran cantidad de cepillos de dientes y máquinas de afeitar para los invitados.

Y Jean silenció las protestas de Norton con una mirada que este no pudo resistir.

—Porque, como ya les dije —continuó, nerviosa, Jean—, papá nos está congregando esta noche para anunciarnos algo que dice nos dejará atónitos. Y cuando él dice eso, estoy segura de que no está bromeando. Será tal cual lo pronostica...

—¡Oh! ¡Oh! —intervino sir Henry—. ¿Y cuándo va a producirse esa sorpresa?

—Esta noche —dijo Jean—, durante la cena.

Norton alzó los hombros. Hacia el Oeste, las nubes se iban ennegreciendo, cargándose de inminente tormenta.

En el instante en que un nuevo trueno explotó sobre la casa, unos cinco minutos antes de la cena, fijada para las ocho, Crystal Manning se halaba paseando de un extremo a otro de la casa.

Fuera, la lluvia caía como un diluvio. La casa, larga y de bajo techo, estaba pintada de blanco, con adornos color verde en las ventanas. Era una residencia cómoda, pero sin pretensiones. Resultaba difícil divisarla a través de la lluvia para quien viniese por la carretera de Elm, desde la estación. Maralarch es una estación situada entre Larchmont y Mamaroneck, en la línea ferroviaria de Nueva York-New Haven y Hartford.

Un relámpago iluminó fantásticamente las ventanas de la sala donde se encontraba Crystal, cuyas luces estaban encendidas, igual que las de toda la residencia.

Crystal murmuró con impaciencia:

—¡Qué fastidio!

Crystal era llena de formas y no muy alta, pero sabía a conciencia el arte de usar la madurez de su cuerpo, a la que acompañaba la madurez, también, de sus velados ojos azul oscuro. Su cabello era negro, intensamente negro bajo los efectos de la luz. El *Gran Adolfo*, el peluquero, dijo que había creado un nuevo estilo de peinado especialmente para ella, aunque quien más quien menos, hubiera dicho que el peinado que ella llevaba era el mismo de las mujeres de hace cien años.

No es necesario que mencionemos los nombres de sus tres maridos. Pero, en cambio, precisamos seguir, si no todos, sí algunos de los pensamientos que en ese instante bullían en la cabeza de Crystal.

—¡Oh! ¡Demonios! —murmuró Crystal.

Confiaba que a pesar de la tempestad, las luces no se apagarían. Hubiera deseado tener un mayordomo a su servicio; el no tenerlo la humillaba. Aunque, en realidad, muy poco tendría que hacer un mayordomo en aquella casa; pero... era de buen tono el tenerlo...

La culpa era exclusivamente de papá, desde luego. Papá podía haber comprado para ella una de aquellas propiedades que se extendían precisamente detrás de la suya, más allá de la piscina y el bosque, del campo de *base-ball* y del cementerio abandonado. Una de aquellas propiedades a orillas mismo de la bahía.

¿Y por qué no? Papá podía perfectamente hacerlo. Pero no lo hizo. Por el contrario, hasta se había mofado de ella aquella misma tarde, impidiéndole ver al invitado de honor cuando llegó. Hacía menos de dos horas había encontrado a papá

en la escalera.

—Desde luego —le había dicho Crystal, dándolo ya por hecho—, hoy nos pondremos vestidos de noche para la cena...

—No, querida mía. ¿Por qué habríamos de hacerlo? Nos vestiremos como de ordinario.

A Crystal le dieron ganas de romper a llorar.

—¿Acaso olvidas, papá, que tenemos un invitado *bastante* distinguido?

—¿Quién? ¿Sir Henry? El mismo no podrá ponerse traje de etiqueta. Creo que perdió todas sus ropas en un tumulto en la estación Gran Central.

A Crystal le pareció esto una broma absurda de su padre, de la que este debiera abstenerse. Ahora lo recordaba en pie sobre la escalinata, con el rostro coloreado por el sol como una langosta, guiñando un ojo y con su traje blanco resaltando contra la pared.

—Sir Henry está ahora echando un sueñecito, Crystal, y roncando como un león cargado de píldoras para dormir. Por favor, no le molestes. Ya te di instrucciones por teléfono.

Los dedos de Crystal, con sus uñas esmaltadas de escarlata, comenzaron a tamborilear en la baranda de la escalera.

—No le molestaré en absoluto —dijo Crystal—. ¿No te importa que actúe como tu anfitriona?

—Gracias, querida —dijo Manning con un dejo de ironía.

—Creo que debías concederme a mí un poco más de consideración que a Jean. En cuanto a ese... periodista angloamericano... ¿Es aceptable en sociedad?

—Claro que lo es —replicó Manning con una mueca—. Además, es un gran amante de los libros.

Esta era otra cuestión desagradable que, en opinión de Crystal, aquel viejo diablo había sacado a relucir deliberadamente. Del otro lado de la sala estaba la biblioteca, de la cual tres muros se hallaban cubiertos de estanterías repletas de libros hasta el techo; libros de segunda mano, desde luego. Crystal habría comprendido esto si Manning hubiese coleccionado valiosos libros antiguos, primeras ediciones de clásicos. Pero estos libros que poseía no tenían más particularidad que el ser viejos, y con frecuencia medio destrozados, pues su padre decía que nunca se sentía cómodo con un libro nuevo entre las manos.

Crystal se imaginó lo que sir Henry Merrivale pensaría de aquella horrible colección.

—Desde luego —murmuró—, me vestiré de noche para la cena.

Y así lo hizo. Se puso un vestido negro y plateado, el cual, con su extraordinario atractivo sexual, hubiera provocado hasta a un monje de un convento.

Ahora, con la lluvia golpeando sobre las ventanas, paseaba por la sala y se sentía ya al último extremo de la furia. Crystal ya había hecho saber de antemano que habría cócteles y canapés a las siete y media. Había soñado con una media hora de languidez

antes de la cena, mientras sir Henry, vestido con elegante traje de etiqueta, sorbería un cóctel y hablaría displicentemente de las aventuras que había corrido cazando tigres en la India.

Pero todo esto no pasó de una ilusión, pues a la hora de la cena no había aparecido ni un alma.

—Que los lleve el diablo —murmuró Crystal, agotada ya su paciencia.

Se oyó ruido de pasos en la escalera, al final del vestíbulo. Crystal resopló y lánguidamente se compuso su vestido de noche.

Pero el que llegaba era solamente su hermano.

Robert Manning tenía un semblante agradable y era un joven más bien demasiado alto, con el cabello color arena y el cutis manchado de pecas. Bob, como le llamaban familiarmente, penetró en la estancia con un aire de vaga preocupación. Bob no había tenido problemas para vestirse para la cena; los colores múltiples de su corbata eran capaces de dejar sin sentido instantáneamente a quien la mirase a diez metros de distancia.

—Buenas noches, Bob.

—Hola, Crys.

La dulce sonrisa de Crystal no fue hipócrita, pues en general era sincera. Indicó a su hermano la coctelera y las bandejas de canapés.

—¿Quieres un cóctel, Bob? —le invitó Crystal.

Bob meditó un momento sobre esta oferta.

—Mejor no —dijo, sacudiendo tristemente la cabeza—. Estoy en plan de entrenamiento.

—Entonces toma un canapé —le sugirió Crystal dulcemente—. Los canapés seguramente no te impedirán batear la pelota a cien metros de distancia.

Al oír esto, Bob comenzó a dar a Crys un curso de *base-ball*, agarrando con sus manos un bate imaginario.

Cuando estaba más entusiasmado en esta tarea, Crystal le hizo callarse súbitamente. El corazón de Crystal latía a toda marcha. El invitado de honor estaba llegando.

Tres hombres penetraron en la estancia. El primero debía de ser míster Norton, el cual, según fulminante opinión de Crystal, se parecía al artista Leslie Howard. Vio también los cabellos plateados de su padre, que llevaba bastante largos, aunque cortos detrás de las orejas. Después...

Al primer vistazo que echó a sir Henry Merrivale, con su traje invernal y sus grandes lentes cabalgándole sobre la punta de la gran nariz, Crystal se sorprendió tanto y quedó tan atónita como si un tigre de Bengala se hubiera asomado por la puerta. Pero era una muchacha inteligente y dotada de gran agilidad mental, y pensó que, después de todo, no debía haber esperado que el visitante se pareciese, por ejemplo, a Laurence Oliver. Además, este viejo famoso, descendiente de la gran nobleza inglesa, estaba en casa de ella y era su invitado.

—Esta —dijo el padre presentándola— es mi hija Crystal. Sir Henry Merrivale. Crystal dejó caer sus pestañas, entrecerrando los ojos, y sonrió.

—Bien. Que me apuñalen los intestinos —dijo admirativo el descendiente de la aristocracia inglesa con una voz tan fuerte que debió de oírse hasta en la cocina—. Vaya una hermosa mocita también. Fred, usted tiene el monopolio de las mocitas hermosas.

—¡Oh!, verdaderamente, Crystal no es fea —murmuró Manning.

A Crystal se le atragantaron las palabras. No podía ni respirar. Lo único que la hizo reaccionar un poco fue lo que juzgó una frase decepcionante de su padre.

—Entonces, ¿usted me encuentra bien, sir Henry? —aventuró Crystal.

—¡Que si la encuentro bien! —gritó el gran hombre. Se inclinó hacia adelante y dedicó a la muchacha lo que él estimaba un ardiente elogio—: Dios sea loado, pero yo nunca quisiera verla a usted en una taberna en Argel llena de soldados franceses.

—¿Por..., por... qué? —tartamudeó ella.

—Porque —dijo confidencialmente sir Henry— todo sellos se cortarían unos a otros la cabeza por usted. Sería un asesinato en masa —y sus ojillos agudos la miraron penetrantemente—. En verdad, ¿le gustaría que los hombres se matasen por usted de esa manera?

Crystal dirigió una mirada de curiosidad a sir Henry y llegó a la conclusión de que era... interesante.

Seguidamente, Manning, aclarando ruidosamente su garganta, anunció:

—Y este es mi hijo.

El talludo Bob extendió su mano, sonriendo como un carnero.

—¿Cómo está usted, *sir*?

—Me siento muy bien, gracias. ¿No es usted acaso el mozalbete que solo se interesa por automóviles y *base-ball*?

El rostro de Bob adquirió cierta vida, sintiéndose tan halagado como sorprendido.

—Sí, señor. Pero... ¿no juega usted al *cricket*? Quiero decir, claro es —añadió Bob, mirando furtivamente al corpachón de sir Henry—, si no jugaba usted cuando era un poco más joven.

El rostro de sir Henry se cubrió de un débil color púrpura, síntoma de su indignación. Sin embargo, contestó con gentileza:

—Bien —dijo con gesto displicente—; jugué un poco al *base-ball*, hijo mío, cuando era joven. Pero no jugué mucho...

El interés de Bob parecía aumentar.

—Escuche, señor: ¿no querría usted venir al campo de deportes mañana? Moose Wilson prometió estar presente. Como usted sabe, este es el famoso lanzador de pelota. Es un gran *tipo*. Y si usted quiere practicar el juego un poco, él le lanzará algunas pelotas fáciles.

En este punto de la conversación, Crystal señaló hacia la puerta y dijo:

—Aquí están Jean y Dave. Me siento encantada de verle nuevamente, Dave.

Crystal, que acababa de ser presentada a Norton, al cual encontró sumamente interesante... y con posibilidades, se lo presentó a su vez a Dave.

Tanto Jean como Davis no vestían ropas de noche y trataron de pasar inadvertidos. Norton estrechó la mano de Davis, que le pareció hombre de aplomo y amistoso, con sus blancos dientes resplandecientes sobre el fondo del cutis tostado por el sol. Norton era de los que desde el primer momento sienten simpatía o antipatía hacia una persona.

—Pero me parece... —dijo Crystal. Y después, alzando la voz, añadió—: *Papy*.

—Dime, querida.

—Tendremos que apresurarnos a tomar los cócteles. Porque he ordenado la cena para las ocho y nuestro cocinero es un perfecto tirano.

—Eso no tiene importancia —dijo Manning.

Su voz de bajo siempre provocaba silencio y atención cuando la utilizaba como lo hizo en esta ocasión.

—¿No tiene importancia?

—No, querida —y Manning habló con extrema cortesía—. Yo había ordenado que retrasasen la cena hasta las nueve. He decidido zanjar esta cuestión antes de cenar.

Un largo trueno rodó por el espacio celeste y explotó a distancia, pero no por ello disminuyó la lluvia. Aunque no hubo nada extraño en el tono en que se había expresado Manning, sin embargo, Jean agarró fuertemente el brazo de Davis, mientras Crystal a su vez abría desmesuradamente los ojos con asombro. En cuanto a Bob, había recobrado su expresión insensible y pareció no haber escuchado.

—Por favor, ¿quieren sentarse todos ustedes? —requirió Manning.

Echó a andar por el salón, cuyo piso cubría una gruesa alfombra, y fue a sentarse en una butaca al pie de una lámpara de pedestal.

Norton se sentó cerca de Bob. Sir Henry se arrellanó en una vieja butaca. Jean y Davis se sentaron juntos al extremo de un sofá, y Crystal en el otro extremo, cerca de una lámpara de pie, de forma que la luz hiciese resaltar su blanca piel en contraste con el escotado vestido negro y plata.

—No, no llames a Stuffy —dijo míster Manning a Crystal, que se disponía a hacerlo—. Podemos por esta vez dejar los cócteles y los canapés.

Norton, recordando cuanto habían hablado aquella tarde, se sintió un poco más inquieto.

Manning comenzó diciendo:

—Me dirijo en primer lugar a mis tres hijos. Naturalmente, hubiera preferido hacerlo en privado. Pero hay una razón, que me reservo para mí mismo, por la cual nosotros *precisamos* tener testigos.

Manning juntó las puntas de los dedos y habló como un juez desde la mesa del tribunal:

—Por eso pregunto a mis tres hijos: ¿creéis que yo he sido siempre un buen

padre?

La pregunta hizo que Norton se sintiera enormemente turbado y que deseara verse lejos de allí. En realidad, ese fue también el efecto que produjo en todos los demás, si se exceptúa, como siempre, a sir Henry.

La lluvia continuaba golpeando sobre las ventanas. Crystal fue la primera en hablar:

—Claro que lo has sido —exclamó, abriendo grandes ojos de sorpresa bajo las alas de su negro cabello.

—Sí —dijo a su vez Jean, aunque volviendo su rostro a un lado.

En cuanto a Bob, continuaba impasible, mirando al suelo. Por fin, como si realizase un gran esfuerzo, murmuró casi imperceptiblemente:

—Seguro, papá. Has sido un gran padre.

—Ahora, otra pregunta —prosiguió Manning—. ¿Cuántas veces habéis oído hablar de un matrimonio realmente perfecto?

—¡Oh! ¡Papá! —gritó Jean—. ¿Vas a comenzar otra vez a hablar de Robert Browning y Elizabeth Barrett?

Manning guiñó un ojo.

—Tienes toda la razón —dijo a Jean—. Podría mencionar a Browning o Elizabeth Barrett. Pero expondré antes otra cuestión. Vosotros tres habéis sido también muy buenos... —y su ligera sonrisa se desvaneció instantáneamente —al dar esas opiniones sobre mí. Ahora permitidme que os diga lo que pienso de vosotros.

Hizo una breve pausa.

—Cuando cada uno de vosotros nació, yo sentí desagrado y hasta a veces os odiaba. Después que vuestra madre murió, me costó algunos años conseguir tomaros siquiera un ligero afecto.

El silencio de sorpresa que siguió a estas palabras era, sin embargo, como el restallido de un látigo.

Manning continuó hablando lentamente:

—¿Habéis meditado alguna vez que un matrimonio verdaderamente feliz puede ser estropeado y hasta incluso deshecho por esos intrusos que se llaman hijos? No, no lo habréis pensado. El empalagoso sentimentalismo de nuestro tiempo actual no lo permitiría.

Manning prosiguió:

—En la clase de matrimonio a que me refiero, marido y mujer están entregados uno al otro enteramente. Están verdaderamente enamorados. No quieren intrusos de ninguna clase. Si sienten la necesidad de tener hijos para que mantengan la unión, entonces, en primer término, es que nunca fueron felices. De lo contrario, ellos saben lo que es la perfecta felicidad. Pues bien: vuestra madre y yo éramos así.

Se oyó un pequeño ruido provocado por una copa derribada por Crystal, al tiempo que esta gritaba:

—Mi madre...

Manning alzó una mano, imponiéndole silencio.

—Tu madre se sentía exactamente como yo. Pero tenía extrema conciencia. Era una buena madre. Hasta...

Al llegar aquí, Manning dirigió una mirada a sir Henry, como si tratase de explicar bien los hechos.

—Hace aproximadamente unos dieciocho años, íbamos a bordo de uno de esos pequeños barcos que suben y bajan la corriente de los ríos. Pensábamos que, al fin, por una vez, estábamos felizmente solos. Pero se produjo una explosión de una caldera, y la mayoría de los pasajeros, incluyendo a mi mujer, se ahogaron. La desgracia me dejó con la parte de matrimonio que, con razón o sin ella, a mí no me gustaba.

«Por el amor de Dios —pensó Norton—, no prosiga. A Crystal no le importa nada, aunque ella diga otra cosa. Bob no le quiere a usted gran cosa. Pero Jean, con sus manos sobre los ojos y su mirada de sufrimiento, cual si hubiera sido golpeada con un látigo, no merece esto».

En ese instante, Davis, personificando la virtud y la respetabilidad, se puso en pie y fue a enfrentarse con Manning.

—Perdóneme, señor —dijo Davis—, pero ¿se da usted cuenta de todo lo que está diciendo?

—Sí; creo que sí.

—Cuando las gentes tienen hijos —dijo Davis con firmeza—, tienen un deber...

—Yo he cumplido con ese deber, míster Davis. Tres testigos lo han declarado así, aunque quizá no estén seguros de ello.

—Quiero decir —y Davis sacudió su cabeza como tratando de aclarar sus ideas— que tenemos el deber de tener hijos, ¿verdad? ¿Qué ocurriría si el resto del mundo pensara como lo hace usted?

Manning replicó secamente:

—¡Ah!, esa es una vieja cuestión. Que esta no le turbe a usted el sueño.

—Insisto...

—Afortunadamente, a la mayor parte de las personas les atraen los niños. Admito que yo soy una excepción. Sin embargo —y Manning se apoyó en el brazo de su butaca—, si veinte mil padres pudiesen oír mis palabras ahora mismo, ¿cuántos de ellos no estarían secreta e íntimamente de acuerdo conmigo?

—Usted... —comenzó Davis, pero se contuvo a tiempo.

Manning se levantó lentamente de su butaca y se situó frente al joven. Ambos estaban erectos y rígidos como granaderos; se miraban uno a otro, sin parpadear, fijamente en los ojos.

—Dave, ven aquí —gritó Jean—, por favor. Hay algo que preciso saber. Vuelve aquí.

Davis obedeció. Pero retrocedió lentamente y caminando de espaldas para no apartar sus ojos de los de Manning. Este volvió a sentarse.

—Escucha, papá —dijo Jean—. Todas esas bellas cosas que hace un momento dijiste sobre nuestra madre, ¿eran verdad?

La voz del padre se hizo suave:

—Cada palabra, Jean, era verdad. Y por favor, recuerden: hablé en esa forma de todos vosotros como niños pequeños, no como sois ahora.

—Entonces..., yo traté de preguntártelo hoy, pero tú evitaste que lo hiciese..., ¿por qué es preciso que te degrades a ti mismo con esa mujer llamada Stanley?

—Porque, Jean, dieciocho años constituyen un luto demasiado largo. Las flores están muertas. Miss Stanley es vulgar, lo comprendo.

Una oscura sonrisa pobló la boca de Manning. Después añadió:

—Pero yo la encuentro estimulante. ¿Habré de recitarte a Browning?

Y Manning comenzó a hacerlo con estos versos:

*¿Qué es en el hombre la edad? Nada. Todo lo que precisa es apresurarse más;
realizar en un solo día lo que en su juventud realizaba en un año;
y cuando el trabajo nos resulta ingrato, entonces es porque ya somos demasiado viejos,
porque ¿qué edad tenía Matusalén cuando engendró a Saúl?*

—Aunque espero que ya no habrá nuevos hijos —añadió Manning delicadamente.

—Eso ya está fuera del texto —dijo Crystal, esforzándose por aparecer decepcionada—. Porque Browning era un hombre joven cuando escribió eso.

—Y yo tengo cincuenta y uno —le replicó sonriendo su padre—; quizá dos o tres años más joven que tu último marido.

El rostro de Crystal palideció. Lo mismo ella que Bob trataron de dar la impresión de que no habían oído lo que Jean había dicho de Irene Stanley.

—Todos nosotros sabemos, papá querido —observó suavemente Crystal—, que ninguno podemos competir contigo en replicar. Pero ¿es acaso necesario que nos insultes?

—¿Insultarte a ti, querida mía? —Manning estaba sinceramente sorprendido—. Nunca he querido insultarte, créeme.

—Entonces, ¿por qué nos estás diciendo todo esto?

—Porque —contestó Manning— probablemente algo me ocurrirá de aquí a mañana, lo más tardar, y quiero asegurar vuestro futuro, el de todos vosotros, por si no me volvéis a ver más.

Se produjo un silencio de muerte, interrumpido solamente por el repicar de la lluvia en el exterior.

Jean y Davis cambiaron miradas sorprendidas. Bob estaba con la boca abierta, mirando al techo. Crystal miró a su padre cual si todo aquello fuese una especie de broma de mal gusto.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo? —preguntó Crystal.

—¿No volver a vernos más? —dijo Bob, forzando las palabras con incredulidad.

—Por el momento, olvidaos de que he dicho eso —arguyó Manning—. Tratad de olvidarlo. Míster Betterton, que, como sabéis, es mi abogado, me telefoneó que no puede llegar aquí hasta las nueve de la noche. Sin embargo, todavía no precisamos de él. Vamos, mejor, a concretarnos en tratar de vuestro futuro.

Manning se recostó en su butaca, volviendo a juntar las puntas de los dedos, con sus vividos ojos azules entreabiertos, pero manteniendo concentrado todo su imponente aspecto.

—Empecemos primero por ti, Crystal. Tú eres la mayor.

—Papá, insisto en saber... —dijo Crystal temblorosa, mientras sus ojos trataban de contener las lágrimas.

—No creo —dijo Manning— que tenga que preocuparme por ti económicamente. Tú, o quizá mejor, tu abogado, podéis demostrar verdadera genialidad para obtener asistencia económica. Si verdaderamente ambicionas una de esas fincas en Sandy Beach, junto a la bahía —y apuntó con una seña hacia la parte posterior de la casa—, ¿por qué no la compras tú misma?

Crystal quedó sorprendida.

—¿Comprar?...

Su padre se echó a reír.

—Tú eres muy consciente, Crystal. El hecho es que simplemente nunca se te ha ocurrido, ni siquiera una vez en tu vida, comprar algo para ti cuando te parecía posible encontrar un hombre que te lo comprase con su dinero. Sin embargo —añadió dudando—, quizá te esté juzgando erróneamente incluso ahora. En cuanto a ti, Bob...

Bob, con las manos sobre las rodillas y la mirada clavada en el suelo, hizo un ruido confuso.

—Mira, papá —dijo, realizando un esfuerzo—, tú no me comprendes. Yo tampoco te comprendo a ti. ¿Podríamos dejar esto?

—Desgraciadamente, no. Tienes veintidós años. Y es preciso que decidas lo que vas a hacer de tu vida. ¿Por qué dices que yo no te comprendo?

La voz de Bob luchaba por salir de su reseca garganta.

—¡Libros —gritó—, libros y libros! Si alguien no se interesa un ápice por los libros, tú lo miras como si se tratase de una persona sucia, con verdadero asco.

—Lo siento, Bob, pero estábamos hablando ahora de tu porvenir. ¿Acaso crees que podrías triunfar como jugador profesional de *base-ball*?

Después de meditar unos veinte segundos, Bob levantó la cabeza y dijo contundentemente:

—No. No soy bastante buen jugador para eso.

El esfuerzo que tuvo que realizar para llegar a confesar esto quizá solamente Norton lo comprendió. Norton hubiera querido decir algo que aliviase la amargura de Bob, pero este tenía el rostro vuelto en otra dirección.

—Entonces, ¿puedo hacerte otra sugerencia? —preguntó Manning—. Supongamos que te establezco con un garaje, del tipo más moderno, como único propietario.

Toda la humanidad física de Bob dio vuelta en la silla por efecto del asombro.

—Tú no dices eso en serio —dijo con incredulidad.

—¿Es que acaso un hijo mío —preguntó suavemente Manning— puede ser demasiado orgulloso para trabajar con sus manos? Estaba tan seguro de que aceptarías que ya he comprado el garaje. Míster Betterton traerá los documentos ésta noche.

Bob abrió la boca y la volvió a cerrar. Se humedeció los secos labios. Su rostro parecía ahora que se había llenado completamente de pecas.

—Escucha, papá, es que nunca pude creer...

—¿Y por qué no me hablaste francamente?

Bob escabulló responder, como escabullía situaciones similares. Además, otros pensamientos estaban apoderándose de su mente.

—Bueno... Olvidemos eso del garaje —murmuro—. ¿Qué es eso de no volver a verte?

—Sí, ¿qué es eso? —dijo a su vez Crystal.

Pero Manning no prestó atención a esas preguntas. Nuevamente había adoptado la actitud fría e impersonal de un juez.

—Finalmente —dijo Manning—, nos corresponde tratar ahora sobre el porvenir de la más joven de los hermanos: Jean.

Sentado en el sofá, Huntington Davis tenía echado su brazo afectuosamente sobre los hombros de Jean.

—Perdóneme usted, señor —dijo Davis con dignidad—, pero no necesita usted preocuparse por el porvenir de Jean. Yo estoy en condiciones de hacerme responsable de su futuro.

—¿Y puede asumir usted esa responsabilidad ya? —preguntó Manning, cargando sus palabras de sarcasmo—. Conozco la posición de usted en las oficinas de su padre, y por eso lo dudo mucho...

—Pero —replicó en tono análogo Davis— es que yo también conozco la situación económica de usted, y cuando usted nos abandone...

—¡Oh! ¡Cállese! —protestó Crystal, irguiéndose en su sitio y tropezando con la mesa de los cócteles—. Usted habla tal como si papá estuviese a punto de morir...

—Quizá lo esté —dijo otra voz.

Jean lanzó un grito. Pero cuando todos se volvieron a mirar hacia la puerta del vestíbulo la tensión pareció aminorarse.

Ninguno había oído el ruido de un taxi que acababa de llegar a la puerta de la residencia. Tampoco oyeron que la puerta se había abierto y cerrado ni el ruido de pasos en el vestíbulo ni el producido en el perchero al colocar en él, alguien que había entrado, un impermeable y un sombrero chorreando agua.

En el marco de la puerta apareció un hombre pequeño, fornido, de unos cincuenta años de edad. Su cabello negro era espeso y estaba peinado meticulosamente. Tenía el rostro cuadrado, cuidadosamente afeitado, y daba la impresión de ser poco comunicativo, con una mirada aguda asomando por encima de los lentes. La primera impresión de Norton fue que jamás le gustaría jugar una partida de póquer con aquel hombre.

—Hola, míster Betterton —dijo Jean con naturalidad.

Howard Betterton, el abogado de Manning, sonrió débilmente.

—Siento presentarme tan melodramático —dijo el abogado, cual si tratara de pedir disculpas por su presencia—, pero creí que debía presentarme así en vista de lo que se encuentra en el vestíbulo...

Fueron unos instantes terribles en las imaginaciones de todos los presentes.

—No, no es nada aterrador —les dijo Betterton secamente cuando le pareció que la impresión recibida por aquellas gentes había sido muy fuerte, aunque no supiesen de qué se trataba.

—Bueno, ¿y qué es lo que hay en el vestíbulo?

Norton nunca pudo después recordar quién había hecho tal pregunta.

—Al pie mismo de la escalera, donde cualquiera puede tropezar con ella —replicó Betterton—, alguien ha dejado abandonada una vieja maleta inglesa, cubierta con etiquetas de hoteles y transportes extranjeros, y encima de la maleta hay un revólver de calibre treinta y ocho.

—¡Un revólver! —exclamó Crystal—. Eso es imposible...

Todos comenzaron a protestar, cual si la presencia de un revólver en aquel lugar fuese tan imposible como la de un león fugitivo.

Sir Henry Merrivale, que durante toda la conversación se había mantenido en silencio, con los ángulos de la boca caídos, empezó de pronto a removerse en su butaca tratando de incorporarse.

—¿Saben ustedes? —dijo—. Creo que esa maleta me pertenece. Pero lo que me pregunto es cómo, en nombre de Satanás, ha llegado aquí.

En respuesta a varias miradas interrogadoras que le dirigían, Manning dijo:

—Lo ignoro. ¿Y qué me dicen ustedes del revólver?

—Sir Henry —llamó Norton en fría, pero significativa forma.

—¿Qué?

—Esta tarde, durante el... *asunto* del Subterráneo —preguntó Norton—, acaso distraídamente, ¿no le quitó usted el revólver al policía?

—Honradamente, hijo mío, no se lo quité —replicó sir Henry con el tono más sincero. Después pareció sentirse fastidiado consigo mismo y añadió—: Sépalo usted: nunca pensé quitárselo.

Acto seguido, se marchó precipitadamente hacia el vestíbulo, al tiempo que el abogado Betterton, con su severo traje oscuro y corbata negra, se dirigía lentamente a través de la estancia hacia una butaca.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el abogado—. ¿Qué es lo que ha dejado sobresaltados a todos?

—Se lo diré a usted —dijo Jean—. Yo desafiaré a papá, aunque nadie más se atreva a hacerlo.

—¡Jean! —la atajó secamente su padre.

Pero nadie podía detener ya a la muchacha. Se puso en pie en medio del salón, con la rubia cabellera agitándose por el temblor que dominaba todo su cuerpo.

—Él se va a marchar con esa Irene Stanley —dijo la voz clara de Jean, dominando el ruido de la lluvia—. Y lo que es más, *él* se va a convertir en humo y desvanecerse delante de todos nosotros —añadió, repitiendo las bruscas palabras que había escuchado por la tarde.

Crystal miró asombrada alrededor del salón.

—Esta pobrecita muchacha está embriagada —dijo Crystal con aire de indiferencia.

—¡Jean! —intervino Bob—. Tómallo con más calma, serénate...

—Pero si eso es precisamente lo que *él* se dispone a hacer... —insistió Jean, mirando a su padre—. ¿No es así?

En ese momento, sir Henry apareció en la puerta de la estancia para tener más luz, y se puso a examinar el revólver. Norton le observó, aunque nadie más entre los presentes pareció prestarle atención. El revólver no era un Colt 38, de los usados por la Policía, como Norton había creído. Más bien parecía un viejo Smith & Wesson, de funcionamiento simple y color azulado.

Sir Henry, para ver mejor, se puso de espaldas y abrió el tambor del revólver. Por el resplandor metálico de las balas vio que estaba cargado.

—¿Verdad que te marcharás? —volvió a repetir Jean, interrogando desafiante a su padre.

—Esfumarse delante de todos nosotros..., vamos —dijo sarcásticamente Crystal. Pero su mentón estaba temblando. Miró a Manning y añadió—: Desde luego, todo esto es una histérica tontería, ¿verdad?

—No, querida mía —replicó Manning—; lo que Jean dice es la pura verdad.

Sir Henry volvió a cerrar el tambor del revólver con un golpe seco.

—Mejor es que sepáis lodo —continuó Manning—, para el caso de que creáis que estoy muerto o herido. Aunque eso es lo único que sabéis, a menos que hayáis adivinado algo más sobre mis planes.

Al decir esto, sus ojos azules se clavaron en Jean interrogadoramente.

—No; yo no he adivinado nada —dijo Jean, añadiendo bajo la persistente mirada paterna—: Esa es toda la verdad.

—Muy bien. Esto me parece satisfactorio —replicó Manning.

Palmoteándose las rodillas, Manning se levantó de la butaca y miró en torno con una extraña sonrisa.

—Lo que voy a hacer —añadió— es hasta cierto punto peligroso, pero en cierta forma es absolutamente simple. Nadie lo sabe, excepto yo mismo. El secreto está encerrado aquí —y señaló su frente—. ¿Me acompaña usted, sir Henry?

Sir Henry, que se había arreglado para esconder el revólver, observó a Manning con aire de duda y las manos puestas en la cintura.

—Claro que voy —dijo—. Usted me desafió. Ahora dígame: ¿de dónde va usted a desaparecer?

—¡Ah! —Manning sacudió su cabeza—. Creo que eso ya sería decir demasiado.

—Muy bien. Entonces, ¿cuándo va usted a desaparecer?

Una oleada de emoción asomó al rostro de Manning, pero la reprimió inmediatamente. Por su parte, sir Henry descubrió en Manning destellos de afecto y esperanza hacia sus hijos al mirarlos, sin importar lo que hubiese jurado sobre ellos, revelando así que, indiscutiblemente, los quería.

—¡Oh! Yo desapareceré cuando todos ustedes menos lo esperen —contestó Manning, y añadió—: Vamos a cenar.

¡Míster Norton! ¡Míster Norton!

Como bajo un choque, Norton despertó de su sueño profundo, pero inquieto, abriendo los ojos a un día brillante de sol. Pasaron varios segundos antes que se diera cuenta exacta del lugar donde se encontraba.

Se hallaba en un vasto dormitorio en la parte posterior de la casa, y vestía un pijama de Manning. El dormitorio lo compartía con sir Henry Merrivale. En ese momento, entre las camas de Norton y sir Henry se encontraba en pie un hombre de ancha espalda, pequeño y con una chaqueta blanca.

El recién llegado, con una alegre mueca en el rostro, sostenía en sus manos una gran bandeja con el desayuno.

—Yo soy Stuff y —dijo el recién llegado en un tono como si se dispusiera a hablar interminablemente—. Hace ya veintiún años que trabajo con el señor Manning. Sí, señor; él es mi jefe actualmente. Aquí está su desayuno.

—Gracias —dijo Norton, sentándose en la cama y colocándose sobre las rodillas la bandeja cargada de alimentos—. ¿Qué hora es?

—Son las ocho —dijo Stuffy con aire de advertencia, cual si Norton hubiese estado durmiendo hasta media tarde.

Se hubiera dicho que Stuffy era un hombre de mediana edad, con el rostro acartonado y los ojos brillantes y entusiastas. Pero el reumatismo le envejecía, sumándose a esto el cabello completamente blanco.

—Miss Jean —añadió Stuffy— dice que desea que usted vaya a la piscina cuando haya terminado su desayuno.

Al decir esto, Stuffy echó unos calzones de baño sobre la cama. Después, con tono de conspirador, añadió:

—¿Dónde está Hank?

—¿Quién es Hank?

Stuffy pareció inquietarse por algún oculto misterio.

—¡Oh Dios! —dijo—, nosotros no le llamamos *sir Henry*. Cuando yo le conocí, de lo cual hará, déjeme ver, unos doce o catorce años, yo me estaba entrenando en Jacksonville. Pero... no se lo diga usted a nadie; yo lo guardo secreto. Le veré a usted más tarde...

—Muy bien. Secreto absoluto —replicó Norton, preguntándose qué clase de secreto podría ser aquel.

Este criado debía de ser aquel antiguo jugador de pelota del que les había hablado Jean. Norton, que en su juventud, y siendo estudiante, no había pasado de ser un

mediano jugador, no recordaba semejante apodo. Pero en el momento en que Stuffy se dirigía a la puerta para marcharse, surgió una idea en la mente de Norton y le llamó.

—¿Se ha marchado el señor Manning?

—¿Si se ha marchado?

—Sí, si ha desaparecido.

—¡Por el santo Moisés! —murmuró Stuffy en tono de reproche—. No debía usted darme esos sustos. El señor Manning no se ha marchado, porque hoy no tiene que ir a la oficina. Está entreteniéndose cortando hierba en el parque.

—Era una ocurrencia mía. Lo siento —terminó diciendo Norton.

La puerta se cerró tras Stuffy.

Norton miró hacia la cama de sir Henry. Las ropas estaban echadas hacia los pies y sobre ellas había una bandeja de desayuno, brillante de limpieza y llena de alimentos múltiples. Detrás de otra puerta cerrada, que daba paso al baño, Norton oyó el ruido de una ducha acompañado de gruñidos y exclamaciones que le hicieron sospechar si quien estaba bañándose no sería el propio dios Neptuno, aunque no tenía dudas de que quien estaba en el baño era, simplemente, sir Henry.

Recostándose en la cabecera de la cama, Norton experimentó el deseo de no haberse mezclado nunca en todo aquel conflicto. Crystal estaba al borde de un ataque de histeria, y Jean no se sentía mucho mejor después de la cena de la noche pasada. Con la más perfecta claridad, Norton recordaba la voz de Crystal diciendo:

—Si nunca más vamos a volver a verte, ¿qué importa si lo que vas a hacer es simplemente un *truco* para esfumarte?

Y recordaba también a Manning, diciendo en tono mesurado:

—No espero afecto alguno de ninguno de vosotros. ¿Por qué habría de esperarlo?

Mientras desayunaba, Norton alejó de su mente otras escenas similares. Se sorprendió así mismo de que todavía en Norteamérica se pudiese lograr cuanta comida se desease: tocino y huevos, pan blanco y otros manjares. En cuanto a Crystal, la infernal y desconcertante Crystal...

Al llegar aquí en sus meditaciones, se abrió la puerta del baño y a través de ella, en plena grandeza, cruzó sir Henry en traje de playa. Víctima del asombro, Norton se atragantó con el café que estaba sorbiendo. El traje de baño, que era un modelo de circo del año 1910, tenía anchas rayas horizontales, alternadas en encarnado y blanco. Las mangas eran muy cortas, sobresaliendo apenas de los hombros, y los pantalones se ceñían apretadamente a las piernas hasta las rodillas. Sir Henry tenía ancha espalda y fuertes brazos y piernas: caminaba avanzando su gran humanidad en blanco y rojo, como si fuese el buque almirante de Nelson dispuesto a entrar en combate.

El gran hombre lanzó un estornudo.

Después se contempló detenidamente en un espejo grande, tosió y adoptó una actitud mayestática a los pies de la cama de Norton.

—Voy a nadar en la piscina —anunció solemnemente.

—Ya..., ya... lo veo...

—¿Qué le ocurre a usted, hijo mío? —dijo amoscado sir Henry—. ¿Qué demonios ve usted de raro?

—Pues bien —replicó Norton con franqueza—: ¿ha conservado usted ese traje durante tantos años en naftalina o es que se los fabrican especialmente para usted?

—Me los fabrican especialmente —dijo sir Henry con aire de superioridad—. Me gustan las modas antiguas.

Señaló la vieja maleta inglesa, que tenía su nombre escrito con letras rojas sobre una etiqueta de cartón. Pero, en este caso, el nombre no era el de sir Henry propiamente dicho, sino que decía simplemente con mayúsculas: YO.

—Es cosa estupenda —dijo ser Henry— el que yo haya recuperado mi maleta. Me gusta mucho mi vieja navaja de afeitar.

—Sí —dijo Norton, mirándole a los ojos—, usted recuperó su maleta. Pero lo que nadie sabe es cómo llegó aquí, porque primero la encontró el cocinero en la cocina, y encima de ella estaba el revólver. La criada, como naturalmente hacen siempre las criadas, la puso en el sitio más estratégico para que alguien tropezase en ella y se cayese. Pero lo que nadie confiesa es que ese revólver sea suyo o que lo hubiese visto. A propósito, ese revólver ha sido puesto en un cajón sin llave en la biblioteca.

—Bien...; ahora... —sir Henry hizo un gesto indignado—, ¿es que va usted a quedarse todo el día en la cama o va a venir a la piscina conmigo?

—Iré a reunirme con usted tan pronto me afeite y me bañe —prometió Norton.

Empujando a un lado la bandeja del desayuno, se dirigió a una de las dos ventanas del cuarto que daban a la parte posterior de la casa.

Ni un solo ruido ni un solo movimiento se percibía, tanto en la casa como en el campo. Era un suave día de verano, maduro, saturado de la fragancia de la hierba y de los árboles; templado, sin llegar a ser caluroso. En algunos puntos, la hierba brillaba, por efecto del sol, sobre la lluvia que había caído durante más de la mitad de la noche.

Detrás de la casa se extendía una terraza de césped en la que había sillas metálicas. Desde ella, bajando apenas dos peldaños, se llegaba a la propia piscina, rodeada también de hierba. La piscina, hecha de piedra gris, no de mosaico, tenía unos dieciocho metros de longitud por doce de anchura. Sus lados se extendían paralelos a la parte posterior de la casa. Más allá de la piscina, pasando otra ancha franja de césped, había unos macizos de plantas en larga hilera.

Un corto, pero ancho camino, conducía a una fila de casetas de baño. Cerca de ellas, dos postes con letreros pintados de blanco indicaban: *Señoras*, el de la derecha, y *Caballeros*, el de la izquierda.

El sol, viniendo del Este, iluminaba el agua de la piscina, a un extremo de la cual había un trampolín para saltar. Todo era verdor y fragancia manando intensamente de un espeso bosque que se extendía más allá de las casetas de baño.

—No tenemos prisa —dijo Norton—. No ha llegado nadie todavía.

Pero cuando, veinte minutos más tarde, se acercaron a la piscina, comprobaron que ya había allí alguien.

El eficiente Stuffy había dejado para ellos sandalias de corcho con la puntera de piel. Norton llevaba unos pantalones negros de baño, y sir Henry cubría su extravagante traje con una bata blanca, todo lo cual le daba el aspecto de un malvado emperador romano. Salieron de la casa por una puerta posterior, dirigiéndose a la piscina, cuando oyeron la voz de Jean que los saludaba:

—¡Hola, amigos!

A este saludo se sumaron las voces de Davis y Betterton.

Del otro lado de la piscina, Jean estaba trotando como una nadadora profesional, al propio tiempo que se ajustaba su gorro de baño. Jean reía. Su traje de baño era de dos piezas y de un color intermedio entre el rosa y el púrpura, lo que hacía resaltar el tostado dorado de su piel. A su lado corría Davis, atlético y esbelto, ennegrecido como un indio, vistiendo pantalones de baño escarlata. Jean y Davis parecían dos figuras escapadas de la portada de una revista en colores.

Detrás de ellos, vistiendo un traje de baño poco menos anticuado que el de sir Henry, corría también el abogado Betterton, con una pelota de polo acuático en sus manos.

Jean se detuvo cerca de los macizos de plantas. Aunque había sombras profundas en sus ojeras, su aspecto era cual si nada hubiese ocurrido la noche anterior capaz de sobresaltarla.

—Recuerde —le gritó a Norton al otro lado de la piscina—: solo disponemos de quince minutos para nadar. Después jugaremos al tenis. Quizá más tarde volvamos a nadar.

—Y tú recuerda también —le dijo Davis a Jean— que yo perdí hoy un día de oficina solo por complacerte...

Nadie se preocupó del trampolín: por el contrario, fueron poco a poco lanzándose al agua desde las orillas de la piscina.

Jean se puso en pie en el mismo borde, mientras echaba una amorosa mirada a Davis, que estaba a su lado.

—*Criss* —dijo ella en tono de desafío.

—*Cross* —replicó Davis alegremente.

Ambos se lanzaron simultáneamente al agua, componiendo con sus figuras una hermosa estampa deportiva y desapareciendo en el fondo de la piscina.

—Yo soy más precavido, señores —dijo el abogado Betterton.

Arrojó primero la pelota a la piscina y después se quedó en pie en la orilla, contemplando temerosamente el agua.

—Es usted muy audaz —le dijo irónicamente sir Henry—. ¿Para qué hace usted ejercicios tan enérgicos?

—No sé —replicó el abogado—. Quizá para conservarme fresco y ágil en el trabajo. El trabajo lo es todo; o, por lo menos, eso es lo que nos dicen...

Betterton hizo primero una mueca y después sonrió. Era pequeño, robusto y velludo; pero, sin los lentes, parpadeaba constantemente. Metió con cautela un pie en el agua para probar si estaba demasiado fría. La encontró agradable. Desde la noche anterior, Norton había tenido sobradas razones para admirar el tacto del abogado no menos que su rostro inexpresivo como si fuera de madera.

—¡Ah! Muy bien... —dijo Betterton—. Tendremos tenis dentro de quince minutos. Perdóneme.

Diciendo esto y cogiéndose las narices sin perder un ápice de dignidad, avanzó unos pasos y se arrojó de bruces en la piscina, produciendo su caída estrépito y agitación en el agua.

—¡Sir Henry! —gritó Norton.

—¿Qué? —replicó el inglés.

—Hablo ele Manning. ¿Cuándo va a desaparecer? ¿Y *dónde* va a desaparecer? —Norton miró a la piscina y un pensamiento absurdo le vino a la mente—. ¿No se imagina usted...?

—No me imagino nada, hijo mío —replicó sir Henry. El viejo maestro estaba también sumamente preocupado—. Respecto a sus ideas, nada creo. No va a desaparecer en pleno día, inmediatamente después del desayuno. Para hacer eso son precisas las sombras y hasta unos búhos revoloteando sobre la escena, como en el famoso caso de *La lámpara de bronce*.

A tres metros de distancia detrás de ellos se encontraba sobre la hierba una silla-columpio de campo, color naranja y provista de una cubierta contra el sol. Ni sir Henry ni Norton sentían ansia alguna de entregarse al deporte hasta el agotamiento, aunque ninguno de ellos lo confesara. Y cual si se hubieran puesto de acuerdo por telepatía, los dos se apresuraron a sentarse en la silla-columpio, de cara a la piscina.

—Prepárate —gritó Davis en la piscina, dirigiéndose a Jean.

Con el brazo lanzó la pelota, blanca y brillante, a Jean, que se encontraba al pie del trampolín, sujetándose a este con una mano. Betterton se mantenía a flote sobre el agua plácidamente como un tranquilo eclesiástico.

Norton, desde que había visto a Jean en traje de baño, ya se sentía menos inquieto por su parecido con aquella otra persona. Porque el cuerpo de Jean era aún menos maduro, menos... No obstante, la imagen continuaba presente en él, pues la noche precedente había estado pensando en la persona que menos debiera haber ocupado su pensamiento: la mimada y egoísta Crystal.

—Y digo yo, hijo mío —dijo sir Henry como cazando un volátil pensamiento—, ¿dónde está Manning esta mañana? ¿Le ha visto usted?

—No. Stuffy dijo que estaba cortando hierba. Respecto a otras cosas que pueda hacer...

—*En cuanto a otras cosas que yo pueda hacer* —interrumpió la voz del propio Manning—, *puedo asegurarles que son muy pocas*.

Manning se había acercado tan silenciosamente a ellos, caminando con sus

sandalias de corcho, que su aparición fue tan sorprendente como la de un fantasma.

Pero Manning era un fantasma muy sólido. Llevaba su acostumbrado sombrero panamá y su traje blanco de alpaca. Al cuello llevaba anudado un pañuelo de seda, como un caballero campesino. Cubrían sus manos unos guantes de algodón, de jardinero, y empuñaba unas largas tijeras de podar.

Manning abrió y cerró en el aire las tijeras, como si quisiera decapitar con ellas a una mosca que pasó volando.

—Puedo asegurarles —dijo, mirando su reloj de pulsera— que aún pasarán varias horas antes que ustedes tengan algo que temer. Mientras tanto, ¿no van a nadar un poco?

—¿Usted tampoco? —preguntó sir Henry.

—No. Ahora díganme ustedes si un hombre que esté en su cabal juicio, ¿debe actuar como una loca sirena, cuando puede estar sentado, tranquilamente, leyendo? ¿O bien quemarse la piel con el sol, de manera que hasta ponerse la camisa le resulte una tortura?

En la piscina continuaba el juego de pelota. Manning estaba de espaldas hacia aquella, frente a sir Henry. Norton pudo ver por un momento el rostro de Jean, que ya no sonreía. Parecía más bien sorprendida y casi horrorizada. Después se lanzó violentamente a cazar la pelota sobre el agua.

—Dígame, hijo —aventuró sir Henry—: anoche, durante la cena, tuvo usted una larga conversación telefónica con Nueva York. Cuando usted regresó a la mesa, parecía igual que un gato que acabara de tragarse un canario. ¿Acaso está dentro de las reglas de nuestro juego permitir preguntarle qué conversación fue esa?

Manning le miró de manera inquisitiva.

—Puestas las cosas así —replicó Manning—, también usted hizo una llamada telefónica a Nueva York, en lugar de recibirla. Y perdóneme, pero sentí también curiosidad por ver el número que usted anotó en la carpeta. Era el de un teléfono del Bronx.

Sir Henry adoptó un aire serio, reseco, como si estuviera fuera de este mundo.

—Eso nada tiene que ver con el otro asunto —dijo—; honradamente, es ajeno a él. Yo le decía ayer al joven Norton...

—¡Santo cielo! —exclamó Manning—. Miren allí...

Manning estaba mirando a la parte posterior de la casa, para lo cual había avanzado unos pasos. Los otros dos se unieron a él.

Manning lo mismo podría estar señalando a una silla en la terraza, enfrente, y que se parecía a todas las demás sillas, como también podía señalar a una parecida a la silla eléctrica del presidio de Sing Sing.

Pero, de hecho, Manning señalaba hacia una figura que acababa justamente de surgir en la puerta de la casa. Esa figura era Crystal, que vestía una ligera capa de playa encima de su traje de baño. Detrás del grupo se oía el ruido del agua producido por los nadadores. No se sabe por qué, pero lo cierto es que las gentes que están

dentro de una piscina siempre se sienten locuaces como franceses.

—Otro chapuzón, míster Betterton —decía Jean—; después nos vamos. ¿Estás listo, Dave?

—Casi lo estoy —contestó Davis.

Manning estaba todavía contemplando a Crystal al pie de la casa pintada de blanco con ventanas verdes, que ahora brillaban al sol matutino.

—Nunca, desde que era niña —dijo Manning—, supe que esta mujer se levantase una sola vez antes de las once y media. Les aseguro que debe de ocurrir algo extraño para que hoy madrugase tanto. ¿Qué es lo que la atrae aquí?

Después de esto, los acontecimientos comenzaron a producirse. Y a producirse rápidamente.

Puesto que en un relato de esta naturaleza es preciso dejar sentado que *alguien* está diciendo la verdad, tendremos que observar estas escenas a través de los experimentados ojos de Norton.

Primero, Norton escuchó un ruido. Era lejos, más allá de la casa y probablemente en la carretera de Elm, que conducía a la estación del ferrocarril. El ruido era como el débil lloriqueo de un niño; después aumentó y fue como un aullido que iba acercándose; finalmente, cesó, al parecer, cerca de la puerta principal de la casa.

Manning, con la sorpresa relajada en el rostro, había ido retrocediendo hasta encontrarse en la propia orilla de la piscina.

Era evidente que conocía bien aquel sonido. Eran las sirenas de las motocicletas de la Policía.

—Creo —dijo Manning— que esto es más temprano de lo que yo esperaba.

Inmediatamente se volvió hacia sir Henry.

—Quiero que acepte esto —dijo, poniendo gravemente las tijeras en la mano de sir Henry— como un pequeño recuerdo. Quizá no vuelva a verle a usted en algún tiempo.

Después, vestido tal como estaba, Manning se arrojó de cabeza a la piscina.

Sir Henry se quedó inmóvil.

Por una vez, a sir Henry Merrivale, el viejo maestro, le habían cogido desprevenido, como si le hubieran dado un golpe inesperado. Seguidamente, su rostro pareció distenderse y sus ojos parpadearon tras las grandes gafas.

El sombrero panamá de Manning flotaba coquetamente sobre la superficie del agua, muy cerca de una de sus sandalias de corcho.

Fuera de la piscina, casi a los pies de Norton sir Henry, surgió del agua el rostro plano del abogado Betterton.

En el mismo instante, en la otra orilla, Jean y Davis salían juntos de la piscina, agitando alegremente las cabezas.

—Ya es hora de salir, míster Betterton —gritó Jean.

Evidentemente, ninguno de los nadadores había oído las sirenas de la Policía ni vio a Manning arrojarse a la piscina. Jean y Davis, chorreando agua al salir a tierra,

empezaron a correr por el campo hacia las casetas de baño, en el mismo momento en que la chaqueta de Manning aparecía flotando en la superficie de la piscina, seguida por sus pantalones.

El abogado Betterton, un poco aterrado, se agarró a los tobillos de Norton y dijo:

—Me pareció que un cuerpo desnudo pasó como una flecha a mi lado en el momento en que yo estaba explorando el fondo de la piscina. Me quedé pensando...

—¡Salga de la piscina! ¡Salga de la piscina! —gritó Norton al abogado.

Echó un vistazo enfrente y vio que Jean y Davis estaban corriendo de regreso. Jean se había quitado el gorro y sacudía su rubia cabellera mientras Davis se apartaba el pelo mojado que le caía sobre los ojos.

Betterton, chorreando agua como un oso polar logró salir de la piscina, sentándose al borde con los pies dentro del agua.

Jean y Davis se pararon cerca, mirando con extrañeza a su alrededor. En el mismo instante Crystal, con su capa de baño parecida a un florido quimono, apareció al otro extremo de la piscina.

Luego, repentinamente, todos se dieron cuenta de lo que había ocurrido.

El agua, agitada, resplandecía bajo el fuego del sol. Durante un breve instante, una sandalia con suela de corcho flotó a cada lado del sombrero panamá, como si las tres prendas estuviesen representando al propio Manning. Sus otras ropas que ahora incluían el pañuelo de seda y un par de calzoncillos, flotaban también junto a aquellos.

Los ojos de cinco de los presentes estaban fijos en aquellas ropas. Solamente sir Henry, cuya mirada avizora había estado recorriendo las orillas de la piscina desde el principio, no miraba a aquellas ropas. Sin embargo, seis personas se mantenían inmóviles, como paralizadas, en un vacío de silencio.

Quizá fue Jean quien primero se dio cuenta y extendió un brazo para señalar algo. Pero Betterton, respirando fatigosamente, fue el primero en hablar, y lo hizo lentamente.

—Ya lo hizo —dijo.

Hubo una pausa.

—Y lo que es más —dijo Davis, señalando hacia la casa—, la Policía está ahí.

Por una esquina de la casa, del lado del campo de tenis, se acercaban tres hombres. El primero vestía de paisano. Los otros dos, que caminaban un poco detrás de él, vestían de uniforme.

Davis, comprendiendo que se había comportado demasiado superficialmente, trató de mostrarse preocupado, sentimiento que en realidad no experimentaba.

—Quizá —gritó— míster Manning ha sufrido un accidente. Quizá se golpeó la cabeza contra el fondo de la piscina. Yo me sumergiré y...

—Estese usted quieto —dijo en voz baja sir Henry, palabras que dejaron a todos petrificados, con excepción del abogado Betterton—. No quiero que ninguno de ustedes diga una sola palabra hasta que yo se lo indique.

—Mis lentes —gemía Betterton, moviéndose sobre el campo—. Dejé mis lentes en la caseta de baño. Todos dejamos allí nuestras ropas para ponernos después las de jugar al tenis. Yo no puedo hacer nada sin mis lentes.

El hombre velludo, con su traje de baño oscuro, corrió hacia el otro lado de la piscina, al propio tiempo que los recién llegados se acercaban.

Llevando su sombrero en la mano y con aire tranquilo y afable, el fiscal general del distrito, míster Gilbert Byles, se acercó a Norton y sir Henry.

Pero este era el condado de Westchester. Por un instante, Norton se preguntó por qué míster Byles, que pertenecía al condado de Nueva York había venido donde no tenía autoridad. Después de hacerse esta pregunta, Norton volvió a mirar hacia la piscina igual que los demás.

El «fiscal general mejor vestido», como le llamaba la Prensa, no era un presumido ni tampoco un hombre de paja. Si realmente parecía mucho más viejo de lo que era, debíase a que había tomado su profesión con demasiada seriedad.

Era alto, tenía el cabello negro y en suficiente cantidad para no parecer calvo; sus cejas eran arqueadas y bajo ellas había unos ojos oscuros con un constante, aunque contenido, sentido del humor. Su rostro era enérgico y la barbilla afilada. Cuando vio a sir Henry se detuvo en seco y su expresión severa cambió por completo.

—¡Sir Henry Merrivale! —dijo míster Byles, haciendo una ostentosa mueca—. ¡Usted, viejo pecador!

—Hola, Gil —replicó el viejo pecador.

Sir Henry, recuperados sus aires de gran señor, con su bata de baño abierta para mostrar la dignidad de su corpachón y el traje de baño rayado como la piel de una cebra exótica, se cambió de la mano derecha a la izquierda las tijeras que le había entregado Manning y estrechó la diestra del fiscal.

—No sabía que estaba usted... —Byles se detuvo. Su mueca se desvaneció, junto con su sorpresa. Sus ojos agudos abarcaron en un segundo al grupo de inmóviles figuras que se hallaban al pie de la piscina—. ¿Está usted aquí invitado?

—Sí.

—¿Puede usted adivinar por qué he venido?

—¡Oh!, quizá hasta cierto punto.

—Quiero ver a míster Manning —dijo Byles, hablando con la boca contraída—. Tenemos motivos para creer que ha desfalcado cien mil dólares.

Ninguno de los presentes, incluyendo a sir Henry, Norton, Jean, Davis y Crystal, dijo una sola palabra. La cuestión de un desfalco no había sido mencionada la noche anterior, pero aquella fea palabra estaba ahora allí presente.

—Como se lo digo —prosiguió Byles—. Y eso que se lo advertí a tiempo.

—¿Se lo advirtió usted? —preguntó sir Henry—. ¿Y cómo?

—Le telefonee anoche. Le dije que yo estaría aquí —y Byles consultó su reloj, encontrándolo puntual— a las nueve y media. Le dije —el tono de Byles se hizo burlón, débilmente satírico, imitando el propio tono de Manning— que probablemente ya sería demasiado que tuviese que venir yo mismo en un automóvil y llevármelo detenido para interrogarlo. Comprendí que sería también ostentoso y de mal gusto el venir precedido por las sirenas de las motocicletas anunciándome. Pero yo tenía mis motivos para proceder así.

El tono del fiscal cambió como un relámpago.

—¿Dónde está Manning? —preguntó Byles.

Sir Henry pareció fastidiado.

—Bien, hijo mío; esa es una pregunta difícil de contestar. Se lanzó a la piscina allí mismo —y sir Henry señaló con las tijeras—; seguro, seguro que esas son sus ropas.

—Ya veo. ¿Y cuándo volvió a la superficie?

—Esa es precisamente la incógnita, porque no volvió a la superficie.

—¿Cuánto tiempo hace que se arrojó al agua?

—Pues hace ahora... unos cinco minutos.

La expresión de Byles volvió a cambiar nuevamente.

—¡Cinco minutos!... No hay hombre en el mundo que pueda estar cinco minutos bajo el agua, pues... —Byles se detuvo—. Yo busco a un desfalcador pero no quiero a un suicida.

—¡Oh hijo mío! —gruñó sir Henry, agitando en el aire las tijeras—. Si yo hubiese pensado que había sido un suicidio o un accidente o algo que no fuesen simples artimañas, todos nosotros nos habríamos arrojado al agua detrás de él en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué demonios está usted diciendo?

—Que él se arrojó repentinamente a la piscina y no volvió a salir. ¡Dios sea loado! Un hombre como él, con casi dos metros de estatura y completamente desnudo, si hubiera salido de la piscina por algún rincón, fatalmente tendríamos que

haberle visto. Pero...

—Pero ¿qué?

—Le apuesto a usted cien dólares contra un zapato viejo —replicó tranquilamente sir Henry— que no está ahora en la piscina.

El fiscal general Byles se quedó inmóvil, mirando fijamente a sir Henry.

En el cráneo de Byles comenzaron a aparecer pequeñas gotas de sudor. Su mandíbula estaba apretada, y movía el labio inferior, como si estuviese pensando simultáneamente muchas cosas. Pero el humor acabó volviendo a sus ojos oscuros.

—Muy bien. Supongamos que Manning está en la piscina —dijo Byles—. Pero no me va a exigir usted que yo crea en brujerías... —llamó a uno de los policías que le acompañaban—: O'Casey.

—Dígame, señor.

Fue la voz, no el nombre, lo que sobresaltó a Norton. Detrás del fiscal general se hallaban dos policías. Norton, con el corazón oprimido y a punto de desfallecer, se encontró súbitamente mirando en los propios ojos al policía que la tarde anterior había sido maltratado y despojado de su autoridad durante el tumulto del Subterráneo.

La verdad también es que el policía O'Casey tuvo desde el momento de su llegada el aspecto de un hombre que está deseando empezar a tiros con alguien, pero que no se atreve a hacerlo. Sus ojos habían estado clavados constantemente en sir Henry, que se mantenía tan suave e inexpresivo como un santón oriental. Cuando el policía O'Casey oyó la palabra *brujería* y seguidamente su propio nombre, ya no pudo contenerse.

—Señor —dijo con agria voz, dirigiéndose al fiscal—, ¿podría hablarle a usted en privado?

—Más tarde, amigo, más tarde. Quiero que usted...

—Pero es que se trata de algo importante, señor.

Intrigado y con paciencia extrema, Byles miró a O'Casey y accedió. Haciendo siniestros ademanes con las manos, el policía O'Casey se llevó al fiscal a cierta distancia.

Silenciosamente, caminando sobre el césped, Jean y Davis fueron a reunirse con Crystal al otro lado de la piscina. Seguidamente, los tres corrieron junto a Norton y sir Henry. Los tres primeros estaban profundamente inquietos, aunque por diferentes motivos, y trataban de hablar lo más bajo posible.

—Supongamos —dijo Jean, que era la más nerviosa de todos y tenía lágrimas asomándole a sus ojos— que a *él* le ocurrió un accidente. ¿Por qué no acudimos a salvarle?

—Tonterías, ángel mío —dijo Davis, protestando—. Además, ¿qué fue exactamente lo que ocurrió? —quizá por vez primera en su vida Davis sintió profundo respeto hacia Manning—. Por todos los diablos, ¿cómo logró el *viejo* realizar eso?

Crystal, que continuaba envuelta en su capa negra con flores doradas, dirigió una

mirada de extrañeza y curiosidad a Norton, sonrió en forma vaga y finalmente pareció enfrascarse en lejanos sueños, aunque todavía le preguntó:

—¿Oyó usted la acusación que acaban de hacer contra mi padre?

—Naturalmente...

—Si mi padre robó alguna vez más dinero del que pueda contener un cofrecito de ahorros de juguete, entonces me comprometo a abandonar a los hombres y meterme monja en un convento. Todo eso es ridículo —dijo Crystal.

—Estese usted quieta —le ordenó Norton con enfado—. Estoy tratando de oír lo que ése policía está diciendo al fiscal.

Pero Norton no podía oír al policía; solamente veía los frenéticos ademanes de aquel. En cambio, la voz bien modulada de Byles se alzaba claramente, al tiempo que echaba miradas de reojo a sir Henry.

—Bien —decía Byles—. Supongamos que, en efecto, criticó al Subterráneo. Eso lo hacen infinidad de personas.

Los ademanes de O'Casey se hicieron más agitados y Byles empezaba a impacientarse.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que «embruja las puertas»? —preguntó Byles, va un tanto hastiado.

La pantomima estaba haciéndose impresionante, El policía O'Casey empezó a moverse de un lado a otro, tratando de reproducir las proezas puestas en práctica por sir Henry en el Subterráneo. La mímica de O'Casey tomó después actitudes pugilísticas; sugirió la forma de un canguro y finalmente, girando con rapidez los brazos, parecía dar a entender que un millar de personas había rodado por la escalera de la Biblioteca Pública de Nueva York.

—Tonterías —exclamó Byles—. Sir Henry Merrivale es un personaje distinguido que ha hecho grandes realizaciones. Por tanto, no podía estar mezclado en un tumulto de ese género. Aunque lo hubiese estado —y esto lo dijo Byles como si ya supiese todo lo ocurrido—, estoy seguro de que la ciudad de Nueva York le disculparía. Ahora, venga conmigo.

Calladamente, el policía siguió caminando detrás del fiscal, yendo ambos a reunirse al grupo que se hallaba al pie de la piscina.

Norton se encargó de hacer las presentaciones. Byles saludó correctamente a cada uno de los que le iban presentando.

—Gracias, míster Norton —dijo Byles—. Mucha gente le recuerda a usted como el único corresponsal en el extranjero que nunca perdió la cabeza ni se puso histérico con los acontecimientos —después gritó—: ¡O'Casey!

—Se... señor...

—Tengo entendido que es usted uno de los campeones de natación en las fuerzas de Policía. Quítese, pues, las ropas, sumérgase en la piscina y procure encontrar a Manning.

Las orejas de O'Casey se pusieron coloradas como tomates.

—Escuche —replicó, tratando de evitar lo inevitable—. Leí una vez una historia...

Pero Byles le atajó:

—También la leí yo. Las estoy leyendo siempre...

—Sí, pero esta era sobre un individuo que desapareció en una piscina de natación también...

—¡Oh!

—Sí, señor. Solo que no fue de día, sino de noche, y nadie podía ver desde una orilla la otra orilla. Aquel individuo, quiero decir el asesino, no la víctima, se metió en el agua y salió de ella con un traje de buzo...

Al oír esto, sir Henry alzó los ojos al cielo y luego los cerró. Después comentó meditativamente:

—Sí; la más fantástica imagen que puedo evocar en este momento es la de Fred Manning sentado en el fondo de la piscina y vestido con un traje de buzo lanzando burbujas para entretenerse.

—Bien —insistió Byles—. Si usted, O'Casey, cree que se encuentra ahí, en el fondo, entonces arrójese al agua para capturarlo... Sí, sí; puede usted quedarse con las prendas interiores puestas...

—Le puedo prestar unos calzones de baño —dijo Davis servicialmente.

Davis y O'Casey corrieron a una caseta de baños en el momento en que se escuchaba una nueva voz. Era la del abogado Betterton.

—Buenos días, míster Byles —dijo el abogado, suavizando lo más posible su voz—. Creo que usted deseaba hablar con mi cliente...

Betterton vestía pantalones blancos de tenis, camisa y chaqueta de deporte. Tenía puestos los lentes y se había peinado con todo esmero.

—Buenos días, míster Betterton —replicó el fiscal.

Era como si dos duelistas estuviesen saludándose antes de empezar su combate.

—Pero temo que no podré ver a su cliente —añadió Byles con ironía—. Seguramente tendrá que encontrarlo antes la Policía.

—¡Oh! Lo ignoro —apuntó Betterton con vaguedad.

—Creo que debo decirle que ya nos hemos incautado de las oficinas de míster Manning...

—Antes que yo dé mi consentimiento para eso, creo que deberíamos tratar en privado los aspectos legales de la cuestión —interpuso Betterton suavemente.

Byles hizo un signo de aceptación y dijo:

—Después que terminemos con la búsqueda en la piscina quiero celebrar una conferencia privada con sir Henry Merrivale. Terminada esta, estaré a su entera disposición. ¿Complacido?

—Muy complacido —replicó Betterton.

—Muy bien. ¡O'Casey! —gritó Byles al policía, que ya estaba en traje de baño en la otra orilla—. ¡Arrójese al agua!

Así lo hizo O'Casey.

Los quince minutos siguientes fueron quizá los más agobiantes para los nervios de algunos de los presentes. De cuando en cuando la cabeza de O'Casey asomaba a la superficie para respirar, y después de tomar aire, volvía a sumergirse.

Contemplando la piscina de piedra, Norton pensó que no había lugar a creer que todo fue una simple superchería con más o menos ingenio. Las ropas de Manning flotaban ahora dispersas sobre el agua, como si a su vez también el cuerpo de Manning se estuviese desintegrando. No tenía nada de divertido aquello, sino que era horrible, y todos experimentaban ese sentimiento, excepto Crystal, que se había deslizado hasta ponerse junto a Norton.

—Muy malo todo esto, ¿verdad? —musitó ella—. Quiero decir que es muy desagradable, porque hoy no nos dejarán nadar aquí...

Como descuidadamente, dejó caer la capa que cubría su cuerpo. La piel de Crystal tenía ese color blanco y blando, matizado de rosa, revelador de que no ha sido expuesta al sol. Llevaba un traje de baño de dos piezas, también negro y dorado, que quizá era el más corto y sintético que se haya fabricado. Miró a Norton con ojos confidenciales y provocativos y una media sonrisa en la boca. Su cabellera parecía ahora aún más negra. Norton sintió a fondo la proximidad intensa de aquel cuerpo aun sin mirarlo.

Íntimamente Norton pensó:

«Maldita seas. Maldita seas por venir a perturbar mi existencia. Maldita seas por...».

El policía O'Casey salió al fin del agua, a los pies mismos de Byles. Y allí se quedó exhausto, agotado, tendido boca abajo.

—He registrado pulgada por pulgada la piscina —dijo con voz desfallecida por el agotamiento—. Manning no está ahí.

—Pues tiene que estar...

—Esto es todo lo que pude encontrar —dijo O'Casey, soltando de su mano una pelota de *golf*.

Byles alargó nuevamente la mandíbula, y otra vez sus ojos volvieron a recorrer la piscina de un extremo a otro.

—Les advierto —dijo Byles —que si ha habido alguna conjura... —se detuvo, y luego agregó—: Si alguno de ustedes le ha ayudado o si todos ustedes se han juramentado para afirmar que Manning se arrojó a esa piscina y en realidad no lo hizo...

—¿Me permite usted replicarle a eso? —preguntó Norton.

—Está usted autorizado, míster Norton.

—Hace un momento me dedicó usted un elogio diciéndome que yo no había perdido la cabeza. Muy bien —hizo una pausa—. Míster Manning se arrojó al agua, y una vez que lo hizo había exactamente cuatro personas dentro de la piscina. Pero solo tres de ellas salieron después de aquella...

Norton miró sucesivamente a Betterton, a Davis y a Jean. Después prosiguió:

—Cuando estos tres salieron del agua los vigilé instantemente y no les he perdido de vista ni un segundo. No ha habido acuerdo alguno y mustio menos para jurar que míster Manning se arrojó a la piscina sin que tal hubiera hecho. Esta es la pura verdad y Dios es testigo de ello.

Norton continuó allí, en pie, con sus calzones le baño negros y una larga y blanca cicatriz cruzándole las costillas. Su voz estaba tan saturada le convicción que la respuesta que le dio Byles fue muy apagada.

—Pero eso no es posible... —dijo Byles.

—¿Por qué no?

—Pues... porque es imposible...

—Esa es la vieja y eterna canción —intervino sir Henry con una voz como si fuese a entonar un himno—. Que me quemén vivo, pero esto me obsesiona. No puedo desprenderme de este misterio.

—Espere un momento —dijo Byles con blandura y castañeteando los dedos—. Este asunto no pertenece a mi departamento, pero estoy un tanto interesado en él. Hay una explicación tan obvia que no había pensado en ella.

Norton se sorprendió al oír esto. El policía O'Casey se levantó del césped y comenzó a trotar por el campo para ir a vestirse.

—¿Cuál es esa explicación? —preguntó Norton.

—Pues que hay una salida secreta dentro de esa piscina y que está más abajo del nivel del agua.

—Míster Byles, no hay tal salida —intervino Jean. Había ido a la caseta a buscar una bata y regresó con ella puesta—. Solamente hay una boca le entrada del agua y otra de desagüe; la primera tiene un filtro y una rejilla de hierro. Ninguna de esas dos bocas mide más de ocho pulgadas de diámetro.

—Perdóneme, miss Manning, pero yo no estaba refiriéndome a bocas de agua ni pensando en ellas.

—¿En qué pensaba usted entonces?

—Pues en cuál pudo ser la razón de que su padre construyese esta piscina de granito y no de mosaico...

Jean sacudió hacia atrás su dorada cabellera que parecía fuego bajo el sol.

—Esta piscina fue construida en tiempo inmemorial —contestó Jean—. La principal razón de esto es que a todos nosotros nos gustan los juegos bajo el agua. Por ejemplo, arrojamos un puñado de pelotas de *golf*, de las que no flotan, al fondo, y gana el que primero saque más. También tenemos otro juego en el que dos equipos...

Byles interrumpió las explicaciones preguntando:

—¿Es su padre buen nadador?

—Pues... bastante bueno —dijo Jean dubitativamente—. Quiero decir que puede nadar. Pero detesta los ejercicios físicos, salvo los que son muy fáciles...

—¿Podrían hacer vaciar la piscina?

—Sí, y muy fácilmente —dijo Jean—. Vaya usted a la casa —señaló con una mano— y pregunte por un hombrecito llamado Stuffy, que viste chaqueta blanca. Él es quien cuida de esto, y le explicará cómo vaciarla.

—Ferris —dijo Byles, llamando al otro policía, que era un joven siempre alerta y ansioso de entrar en acción—, busque a ese Stuffy y haga que vacíen la piscina.

—Muy bien, señor.

—Ahora —continuó Byles, golpeando su sombrero contra un costado— creo que ya tengo la explicación de cómo funciona esa salida de escape en la piscina. Sí... Vea usted, sir Henry —dijo, elevando la voz más de lo que acostumbraba—. Pero ¿dónde diablos se encuentra sir Henry?

Durante unos segundos pareció como si también sir Henry hubiese desaparecido exactamente igual que Manning. Sin embargo, no era así, pues sir Henry se encontraba sentado en la silla-columpio campestre, sumido en meditaciones, con una maligna mirada fija en las tijeras de podar que le había regalado Manning, cuyas hojas sir Henry estaba abriendo y cerrando distraídamente. Las hojas, aunque las tijeras no fuesen nuevas, estaban muy afiladas y pulidas. En manos de sir Henry, esta herramienta parecía más bien un arma. Byles tuvo que gritarle para despertarlo.

—¿Qué pasa? —dijo sir Henry levantando los ojos y abandonando la herramienta.

Byles se golpeó con la mano sobre un bolsillo interior y dijo:

—Tengo aquí una notificación judicial en la que se ordena a Manning que presente todos sus libros de contabilidad al fiscal general del distrito. Desgraciadamente...

Betterton, que estaba fumando un gran puro, apareció instantáneamente junto a Byles.

—Iba a preguntar a usted, míster Byles —dijo Betterton—, qué autoridad tiene usted en este condado de Westchester.

Byles sonrió.

—La respuesta a eso se la podré dar más tarde en nuestra conferencia privada —dijo Byles—. Será desagradable para mí, pero no tendrá importancia, si no puedo ser yo mismo quien presente a notificación...

—Será desagradable... para usted, ¿verdad? —dijo sir Henry con tal expresión que los dos abogados retrocedieron—. ¿Y qué cree usted que podría ser para Manning?

—Pero ¿por qué razón se decidió a desaparecer Manning?...

—Se ha burlado de MI, así, con mayúsculas —dijo furioso sir Henry, golpeándose el pecho—. Ese demonio me desafió a que le viese desaparecer ante mis propios ojos. Claro es que anoche antes de la cena, dijo una estupenda mentira... Siendo benévolo, llamémosle un error..., que ve ya esperaba. Pero esta mañana ante mis propios ojos... Me entregó estas tijeras —continuó sir Henry— diciéndome que las guardase como un recuerdo, e inmediatamente desapareció. Vaya clase de bromas.

Ahora me siento furioso. Y voy a ver si lo agarro.

—Es una buena idea —dijo sonriendo el fiscal—. No creo que verdaderamente necesitemos su ayuda, sir Henry. Pero ¿acaso ya resolvió usted la clave del misterio?

En la piscina se oyó ruido de agua y el nivel comenzó a descender.

—Bueno... No... —gruñó sir Henry—. Realmente, no he resuelto ese misterio. Pero tengo ya, por lo menos, tres hilos que juzgo importantes y que pueden desentrañar otros hilos y claves si uso mi masa gris con acierto.

La piscina iba vaciándose rápidamente.

—¿Cuáles son esas claves? —preguntó Byles con agudeza.

—Para empezar —dijo sir Henry, pasándose ambas manos por la calva—, estaba meditando sobre su busto de Robert Browning.

Los dos abogados se miraron mutuamente sin entender lo que quería decir.

—¡Caramba! —intervino Crystal, ajustándose la capa de baño—. ¿Podría, por favor, explicarme alguien qué es lo que en este asunto tiene que ver constantemente Browning? ¿No podríamos meter en esta cuestión a cualquier otra personalidad, a Tennyson, por ejemplo, para cambiar un poco de disco?

Sir Henry la miró por encima de las gafas.

—Usted es una muchacha muy aguda, hija mía —le dijo sir Henry con cierta severidad.

Crystal le hizo una especie de inclinación que significaba «Muchas gracias, señor».

—Cuando su padre habló de Browning anoche —dijo sir Henry a Crystal—, usted pensó inmediatamente en *La huida de la duquesa*. Dudo que usted evocase otra cosa...

—Ciertamente que no —dijo Crystal, abriendo desmesuradamente sus oscuros ojos—. ¿Qué más podría evocar?

—Creo que podremos prescindir de Browning —intervino Byles con marcada impaciencia—. Olvidemos a Browning. ¿Cuáles son las otras *pistas* —y al decir esto imprimió un tono sarcástico a sus palabras— que a usted le parecen tan importantes?

Sir Henry señaló en dirección a la piscina, donde el sombrero, las sandalias, los guantes de jardinero, la chaqueta, los pantalones, el pañuelo de seda y los calzoncillos iban a la deriva en el agua que quedaba.

—Yo creo que hay *algo* en esa piscina —dijo a Byles.

—¿Y qué es ese algo?

—Vamos despacio, por ahora. Déjeme terminar. Cuando la piscina esté ya vacía, encontraremos un pedazo de papel adherido a la boca de entrada del agua.

—¿Y qué más?

—Quiero que me proporcionen ustedes —dijo sir Henry— un pedazo de papel, doblado en varios pliegues, de unas seis pulgadas de largo por una de ancho. Puede incluso ser más largo.

—¿Y para qué demonios quiere usted eso?

—Porque... yo soy el *hombre viejo*... —dijo sir Henry con cómica solemnidad—. Es enormemente importante, hijo mío. ¿Me lo buscarán ustedes?

—Muy bien; así lo creo. ¿Quiere usted alguna otra cosa?

Los ojos de sir Henry descubrieron de pronto la imagen de O'Casey, que ya estaba nuevamente vestido de uniforme, en el momento en que el policía avanzaba directamente hacia el grupo. Rechinando los dientes, O'Casey procuró no mirar a sir Henry y se acercó a Byles.

—Usted es un magnífico elemento —dijo sir Henry a O'Casey con el mismo aire que si no le hubiera visto nunca. O'Casey se quedó estupefacto. Sir Henry continuó —: Si el fiscal general no tiene inconveniente, le daré a usted algunas órdenes, ¿eh?

—Reciba usted órdenes de sir Henry, O'Casey —dijo el fiscal al policía.

La expresión en la cara de este al mirar al beatífico sir Henry fue digna de ser recogida por los pinceles de un gran artista.

—Nuestra tercera clave —prosiguió sir Henry— son estas tijeras de jardinería —diciendo esto, las alzó, extendiéndolas hacia O'Casey—. Ahí las tiene usted. Tómelas.

O'Casey las cogió automáticamente como un hipnotizado.

—Ahora —siguió diciendo tranquilamente sir Henry—, quizá ustedes no se han dado cuenta de que en el lado Sur de esta finca hay un cercado de plantas de algo más de un metro de altura y unos treinta metros de longitud. Hijo mío —dijo a O'Casey—, quiero que vaya usted y recorte ese cercado.

Se produjo un largo silencio de sorpresa, Al fin, O'Casey pudo recobrar la respiración.

—¿Y tengo que recortar toda la cima del maldito cercado? —gritó.

—¡O'Casey! —le reprendió Byles.

—Pero si este hombre debía estar en la cárcel... Debía de...

—Nunca use palabras injuriosas, hijo mío —le amonestó sir Henry con el aire de un clérigo sermoneando. Después de reflexionar, añadió—: No; no es preciso que recorte toda la maldita cima. Con unos cuatro metros será bastante. Después, me vuelve a traer las tijeras.

Bajo la implacable mirada de Byles, el enfurecido policía tuvo que resignarse a protestar solo para su fuero interno, diciéndose que no hay justicia en este mundo..., y marchó obedientemente a realizar la obra encomendada.

—Si no le conociese a usted bien... —empezó a decir el fiscal, pero se detuvo y se mordió el labio inferior—. Sir Henry, ¿es eso lo que usted llama una pista?

—¡Oh hijo mío!... Muchísimo puede depender de esto —sir Henry levantó los ojos al cielo—. Tenemos que realizar un experimento, y hemos de hacerlo rápidamente.

—¿Qué nos probará ese experimento?

El resto del agua estaba ya saliendo por la boca de desagüe de la piscina, produciendo un ruido como el gruñir de un animal estrangulado. El fondo y los lados

de la piscina estaban cubiertos de una ligera capa de cieno.

—Ahora sabremos lo que hay —dijo Byles.

Todos los presentes saltaron dentro de la vacía piscina para buscar la salida secreta, pero, cinco minutos más tarde, todos ellos también estaban fuera, decepcionados y mirando a la piscina sin decir palabra.

No había puerta ni salida secreta de ninguna clase.

Manning tampoco estaba en la piscina ni vivo ni muerto.

Poco tiempo después, en la biblioteca de la residencia, se hallaban reunidos sir Henry, Norton y Byles para la conferencia privada que el fiscal general había solicitado. La biblioteca se extendía a un lado de la casa, con dos ventanas a sus extremos.

Es preciso admitir, aun lamentándolo, que cuando sir Henry se entrega a fondo a un problema, pierde enteramente el sentido de la armonía de las cosas. En la biblioteca hacía calor, y por ello, sin ceremonias, se quitó la bata, sentándose tranquilamente en una butaca, con su pintoresco traje de baño a rayas blancas y encarnadas, los pies, con las sandalias, puestos encima de una mesa y fumando un largo puro barato.

Byles le había ofrecido un magnífico habano, pero sir Henry lo desdeñó.

—Este —dijo sir Henry, echando voluptuosamente una gran bocanada de humo— es un legítimo Wheeling. En el buen viejo tiempo vendían dos por cinco centavos —y seguidamente preguntó a Byles—: ¿En qué piensa usted, Gil?

En este instante entraba en la biblioteca Norton, que había ido a su cuarto a cambiarse de ropa. Byles le indicó una butaca, el cual, en pie junto a una mesa, dio la sensación de que hubiera estado hasta entonces pertrechado con una gran barba y una siniestra peluca, y que estas prendas las acababa de abandonar como un disfraz policíaco. Parecía, en efecto, otro hombre, más amable y sonriente. Ahora estaba a sus anchas, sin ficciones.

—Recordará usted —dijo a sir Henry con aire festivo— que yo le escribí diciéndole que usted era un hijo de perra... Y eso es lo que es...

Sir Henry asintió.

—Había, además, en su carta otros términos similares —replicó sir Henry—. Si en Inglaterra el jefe de los acusadores públicos se permitiese dictar una carta como esa, su secretaria se desvanecería y tendrían que hacerla volver en sí con ayuda de algún estimulante.

—En este caso no fue preciso; esa carta la escribí yo mismo en mi propia máquina. Pero, dígame: ¿qué es eso de las tres claves que usted tiene? Porque lo ocurrido fue que un hombre se lanzó dentro de la piscina, no volvió a salir y al vaciar el agua tampoco estaba allí. Esto nos lleva demasiado lejos.

—Que me quemen vivo. Yo no pude evitarlo. Y así ocurrió.

—Vamos, sir Henry... —Byles hizo una amplia mueca—. ¿No estarán todos ustedes manteniéndose en solidaridad con Manning y diciendo una mentira conjunta para ayudarlo?

—¡Oh! ¡Santo Dios! —exclamó sir Henry; después gritó terminantemente—:

¡No!

—Bueno, no tiene importancia —dijo Byles para suavizar la situación.

Byles abandonó este punto con tal tranquilidad que a Norton se le erizó el cabello. Byles se acarició la puntiaguda barbilla, que resultaría azul si no se afeitase dos veces diarias. Su expresión se hizo más seria.

—En lugar de preguntarme a mí qué es lo que tengo en la mente, sir Henry, creo preferible preguntar. ¿Qué es lo que bulle en la de usted?

—Se lo diré a usted —respondió sir Henry, lanzando un gran anillo de humo—. A usted no le agradaba mucho Manning, ¿verdad?

—No, no me agradaba —Byles puso sus grandes manos sobre la mesa—. Éramos miembros del mismo club, pero nunca me fue grato. La primera vez que vi a ese hombre ya me convencí de que era un pícaro.

—¿Y cómo lo supo usted?

—Era demasiado suave, demasiado solemne, demasiado blando. Nunca me fío de hombres de esas características. Durante varias semanas hemos oído insistentes rumores de que su Fundación estaba en mala situación económica. Pero la Justicia no puede actuar solo por simples rumores. Sin embargo, ahora —dijo Byles apretando los puños— lo hemos cazado...

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Esta Fundación suya...

—Pare un momento, hijo mío —interrumpió sir Henry, haciendo gestos de fastidio con su puro—. Es posible que haya fundaciones de esas en Inglaterra, pero que me quemen vivo si las conozco. Explíqueme usted lo que es eso...

Byles le dio lentamente una explicación.

—La Escuela Frederick Manning —dijo— es una especie de ayuda auxiliar para las grandes universidades. Es independiente, pero los estudiantes obtienen ahí prestigio previo para el futuro en las universidades mayores por el trabajo y estudios que hayan realizado en estas escuelas, ya sea en el arte de escribir, en pintura, música y otras materias análogas. La Escuela Manning se estableció como una organización filantrópica, sin fines de beneficios económicos, lo cual era así..., salvo para Manning. Manning se dirigía a varios personajes adinerados, verdaderos filántropos que se interesan por obras de esa especie, y les persuadía para que hiciesen generosos donativos. Imagínese a Manning operando así... Su Escuela tiene muchos estudiantes becarios y otros que, a la vez, enseñan en ella, estudian también y reciben además un sueldo por enseñar. Esto o algo parecido lo hay también en Inglaterra... Y ahora le expondré hechos, aunque no dé nombres. Hace algún tiempo, un joven de Michigan recibió una carta escrita y firmada por Manning, que era el que administraba todo. «Tenemos el honor de comunicarle —decía la carta— que ha sido usted seleccionado para la Beca Heinrich Heine, en Poesía satírica». Bueno; estas expresiones las estoy inventando yo, pero ustedes ya captarán lo que quiero decir.

—Sí; le comprendemos perfectamente —asintió sir Henry.

—«Esta beca —prosiguió Byles, recreándose en su carta imaginaria— lleva un estipendio de dos mil quinientos dólares anuales. Desgraciadamente, nuestros fondos no nos permiten pagar esa suma actualmente. ¿Aceptaría usted solo la parte honorífica de esta beca, aplazando el recibir la parte económica para el año venidero?».

Byles hizo una pausa. Sus ojos fulguraban con la indignación de quien tuvo que hacerse hombre por cuenta propia, trabajando muy duro para poder hacer sus estudios en el Bachillerato y la Escuela de Leyes.

—Ese pobre diablo de Michigan —continuó— se encontraba entre Satanás y un profundo río, teniendo que optar por uno de los dos caminos. Ya poseía varios grados en sus estudios y le faltaba el último. En las profesiones académicas, los hombres no están preparados para hacer dinero; pollo general, ellos saben tanto de negocios como yo de traducir sánscrito. Y ahí se le presentaba a ese joven una oportunidad para estudiar un año sin tener que pagar nada y, además, la perspectiva de recibir un sueldo en el curso siguiente.

Byles volvió a detenerse y sonrió con amargura.

—¿Y ese tonto aceptó? —preguntó sir Henry.

—Claro. ¿No ve usted la trampa?

—Entonces —añadió sir Henry—, ¿el dinero iba derecho al bolsillo de Manning? ¿Y en los libros figura que ese dinero fue pagado?

—Esa es solamente una de las múltiples maneras de estafar a la Fundación utilizadas por Manning —continuó Byles—. Este joven de Michigan recibió una carta anónima diciéndole que toda aquella propuesta era una simple estafa; por si no lo creía, le daban instrucciones para que escribiese a cierta persona en West Virginia. Así lo hizo. El hombre de Virginia había recibido una carta idéntica, con la única diferencia de que, por ejemplo, la beca era para Música en lugar de Poesía. Ambos estudiantes vinieron inmediatamente a Nueva York y alguien los envió a mi despacho. Ahora, si no les importa, les contaré una pequeña aventura personal.

—¿Sobre Manning?

—Sí.

Byles se incorporó, colocándose erguido, con su traje gris del «fiscal general mejor vestido», según le clasificaba la Prensa, teniendo al fondo las estanterías de roble llenas de libros y el ardiente sol cayendo sobre las dos encortinadas ventanas.

—Ya les he dicho que Manning y yo pertenecíamos al mismo club. Él almorzó allí ayer. No me vio, pero yo sí le vi. Llevaba una gran cartera que puso sobre sus rodillas, y que no abandonó ni un solo instante. Durante el almuerzo estuvo tan absorto con un gran sobre, escribiendo o haciendo cuentas en este, que el camarero no lograba hacerse escuchar de él. Cuando al fin lo consiguió, Manning estrujó el sobre en una mano, lo arrojó a un lado y se marchó precipitadamente. Sentí curiosidad y le seguí, recogiendo simultáneamente el sobre. Descubrí que en este había una serie de cifras preparadas para obtener un beneficio de más de cien mil

dólares. Sí, sir Henry; era ya tiempo de actuar.

—Entonces —dijo sir Henry— supo usted que iba a hacer una estafa, ¿verdad? Y nada menos que por cien mil...

En lugar de dólares, sir Henry dijo un sustantivo en *argot* inglés, que Byles creyó equivocado; ambos hombres discutieron largo rato sobre *argot* inglés y americano hasta que Byles acabó dando la razón, en sus puntos de vista, a sir Henry. Este se arrellanó muy complacido en su butaca, con su carnavalesco traje de baño y fumando siempre su puro a grandes bocanadas.

—Hay una cosa que yo no comprendo —dijo Byles.

—¿Qué es?

—No puedo comprender a Howard Betterton...

Vamos, sir Henry..., usted es abogado. ¿No ha notado usted nada?

—Puede que sí; pero las leyes americanas, aunque las redactaron sobre la base de nuestras leyes inglesas, fueron mejoradas a tomaron algunos caminos distintos. Ahora hábleme sobre Betterton.

Byles volvió a sentarse y prosiguió:

—Howard es agudo. Esta mañana estaba indignado. Pero ni siquiera arrojó una silla en mi camino. Debe de saber a ciencia cierta que tengo aquí en el bolsillo esta notificación y que la logré en White Plains, que pertenece a este condado, por lo que podría detener a ese pícaro y llevarlo a Nueva York para algo que no le gustaría. Betterton seguramente sabe que fue presentada otra notificación judicial, a las nueve de esta mañana, al hombre que está encargado de las oficinas de Manning en Nueva York.

Sir Henry se limitó a gruñir, pero en sus ojos había algo extraño que Norton no fue capaz de descifrar.

—Entonces fue usted quien telefoneó a Manning anoche, ¿no? —dijo sir Henry.

—Efectivamente. Pero nunca pude prever que Manning fuese sincero y confesara que era culpable. Probablemente ustedes se darán cuenta de por qué no doy un centavo por ese misterio de la piscina.

—Sí... En realidad, no es asunto para usted, sino para la Policía. Y si esta echa la mano a Manning...

—*Cuando* ellos cacen a Manning —rectificó Byles—, ya no tendrá importancia alguna la forma en que salió de la piscina. Supongamos que lo detienen; entonces yo le aplastaré ante un jurado. Pero, ¡Dios nuestro!, entre tanto... Ahí es donde va interviene usted.

—¿Yo? —exclamó sir Henry, súbitamente alarmado.

La voz de Byles se hizo quieta y persuasiva.

—El buen público —dijo Byles— no se preocupará en absoluto respecto a Manning hasta que lo detengan. En cuanto a este misterio de la piscina, ya es otra cosa. Eso es un extraordinario alimento para la curiosidad de las gentes, y cada director de periódico, en la ciudad, estará rebotante de satisfacción.

—Creo que usted me había dicho —interrumpió Norton— que el misterio de la piscina no pasaba de ser una mentira conjunta nuestra.

—Y todavía creo que lo es. Pero si no lo es, tanto mejor. Ahora escuche, sir Henry: usted es muy conocido en este país como un *desfacedor* de milagros. Los periódicos le tienen simpatía porque usted les suministra temas interesantes. Su misión es tenerlos a raya y mientras tanto resolver el misterio... si puede.

—Un momento, un momento —dijo sir Henry, y sacó los pies de la mesa, dejándolos caer contra el suelo con un golpe que estremeció toda la estancia—. Yo no puedo permanecer en Nueva York, se lo aseguro. Incluso estoy aquí porque me secuestraron.

—¿Qué es eso de que le secuestraron?

La voz de sir Henry se hizo quejumbrosa:

—Bien; prácticamente me secuestraron. Estoy cansado de decir a todo el mundo que tengo que ir a visitar a una familia en Washington.

Byles sonrió.

—Sir Henry, esto es muy importante. Si usted telefona a esos amigos de Washington y les explica lo que ocurre, estoy seguro de que comprenderán la situación. ¿Cuál es el número de su teléfono?

—No sé el número de su teléfono —confesó sir Henry—, pero creo que usted puede lograrlo. Viven en un edificio llamado la Casa Blanca.

—¡La Casa Blanca!...

Por unos instantes, Byles quedó absorto mirando a sir Henry. Después puso sus codos sobre la mesa, agachó la cabeza y se la golpeó con los puños.

—¿Está usted seguro? —preguntó, mirando a sir Henry—. Por lo que usted declaró sobre el Gobierno laborista, según decían los periódicos de anoche y esta mañana, debo pensar que no le han enviado a usted precisamente con una misión diplomática. Por el contrario, creo que quieren ahorcarle.

—¡Oh hijo mío! Esta no es ninguna misión diplomática. Se trata, simplemente, de que soy portador de una carta para el Presidente, de un viejo amigo suyo de Inglaterra. No hay ningún secreto en esto, al extremo de que podría ser leída por la radio; sin embargo, ¿cree usted que sería correcto tener al Presidente esperando esa carta?

Byles lanzó un gruñido.

—Bueno; le diré a usted lo que voy a hacer —dijo sir Henry, complaciente—. Voy a hacer un pequeño trato con usted.

—¡Oh! —dijo Byles, levantando la cabeza, alarmado ante la idea de hacer cualquier trato propuesto por sir Henry.

—Está decidido, Gil. ¿Tiene usted en su oficina algunos empleados de contabilidad?

—¿Contadores? Las oficinas del fiscal general tienen un equipo completo de contadores; hay, por lo menos, seis para intervenir en casos como este.

—La Fundación Manning —dijo sir Henry— no me parece ni demasiado grande ni muy compleja. ¿Podría usted demostrarme, en el plazo de veinticuatro horas, que Fred Manning es un estafador?

—¿Veinticuatro horas? Pues... yo...

—Scotland Yard —dijo sir Henry, irónico— podría hacerlo en una simple tarde.

De todas las grandes frases que sir Henry había dicho, y eran incontables, esta resultaba la mayor. Byles quedó desconcertado.

—Creo que debo señalarle —dijo fríamente Byles— que la eficiencia americana...

Sir Henry se puso en pie y apoyó la palma de la mano sobre la mesa. Byles también se incorporó. Sir Henry preguntó nuevamente:

—Repito: ¿podría usted probarme en veinticuatro horas que Manning es un estafador? Le desafío a usted a que lo haga.

—¿Podría usted resolver este misterio en veinticuatro horas? —replicó Byles con cierta irritación—. Le desafío a usted a que lo haga.

—Muy bien; lo haré.

—Y yo también.

—Choque esa mano.

—Choque esa mano.

Así, estrechándose las manos en una actitud heroica, aunque extraña, formando una especie de grupo escultórico, es como sir Henry y Byles fueron descubiertos por Bob Manning, Jean y Crystal, que entraron súbitamente en la biblioteca.

Al verlos, el fiscal y sir Henry se soltaron las manos. Pero los tres recién llegados estaban demasiado emocionados para darse cuenta de nada, si se exceptúa, quizá, a Crystal. Bob vestía pantalones caqui cortos y una camisa abierta del mismo color. Tenía un aspecto de firmeza rayano en la obstinación. Jean y Crystal, aquella vistiendo todavía su bata blanca de baño y esta su capa negra y dorada, parecían estar apremiando a Bob.

—Vamos a ver —empezó diciendo Bob con voz agresiva. Después miró a Byles y dijo—: Perdóneme, señor, pero ¿quién es usted?

Byles se presentó cortésmente y con la misma seriedad que si se presentase al gobernador.

—Lo que quiero decir —añadió Bob— es que... ahora yo soy aquí el jefe de la familia —aunque se oyó a sí mismo decir esto, Bob no lo creía en absoluto, hasta que continuó—: Y nosotros..., es decir, yo, creo que si hay aquí alguna conferencia que nos atañe, yo debo estar presente.

Byles estaba a punto de dejarlo con la palabra en la boca, cuando observó una expresiva mirada de sir Henry. Pero antes que el fiscal pudiese decir nada, Bob volvió a hablar:

—En primer término, toda esta residencia está llena de policías, sobre todo junto a la piscina.

—Lo lamento, míster Manning —dijo Byles suavemente—, pero tuve que telefonar a la Policía de White Plains. Ruégole conteste a sus preguntas. No le molestarán a usted más de lo necesario.

Las pecas del rostro de Bob parecieron saltar de su piel.

—Además —dijo Bob—, yo no vi nada de lo que ocurrió esta mañana. Estuve levantado casi toda la noche, meditando sobre algo personal.

Norton comprendió que Bob había estado meditando sobre el garaje, aquel garaje que ahora ya nunca tendría.

—Escuchen —ahora Bob no era el manso cordero de antes, sino que estaba verdaderamente formidable de valentía—: si hay algún hombre que diga que mi padre robó dinero, incluyo a los policías que están junto a la piscina, le romperé la cabeza donde lo encuentre. Y cuando lo digo, lo hago.

Norton intervino:

—¿Quién está atendiendo a los policías en la piscina?

—Está Dave —contestó prontamente Jean, llena de admiración—. Me pareció extraordinaria la forma en que se hizo cargo de las cosas. Imponente. Influencia, sin duda, de los *comandos* del Ejército.

—Me parece haber olvidado eso, querida —dijo Crystal, a sabiendas de que mentía y arqueando las cejas—. ¿Es que estuvo Dave en los *comandos*?

—Bien lo sabes —replicó Jean con ardor—. Él estuvo en ese departamento tan terriblemente importante que nadie sabe lo que es. ¿Has visto alguna vez a Dave con uniforme? Está imponente, fantástico.

—¿Por qué no se sientan todos ustedes? —invitó Byles—. Ciertamente, esta es una conferencia secreta; pero en esta ocasión yo no me opongo a la presencia de ustedes. Quizá, incluso, nos puedan ayudar.

Todos fueron sentándose en torno a una larga mesa de roble. Crystal, con aire ingenuo, se sentó junto a Norton.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «que podemos ayudarle»? —preguntó Bob con voz agria.

—Que es muy posible que puedan darnos informes.

—Yo sé muchas cosas —dijo Jean mirando vagamente. Y su boca se apretó fuertemente—. Pero no diré nada.

—¿Ni siquiera a mí? —dijo Byles con una sonrisa maligna.

—No; a nadie —gritó Jean—, porque aun cuando mi padre hubiese cogido todo ese dinero, nunca lo encontrarán. Nunca.

Byles titubeó.

Norton hubiera jurado que su próxima advertencia no estaba hecha con mala intención, sino que era un sincero esfuerzo para prepararlos a todos.

—Bien quisiera que usted no hubiese dicho eso, miss Manning.

—¿Por qué no?

—Porque prefiero advertírselo para que no reciba usted una ingrata sorpresa. La

Policía detendrá a su padre en cuestión de unas semanas, quizá algo más. No puede desaparecer. Para probarle que no estoy mintiendo, ¿quieren ustedes que les diga algunos de los medios que usarán para ello?

—Sí —dijo Crystal bajando la mirada.

—Es extraño, pero también es un hecho, que la mayoría de las personas, cuando huyen de Nueva York, tratan de irse lo más lejos posible. Es extraño, pero también es verdad, que la mayoría de ellas escapan para California o para Florida.

—¿Tampoco está usted mintiendo sobre eso? —preguntó Crystal.

—No —replicó Byles con firmeza—. Ayer mismo, durante el almuerzo, su padre estrujó y arrojó al suelo un sobre lleno de cifras. Alguien encontró ese sobre, en el cual él había escrito dos veces las palabras *Los Angeles*; luego las había borrado y escribió *Miami*.

Todos recibieron una desagradable sorpresa al oír esto.

—Finalmente —añadió Byles—, déjenme decirles uno más de los detalles que le harán caer en manos de la Policía. Este detalle nunca se les ocurrirá a ustedes. Ahora echen un vistazo a su alrededor.

Intrigados, tres rostros se volvieron para mirar; vieron las altas paredes llenas de libros, los muebles tapizados y, en la pared del lado Norte, las puertas dobles, que daban al salón del estudio de Manning, cerradas. Las dos ventanas de la fachada principal estaban bañadas de un azul blanquecino, mientras las del lado opuesto brillaban al sol.

—Creo que no comprendo nada —murmuró Crystal.

—¿No comprende usted nada?

—No.

—Sin embargo, desde que conozco a su padre —dijo Byles— ha sido siempre un apasionado de las librerías de viejo. Todos los libros que hay aquí son de segunda mano; él no compraría libros nuevos. Tampoco es capaz de vivir alejado de esa clase de librerías, como un alcohólico no puede vivir alejado de los bares.

Byles hizo una pausa y continuó:

—Se enviarán circulares a todas las tiendas de libros viejos que existan en este país, con la fotografía y descripción física de Manning y el premio que se ofrezca por su captura. Donde quiera que vaya, la Policía está segura de que logrará capturarlo.

—¡Oh! ¡No! No lo capturarán —interrumpió Jean con un grito triunfal—. No lo reconocerá nadie, porque la cirugía plástica...

Se hizo un silencio completo.

Jean se calló repentinamente, apretándose las dos manos sobre la boca y con los ojos azules poblados de horror.

—¿Qué clase de cirugía plástica? —inquirió con acritud Byles.

En ese instante, muy erguido, entró en la estancia el policía O'Casey llevando las tijeras de jardinería. Sin siquiera dignarse mirar a sir Henry, colocó las tijeras sobre la mesa al lado de este, y dijo a Byles:

—Ya he recortado exactamente cuatro metros de la cima del cercado, señor.

Fue un momento intenso y espectacular.

Sir Henry, que evidentemente quería, por una parte, examinar las tijeras y, por otra, continuar el tema de la cirugía plástica, todo al mismo tiempo, optó por fin por abandonar las tijeras debajo de la mesa, donde nadie pudiera verlas. Byles hizo una seña a O'Casey para que se marchase y este abandonó la estancia.

—Jean, tú eres tonta —la reprendió Bob—. ¿No ves que ellos conocen a todos los médicos que se dedican a la cirugía plástica? No tienen más que encontrar al que haga semejante operación y...

—¿Quieren ustedes perdonarme un momento? —dijo Byles, encaminándose lentamente fuera del salón.

—Va al teléfono —dijo Bob—. Empieza a poner la pelota en juego. Y así estamos...

—Un momento, un momento... —dijo la fuerte voz de sir Henry.

Instintivamente, Jean y Bob se volvieron hacia el viejo maestro como en busca de ayuda. A pesar de su aspecto hostil, la gente joven se dirigía siempre a él instintivamente en busca de ayuda, porque le reconocían un espíritu bondadoso. Por ejemplo, sir Henry sabía encontrar la disculpa exacta para su nieto de diez años de edad, cuando este disparaba a su maestro un tiro, en los mismos fondillos del pantalón, con su escopeta de aire comprimido.

Jean, con sus dorados cabellos cayéndole sobre el rostro en medio de su aflicción, clavó sus ojos en sir Henry.

—Usted no ha revelado ninguna cosa importante, mocita mía —le dijo sir Henry con firmeza y con un rayo de luz iluminándole el semblante—. En realidad, incluso fue mejor así.

—¿Mejor?

—Sí. Yo acabo de realizar un desafío mutuo con este azorrado amigo. Honradamente, él tiene buenas intenciones, pero su profesión está antes que todo lo demás. Por mi parte, apuesto diez dólares a que su padre no irá nunca a ver a un cirujano plástico, y también a que si ya lo hizo, la Policía no lo averiguará. Pero no le digan esto a Byles. Déjenlos a ellos que busquen a cuantos cirujanos plásticos quieran...

—Pero ¿verdad que es cierto —murmuró Jean con entereza— que un cirujano plástico puede cambiar un rostro hasta hacerlo irreconocible?

—No, mocita mía. No en la forma que usted cree. Lo que en realidad puede hacer es...

Sir Henry se detuvo, cual si una inspiración estuviese batiendo alas en su mente.

—No te preocupes, Jean —interpuso gentilmente Crystal—. Todos sabemos tu amor hacia papá, pues no en vano eras su hija predilecta. Incluso es comprensible, aunque esto sea más difícil, el repentino amor de Bob hacia él.

—Es mi padre —replicó simplemente Bob—, y ahora le acusan de ser un estafador.

—¡Oh, bueno!... —sonrió Crystal con condescendencia.

Norton nunca había observado bien cuán azules eran los ojos de Jean comparados con los ojos oscuros de Crystal, y esta le miraba constantemente en una forma que le turbaba hasta enfurecerle.

—Escúchame, querida —prosiguió Crystal con expresiva simpatía en su voz hacia Jean—: nadie en su cabal juicio podrá creer que papá sea un estafador. Pero si hubiese sido capaz de marcharse con cien mil dólares, ¿entonces sentiría hacia él la más grande admiración por haberlo hecho!

—A usted le gusta jugar en grande, ¿verdad? —dijo Norton.

—Todos los juegos en gran... —repuso Crystal, mirándole directamente a los ojos otra vez. Después se volvió hacia Jean—. Esa amante de papá creo que es una bailarina exótica. Es atractiva. No te estrujes las manos porque hable de ella, Jean. Ni te turbes de esa manera, Bob, cada vez que se menciona a esa bailarina. El hecho es —prosiguió Crystal— que los hombres de cierta edad, como papá, algunas veces pierden la cabeza por cosas que a los demás les parecen solo tonterías. Sin embargo, no resultan tontos si se comprende su actitud. Entonces, ¡por el amor de Dios!, dejemos a papá que haga su capricho y se expansione. Esa mujer...

En la puerta se escuchó la voz de Byles nuevamente:

—Creo —decía el fiscal— que, si a ustedes no les importa, pueden proporcionarme el nombre de esa mujer...

Las alfombras de la casa eran demasiado gruesas y habían acallado los pasos de Byles. Jean golpeó la mesa con los puños. Ella y Bob se miraron inexpresivamente. Byles se aproximó y volvió a sentarse frente a sir Henry. El pequeño zorro y el gran zorro estaban cara a cara.

—Hubiera preferido que no tocara usted este asunto, Gil —dijo sir Henry—. De nada podrá servirle. Pero si de todas formas insiste en obtener esa información, es preferible que la obtenga de mí.

—¡Ah!, ¿sí? —repuso Byles, sacando apresuradamente del bolsillo una libreta de notas.

—El nombre de esa mujer es Irene Stanley.

Jean miró a sir Henry con desprecio como si fuese un traidor. Byles sorprendió aquella mirada y quedó satisfecho.

—Su dirección —continuó sir Henry— es ciento sesenta y uno Este, calle Ciento Sesenta y Uno.

—¿Y el número del teléfono? —preguntó Byles sin levantar la mirada de lo que

estaba anotando.

—El teléfono es Mothaven, nueve, cinco, cero, nueve, ocho.

Con una mirada, sir Henry contuvo a Jean, que se dio cuenta de que esas direcciones eran falsas, y la expresión de Jean lo hubiera descubierto todo. Norton también sospechó que era una artimaña de sir Henry, pues precisamente ese número de teléfono del Bronx era el mismo al cual sir Henry había llamado la noche anterior.

—Su verdadero nombre —murmuró sir Henry—, en caso de que le interese, no es Irene Stanley, sino Flossie Peters. Pero llámela usted Irene Stanley o como quiera.

—¿Y su profesión...? ¡Oh, perdóneme! —dijo Byles, interrumpiéndose y guardándose la libreta de anotaciones—. Créanme —añadió, dirigiéndose a todos—, es mucho mejor que sepamos estos detalles.

En ese punto, Betterton, suave pero impaciente y fastidiado, entró en la estancia. Dos voces se alzaron simultáneamente. Una era la de Betterton, diciendo:

—Ya es hora de que celebre mi entrevista con el fiscal del distrito.

La otra era la de Byles, que dijo:

—Ahora, sir Henry, saque usted esas tijeras de podar y explíqueme la clave que encierran.

Nuevamente se hizo un silencio absoluto. Incluso Betterton, que estaba abriendo la boca para continuar sus impacientes manifestaciones, volvió a cerrarla y corrió hacia la mesa. Para la curiosidad de todos los presentes, exceptuando sir Henry, la mixtificación realizada con aquellas tijeras fue tremendo excitante.

La punta del puro que fumaba sir Henry había llegado al último extremo y, quemándose ya los dedos, la arrojó en un cenicero.

—Muy bien —dijo sir Henry, cogiendo de debajo de la mesa las tijeras—. Puesto que dispongo de algo menos de veinticuatro horas hasta que pueda marcharme a Washington, voy a aprovecharlas para exponerles cada detalle de evidencia que hay en este objeto. Por lo menos, voy a exponerles lo que yo veo, si ustedes son capaces de interpretarlo. Seré concreto, *recto*...

En cuanto a exponer cosas relacionadas con misterios, sir Henry era, en realidad, tan *recto* como pueda serlo un sacacorchos. Oyendo y viendo esas maniobras, Norton puso en duda que sir Henry guardase su palabra dada a Byles.

—Esta mañana —dijo sir Henry—, Manning debía de estar recortando una parte de la cima del cercado. Stuffy, el criado, dijo que efectivamente lo estaba. También lo afirmó el propio Manning cuando se presentó junto a la piscina, a las nueve y cuarto, y me puso las tijeras delante de las narices. Pero cuando me entregó las tijeras, estas estaban tal como ustedes las vieron poco después: afiladas, limpias y pulidas en los bordes. Véanlas ustedes ahora.

Sir Henry las colocó encima de la mesa completamente abiertas.

Los presentes comprobaron que estaban húmedas, con pequeñas partículas vegetales adheridas a las hojas, muchas de estas acumuladas en el eje. Sir Henry señaló estos detalles y prosiguió:

—Como recordarán, anoche hubo una gran tormenta que empezó a eso de las ocho, y continuó cayendo agua hasta comenzar la madrugada. Cuando esta mañana salí al exterior con Norton todavía había muchos charcos en el campo. ¿Se dan ustedes cuenta?

—Entonces, Manning —dijo Byles— no pudo haber estado recortando el cercado de plantas esta mañana.

—Exactamente, Gil.

—Dijo, pues, una mentira. ¿Tiene eso importancia?

—¡Oh hijo mío! Dijo, por lo menos, una mentira innecesaria. Si se hallaba concentrado en la aparatosa desaparición que iba a efectuar, ¿por qué, entonces, realiza toda esta farsa y se presenta con un par de tijeras de jardinero..., a menos que tales tijeras sean un elemento vital en su *truco*? Encuéntrenme la respuesta a esto y habrán descubierto ustedes la clave más importante hasta ahora.

—Pero ¿qué demonios quiere decir todo esto?

—Yo les anuncié solamente que les iba a mostrar la evidencia, la *prueba* —y sir Henry adoptó un aire impenetrable—, pero no les dije que iba a interpretarla.

Betterton se alisó impaciente el cabello con la mano.

—Míster Byles —dijo el abogado—, usted me prometió concederme diez minutos; tengo que ir esta tarde a mi oficina. Creo que podríamos hablar en ese estudio que hay allí...

—Sí —replicó Byles, consultando su reloj. Estaba furioso contra sir Henry, aunque lo disimulaba cuanto podía—. Nuestro amigo inglés vendrá con nosotros; es preciso; él procura ayudarnos cuanto puede...

Jean dio un significativo golpe en la espalda a su hermano para que interviniese. Bob se puso en pie y, con toda seriedad, empezó diciendo:

—Como jefe de la familia...

Betterton le dirigió una sonrisa.

—Ciertamente, muchacho. Y con absoluta razón —le dijo el abogado, dando a Bob una fuerte palmada en la espalda.

—Comprenda usted, míster Byles —prosiguió Betterton, dirigiéndose al fiscal—, yo no defiendo la ética de los procedimientos de mi cliente. Pero si él ha hecho lo que dicen, tendría razones para ello, que se ventilarán ante el tribunal. ¿Está usted listo, sir Henry?

Sir Henry, con su eterno traje de baño, se puso en pie, recogiendo su bata y sacando del bolsillo otro puro.

—Estoy listo —dijo a Byles—, pero antes quiero que quede entendida una cosa. Si yo resuelvo su turbio problema, no acudiré a la Prensa hasta que lo haya hecho por completo. Por mí, la Prensa no sabrá antes una sola palabra.

—Pues yo creía que a usted le encantaba hablar para la Prensa.

—Claro que me encanta. Pero solo cuando tengo algo que comunicarle. Cuando les proporciono una información, Gil, la primera página hierve de sensación como

una sartén de aceite puesta al fuego del Infierno —y miró con implorante malicia a Norton, añadiendo—: ¿Se encargará usted de esto? Esa será su misión, hijo mío.

—Pero los periodistas le perseguirán a usted —repuso Norton—. ¿Qué les diré entonces?

—Dígales que estoy completamente borracho —dijo el gran hombre simplemente—. Lo que usted quiera. Pero, por el amor de Esaú, manténgalos alejados de mi hasta que yo logre formarme una opinión clara de los hechos. ¿Lo hará usted?

Norton hizo un signo afirmativo, pero decepcionado. La doble puerta se abrió, dejando ver otra biblioteca, con sillas tapizadas de cuero y una mesa de ajedrez. Cuando Byles intentó cerrar las puertas nuevamente, no lo pudo lograr por entero, quedando un tanto entreabiertas.

En torno a la otra mesa en la biblioteca quedaban únicamente Norton, Jean y Crystal. Norton presentía la proximidad de una tormenta.

—Cy —dijo Jean a Norton en voz muy suave—, usted considera a mi padre como una persona muy baja, ¿verdad?

Norton no quería herirla, y por ello procedió discretamente:

—No se trata de eso, Jean. Le he conocido durante muchos años y siempre le estimé en extremo. Me parecía que representaba los buenos modales, la cultura, la discreción; en suma, todo lo que es tradicional y que yo reverencio. Incluso su devoción al estilo de Browning hacia... No me preocupa la cuestión del dinero —continuó Norton—. Tampoco me importa ese asunto de la bailarina de *cabaret*, pero me parece, y en verdad lo siento, que él no es un vulgar estafador, un pobre diablo. Él reunió, para hacerlo trizas, todo cuanto pretendía que representaba.

Norton comprendió que había ido demasiado lejos y trató de detener su torrente de palabras. Cuando Jean le miró, era como si el color hubiera huido de sus ojos.

—Usted es una bestia... Una bestia insoportable... —le gritó ella.

Se hizo el silencio en la biblioteca de libros viejos, escuchándose solo débilmente las voces que llegaban de la estancia contigua.

Crystal estaba ahora sentada a un extremo de la larga mesa, echada hacia atrás, abierta descuidadamente su capa de baño y de espaldas a las ventanas. Norton, pidiendo a Dios recordar lo que en realidad había dicho a Jean, se levantó y automáticamente fue a sentarse frente a Crystal.

El largo silencio fue al fin interrumpido.

—Cuénteme —dijo Crystal a Norton—: ¿por qué se siente usted tan desgraciado en la vida?

—¿Desgraciado? —Norton arqueó las cejas con la sorpresa—. Al diablo. Yo no me siento desgraciado.

—Ya comprendo —replicó Crystal, tecleando con sus uñas escarlata sobre la mesa—. Seguramente cree usted que este es mi estilo de captarme a los hombres. Pregúntele usted a cualquiera si es desgraciado y prácticamente todos le contestarán que no, aunque estén pensando que sí.

Norton no replicó.

—¿A quién le recuerda a usted Jean? —preguntó Crystal.

Norton se puso en pie, con los ojos muy abiertos, tropezando violentamente con la mesa. Un lápiz que había sobre ella rodó para caer, alcanzándolo a tiempo Crystal.

«Fíese usted de las mujeres —se dijo Norton amargamente—. Ella tratará de verle a uno a través de las ropas que vista, de las gafas negras que lleve y de todos los vendajes y fajas, como en una nueva versión del transparente hombre invisible. Esta mujer, con solo veinticuatro años y que no era una corrompida, pues de tal no cabría calificarla, le había leído a él cual si fuera tan transparente como el inocente Huntington Davis».

Tratando de disimular, Norton volvió a sentarse.

—¿Por qué cree usted que Jean me recuerda a alguien?

Los oscuros ojos de Crystal, bajo las alas de su negro cabello, no ostentaban en ese momento coquetería ni provocación alguna; estaban apenas sombríos.

—Anoche, cuando por vez primera le vi a usted —dijo Crystal—, me dio usted la impresión de un hombre bien parecido y que tenía *posibilidades*... —Crystal hizo una mueca—. Después...

—Después, ¿qué?...

—Vi que usted observaba constantemente a Jean. Y no era una mirada de conquista o adoración. Era una mirada que parecía decir: «Jean es como ella y, sin embargo, no lo es... Jean es menos vivaz, menos...». En fin, no sé —Crystal hizo una pausa y preguntó—: ¿A quién le recuerda Jean?

Norton se humedeció los resechos labios.

—A mi mujer —dijo—. Ya murió...

Nuevamente se produjo un largo silencio.

—¡Oh! ¡Lo siento!... —dijo Crystal—. No quería herirle.

—En absoluto. No tiene importancia.

Pero para Norton sí tenía importancia. Sintió un dolor físico, como si le hubieran clavado un puñal.

—Cambiemos de conversación —sugirió Crystal, animosa—. ¿Cómo se hizo usted esa cicatriz que tiene en un costado? Se la vi en la piscina. ¿Fue en la guerra?

—No precisamente. Fue en un bombardeo aéreo en Londres.

—¡Oh! ¿Estuvo usted en muchos de esos bombardeos?

—En la mayoría de ellos. Igual que millones de personas. Mi mujer murió en uno de ellos.

Nuevamente imperó el silencio. Crystal se sentó rígidamente. El propio Norton trató a toda costa de cambiar de tema, pero sus ojos se iban constantemente hacia lo que podía divisarse del traje de baño de Crystal.

—¿Por qué —preguntó exasperado— su piel se conserva tan blanca si hace usted tanta natación?

Las dos, usted y Jean, tienen la piel blanca, pero Jean la tiene quemada del sol y

el aire.

—Ese es un tostado artificial —replicó Crystal—. Es una loción para oscurecer la piel que Jean compra en la perfumería. Observe que ella, apenas sale del agua, se cubre con una bata. Yo resuelvo ese problema no poniéndome nunca al sol.

—O quizá no nadando mucho tampoco.

—Exactamente. Es muy agotador.

Ambos tenían los nervios a punto de estallar. En la estancia contigua se produjo un gran estrépito, seguido, de otros extraños ruidos. Norton y Crystal se asustaron al oírlos, y seguidamente escucharon la voz de Byles:

—¿Cómo es usted tan torpe para derribar la mesa de ajedrez?

—¡Que me quemén vivo! —replicó la voz de sir Henry—, pero no fui yo. Fue este joven.

—Lo siento, lo siento —oyose decir a Bob—. Pero míster Byles dijo...

Alguien, en la otra estancia, se acercó a la doble puerta y de un fuerte golpe la cerró completamente. El ruido pareció excitar a Crystal, que comenzó a hablar torrencialmente en voz baja como si fuese incapaz de detenerse.

—Jean me dijo muchas cosas sobre usted anoche —dijo Crystal—. Estuvimos despiertas hasta muy tarde. ¿No se sintió usted terriblemente asqueado cuando perdió su empleo?

Norton se rió fuertemente.

—No —replicó—. Esta es la primera vez que se equivoca usted. Si se refiere al aspecto económico, tengo otros ingresos personales, con los que puedo vivir cómodamente, aunque jamás vuelva a escribir otra cuartilla para los periódicos.

—Usted no se siente verdaderamente feliz aquí en Norteamérica, ¿verdad?

—¡Crystal!, no diga cosas absurdas. Ciertamente que soy feliz.

—Quizá usted cree serlo. Y hasta puede que se haya convencido a sí mismo de que lo es. Pero en el fondo de su corazón sabe que no es verdad.

—Escuche.

—Usted quiere a Europa, especialmente a Inglaterra, como Inglaterra era antes de la guerra. Pero esos bellos tiempos se han ido para no volver. Usted bien lo sabe, y odia esa realidad que le está envenenando la vida.

Crystal hablaba lentamente, respirando con rapidez, pero con palabras apasionadas.

—Usted quiere una vida con gracia, con dignidad y una *decente reserva*. No, no lo niegue. Oí lo que usted decía a Jean hace unos minutos. Por eso usted estimó a papá desde el momento en que lo conoció. Y ahora lo odia porque hizo añicos esos factores. En cuanto a su mujer...

—¡Crystal! ¡Por el amor de Dios!

—Usted trata de amar su recuerdo al estilo de Browning, pero no puede hacerlo. Nadie puede hacer eso. Usted odia a mi padre también porque no pudo hacerlo.

Norton se puso en pie. Se encaminó a una de las ventanas dando la espalda a

Crystal y miró al exterior. El césped estaba brillante bajo la luz del mediodía. Había varias personas cerca y otras junto a la piscina. Más allá se veían los macizos de plantas y las casetas de baño, y más lejos los árboles del bosque. Sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno con mano temblorosa y regresó a la mesa.

Crystal ya no era la anfitriona llena de *pose*; su afectación había desaparecido y estaba hundida en su silla como una simple muchacha a punto de romper a llorar.

—¿Sabe usted? —le dijo Norton—. Su arte para leer las mentes ajenas...

—La de usted... únicamente. ¿No lo ha visto?

—Su arte es extraordinario y suficiente para asustar a cualquiera...

—Usted cree que yo soy una mujer demasiado mimada y egoísta —dijo Crystal mirándole—. Pues bien: quizá lo sea. Nunca me preocupó eso. Pero hubo una cosa que mi padre dijo sobre mí y me sorprendió, porque *no es verdad*.

—¿Acaso es preciso que analicemos eso?

—Sí, es preciso aclararlo.

—¿Por qué?

—Usted sabe la razón tanto como yo.

Sí, él la sabía. Estaba enamorándose de Crystal Manning. Cuando la miraba a sus profundos ojos, la presencia física de ella parecía emerger, unirse con él y hacerse parte de él, tal como si estuviera verdaderamente entre sus brazos. Lo que ambos hubieran podido decirse entonces —o quizá hecho entonces— nadie lo sabrá, porque su idilio se quebró en añicos ante los ojos del mundo exterior.

Dos policías motociclistas entraron en la biblioteca; eran O'Casey y Ferris, pisándole los talones. Ferris, el de la mirada alerta y el ansia constante de entrar en acción, habló con profundo secreto:

—El viejo caballero —le dijo a Norton— dijo que probablemente yo encontraría esto en la piscina. Y lo encontré.

En la palma de la mano mostraba un pedazo de periódico, doblado varias veces, de unas siete pulgadas de largo por una de ancho. Buscando un lugar donde colocar el papel mojado sin manchar la mesa, Ferris lo puso encima de las propias tijeras.

Después retrocedió unos pasos como si fuese a hacer el saludo militar.

—¡Qué gran detective es ese viejo! —dijo Ferris con gran respeto.

—Te lo digo de verdad —interpuso O'Casey—. Ya no estoy enfadado con él. Nada diré contra él; no quiero que digan que estoy loco... Pero la verdad es que ese hombre *no es de este mundo*...

—No digas tonterías —replicó Ferris—. El ser un buen policía es una cosa. Pero el ser...

—¿Podríamos verle, señor? —preguntó O'Casey a Norton.

Crystal volvió la cabeza hacia otro lado, como si no quisiera oír nada. Norton tuvo que sacarse a sí mismo del mundo de la fantasía en que se hallaba para volver al de la realidad, donde existen unos hombres que se llaman policías.

—¿Ver a quién? ¿A quién quieren ustedes ver?

—Al caballero de la gran calva.

—Está en una conferencia —y Norton se pasó la mano por la frente, como tratando de aclarar sus pensamientos—. Creo que no se le puede molestar. ¿Quieren ustedes entregarle algún mensaje?

O'Casey pareció no oír esta pregunta.

—Él embrujó las puertas del Subterráneo —dijo O'Casey— y ahora embrujó la piscina. Después será capaz de embrujar la silla eléctrica...

—¿Embrujar *qué*?...

En la mente de Norton había un recuerdo reciente. Cuando se hallaba junto a la piscina y apareció Crystal, él había mirado hacia la terraza y vio allí una grotesca parodia de la silla eléctrica. En aquel momento creyó que era solo un desvarío de su imaginación que relacionaba aquella silla con...

Norton corrió a una de las ventanas y oteó por una de ellas con el rostro pegado al cristal en dirección a la terraza.

—Yo no me había fijado cuando me mandaron ir a recortar el cercado —dijo O'Casey—, porque iba muy enfurecido e incapaz de observar nada. Pero ahora véalo usted mismo.

En la serena terraza, bañada de sol, con un casco de metal y los electrodos dominando cuanto allí había, algún humorista había colocado una perfecta imitación, en tamaño natural, de la silla eléctrica.

Aunque el día estaba aún en su plenitud, en la lejanía, detrás de la estación del ferrocarril, flotaba una gran franja de puesta de sol y en el aire había una sensación de atardecer, en el preciso momento en que Norton hacía frente a un verdadero asalto de periodistas, en pie sobre las escalinatas de la residencia.

—No —decía con energía Norton dentro de un tono amistoso hacia sus colegas—. No pueden ustedes ver a sir Henry porque se encuentra encerrado en la bodega entre botellas de vino.

Pero la inevitable pregunta le fue disparada por varias voces a la vez.

—Sí; porque está... borracho —dijo Norton. (Sensación entre los periodistas.)—. Sí...; bo-rra-cho, borracho...

—¿Y por qué se ha emborrachado ahora?

—Pues porque su cerebro no trabaja con eficacia en un caso de esta naturaleza hasta que está tres cuartas partes paralizado por efecto del alcohol. Creo que ustedes comprenderán esto.

Hubo un momento de agitación y murmullos, no exentos de simpatía hacia el hipotético bebedor. El pretexto de Norton pareció tan franco y original, brotando, además, de un respetable hogar de Maralarch, que todos, excepto algunos demasiado suspicaces, lo aceptaron y creyeron.

—¿Podemos decir en el periódico que está borracho y la razón para estarlo?

—¡Claro que pueden! —replicó Norton, preguntándose a la vez cómo caería en Washington semejante noticia. Después alzó una mano y añadió—: El teniente Trowbridge les ha comunicado ya los hechos esenciales. Con permiso de él voy a darles algunos más. Algunos de ustedes ya me conocen, ¿verdad?

Hubo un coro de afirmaciones.

—Muy bien; entonces escuchen. Les voy a proporcionar una verdadera *historia*.

Y, en efecto, lo era, y muy bella. Pero, tal como Norton había calculado, la parte básica —el que Manning se había fugado con el dinero de la Fundación— se esfumó completamente en medio de la avalancha de los demás detalles. Tal cual Norton lo contó, todo parecía reducirse a que Manning había hecho una apuesta de que se arrojaba a la piscina y desaparecía como una pompa de jabón.

—¿Y qué es eso de la silla eléctrica? —preguntó alguien.

—Una pura broma, según se cree. Varios testigos que acudieron a la piscina para bañarse esta mañana temprano advirtieron vagamente una especie de silla cubierta con un paño, pero no hicieron caso. Cuándo ni quién le quitó el paño nadie lo sabe. Quien la descubrió más tarde fue el policía Aloysius J. O'Casey.

Por el momento, Norton quedó libre de aquellos implacables moscardones. Por lo menos, así lo creyó.

Cerró la puerta principal, y ya dentro, apoyó la cabeza en ella para descansar.

Nuevamente la casa estaba tan silenciosa como a medianoche, con las cortinas venecianas a medio bajar en todas las ventanas.

Betterton y el fiscal general del distrito se habían marchado en el automóvil de este poco después del almuerzo, durante el cual solo se conversó vagamente de temas sin interés.

En cuanto al detective teniente Trowbridge, de White Plains, sorprendió a Jean, Crystal y Bob, pero a nadie más. Aquellos habían esperado encontrarse con una especie de ogro muy gordo, mascando un puro y dando voces. Por el contrario, se encontraron con un hombre muy plácido, que no llegaba aún a los cuarenta años, que se limitaba a tomar declaraciones y que no hacía preguntas excesivas sobre milagros. Respecto a la parodia de la silla eléctrica...

—Póngala en la bodega —había ordenado Byles— y no permitan que sir Henry la vea. Puede darle una congestión apoplética. No queremos que nuestro caballo se desboque al empezar la carrera...

Y a la bodega se dirigió rápidamente Norton, después de refrescar la cabeza contra la puerta de la ahora silenciosa casa.

¿Dónde estaba Crystal? —se preguntó Norton—. Después del almuerzo, Crystal se había encerrado en su cuarto, derramando llanto... Pero Norton detuvo estos pensamientos. Era preciso que no pensara en Crystal.

La verdad era que sir Henry estaba en la bodega, pero no encerrado en ella. No implicaba peligro alguno el encerrarse allí para ocultarle de los periodistas, porque sir Henry no era bebedor sino de *whisky* solamente, desdeñando hasta los mejores vinos como si fueran vulgares jarabes. Ahora estaba de mal humor.

Norton se apresuró a lo largo de un sótano que olía a recién encalado y abrió la puerta de la bodega. Era una estancia alargada con las paredes cubiertas hasta el techo por botellas colocadas horizontalmente unas sobre otras. En medio, debajo de una polvorienta bombilla eléctrica que despedía luz amarillenta, estaba sentado en una vieja silla sir Henry, cuya mirada contemplaba cuatro botellas de champaña sin descorchar, puestas en fila frente a él.

—Cierre esa puerta —dijo a Norton, sin levantar siquiera la mirada y sentado en la misma actitud de la estatua *El pensador*, de Rodín.

—¿Todavía no tuvo usted ninguna inspiración? —preguntóle Norton.

Sir Henry se limitó a lanzar un gruñido. Le gustaba aquel traje de baño y aún lo llevaba puesto. Pero la dignidad familiar de los Merrivale le había obligado a ponerse encima unos pantalones, sostenidos por unos viejos tirantes que hacían que con aquella facha sir Henry se pareciese a un vagabundo del barrio bajo del Bowery de Nueva York, de principios de siglo.

—¿Sabe usted? Ya tengo aproximadamente la mitad descifrada —dijo sir Henry

—. La otra mitad deberá ser más fácil. Pero... —y señaló hacia las cuatro botellas de champaña—. El problema —continuó— está en convertir cuatro botellas en tres y al mismo tiempo continuar teniendo cuatro.

—Eso tendrá que llevarle a usted mucho tiempo, ¿verdad?

—No, maldita sea. No debería. Déjeme que le haga una sugerencia.

—Gracias; ya sé lo que son sus sugerencias.

—Le hablo en serio, hijo mío —suplicó sir Henry—. Usted ni siquiera ve todo el misterio, el misterio completo. ¿Qué fue de los calcetines y el reloj de pulsera de Manning?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando le encontramos junto a la piscina —prosiguió sir Henry—, cualquiera hubiera visto que llevaba calcetines. En cuanto a...

—Espere un momento —interrumpió Norton, intensificando los trazos de sus recuerdos—. En efecto, recuerdo que llevaba un reloj de pulsera y que lo miró y dijo algo referente a que todavía pasarían varias horas antes que hubiera que preocuparse por su desaparición.

—Sí, decía eso para desorientarnos. Siga.

—Recuerdo también otra cosa: que llevaba puesta una camisa.

—No, eso no —replicó agudamente sir Henry.

—Pero le digo a usted...

—Eso —dijo sir Henry accionando con un dedo hacia Norton— es exactamente un elemento de despiste de esos con los que usted tiene que tener cuidado para no desorientarse. Manning es un verdadero sabio en estas cosas. Manning *no llevaba*, en absoluto, camisa. Pero habló de que el sol le molestaba, se tocó el pañuelo que llevaba al cuello y dijo «que era una tortura llevar aquella camisa», y usted, automáticamente, creyó que, en efecto, llevaba camisa. Hijo mío, si todas las demás ropas estaban en la piscina, ¿adónde fueron a parar los calcetines y el reloj de pulsera? Como usted ve —resumió sir Henry—, nuestro amigo Byles está bajo la feliz alucinación de que le va a ser muy fácil capturar a Manning. Cuando Byles estaba dando todas aquellas fantásticas estadísticas a esos jóvenes...

—Parecía, efectivamente, muy convencido —atajó Norton.

—Hasta cierto punto, sí. Ese *truco* del apasionamiento de Manning por los libros viejos, corriendo a las tiendas donde los venden, es muy bonito. Pero las estadísticas, la mayoría de las cuales son siempre falsas, se aplican con el fin de capturar al delincuente de tipo medio. Pero si Manning es un tipo medio, entonces yo soy la *Venus de Milo*.

—Veamos: ¿cuál es el juego ahora?

—Pues bien —dijo sir Henry—: usted coge aquel estrujado y desechado sobre, con las cifras y los nombres de ciudades, que Manning arrojó. Pero si usted fuese un hombre agudo que se dispusiera a dar un *golpe*, ¿es que acaso escribiría usted cada detalle en un sobre en el comedor de un club, para después dejarlo claramente al

alcance mismo del fiscal general, que sabe que le odia usted?

—Entonces, ¿eso era también para desorientar?

—Claro que sí —dijo sir Henry—, y Byles mordió el anzuelo. Cualquiera que sea la cantidad de dinero que Manning se haya llevado, no han sido cien mil dólares. Tampoco dondequiera que haya ido es, desde luego. Florida ni California.

—Y ahora que se siente usted tan expansivo, ¿por qué no me cuenta todo lo demás?

Sir Henry reflexionó.

Se inclinó con cierto esfuerzo hacia adelante, examinando las botellas de champaña. Tocó una de ellas, la empujó hacia adelante y la volvió hacia atrás, como si estuviera ensayando una partida de ajedrez.

—A estas alturas, ya debe usted saber —dijo sir Henry— que no podemos creer una sola palabra de cuanto se ha dicho desde el principio. Pero, siendo yo el más viejo de todos, le diré algo que oí esta tarde a Jean y que ella ni siquiera sabe que me lo dijo.

—Muy bien; ¿y qué es ello?

—Manning poseía un agudo sentido del oído, verdaderamente fenomenal. Por ejemplo, en una obra teatral radiada podía oír ruidos al fondo de la escena que nadie más era capaz de percibir. Esto le daba una gran ventaja sobre los demás. Aparentemente, esta cualidad no le serviría de mucho en este caso.

Después de manifestar esto, sir Henry se puso a divagar consigo mismo, y finalmente dijo con acento de tragedia:

—Estoy atacado de claustrofobia. ¿Hasta cuándo voy a tener que estar encerrado aquí? ¿Es que ya se han marchado esos sabuesos de la Prensa?

—Sí, creo que sí —respondió titubeante Norton—; pero, si pudiéramos, sería preferible que nos refugiásemos en el bosque.

—¿En qué bosque?

—Usted, que registró hasta el más microscópico detalle, parece que, en cambio, no se dio cuenta de que hay un bosque detrás de las casetas de baño. Vamos a intentarlo de todas formas.

Subiendo la escalera silenciosamente como si fueran un par de ladrones, acabaron saliendo por una puerta posterior de la casa. Norton iba delante reconociendo el terreno, y vio que tanto la terraza como el campo de tenis y la piscina estaban desiertos.

—Todo va bien —dijo Norton.

Sir Henry se estiró los pantalones y echó una mirada investigadora. Seguidamente ocurrieron dos cosas simultáneamente.

Bob Manning salió por la puerta de la cocina, dando un golpe a esta al cerrarla. Iba vestido con su traje de béisbol, con las letras M. T. marcadas en él. En una mano llevaba un *bate* y en la otra tres pelotas.

Al mismo tiempo, un fotógrafo, con la máquina y la lámpara de magnesio a

punto, surgió del lado norte de la casa como si hubiera estado al acecho.

Sir Henry trató de ocultarse en la sombra de una chimenea. El fotógrafo, después de echar una mirada al paisaje, se alejó.

—Vamos a ver —dijo Bob corriendo hacia los otros dos—, ¿qué es lo que pasa aquí?

—No creo —replicó sir Henry dignamente— que usted disponga de una tribu entera de indios dispuestos a perseguirnos con sus flechas. ¡Diablos!, ese fotógrafo parecía un indio acechándome. Tengo que esconderme.

—¿Esconderte? —preguntó Bob—. Entonces, venga al campo conmigo.

—¿A qué campo?

—Al de pelota; está detrás de esos árboles. Mi equipo se está entrenando ahora y Moose Wilson está allí —añadió Bob muy impresionado—. Anoche usted me prometió que vendría y practicaría un poco.

—Bien lo sé, hijo mío. Me gustaría ir, pero tengo muchas preocupaciones y...

—Mire, sir Henry, no tiene usted nada que temer.

—¡Ah! No tengo nada que temer, ¿eh?

—Nada. Moose Wilson llevará las cosas con calma y le lanzará la pelota de forma que usted no pueda fallar un solo *batazo*.

Sir Henry miró a Bob asombrado. Aunque en la noche anterior hubiese sido apuñalado, el color púrpura retornaba ahora a su rostro como al de un hombre a quien estuviesen estrangulando.

—Es una tentadora proposición deportiva, hijo mío —dijo sir Henry con blanda voz; después añadió—: ¿Dónde está ese campo?

Cruzaron rápidamente la terraza, pasaron el campo de tenis, la piscina, las casetas de baños y se internaron en el bosque, que estaba fresco como la primavera, cubierto de ramaje y lleno de sombra. Recostada contra un árbol, vistiendo pantalones blancos y negros y una blusa blanca, se encontraba allí Crystal Manning.

—¿Los llevas a ver el juego de béisbol? —dijo a su hermano dulcemente y sin mirar a Norton—. ¿Te molestaría mucho si yo fuese también?

Bob la miró sorprendido y después se volvió hacia sus compañeros, como si se tratara del fin del mundo.

—Anoche —dijo pacientemente Bob—, esta mujer incurría en las más extraordinarias confusiones sobre las reglas del juego, y ahora quiere ir a verlo.

—¿Tienes algo que objetar, querido Bob? —preguntó ella.

—No; en absoluto. En marcha, porque tenemos que apurarnos, pues empezaron el juego con una sola pelota y necesitan estas otras. Perdóneme.

Se adelantó, corriendo, a los demás. Pero lo que realmente quería Bob era advertir a los jugadores la llegada de sir Henry y pedirles que trataran al viejo como si fuera de cristal.

Bob, para atajar, se metió por la maleza abandonando el sendero. Los otros tres siguieron por este, llevando a Crystal en medio.

Apenas desapareció su hermano, Crystal abandonó sus aires de gran señora, volviendo a ser la humana muchacha que Norton conocía. Ella solamente le dirigió una mirada de apasionado reproche, con la que parecía querer decirle: «¿Por qué no viniste a buscarme esta tarde?».

—Sir Henry —dijo Crystal—, ¿por qué dijo usted al fiscal general aquella tremenda mentira esta mañana?

—¿Qué tremenda mentira, mocita mía?

—Aquella sobre la mujer..., la amiga de papá... Usted, deliberadamente, dio a Byles la dirección y el número del teléfono de alguna mujer llamada Flossie Peters, que no es, en absoluto, Irene Stanley.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y por qué cree usted eso?

—Porque yo estaba observando el rostro de Jean. Yo no sé dónde vive Irene Stanley y estoy segura de que tampoco Bob lo sabe. Pero tengo la certeza de que lo sabe Jean, y no es en la dirección que usted dio. ¿No es así?

—Así es, mocita mía —confesó sir Henry.

Caminaban bajo un fresco y verde crepúsculo, turbado solo por algunos mosquitos, pero Norton, sudoroso, reclamó un alto para descansar.

—Escuche, sir Henry: ¿está usted tratando de confundir aquí también a la Policía, igual que siempre trata de confundirla allá en Inglaterra?

—Pues... quizá un poquito, hijo mío. Pero no mucho.

—Bien; voy a decirle lo que usted hizo —dijo Norton con convicción—. Usted telefoneó a esa muchacha al Bronx anoche y le dijo lo que ella había de hacer y decir. Si la Policía iba hoy a su casa, ella habría de decir que era Irene Stanley y actuar como si lo fuera, con la mayor perfección que pudiese. Esto no engañará a la Policía largo tiempo, pero les desviará la pista durante varias horas.

—Más que unas pocas horas —dijo sir Henry—. Esa muchacha puede estar diciendo largo tiempo mentiras, y mentiras convincentes, capaces de formar una cadena que vaya desde la calle Ciento Sesenta y Uno hasta la estatua de la Libertad.

—Entonces es que usted no está persiguiendo a Manning. Lo que está haciendo es protegiéndole.

—Sí, le estoy protegiendo *hasta* que ellos puedan probar que Manning es un estafador. Después que lo demuestren...

Crystal, con ojos de ensoñación y expresión divertida, no parecía estar, ni remotamente, pensando en estas cosas.

—Sir Henry —dijo ella suavemente—, ¿quién es Flossie Peters?

—Siempre estoy diciendo a todos —replicó sir Henry— que tengo aquí una amiga. Es una muchacha muy agradable. De cuando en cuando voy a verla y a charlar con ella.

—Sir Henry —dijo Crystal con seriedad—, usted es un viejo extraordinariamente pícaro.

La expresión de virtud ofendida de sir Henry hubiera humillado de envidia al

propio San Antonio.

—No sé lo que quiere usted decir con eso...

—Sir Henry, ¿usted tiene una *amiguita* en Nueva York!

—Eso no es verdad. Yo no vivo aquí. La...

Se detuvo bruscamente. Habían desembocado en un espacio abierto del campo y multitud de ojos les observaban.

Cuando Norton vio aquel campo de béisbol, algo que había estado dormido en él durante largos años despertó, corriendo por sus venas como si fuera fuego, y se dijo: «¡Por Dios! Este es el mejor campo de aficionados que he visto en mi vida».

En efecto, cada detalle estaba meticulosamente cuidado, constituyendo un verdadero estímulo para entregarse al deporte.

Muchos de los jugadores, con sus uniformes blancos de rayas verticales se hallaban esparcidos por todo el terreno, mientras otros practicaban lanzando la pelota. Para asombro de todos, cerca de la línea de *bate* estaba el viejo Stuffy, con su uniforme del Atlético de Filadelfia, que tenía más de treinta años.

Al ver a sir Henry, Stuffy hizo una mueca y se puso a bailar una danza guerrera con la perfección que su reumatismo le permitía.

Cerca de Stuffy estaba Bob preparado para hacer las presentaciones. Bob no tenía seguridad sobre la manera de realizar aquellas, aunque en un campo de pelota siempre se sentía como en su propia casa.

—¡Hombres del Terror de Maralarch! —gritó con una voz que era mitad la de un hombre haciendo un brindis, mitad la de un anunciador de la radio—. Permítanme presentarles a nuestro invitado de hoy, que es nada menos que lord Merrivale.

El aire se llenó de vítores y aplausos.

Al otorgar gratuitamente aquel título nobiliario a sir Henry, Bob demostraba tener solo una idea muy vaga de lo que son los títulos en Inglaterra, creyendo sin duda que todos eran iguales o que por lo menos podían cambiarse unos por otros. Después contó al auditorio una historia que se había metido en la cabeza firmemente y que él mismo creía verdadera.

—Lord Merrivale —gritó para que todos pudiesen oírle bien— es un famoso jugador de *cricket* de Inglaterra. Nunca ha jugado al béisbol. Pero le agradecería hacer algunas pruebas de este juego y seguramente enseñarnos algo.

Los aplausos se convirtieron en algo frenético que dominaba a los vítores.

Norton sabía perfectamente que todo esto era una pura añagaza para ocultar una explosión de carcajadas. Lo que asombraba a aquellos muchachos, la mayoría de los cuales eran mucho más jóvenes que Bob, era la presencia de un lord inglés —aunque este fuese el lord más feo que jamás hubieran podido imaginarse— dispuesto voluntariamente a hacer en el campo las mayores ridiculeces.

En el fondo, todo era muy natural, tratándose de jóvenes y sabiendo lo que es la juventud. A Norton le desagradaba todo esto. Hubiera querido que el viejo no persistiera en convertirse en el hazmerreír de aquellos mozalbetes. Pero...

Como siempre, sir Henry se había situado en el lugar prominente. En respuesta a los vítores, se inclinó primero, después levantó ambas manos apretándoselas por encima de la cabeza, al estilo de los campeones de boxeo cuando saludan a la multitud desde el centro del *ring* al ser presentados.

Los Terrores de Maralarch estaban bajo un frenesí de entusiasmo. A un lado del campo había una gran armónica; Stuffy la cogió, se la llevó a los labios y empezó, con gran seriedad, a tocar una vieja canción de los fanáticos del béisbol. Esta canción decía:

*Llévame al partido de pelota.
Llévame a mezclarnos con el gran público...*

Ningún aficionado puede resistir la magia de esta canción tradicional, a menos que esté muerto y ya preparado el cadáver para que lo entierren. El propio Norton se sentía embriagado, recordando sus viejos tiempos.

La sensación íntima del polvo del campo en las manos, el cegador sol, el uniforme de jugador ajustado al cuerpo, las carreras y saltos y otras innumerables sensaciones del juego impregnaron la sangre de Norton y, corriendo ardientes por sus venas, fueron a su corazón y poblaron su cabeza.

Cuando hubo terminado la vieja canción, Stuffy preguntó a Hank, que era como familiarmente llamaba a sir Henry:

—Y ahora, ¿qué desea usted?

—¿Tiene usted una gorra? Déme una gorra.

—Pero necesita también unos zapatos.

—No se preocupe por los zapatos... Solamente déme una gorra.

Bob, poniéndose las manos en la boca en forma de altavoz, daba órdenes para poner en línea de juego al equipo.

—Ese es Moose Wilson, que ha estado *bateando* moscas —dijo Bob a sir Henry—. ¡Oiga, Moose!

Moose, hombre todavía joven, corpulento y con aspecto de buena persona, se rió y tiró a un lado el *bate* que tenía en las manos.

Bob continuó dando órdenes y situando a cada jugador en su puesto. En el colmo de su entusiasmo, Norton quiso también tomar parte activa en el juego y pidió a Stuffy que le diera un puesto, que aquel le concedió. Norton se sintió tan importante y tan héroe como si se tratase de la final de la *Serie Mundial* de béisbol..., aunque en el fondo de su conciencia sabía que jugaría desastrosamente, pues la falta de práctica, después de tantos años, tenía que restarle precisión, agilidad y energías. Por otra parte, sabía que esto iba a fastidiar a sir Henry, que por la edad podría ser su padre, y para molestarle más se puso al lado del viejo Maestro.

—Té y *criquet* —gritó un bromista, imitando el acento inglés.

Se oyó después otra serie interminable de frases irónicas parodiando a los ingleses, lo que dio lugar a que Norton, extrañado, se preguntase: «¿Es posible que

estos muchachos crean, cual todo indica, que las gentes en Inglaterra hablan de esa manera?». Pero esos falsos conceptos no tenían remedio, como ya había comprobado después de intentar rectificarlos durante muchos años. Las malditas películas habían creado esos errores de concepto entre ingleses y americanos, y sir Henry, con sus caprichos, estaba contribuyendo a confirmarlos... Si siquiera abandonase el juego. Pero sir Henry estaba más entregado que nunca a él, con inusitado entusiasmo... La gorra que llevaba a la cabeza, inclinada a un lado, acentuaba así, todavía más, su aspecto de vagabundo del Bowery de principios de siglo.

Sir Henry se sentía feliz; tan feliz como él sentíase también Stuffy, en otro tiempo orgullo del Atlético de Filadelfia.

Pues bien: sirviéndonos de los propios ojos de Norton, sigamos un poco aquel extraordinario partido.

Como espectadores habían llegado también al campo, a reunirse con Crystal, Jean y Davis, que seguían las incidencias del juego con el mayor entusiasmo, comentándolas alegremente.

Por su parte, Bob daba órdenes.

—Vamos —gritó Bob—, a ver si empezamos.

Moose Wilson pareció despertar de un sueño. Había visto muchos *bateadores* de cara fea en su vida deportiva, pero jamás ninguno de cara tan fea como la del grueso lord Merrivale, que miraba a Wilson con la mirada asesina de un médico brujo de la selva africana.

Moose, que actuaba de lanzador, sirvió a sir Henry una pelota bastante suave. Y ahora tenemos que prescindir del delicado estilo poético de Robert Browning para relatar, aunque sea sucintamente, las hazañas de sir Henry en materia de béisbol, porque tal descripción es preciso hacerla en términos puramente prosaicos y terrestres.

Cuando Moose lanzó la pelota y sir Henry le atizó fulminantemente el *bate*, escuchose un ruido al que no cabe aplicar otro adjetivo que el clásico con que se representa vocalmente el estampido de un cañonazo: ¡*Pum!*...

Desde luego, no es cierto, al contrario de cuanto afirman las leyendas, que con ese *batazo* sir Henry envió la pelota a dos kilómetros de distancia, pero la realidad es que todos los jugadores quedaron boquiabiertos e inmóviles cuando vieron salir la pelota disparada como un proyectil por encima de cercados y árboles, yendo a perderse en la lejanía.

—Bastante buen golpe, Hank —dijo Stuffy a sir Henry.

El corazón y el alma de Norton estaban anhelantes de sorpresa.

Crystal, Jean y Bob aplaudieron furiosamente.

Sir Henry, apoyándose con displicencia en el *bate*, miró a Moose.

—Vamos —le dijo con sarcasmo—, ¿por qué no lanza la pelota?

Sin embargo, los jugadores todavía no estaban suficientemente convencidos de la calidad de sir Henry y le miraban con escepticismo. En el rostro de Moose comenzaba a asomar el desconcierto. Stuffy trajo una pelota nueva. Moose se preparó para hacer fracasar a sir Henry y, apelando a sus artes, le lanzó una pelota en curva, en un estilo que a los novatos les vuelve prácticamente locos al tratar inútilmente de golpearla con el *bate*.

—¡Ah! ¿Esas tenemos? —comentó sir Henry al tiempo que daba un nuevo y sensacional *batazo* que provocó un grito unánime de asombro de jugadores y público.

La segunda pelota desapareció en la distancia y fue a caer dentro de un pozo abandonado.

Se hizo un silencio como de muerte.

—¿Qué es lo que pasa, hijo mío? —gritó sir Henry a Stuffy, que estaba a su espalda—. ¿Es que ya no quedan lanzadores en el mundo?

Crystal Manning dio rienda suelta a su risa, que era como un canto de pájaros.

Tampoco es verdad en esta historia, al contrario de lo que asegura la leyenda, que después del segundo *batazo* de sir Henry, el lanzador Moose empezó a echar fuego por los ojos y la boca y humo por los oídos. Sin embargo, el ambiente iba transformándose por la pasión, y aquello, más que deporte, parecía que iba a degenerar en un asesinato, del que el triunfador sir Henry sería fatalmente la víctima.

—He aquí la última pelota que nos queda —dijo Stuffy—. Ya hizo usted desaparecer dos, de manera que procure conservarnos esta.

Moose Wilson se preparó nuevamente, y concentrando ahora todos sus recursos, talento y energías de lanzador. Era la última prueba y Moose puso en ella toda su alma, lanzando una pelota veloz como el rayo, que sir Henry no logró conectar.

Moose pensó que ya empezaba a vencer a sir Henry y se volvió hacia los jugadores que tenía más cerca, haciéndoles una mueca significativa. Nuevamente le lanzó otra pelota fulminante y nuevamente falló sir Henry. La emoción en el campo era indescriptible.

Sir Henry, con el rostro imperturbable como si fuera de palo, pero a la vez con un gesto de indiferencia, se preparó de nuevo. Cambió el *bate* de una mano a la otra y se secó ambas frotándolas contra los fondillos del pantalón. Esto, aunque la ética deportiva prohíba reírse en voz alta, provocó una carcajada general. Por este gesto de sir Henry los jugadores dejaron súbitamente de odiarle y sintieron nuevamente simpatía hacia el fantástico viejo.

Moose lanzó por tercera vez la pelota con una velocidad como jamás lo había hecho en toda su larga vida de jugador profesional. Pero apenas la pelota había salido de la mano de Moose escuchose un estampido cual si fuera una descarga eléctrica al conectar el *bate* de sir Henry la bola y desaparecer esta en el aire en un segundo, perdiéndose en el horizonte.

Sir Henry se volvió hacia Stuffy y en tono de displicente ironía le dijo:

—Ya no hay lanzadores de calidad...

—Ciertamente, no —replicó Stuffy—. Ya no los hay como en nuestros tiempos.

Stuffy comenzó a citar nombres de lanzadores famosos de aquella época lejana.

Pero Moose, verdadero profesional, era un caballero, y aunque derrotado y humillado, no hizo aspaviento alguno de desesperación; por el contrario, se encaminó hacia sir Henry y le alargó la mano para felicitarle.

—Choque usted esa mano —dijo con simplicidad—. Jamás me podré explicar

cómo realizó usted esa proeza a su edad. Jamás también, desde que era principiante, me *batearon* con tal fuerza.

Quien más quien menos entre los jugadores, todos comprendieron que la jornada deportiva, en cuanto a interés, había terminado. Bob, todavía desconcertado por el asombro; Jean, resplandeciente de satisfacción, y Davis con una sonrisa de comprensión, corrieron a rodear a sir Henry.

—¿No pertenece usted a la Cámara de los Lores? —preguntó Moose a sir Henry.

—No, hijo mío. Hace años, unos elementos de mala intención trataron de sabotearme y encerrarme en la Cámara de los Lores, pero logré desbaratar su complot. Si ha de aplicarme usted algún título, déme el que me corresponde. Soy barón.

—Sea lo que quiera —interpuso Stuffy—, este Hank fue el *bateador* más estupendo que conocí. Se entrenaba con nosotros cada temporada en aquellos tiempos en que el Atlético era el verdadero Atlético. ¿Y saben ustedes por qué nunca quiso firmar para jugar con nuestro equipo? Pues porque no quería recibir dinero alguno.

—¿No quería recibir sueldo por jugar?...

—Es que quería ser un aficionado sin paga y cumplir los reglamentos de Inglaterra —añadió Stuffy con amargura—. Nunca, entonces ni ahora, lo comprendí.

Norton se alejó del grupo. Precisamente al pie de la entrada del bosque divisó a Crystal, que se había alejado también de la multitud y le estaba mirando.

Stuffy dijo a Bob Manning:

—Envíe a algún jugador a buscar la última pelota lanzada, que cayó exactamente en el cementerio abandonado. Hay una puerta en el cercado para que pueda entrar. No vuelva a comprar otra pelota hasta el sábado...

—Muy bien, Stuffy, muy bien...

El atardecer se hacía más pronunciado cuando Norton alcanzó a Crystal junto al bosque.

—Durante algún tiempo del juego —dijo Norton— perdí la cabeza completamente.

—Sí, ya lo vi. Fue terrible —replicó Crystal—. Perder enteramente la cabeza, hasta el extremo de golpear el suelo con los tacones con entusiasmo, y siendo completamente humano por una vez...

Norton se echó a reír y le pareció presentir que Crystal estaba temblando de enfado.

—No quise decir eso —replicó Norton—, pero, francamente, me gustaron los del Terror de Maralarch, de Bob. Estuvieron dulces como la miel al principio con sir Henry, antes que este los pusiera en un verdadero ridículo y se mofase de ellos. Después se enfurecieron contra él, pero estaban ansiosos de devolverle sus simpatías. El viejo, que presintió esto, falló dos pelotas deliberadamente, para después enviar la última por encima del cercado. No se trataba más que de un juego de pelota, pero esos chicos estaban locos por ganarlo.

—Es preciso ganar siempre —dijo Crystal—. Hay que ganar en todo en la vida. De otra forma, ¿cómo se puede tener éxito?

A la mente de Norton acudieron viejos recuerdos.

—Cuando yo tenía unos catorce años —dijo— me enviaron a un distinguido colegio preparatorio, en donde era riguroso ser elegante, ser un caballero y salir bien en los exámenes. Recuerdo aún con cariño aquel colegio. Pero una cosa me sorprendió siempre.

—¿Qué cosa era? —preguntó Crystal con suspicacia.

—Cada vez que había un acontecimiento deportivo, un grupo de maniáticos, que llamaban *líderes*, trataban de atizar nuestras pasiones hasta el frenesí, como si fuera algo decisivo para el mundo el que nosotros ganásemos en fútbol a los equipos contrarios. Teníamos himnos de *guerra*, en los que superabundaba la palabra *honor*. «Tenemos que ganar —cantábamos heroicamente— por el honor de nuestro colegio».

—¿Y qué había de malo en ello? —preguntó Crystal, que a su vez había sido educada en una filosofía similar.

—Todo era erróneo, querida mía. A menos que alguien pretenda envenenar a un delantero o sobornar al árbitro, lo cual es siempre poco factible, no veo que el honor tenga nada que ver con el partido.

El bosque estaba saturado de fragancia. Norton, muy cerca de Crystal, se preguntó por qué se entregaba a esas lamentaciones, que solo sirvieron para enfadar a la muchacha.

—Norton —dijo ella—, es usted un hombre... sin remedio... No comprendo por qué yo... —su voz se hizo más suave y ligera— he estado persiguiéndole a usted de una manera que resulta ya escandalosa. Verdaderamente, ¿se interesa usted por mí?

—Si usted me pregunta si deseo acostarme con usted, la respuesta es afirmativa —replicó Norton directamente, sin rodeos—. Si me pregunta usted si me agrada su compañía, también le contestaré que sí. Pero en cuanto a estar enamorado de usted... ¿Qué es el amor? Yo no lo conozco. Cuando mi Ana vivía, estaba seguro de lo que era el amor. Pero ahora...

En una situación análoga, toda mujer hubiera replicado, indefectiblemente, como Crystal lo hizo:

—¿Es que debiera yo hablarle de mis tres maridos? —preguntó ella.

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque —replicó Norton— estoy tan terriblemente celoso de cada uno de ellos, que desearía encontrarle y matarle con una daga florentina.

Al decir esto, cogió en sus brazos a Crystal y la besó largamente. Pero ambos tenían demasiada experiencia en amor para no darse cuenta del peligro tentador que les ofrecían aquellos parajes, y emprendieron el camino de regreso.

—Es extraño —dijo Crystal riendo—. Mis ideas sobre el amor y el hallarse enamorado han sido siempre las mismas que las de usted.

Norton no hizo comentario alguno.

—Mas —añadió Crystal— la realidad es que existe, Se puede creer en él o no, pero existe. Como Jean dice con frecuencia, mi padre y mi madre...

Nuevamente los brazos de Norton estrecharon a Crystal. Le acarició las mejillas y el cuello suavemente. Después hubo otro minuto o dos de tensión, y Crystal apoyó la cabeza contra el pecho de Norton.

—¿Recuerda usted mucho a su madre? —preguntó él.

—Solo muy vagamente. Yo tenía seis años cuando murió. Era muy buena, pero para ella no había nadie en el mundo más que papá; y nosotros lo sabíamos. Su pasatiempo favorito era pintar. Papá...

—Escuche —dijo bruscamente Norton, irguiendo la cabeza.

A sus oídos llegaron voces confusas. Era sir Henry, con su acompañamiento de nuevos admiradores deportivos, que hablaba al extremo del bosque.

—Yo era un jugador extraordinario —decía sir Henry modestamente.

—No; no servía para nada en ningún puesto —interrumpió Stuffy—, pero que lo pusieran al *bate*, y entonces enviaba la pelota más allá de la frontera... Puedo asegurarlo...

Crystal, mirando su reloj, dijo:

—Ya pasa de la hora de cenar. El cocinero estará ya...

Norton la cogió por un brazo y la llevó hacia el extremo del bosque. Allí volvieron a oír más claramente el vocerío. Pero en medio de él escucharon otra voz impregnada de terror y angustia, gritando palabras que Norton ni Crystal podían distinguir. Un individuo, con el uniforme blanco de jugador, corría hacia ellos en dirección opuesta. Norton pudo divisar la puerta abierta en el alto cercado del cementerio.

El hombre que corría cayó, desplomándose en el campo. Después logró incorporarse nuevamente y se acercó. La primera palabra que fue capaz de pronunciar, y que todos oyeron, fue la palabra *muerto*.

Era como si una tempestad hubiera caído sobre los allí congregados en torno a sir Henry. Norton, llevando a Crystal aún cogida del brazo, se incorporó al grupo.

El individuo a quien habían visto corriendo respiraba con dificultad. Norton recordó, por su fisonomía, que era uno de los jugadores a quienes Bob había enviado a buscar la pelota perdida en el cementerio. El muchacho estaba ahora pronunciando palabras incoherentes, como *lámpara*, *doctor*, y sus ojos aparecían aterrados por alguna impresión.

—¿Qué ha ocurrido, hijo mío? —le preguntó sir Henry.

—Allí, en el cementerio —dijo el muchacho con voz entrecortada—, en ese cementerio abandonado..., en una de las tumbas...

—¿Qué más?...

—Bill y yo encontramos un cadáver...

Solo sir Henry, Norton y Davis se acercaron al cercado del cementerio. Los demás, incluyendo a Bob Manning, se quedaron en el campo de béisbol.

El cercado era de madera, de unos tres metros de altura, y estaba pintado de verde. Este cercado separaba la finca de Manning de las ajenas. Norton recordó que Jean había dicho esto mismo. Bajo el crepúsculo, aquel lugar presentaba un aspecto sombrío e inquietante. Había una puerta de tamaño ordinario, que se encontraba abierta cuando sir Henry y sus acompañantes se acercaron.

—Ustedes dos —dijo sir Henry a Norton y Davis— irán detrás de mí, en fila. ¿Tiene alguno de ustedes una linterna?

Ninguno la tenía. Sir Henry, que ya se había desprendido de su gorra deportiva, gruñó y se adentró en el viejo cementerio.

El cementerio se encontraba en estado ruinoso. Medía aproximadamente en total unos treinta metros cuadrados, y en tres de sus lados tenía, además de la cerca, pesadas paredes de ladrillo de unos dos metros y medio de altura.

Pero estas paredes estaban medio caídas bajo su propio peso. En las tumbas, la maleza y el musgo cubrían las losas. Un pequeño mausoleo, casi cubierto por la maleza, tenía una puerta ennegrecida por el lado sur. En el lado norte había un pequeño cenotafio, y aun no siendo un lugar para enterramientos había también una puerta y hasta algo que parecían ventanas.

No se escuchaba un solo ruido en aquel pequeño bosque de sepulturas. Para este lugar, el reloj del Tiempo se había parado en el siglo XIX.

—Por aquí —dijo súbitamente una voz nerviosa, al oír la cual los cabellos de Norton se erizaron.

A unos nueve metros frente a ellos, y a unos cuatro metros de distancia del cenotafio, se encontraba un joven arrodillado sobre la hierba. Inmóvil, vestido con su blanco uniforme de béisbol, en aquel oscurecer, daba la impresión de ser una estatua de mármol ornando una tumba.

Sir Henry marchaba al frente, caminando sobre la hierba. En una tumba, la losa de piedra negra, muy delgada, se había caído o había sido arrancada de su sitio. En otro lugar, alguien, probablemente ahora ya fallecido, había intentado encender una hoguera.

El muchacho del uniforme blanco se incorporó.

—Soy Bill Wadsworth —dijo. Y señalando con una mano, añadió—: Nosotros encontramos...

—Sí —interrumpió sir Henry—. Es Fred Manning.

Medio sentado, medio tendido contra una sepultura se hallaba el cuerpo de Manning, encorvado, con la cabeza de cabellera gris caída sobre el pecho y las piernas tendidas sobre el césped a lo largo de la sepultura. Estaba vestido con un traje gris de verano, cuello blanco y corbata azul. Manchas de sangre oscurecían la chaqueta, unas pulgadas más abajo del corazón, y habían empapado todo el lado izquierdo de la camisa.

Haciendo un gran esfuerzo, sir Henry se arrodilló junto al cuerpo de Manning.

—Yo traté de tomarle el pulso —dijo Bill—. Creo que todavía respira. ¿Podríamos buscar un médico?

Norton se abstuvo de mencionar otros casos similares o de decir que los títulos del diablo incluyen también uno de doctor en medicina.

—Pongámosle boca arriba —dijo sir Henry—. Despacito... Así...

Sir Henry observó la operación de tender el cuerpo de Manning sobre la sepultura, realizada aquella por sus acompañantes con tanto cuidado como les fue posible.

De la sepultura cayó un fino hilo de sangre. Era una sepultura demasiado nueva para un cementerio tan viejo. Norton descifró una inscripción que había sobre la losa superior, y que decía:

BENDECIDA A LA MEMORIA DE
FREDERICK MANNING

Pero después de la primera impresión producida por estas palabras, Norton se preguntó cómo había sido posible que fuera tan idiota que no hubiese visto, debajo de la inscripción, las fechas de nacimiento y de muerte: 1822-1886.

—¿Tiene alguien una navajita? —preguntó sir Henry.

Bill sacó rápidamente una de su bolsillo; era una navaja de gran tamaño, cuya hoja mayor tenía cuatro pulgadas, que es lo máximo permitido por la Ley. Sir Henry la observó con curiosidad. Después, tras haber abierto ampliamente la chaqueta de Manning, comenzó a cortar con cuidado la camisa de seda.

—Enciendan todos ustedes cerillas —ordenó—. Ténganlas constantemente encendidas.

Todos obedecieron, pero aunque se acercaron mucho, nada podían ver, salvo la espalda de sir Henry y su calva cabeza.

—¡Uh! ¡Uh! Esto hará efecto —dijo sir Henry al fin, poniéndose en pie—. ¿Dónde está el teléfono más cercano?

Bill señaló hacia el lado este del cementerio.

—Allí está la carretera de Fenimore Cooper. Hay una estación de gasolina y una tienda de cigarrillos —dijo Bill.

—Pues telefonee al hospital más próximo —dijo sir Henry, entregándole un puñado de monedas de plata— y pida que envíen inmediatamente un médico. Y dele el recado en nombre de otro médico. Y por el amor de Esaú, recuerde bien cuanto le

estoy diciendo. ¿Lo hará?

—Sí, señor. Trataré de hacerlo.

—Dígale que el herido tiene dos puñaladas, una encima de la otra, en el lado izquierdo, a la altura del pezón. Las dos son heridas de pulmón, pero no tocaron al corazón. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Dígale que ambas heridas están *absorbiendo*. Sí, esa es la palabra. También dígame que el lado izquierdo del pulmón se está llenando, probablemente, de coágulos de sangre, y que este es un lugar inadecuado para operar; puede explicarle cómo es esto, pero que si quiere operar en el hospital que envíen urgentemente una ambulancia. ¿Se enteró usted? Entonces repita lo que le he dicho.

Bill así lo hizo, con sorprendente exactitud.

—Después de hablarle al médico, telefonee a la Policía de White Plains. Pregunte por el teniente Trowbridge y dígame que venga aquí tan pronto como pueda. Eso es todo. Y ahora, corra...

Bill salió corriendo sobre las tumbas, como si tuviera alas en los pies, y saltó el muro exterior, escalándolo como un mono.

—Usted, hijo mío —dijo a Davis sir Henry, cuya mano estaba ahora temblando de nerviosismo.

Pero Davis no era un hombre de papel en cuanto a sensibilidad. Aunque estupefacto y mirando incrédulo al cuerpo de Manning, mantenía perfectamente dominado su temple.

—Diga usted —replicó Davis—. Haré lo que usted me ordene.

—El teniente Trowbridge dejó un policía de guardia en las inmediaciones de la casa. Búsquelo y tráigalo. También traiga antorchas o linternas eléctricas. Lo que pueda...

Davis asintió y se disponía a marcharse, pero la naturaleza humana lo venció y, volviéndose, apretó los puños con rabia. Aun en la semioscuridad brillaba su cabello negro. Sin embargo, acaso por lo inesperado de haber vuelto a ver a un hombre que creía haberse esfumado para siempre, ensombrecía su atractivo aspecto habitual.

—Quiero saber cómo pudo llegar hasta aquí —gritó Davis, furioso—. Quiero saber cómo salió de aquella piscina y se eclipsó y cómo cayó aquí completamente vestido.

—Todos nosotros queremos saber cómo, míster Davis —le replicó Norton.

Davis vestía a esta hora pantalones de franela blancos y una chaqueta de deporte. Su rostro, que habitualmente era el del hombre próspero en los negocios, había adquirido súbitamente una expresión profundamente humana.

—No pregunto esto por mí, pues bien sé que no soy de mucha importancia aquí, pero Jean está ya al borde de la locura.

—Eso es verdad, hijo mío —asintió sombríamente sir Henry—. Y todavía sufrirá mucho más cuando se entere de esto. No se lo diga por ahora...

Davis iba a continuar hablando, pero se detuvo.

—Perdóneme; había olvidado que tenía que cumplir una misión.

Como un hombre fuera de su ambiente y que hubiese perdido la mitad de la razón, se marchó a través de la espesa maleza.

El aire del anochecer estaba espeso por las fuertes emanaciones de la vegetación. A corta distancia, sobre una tumba, había un ángel de piedra con el cuello tan deteriorado que un ligero golpecillo habría derribado la cabeza. Norton pensó que Davis había presentido algo sin darse cuenta.

Esta sepultura, por sí misma, no infundía pavor ni inquietud alguna. Todas aquellas sensaciones fluían del propio Manning. Fluían de aquel cuerpo tendido sobre la sepultura, en la cual estaba inscrito su propio nombre a la altura de la cabeza.

En realidad, pensaba Norton, Manning debía de haber estado erguido, en pie, haciéndoles inclinaciones y saludos, con su suave sonrisa y sus aires imponentes, su maestría y sus artes mágicas. Mas, en lugar de eso, estaba tendido allí, con el cabello en desorden, el rostro pálido y hasta sus zapatos casi tan nuevos que las suelas no tenían más que unas ligeras manchas de uso. La situación se complicaba. La reaparición de Manning hacía el problema más difícil aún que su desaparición.

Sir Henry, con sus largos brazos cruzados sobre el pecho, se dedicó a curiosear entre las tumbas.

—Sir Henry —le dijo repentinamente Norton, señalando hacia Manning—, ¿es esto muy grave?

—Cuando se forman coágulos de sangre en los pulmones, es grave, muy malo. Pero tiene todavía posibilidades de salvarse.

—¿Esperaba usted que ocurriese esto?

Sir Henry se detuvo en sus paseos y miró a Norton por encima de los lentes.

—Es mucha bondad por parte de usted, hijo mío, el considerar a este viejo como omnipotente, Jo cual no soy. No; que me quemem vivo. No lo esperaba, pero creo que era lógico... Incluso inevitable.

—Es de suponer que no se apuñaló a sí mismo —dijo Norton—. ¿Acaso un asesinato?

—Sí. Tan cierto como que estamos aquí usted y yo.

El olor de la vegetación parecía intensificarse a medida que el tiempo avanzaba.

—¿Y cuál fue el arma? ¿La encontró usted?

—No, no la encontré. Pero sepa usted —dijo sir Henry con aire preocupado, sacando de su bolsillo la navaja que le había dejado Bill y abriéndola—, creo que fue con un arma como esta, con una hoja fina, de unas cuatro pulgadas. Sí, algo como esto.

—Pero ¿usted no cree que ese muchacho, Bill...?

—No, no. Pero ¿no es esta una hoja muy corriente aquí?

—Sí, lo es; las usan mucho los muchachos. O las usaban antes. Yo estaba muy orgulloso de la mía.

—Otra pregunta: ¿se puede comprar y usar una navaja así sin provocar sospechas?

—Creo que sí —dijo Norton. Y señalando nuevamente hacia la sepultura, añadió —: Aquí está uno de los familiares de Manning. ¿Cree usted que este sea un panteón de familia?

Sir Henry movió la cabeza negativamente.

—No, hijo mío. En la losa hay otros nombres también. Además, si Manning tuviera algo que ver con esto, este lugar no estaría en ruinas como está. Yo estaba únicamente pensando si...

Se aproximó nuevamente a la sepultura y observó a Manning. Después volvió los ojos hacia la derecha.

Frente a ellos, a unos cuatro metros de distancia, se encontraba la fachada principal del cenotafio de piedra ennegrecida. Evidentemente, había sido construido a comienzos del siglo XIX. Era de forma circular, con pequeñas columnas redondas en torno y con el techo imitando una cúpula semiplana. En el techo, casi sobre la propia puerta, había una placa en la cual estaba grabada una inscripción.

Las primeras letras de la placa eran indescifrables. Pero, a pesar de la penumbra, como el texto había sido grabado en blanco sobre la piedra negra, pudieron leer el resto:

MAYOR JOHN KEDWICK MANNING
NACIDO EL 1 DE MAYO DE 1734.
MURIÓ EN LA BATALLA DE LONG ISLAND,
EN LA GUERRA POR LA INDEPENDENCIA
DE NORTEAMERICA,
EL 27 DE AGOSTO DE 1776

Las ya olvidadas palabras de la historia americana trepidaron de nuevo en el corazón de Norton como un redoble de fantásticos y espectrales tambores.

—Manning debía de sentirse orgulloso de esto, ¿no cree usted? —dijo sir Henry suavemente.

—Sí...

—Entonces..., ¿por qué el abandono de este cementerio? ¿Por qué este lugar de calaveras y esqueletos y malezas perdido entre un campo de béisbol y una moderna carretera? En Inglaterra no se puede dejar abandonado un cementerio. Son propiedad de la iglesia. ¿Por qué está este sin iglesia alguna? ¿Quién es el dueño?

—No lo sé —contestó Norton, mientras los mosquitos le picaban el rostro. Tenía la sensación de encontrarse a mitad del siglo XVIII—. Pero Jean nos dijo en el automóvil, como usted recordará, que este es un lugar al cual nadie puede tocar, porque la Ley lo prohíbe, o algo parecido.

—Pare un momento —dijo sir Henry—. Déme una cerilla.

Norton le dio su caja. Sir Henry encendió una y nuevamente, a pesar de las dificultades físicas, se arrodilló sobre la hierba al lado de la tumba donde Manning

estaba tendido. Después puso la cerilla en dirección al cenotafio.

—¡Uh! ¡Uh! —dijo sir Henry—. Aquí hay otra cosa. Gotas de sangre. Gotas de sangre que siguen en línea hacia el cenotafio —y señaló hacia la puerta de este, que quizá en tiempos era de brillante bronce—. Una cosa nueva —añadió.

Después, con sumo cuidado, se inclinó sobre el cuerpo inerte de Manning, y del bolsillo derecho de la chaqueta le extrajo una llave de gran tamaño y completamente nueva. Norton pensó que, de no haber sido tan nueva, quizá fuese la de la puerta del cenotafio.

—Nuevamente vuelvo a decir que era inevitable —argüía sir Henry, como si perorase ante un tribunal fantasma. Después se volvió hacia Norton y preguntó—: ¿Qué hora es, hijo mío?

Norton consultó su reloj de pulsera y dijo que eran las nueve y diez minutos, lo cual le hizo recordar súbitamente otro reloj de pulsera. Cuando Manning se lanzó a la piscina llevaba puesto un reloj.

Sir Henry, con un gesto aprobatorio y de comprensión, contempló cómo Norton se encaminó hacia el lado izquierdo de Manning para inspeccionarle el brazo. En efecto, tenía puesto el reloj en la muñeca, sujeto con una correa oscura.

—Cuidado con ese brazo —advirtió sir Henry, implorante, viendo cómo Norton lo dejaba caer suavemente.

—Aquí está el reloj —dijo Norton, entregándoselo a sir Henry—. Está todavía tan empapado de agua, que se pueden ver una o dos gotas entre el cristal y la esfera. Se paró a las nueve y treinta y seis minutos.

Sir Henry hizo un gesto afirmativo y se puso a contemplar el reloj.

—Exacto, hijo mío. Esa es también la hora precisa en que se arrojó a la piscina. Desde entonces no se había quitado este reloj.

—¿Y cómo diablos logró hacer eso, sir Henry? —preguntó entusiasmado Norton—. Toda la clave está en esto. Él lo hizo, y sin embargo...

—Despacio, Cy —contestó con tono de moderación sir Henry—. Hablando para mi fuero interno, lo que yo quisiera saber es quién podría darme una explicación sobre este «cementerio abandonado».

En ese instante surgieron cercanas dos voces, hablando una tras otra, en aquel sombrío recinto. La primera era la de Jean, que decía:

—Yo puedo explicar eso.

Avanzando desde el cercado, Jean llevaba en la mano una luz, cuyo resplandor bañó la figura de otro ángel de piedra que ocultaba el rostro con las manos.

La otra voz procedía del otro extremo del cementerio. Era la del joven Bill, de regreso, siempre con su uniforme blanco que resaltaba sobre la penumbra.

—El médico —anunció Bill— dijo que operará aquí mismo, y que estará aquí en dos zancadas.

Corriendo sobre la hierba, sir Henry salió al encuentro de Jean para detenerla antes que llegase junto al cuerpo inerte de su padre. Sir Henry se sentía turbado. A

pesar de cuanto trataba de aparentar que era el viejo firme de siempre, incommovible a las cosas humanas, no podía, sin embargo, dominar sus sentimientos de simpatía y piedad hacia la ingenua y leal Jean.

Así, le cerró el paso y le colocó sus manos sobre los hombros.

—¿Quién se lo dijo a usted? —preguntó sir Henry—. ¿Acaso Davis...?

La luz que llevaba la muchacha —una linterna— apuntaba ahora al suelo. El rostro de Jean, en la ancha boca y los ojos azules, reflejaba una sensación de espanto.

—No he visto a Dave... Pero los rumores... Stuffy trató de impedirme que saliera de casa, mas conseguí hacerlo... Ya sé que es papá...

Hubo un silencio. Después Jean preguntó con ansiedad:

—¿Acaso papá... está...?

—No, mocita mía. No es nada grave. Está herido, pero no morirá.

Fuera del recinto y por el lado este, surgieron luces de automóviles, y dos de estos se pararon inmediatamente.

—Es el médico, que llega —dijo sir Henry secamente—; no quiero que vea usted la operación.

—Pues no me iré. No puede usted obligarme a irme.

—Usted no tiene que marcharse, muñequita mía. Vendrá conmigo.

La cogió del brazo izquierdo e hizo seña a Norton para que se pusiera del otro lado, interponiéndose así ambos ante Jean para impedirle que viese la sepultura sobre la cual estaba el cuerpo de Manning. Y en esta forma se la llevaron hacia el cenotafio.

—Yo sé muchas cosas —dijo Jean suplicante—. Sé la causa de que no se pueda tocar el cementerio, pero no quise decirlo antes para no molestar a nadie. Ahora se lo diré a usted si me deja quedarme. Incluso, algunas veces, yo seguí a papá. Le seguí una vez cuando fue a ese sitio donde gestionan la pista de alguna gente desaparecida. También le seguí cuando fue a visitar a..., ya usted sabe quién. Y lo que es más...

Sir Henry se había guardado la navaja y la llave. Sacó esta última e hizo un gesto en dirección al cenotafio.

—No hay nada de qué asustarse —le dijo a Jean—. Aquí no hay nadie enterrado; este es un memorial que usted probablemente ha visto mil veces desde el exterior.

—Sin duda. Pero ¿por qué...?

Sir Henry lanzó un grito al joven Bill, que, vestido de blanco, todavía estaba encaramado sobre el muro del cementerio.

—¿Quiere usted decirle todos los detalles al médico?

La blanca silueta hizo una seña de asentimiento, desapareció, y, por los ruidos que luego se oyeron, se deducía que estaba rompiendo una vieja cerradura, golpeándola con una pesada piedra. Era la de la puerta de hierro.

Seguro de sí mismo, sir Henry sacó del bolsillo la larga llave y la metió en la cerradura de la puerta del cenotafio. Y no solo la llave ajustaba perfectamente, sino que la cerradura estaba bien engrasada. Norton oyó el ruido que hizo al correr el cerrojo.

—Tengo que hacerle algunas preguntas, muñequita mía —dijo sir Henry a Jean, mirándola a los ojos—. Son extraordinariamente importantes. Norton, usted lleve la luz. Así. Ahora vamos a probar.

La puerta se abrió sin hacer apenas ruido.

—¡Caramba! —dijo sir Henry, verdaderamente asombrado.

El aire que respiraron al entrar no tenía nada de viciado y apenas se diferenciaba del aire exterior. Cuando el chorro de luz de la linterna fue iluminando el interior, Norton y Jean quedaron sorprendidos por lo que vieron.

En el año 1802, según decía una lápida en la pared, esta pequeña estancia circular había sido pintada con un paisaje representando escenas de la guerra de la Revolución. Después de tantos años, el tiempo y el polvo debieron de deteriorar la pintura. Esta había sido realizada al óleo sobre una gruesa capa de yeso, pero alguien, sin duda recientemente, había lavado la pared.

A pesar de algunas grietas y otros pequeños deterioros, el paisaje resplandecía vívido de color, demostrando ser la obra de un pintor mediocre pero entusiasta. Se veían uniformes encarnados sobre fondos azules, en medio del humo de cañones color crema. Aparecía también George Washington en Yorktown, pintado a un tamaño de dos metros de altura.

—¡Caramba! —murmuró sir Henry con aire pensativo.

A media altura y a todo lo largo de aquella estancia circular había un friso de mármol de ancho borde, y encima de este tres jarras de agua vacías, una taza grande de estilo antiguo, otra jarra con dos esponjas, otra taza de metal y diversos objetos para limpiar.

—No se preocupe por eso, hijo mío —dijo sir Henry a Norton—. Alumbre con la lámpara bajo el friso y también el suelo.

Bajo el friso había una maleta grande de piel de cerdo. Cerca del centro del piso de mármol, que estaba bastante limpio, había un revólver del calibre 38, marca Smith and Wesson.

Desde ese punto, una gota de sangre seguida de otra, trazaban una línea en dirección a la puerta.

—Esto se simplifica ahora —dijo sir Henry—. ¿No es este el revólver que yo encontré anoche encima de mi maleta? ¿Dónde ha estado desde entonces?

—Conforme le dije a usted esta mañana —replicó Norton—, Manning lo dejó en un cajón sin cerrar, donde cualquiera podía cogerlo.

Desdeñando unas sugerencias de Norton relativas a huellas dactilares, sir Henry se agachó para coger el revólver y volvió a incorporarse.

—Escuche, hijo mío —dijo—, le diré a usted simplemente, como un hecho de lógica criminalista, que nunca se obtienen huellas dactilares útiles en un revólver, salvo en la empuñadura, y la empuñadura de este es de madera de nogal, con dibujos cruzados en alto relieve, que no pueden imprimir huellas.

Después de oler el cañón, sir Henry exploró su interior con un fósforo de madera.

—Muy bien —murmuró—. Este revólver está limpio y no ha sido disparado en largo tiempo. Ahora me pregunto...

Una inspiración súbita pareció iluminar el rostro de sir Henry como el de un ogro en una pantomima. Abrió el tambor del revólver, en el que se veían los cartuchos, y sacó uno de estos. Lo analizó cuidadosamente y lo pesó en la palma de la mano. Norton observaba nerviosamente estas operaciones, hasta que sir Henry volvió a cerrar el revólver.

—Entonces —dijo sir Henry, arrojando el revólver al suelo, cayendo sobre el mármol con estrépito—, ¿no adivina usted lo que este lugar significa *ahora*?

Aunque estaba seguro de comprenderlo, Norton, sin embargo, se sintió furioso cuando la imaginación de sir Henry se desvió repentinamente por otra tangente.

—Déme esa luz —dijo sir Henry.

Sus pasos sonaban agudos sobre el mármol. Aunque la puerta de bronce había sido cerrada cuando entraron, Norton descubrió ahora la razón de que el aire allí dentro pudiese ser respirable.

En un círculo que partía desde la puerta había tres pequeñas ventanas con grueso cristal, tan llenas de suciedad por la parte exterior que difícilmente parecían tales.

Una de las ventanas tenía roto el cristal en parte, en forma de línea diagonal. La rotura era reciente, pues en el suelo había aún pedacitos de cristal. Sir Henry examinaba todo minuciosamente con la lámpara.

Debajo de la ventana rota había unas manchas oscuras, que sir Henry examinó a conciencia; después, levantando la lámpara, puso su luz directamente sobre los rostros de Norton y Jean, que se taparon los ojos con las manos.

—Conque esas tenemos —murmuró sir Henry, bromeando.

Después dirigió la luz hacia los objetos de limpieza que estaban sobre la repisa de mármol.

—Creo —le dijo a Jean— que fue su padre quien limpió estas pinturas de la pared.

—Sí —dijo sorprendida Jean—. Lo ha hecho repetidamente desde que yo tenía dieciocho años. Cierto que no lo hacía muy a menudo, pues a veces lo olvidaba algún tiempo, y después tenía que trabajar clandestinamente con más dureza.

Sir Henry se sorprendió.

—¿Por qué clandestinamente?

—Sí. Porque una vez el viejo míster Van Sellars le llevó al juzgado, y conforme a la Ley, no hay absolutamente nada...

Sir Henry se puso una mano en la frente.

—Pare el carro —dijo— por el momento, muñequita mía; vamos a olvidarnos de las razones existentes para que este lugar tuviese que ser mantenido como un basurero. Tengo otras preocupaciones. Dígame: ¿limpió su padre estos muros recientemente?

—Sí, muy recientemente. Pero ¿qué tiene que ver...?

Sirviéndose de la luz de la linterna, sir Henry examinó algunos de los recipientes. Uno estaba seco. Otros dos estaban apenas húmedos. Una esponja, negra como la tinta, ya estaba seca; otra, oscura y con un borde amarillo, estaba casi seca. En la taza

de metal había algunos sedimentos. También había trapos y toallas ennegrecidos.

Norton estaba pensando que, fuera, el médico y sus ayudantes se hallarían en plena tarea, operando en medio de un grotesco cementerio.

¿Por qué había hecho callar sir Henry a Jean? Él quería ardientemente interrogar a Jean. ¿Estaría, quizá, esperando a que se llevasen el cuerpo de Manning?

Jean, con su esbelta figura vestida con un traje verde, mantenía las cejas arqueadas, como si tratase de defender sus ojos de la luz.

Sir Henry, después de mirar al techo con aire meditativo y estudiar cuidadosamente el suelo, se volvió hacia Jean.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Cuánto admiro a su padre!

—¿Por qué? ¿Porque limpió esas pinturas?

—No, precisamente —dijo sir Henry—, sino por algo relacionado con lo que le estaba preguntando hace poco. ¿Sabe usted lo que representa este lugar?

—¿Puedo responder yo a esa pregunta? —interpuso Norton—. Es que este lugar era la otra casa de Manning.

—¿La otra casa? —repuso Jean.

—Escuche, muñequita —dijo sir Henry adoptando un aire como si fuera a realizar una delicada operación quirúrgica—. Su padre estaba a punto de irse con su amiga Irene Stanley. Posiblemente nunca hubiera vuelto..., o quién sabe si hubiera vuelto más pronto de lo que ustedes creyesen. En todo caso, tenía que hacer muchos preparativos, que no podía realizar en su propia casa. ¿Me comprende usted?

—¿Qué quería usted decir —preguntó rápidamente Jean— con «volver más pronto de lo que creyésemos»?

Sir Henry dio la callada por respuesta.

—Si usted mirase las suelas de los zapatos que ahora llevaba puestos su padre, comprobaría que estaban tan nuevos que apenas los había usado. Vea también esta maleta, completamente nueva, como nuevas son, estoy seguro, las ropas que hay en ella, todas sin marcar, para emprender su también nueva vida...

Después de una pausa, sir Henry continuó:

—Y recuerde igualmente lo que ocurrió esta mañana en la piscina. Fred Manning se arrojó a la piscina, y en principio se hizo invisible bajo el agua...

—¿Cómo? —preguntó Norton.

—¡Cállese! —le replicó sir Henry, quien después continuó, dirigiéndose a Jean—: Pero cuando salió de la piscina, muñequita mía, precisaba tener ropas. Y no las tenía...

—¿Va usted a decirme —volvió a insistir Norton— que Manning, ante los ojos de todos nosotros, salió de la piscina completamente desnudo?

—Prácticamente, sí. Todo lo que llevaba puesto era...

—Un reloj de pulsera y un par de calcetines —atajó Norton.

—¿Quiere usted callarse, hijo mío?

—Muy bien, muy bien. Me callaré.

—Ahora vea usted, muñequita mía. Cuando su padre salió de la piscina precisaba tener otra cosa: un lugar para refugiarse.

—¿Y por qué necesitaba un refugio —preguntó Norton— si era invisible? ¡Oh! Perdóneme. Ya no volveré a interrumpir.

Sus voces resonaban fuertemente en el pequeño cenotafio, pues los muros inmediatos y la bóveda devolvían seguidamente el eco de aquellas, de rechazo, como si cada palabra fuese una pelota de goma rebotando. Estaban casi en tinieblas, pues sir Henry tenía la luz de la lámpara de mano dirigida hacia el suelo.

—Pero buscar refugio —prosiguió sir Henry— era cosa fácil para Manning, pues le bastaba para ello internarse en el bosque; después de cruzarlo se deslizaría por la orilla del campo de béisbol, donde sabía que no habría ni un alma hasta la tarde, y se metería seguidamente en el cementerio. Y ya aquí, podría vestirse tranquilamente.

Hubo un silencio durante el cual Norton pudo percibir la lenta respiración de Jean.

—Y si papá hizo eso —preguntó Jean—, ¿por qué no se marchó después?

—Ahora llegamos a ese punto. Pues porque todavía no podía huir...

—¿Y eso?

—Porque tenía aquí una cita con alguien —sir Henry colocó la linterna sobre la repisa de mármol—. Tenía una cita para el atardecer de hoy.

—¿Una cita?... ¿Y con quién podía ser?

—Pues... con alguien de su propia casa de ustedes... —replicó sir Henry.

En ese momento, Norton pensó: «Ya está en camino el desenlace. Se le oye llegar como una bomba volante en los días de la guerra sobre Londres, con el ruido semejante a una motocicleta enloquecida, que después se convierte en zumbido o cesa instantáneamente».

—Vea usted —prosiguió diciendo sir Henry—. La persona que había de entrevistarse con su padre no podía seguir directamente a este, porque el propio fiscal General estaría en las inmediaciones, como su padre sabía perfectamente. Por ello, la ausencia de la otra persona sería advertida inmediatamente por el fiscal. También estaría presente en las inmediaciones la Policía. Habría policías por todas partes hasta muy avanzada la tarde, por lo menos. *Por eso*, aquella persona tenía que permanecer presente con los demás para ser interrogada en cualquier momento. El único momento propicio para llevar a cabo la cita aquí —continuó sir Henry en el mismo tono— sería temprano, al anochecer. Habría entrenamiento de pelota a esa hora y el final de este facilitaría a tal persona el escurrirse algún tiempo sin que nadie se diese cuenta. Además, aun con el mayor respeto hacia ellos, Los Terrores de Maralarch no acostumbran disparar las pelotas más allá del campo...

La linterna, que estaba sobre el friso de mármol, arrojaba su luz exactamente sobre la cintura del vestido verde de Jean. En la semipenumbra en que estaba envuelto su rostro, podían percibirse sus ojos, brillantes de pánico y desconcierto.

—Y esa persona... —repitió Jean con la garganta seca—. Pero ¿por qué razón

había de ser aquí la cita de papá?

—Por dos razones —contestó sir Henry con voz fuerte y clara—. Primera, por el asunto de los pretendidos cien mil dólares. Segunda, porque esta persona proyectaba matar a su padre. Y, ¡diablos!..., casi lo consiguió.

Se hizo un silencio completo. En el rostro de Jean temblaban, mezclados, el horror, la impresión y la incredulidad, con esta última dominando a todos los demás sentimientos.

—¿Un... *asesinato*? —dijo Jean, recalcando y pesando esta palabra como si nunca la hubiera oído.

—Sí.

—¿Y en nuestra propia casa, anoche?

—Sí. Y permítame decirle lo que creo que ocurrió aquí. El asesino vino provisto de ese revólver. Se produjo, según creo, una pequeña discusión..., aunque mis ojos no estaban presentes... Y el asesino disparó a boca jarro.

—Pero escuche usted —interrumpió Norton—: ¡Manning fue apuñalado, no herido de un tiro! Y, según usted mismo dijo, este revólver no ha sido disparado.

—No —dijo sir Henry, alzando más la voz—. No puede ser disparado..., porque la pólvora o materia explosiva fue sacada de cada cartucho previamente, volviendo después a colocarle el proyectil, ajustándolo con un pedacito de papel. Esta operación la hizo, indudablemente, el propio Manning, que trataba el revólver con demasiada indiferencia, según todas las pruebas, cuando apareció sobre mi maleta. Pero ayer, a medianoche o cuando fuese, Manning puso el *anzuelo* para que su adversario picase. Pudo haber quitado los cartuchos o sustituirlos por otros sin bala. Pero sabía que su enemigo *iba por él*. También podía ocurrir que el enemigo descubriese que el revólver no estaba cargado. Es siempre muy tranquilizador el saber de antemano que le amenazan a uno con un revólver tan inofensivo como si fuera de palo.

—Sir Henry —interpuso impaciente Norton—, ¿y qué ocurrió aquí? Prosiga.

Sir Henry miró de reojo a Jean.

—Pues ya aquí..., el asesino disparó. Quizá disparó dos veces. Entonces, Manning se lanzó, solo con sus propias manos, para dominar al agresor; este sacó una navaja, con la lámina muy fina, de unas cuatro pulgadas...

—¿Igual a esa que tiene usted en el bolsillo del pantalón ahora?

—¡Oh hijo mío! No sé *qué* clase de navaja era. Lo único que sé es que no era muy grande, pues de lo contrario, Manning sería ahora un perfecto cadáver.

—De todas formas —insistió Norton con un estremecimiento de alivio—, el asesino no pudo ser una mujer, ¿verdad?

—No daré mi opinión sobre esto, aunque cualquier viejo policía en Inglaterra diría: «¡Oh! ¡Ah! Fue, probablemente, una mujer». Después del veneno, el cuchillo es el arma predilecta de las mujeres.

Luego, sir Henry hizo un repentino gesto vampiresco con las manos. Y aunque él era solamente una sombra grande y descompuesta por la semipenumbra, Jean y

Norton retrocedieron asustados.

—Supongamos que yo soy Manning —dijo sir Henry— y que avanzo hacia usted con mis manos para aprisionarle. ¿Qué haría usted? Usted no tiraría la puñalada al centro de mi pecho, porque mi mano izquierda se lanzaría a agarrar y detener su mano derecha armada del cuchillo. Entonces usted haría un movimiento, para esquivar la mía, con su mano izquierda y lanzaría la puñalada por debajo de mi brazo izquierdo para clavar el arma en mi costado. Esto ya ha ocurrido muchas veces...

—Entonces, ¿ocurrió así?... —dijo Jean.

Su cabellera rubia parecía sin vida, y todo su sentido de comprensión de las gentes, ausente. Era como si estuviera perdida en un mundo muerto.

—Entonces esta es la razón de su interrogatorio —murmuró Jean. Y después, alzando la voz, añadió—: ¿Usted cree que yo traté de matar a mi padre?...

- ¡Oh muñequita mía! No, no, no. En absoluto. Sé perfectamente que usted quiere a su padre más que nadie. Y sé que sería incapaz de hacerle daño alguno —la voz de sir Henry resultaba grotesca en su afán de parecer tierna, porque él era el gran viejo, incapaz de expresar semejantes emociones—. Por eso, todo ha resultado tan extraordinariamente complicado y difícil.

Jean respiró con fuerza. Y su imaginación se lanzó a proteger a *aquel* a quien más amaba.

—¿Usted no estará sospechando de Dave...?

—No, tampoco. No tiene el temple suficiente —añadió con crudeza y desprecio sir Henry— ni tampoco tiene cerebro para esto —la voz se ablandó de nuevo—. Pero si usted lo quiere, puede quedarse con él...

- ¡Dave tiene cerebro! El...

—Yo tenía que decirle a usted todo esto —interpuso sir Henry— porque deseo hacerle una pregunta especial. Usted no quiere contestarla porque cree que Norton y yo estamos contra usted y su padre...

—Y lo están...

—Y usted tendrá miedo también de que los periódicos se enteren de esta historia, lo cual puede ocurrir, y esto le hará sufrir a usted todavía más. Pero, ¡por el amor de Dios!, esa pregunta es vital.

Jean se puso en guardia y dijo:

—¿Y qué pregunta es esa?

—¿Dónde vive, realmente, Irene Stanley?

—No se lo diré a usted —replicó ella tranquilamente, aunque estaba temblorosa.

—Escuche, muñequita mía. Desde el punto y hora en que su padre ha sido agredido, y le advierto que puede no sobrevivir, toda ha cambiado de aspecto. Ahora preciso encontrar a Irene Stanley.

—¿Por qué no se lo pregunta usted a sus amigos... los policías?

—Por la sencilla razón de que estoy protegiendo a su padre, no persiguiéndole.

—¿Sí? ¿Y esa es la misma razón también, y no lo niegue, porque yo estaba junto a la piscina y se lo oí, por la que usted juró que le capturaría?...

—Es que en ese momento yo estaba ardiendo de indignación porque acababa de mofarse de mí. Pero no era esa mi intención.

Jean rió con un nerviosismo cercano al llanto.

Norton, que no veía razón alguna para aquella urgencia de sir Henry en encontrar a Irene Stanley, trató de ayudar a conciliar a ambos.

—¿No estaba usted presente —preguntó a Jean— cuando sir Henry dio al fiscal general la falsa dirección y el falso número de teléfono de Irene Stanley para procurar despistarlo? Sin duda, esa artimaña es la mejor prueba de la buena fe de sir Henry.

—Temo que no podrá usted convencerme, míster Norton —le replicó Jean encogiéndose de hombros. E implacable, citó las propias palabras de este refiriéndose y juzgando a Manning—: «Cuidadosamente fue reuniendo todo lo que pretendía representar para después destrozarlo». Eso es lo que usted dijo.

—Muñequita mía —dijo sir Henry—, tenemos que encontrar a Irene Stanley esta misma noche. ¡Esta noche! ¿Dónde vive?

—No se lo diré a usted —gritó Jean—. No me obligarán a decirlo...

Fuera, en la puerta de bronce, sonó un fuerte golpe de llamada.

Un golpe capaz de arrancar a cualquiera los nervios de raíz. «¡Vaya una delicada manera de llamar! —pensó Norton—. ¿A quién se le ocurre llamar así a la puerta de un cenotafio, en un cementerio lleno de esqueletos?».

Pero estas ideas se esfumaron cuando Norton abrió la puerta. Allí, ante él, estaba Davis, respirando fatigosamente por haber corrido, y sosteniendo una linterna en la mano.

—Me costó un trabajo endiablado encontrar un policía —dijo Davis—. Lo encontré tumbado junto a la piscina, donde debía, es cierto, estar.

En efecto, sir Henry y sus acompañantes vieron una chaqueta azul de uniforme con brillantes botones plateados. Los estridentes golpes en la puerta como martillazos los había dado el policía con la porra de servicio nocturno. Era un hombre de mediana edad y de rostro severo. Detrás de él no había ningún acompañante. Nadie ni nada, salvo la espesa oscuridad del cementerio.

—¿Es usted sir Henry Merrivale? —preguntó el guardián del orden.

Sir Henry se adelantó. Jean cogió la linterna y apartó de sí misma la luz, tratando de contener las lágrimas.

—Sí —dijo sir Henry—, soy el que usted busca. ¿Dónde está míster Manning? ¿Y cómo está?

—Acaban de partir —dijo el policía, señalando hacia la puerta de hierro del cementerio—. Está bastante mal. El doctor Willard dijo que la operación había salido bien, pero que nada se puede pronosticar todavía. Crystal y el joven Bob —añadió el

policía— exigieron y lograron que dejasen al herido en casa, en lugar de llevarlo al hospital.

—¿No ha llegado todavía el teniente Trowbridge?

—Todavía no, señor. No han podido encontrarle...

—Agente —dijo sir Henry—, yo no dispongo de autoridad alguna para darle a usted instrucciones. Pero ¿cree usted que puede confiar en mí?

El policía le miró, sonrió y dijo:

—Creo que puedo hacerlo.

—Esta es la llave de este cenotafio —dijo sir Henry entregándosela—; ciérrelo usted y manténgase aquí de guardia hasta que llegue el teniente Trowbridge. Hay pruebas muy importantes aquí dentro...

—¿Pruebas?

—Exactamente. En especial, en el friso de mármol y, salvo que me equivoque, también las hay en la maleta que está debajo del friso. Si Manning llega a morir, esto será 3a silla eléctrica para alguien...

El policía lanzó un silbido de sorpresa.

—Deseo que el teniente tenga a alguien de guardia permanente en esta puerta hasta las siete de mañana por la mañana... Yo... —sir Henry se pasó la mano por la cabeza—. Pero puede que él no quiera hacer eso. ¿Tiene usted una libreta y un lápiz?

—Siempre los tengo —dijo el policía.

—Entonces venga aquí dentro conmigo y le escribiré en ella las razones que tengo para todo esto...

El policía penetró en el cenotafio seguido de Davis. Apenas quedó la puerta despejada, Jean se lanzó a través de ella al exterior y huyó alocada, llevándose la linterna.

—¡Jean! ¡Jean! —gritó Davis, que no la había visto antes.

Sir Henry lo agarró fuertemente de un brazo.

—Tengo que darle algunas instrucciones, hijo mío —le dijo—. Estas pueden producir algunos resultados prácticos —después, dirigiéndose a Norton, le dijo—: ¡Corra usted tras ella! ¡Y deténgala! ¡Deténgala como pueda!

Norton se lanzó fuera del cenotafio y se encontró sobre la espesa hierba. Distinguió aún perfectamente en las sombras a Jean, que tenía que servirse de la linterna para poder correr entre las tumbas. Después la luz desapareció, apagada por Jean, cuando esta cruzó la puerta abierta hacia el campo de béisbol.

Pero la oscuridad no era lo suficientemente densa para que no se pudiera vislumbrar a Jean corriendo torpemente a través del campo. Norton corría cada vez más a su alcance, con el corazón agitado por la carrera. Sus pulmones aspiraban la fragancia nocturna de los árboles. En su mente bullían las palabras de sir Henry: «Tenemos que encontrar a Irene Stanley esta misma noche». ¿Por qué?

Jean había llegado al bosque y tuvo que encender nuevamente la linterna.

—Tengo que alcanzarla. Un esfuerzo más... —se dijo Norton.

En la arboleda, y aunque corría por el sendero, las piernas de Jean comenzaron a flaquear. La luz osciló. No era falta de vigor, pensó Norton; era solamente que Jean se sintió sin esperanza y sin ayuda.

«¡Jean!», quiso gritarle Norton, pero el nombre no salió de su boca.

Ella abandonó el bosque, dirigiéndose hacia el campo abierto. No iba más que a unos seis metros de distancia de Norton cuando se detuvo como si hubiera tropezado con una trampa cerrándole el paso. A la izquierda estaban las casetas de baño, y al pie de estas un sendero paralelo a los macizos de plantas.

Jean, movida apenas por un instinto animal de pánico impulsándola a ocultarse, corrió nuevamente por aquel sendero, pero se detuvo frente a una de las casetas y contra ella se apoyó. Puso la cabeza sobre un brazo y comenzó a llorar.

Despacio, Norton se acercó a ella y guardó silencio unos momentos, respetando su llanto.

La escena era ahora propia de un mágico cuento infantil.

Sobre el lejano y oscuro horizonte parecían quedar todavía huellas del rojo sol. Junto a los macizos de plantas, paralelos a las casetas de baño, el ancho sendero abría aquellos en dos frente al centro de la piscina. El ancho sendero se convertía en una avenida que conducía a la piscina, la cual, por razones que únicamente la Policía sabía, había vuelto a ser llenada de agua. La luz del horizonte producía chispazos y reflejos en la superficie del agua.

Al sentir la presencia de Norton, pero manteniendo aún la cabeza apoyada sobre el brazo contra la caseta, Jean fue la primera en hablar.

—¿Qué le he hecho a usted? —preguntó Jean como una indefensa criatura—. ¿Cuál es la causa de que me deteste tanto?

—Yo no la detesto, Jean. Ni nadie podría hacerlo.

Norton rió afablemente, en una forma que él sabía que ella reconocería como cordial.

—¿Por qué se ríe usted? —preguntó Jean mimosamente.

—Estaba solamente pensando en el paisaje pintado, en Jorge Washington y en esa guerra revolucionaria. Washington semeja tener dos metros de altura por lo menos.

—En efecto, lo parece.

—También observé que hicieron las pequeñas ventanas antes que el paisaje, de forma que el patriótico artista, conforme realizó su trabajo, se las arregló para dejar sin cabezas, haciendo coincidir estas con las ventanas, a lord Cornwallis y a otros dos generales ingleses.

Jean apagó la linterna, dejándola después caer sobre el césped. Luego miró alrededor con aire desfallecido y una sonrisa de vergüenza.

—Cuando usted vino aquí ayer —dijo ella— me pareció muy agradable...

—Espero que todavía continuaré pareciéndolo, Jean.

De pronto, la muchacha pareció darse cuenta del lugar donde se encontraba. Miró directamente hacia la piscina, en cuyas aguas había reflejos rojos, temblorosos. Los

altos macizos de plantas eran siluetas oscuras, teniendo como fondo el cielo rosáceo.

—Ese es el sitio donde... —dijo Jean, señalando hacia la piscina. Después, titubeante, golpeó con el tacón de su zapato sobre el césped, añadiendo—: Cy, ellos no creerán que yo tuve nada que ver con..., ¿verdad?

—No, no y no.

—Allí era donde estaba usted, en la orilla opuesta de la piscina y mirando al otro extremo —dijo Jean, señalando nuevamente—. Exactamente a los pies de usted, míster Betterton sacaba la cabeza de debajo del agua. Era una escena cómica.

—¿La cabeza de él era cómica? ¿En qué sentido?

—¡Oh! No sabría decirlo. Era algo así como una pelota de polo acuático. Y aquí es donde estaba yo. Estaba hablando a Dave. Seguidamente, me hubiera ido a mi caseta de baño y Dave a la suya, pero en ese momento usted lanzó un grito y Dave y yo nos volvimos a mirar. Lo primero que pude ver fue a usted, el rostro de sir Henry y la cabeza de míster Betterton.

«¿Por qué tanta insistencia sobre la cabeza de míster Betterton?», se preguntó Norton, que al propio tiempo sabía que tenía que darse prisa para obtener la dirección de Irene Stanley, aprovechando que Jean se encontraba en un estado de ánimo propicio. Pero había una interrogante que le torturaba.

—Jean, usted estaba dentro de la piscina cuando su padre se acercó a hablarnos a sir Henry y a mí. ¿Vio usted entonces sus calcetines?

—Sí; vi sus calcetines.

—¿Observó usted algo extraño en ellos?

—No; eran unos calcetines corrientes. Oscuros, de la clase que usa habitualmente. En realidad, si los vi fue porque usa siempre los pantalones demasiado cortos, y...

—¿Y notó usted si había algo de extraño en su reloj de pulsera?

Los reflejos rojos habían desaparecido ya de la superficie de la piscina. Las siluetas de los altos macizos se refundían con la oscuridad y la fragante blandura de la noche. Norton comprendía que no podía presionar demasiado a Jean, porque esta se hallaba temblando bajo el efecto de tantas impresiones. Pero ella misma allanó el camino poniendo una mano sobre un brazo de Norton.

—Cy —dijo la muchacha—, he estado demasiado tonta hace unos momentos. Lo de Irene Stanley no tiene ninguna importancia. Si se lo cuento a usted, ¿me dejará ir a casa en seguida para estar cerca de papá?

En ese momento, sir Henry Merrivale, que era apenas una imperceptible sombra, doblaba el sendero entre los macizos de plantas y las casetas de baño. Oyó estas palabras de Jean y apresuró el paso acercándose.

—Esa mujer está en Nueva York —dijo Jean—, y si ustedes quieren saber dónde...

—Me alegro que haya dicho usted eso, muñequita mía. Que me quemén vivo, pero el tiempo se nos está haciendo demasiado corto ya. ¿Hay algún tren para la ciudad que yo pueda tomar inmediatamente?

Jean subió un poco la manga de la chaqueta de Norton para consultar la esfera luminosa del reloj de este.

—Puede usted tomar el de las diez menos tres minutos si se apresura. Pero hay trenes cada media hora, así que no tiene importancia.

—¡Sí que tiene importancia! —dijo sir Henry—. Usted —añadió, dando una palmada en el hombro de Norton— coja el automóvil y sígame con las dos muchachas —Jean intentó protestar al oír esto, pero sir Henry continuó—: Tengo antes que realizar allí un pequeño reconocimiento. Traiga también a Bob, si puede encontrarlo. Fijaremos un lugar para encontrarnos en Nueva York. ¿Cuál es la dirección de Irene Stanley, muñequita mía?

Jean se echó a reír. Era una risa casi histérica, pero logró dominarse.

—Nadie en el mundo, excepto quizá la Policía —dijo Jean—, sería capaz de adivinar dónde vive. Vive en la estación Gran Central.

Después de una pausa, Jean añadió con una irónica sonrisa:

—¿No le había dicho a usted, sir Henry, cuando nos encontramos por primera vez, que yo sabía mucho sobre esa estación?

En el salón principal de la estación Gran Central, el reloj que se hallaba encima de la oficina de Información de aquella catedral ferroviaria marcaba la medianoche menos cinco minutos.

Bajo uno de los arcos del lado de la avenida Vanderbilt, todavía muchos escaparates y puertas de tiendas estaban iluminados y abiertos. Una de aquellas daba entrada a una larga estancia, con las paredes de mosaico y espejos, encima de los cuales giraban vertiginosos los ventiladores, grandes como las hélices de un transatlántico. Ese establecimiento servía salchichas, hamburguesas y otras cosas que para una persona recién llegada de la Inglaterra del racionamiento constituían un verdadero maná.

Inclinado sobre el mostrador de mármol, sir Henry acababa exactamente de engullir la cuarta salchicha y estaba meditando sobre la conveniencia de comer la quinta.

Salvo por la servilleta de papel, una punta de la cual tenía metida entre el cuello de la camisa y la piel del cuello, sir Henry estaba decentemente vestido. Su cabeza estaba cubierta por un sombrero nuevo de Panamá que compró apenas llegó de Maralarch. En menos de una hora y media había realizado grandes cosas.

En su rostro mefistofélico había todavía la expresión de quien ha ganado una difícil apuesta de noventa y nueve contra uno. Pero esa expresión se esfumaba bajo otra de sufrimiento malévolos. Todo era a causa del joven que se encontraba detrás del mostrador, dotado de una cabeza cuadrada y cuyo nombre de Dietrich Brinker evocaba antepasados descansando en plácidas sepulturas en Holanda.

—Dígame, *abuelo* —preguntó el mozo—, ¿se siente usted mejor ya?

Sir Henry, que era capaz de entablar conversación con un mono disecado en un museo de Historia Natural, se apresuró a tranquilizarle:

—Fueron los *perros calientes* los que me hicieron daño —dijo—, pero tengo que tomar el avión de las once y cuarenta y cinco para Washington mañana por la mañana.

El rostro del mozo holandés pareció contraerse con reserva.

—¿Y no tiene dinero para el viaje? —preguntó fríamente.

—¡Oh! Tengo mucho dinero —dijo sir Henry, mostrándole un rollo de billetes que produjeron el efecto de una descarga eléctrica sobre los demás clientes sentados a lo largo del mostrador—. La culpa es de un sujeto llamado Byles, Gil Byles.

Después sir Henry prosiguió diciendo al joven de los antepasados holandeses:

—En esta hora y media última he celebrado una larga conversación telefónica con

una muchacha llamada miss Engels; he visto a otra llamada Irene Stanley y a otra llamada Flossie Peters...

Considerando la edad de aquel tipo, pensó el joven Dietrich, asombrado, que aquel era un verdadero demonio con las mujeres.

—He visitado cada droguería que está abierta a estas horas. Por mi salud que ya sé la mitad del enigma. En realidad, ya lo sabía desde el momento en que me encontraba en la bodega de vinos. Pero en cuanto a la otra mitad... En esa... estoy empantanado. Si siquiera pudiese ver...

En este punto, sir Henry se enderezó. En efecto, había visto algo extraño. Reflejado en el espejo opuesto divisaba el rostro, vagamente familiar para él, de alguien que se encontraba parado a la puerta. El sujeto llevaba ropas de paisano y los bolsillos atiborrados de periódicos. En seguida lo reconoció. Era el rostro del policía Aloysius John O'Casey.

—¡Ah! ¡Caramba! Espere usted —dijo O'Casey a sir Henry, presentándose en cuerpo y alma, fulminantemente y como por encanto, al lado de aquel. Su tono era, más que respetuoso, reverente—. ¿Me escucharía usted, sir Henry?

El inevitable *abuelo*, con que antaño se dirigiera a sir Henry, había desaparecido del vocabulario de O'Casey y hasta de su mente.

—No tengo ningún rencor contra usted —dijo O'Casey—. Se lo dije aún hoy a mi compañero Ferris..., al cual fui y le dije: «Ya no siento ningún rencor hacia él». Porque fui y le dije: «Él no es un ser de este mundo»...

—Muy bien, muy bien —replicó el gran hombre, considerablemente ablandado. Después, invitando a O'Casey, añadió—: *Cómase un perro caliente...*

—Muchas gracias... Entonces tomaré un *perro* grande y una naranjada —dijo O'Casey con fuerte voz, ordenando esas vituallas al joven holandés. Después bajó el tono, inclinándose como un conspirador en plan de confidencias sobre el mostrador, y dijo—: Después he vuelto a estar meditando. A mí no me camelan con paparruchas... ¿Sabe lo que quiero decir, sir Henry? En cambio, me dominan los cerebros. Y fui entonces y me dije para mis botones: «Este sir Henry Merrivale —dije— sabe más malditos trucos que ningún otro ser viviente».

El gran hombre se sentía muy halagado, y modestamente dijo:

—¡Jem!...

—Pero fui y me dije para mis botones: «Hay un *truco* que no ha adivinado. Y yo sí lo adiviné.» —y O'Casey se detuvo para expresar sus propios pensamientos con exactitud—. Yo sé cómo Manning logró salir de la piscina.

—¿*Qué dice usted, hijo mío?* —preguntó atónito el gran hombre.

—Tal como lo oye —aseguró O'Casey en voz baja—. El secreto estaba en aquella pelota de polo acuático.

Cuando O'Casey cogió el pan con la salchicha dentro y mordió de una dentellada tres cuartos de aquel, sir Henry tenía una expresión más mefistofélica que nunca.

—¿No recuerda usted una pelota de polo acuático con la cual estuvieron jugando

al principio? ¿Qué fue de ella después? ¿Dónde fue a parar? —preguntó O'Casey, tragando con dificultad el enorme bocado.

—Escuche, hijo mío. Yo...

—Míster Manning preparó la pelota de antemano, ¿sabe usted? Pero esto nadie lo sabía. Entonces, él fue y se arrojó al agua. Él tenía algún pegamento en el cuello, de forma que metió la cabeza dentro de la pelota y la pegó al cuello, de manera que no penetrase agua y pudiera al mismo tiempo respirar a través de la goma. Después todo lo que tuvo que hacer fue dejarse flotar con la cabeza en la superficie y pasar por una gran pelota flotante.

Sir Henry dirigió al policía O'Casey una larga y detenida mirada.

—¡Uh! ¡Uh! —dijo—. Pero ¿no hubiera resultado un tanto desagradable para Manning si a alguien se le ocurriese golpear la pelota mientras él tenía la cabeza dentro de aquella? Como también hubiera sido asombroso para los demás ver, por ejemplo, que una pelota de polo acuático salía de pronto del agua y se ponía a caminar sobre sus propias piernas.

—Déjese de payasadas —replicó amoscado O'Casey—. ¿Durante cuánto tiempo observó usted verdaderamente la piscina?

—Pues...

—Quizá unos cinco minutos antes que nosotros llegásemos allí. Eso fue lo que dijo usted al fiscal general del distrito cuando este se lo preguntó. Y aunque fuesen diez minutos más después que nosotros llegamos. *Okay*. Reconozco, sin embargo, que ese es un pájaro que voló.

Y O'Casey sacudió resignadamente la cabeza.

—Eso es lo que yo le estoy diciendo constantemente —dijo sir Henry.

—Escuche, sir Henry —y O'Casey golpeó en el mostrador después de haberse comido la salchicha—: Hubo un momento, cuando usted estaba sentado y enfrascado en su discurso sobre Robert Browning, papeles mojados y tijeras, en que todo el mundo, sin excepción, estaba agrupado alrededor de usted y de espaldas a la piscina. ¿Comprende? Ese fue el momento en que Manning salió de la piscina con su cabeza postiza y se largó.

—Escuche, hijo mío: ¿me haría el favor de no decir más cosas que vengan a sumarse a mis ya excesivas preocupaciones? Usted personalmente se arrojó dentro de la piscina, investigó todos sus rincones y salió diciendo que Manning no estaba allí.

O'Casey sacudió la cabeza.

—Simplemente, recuerda usted, señor, que yo estaba nadando en el *fondo* de la piscina. Estaba buscando una falsa salida. Y si él mantenía pies y piernas en alto, cerca de la superficie, yo no podía darme cuenta de su presencia en el agua.

Y para sumar todavía más misterio a su historia, se inclinó sobre sir Henry y le palmoteo en el hombro.

—Y eso no es todo —añadió como un murmullo—. ¿Y qué me dice usted de la silla eléctrica?

De nuevo sir Henry le miró larga y detenidamente.

—Pues —replicó sir Henry— que yo no quiero sentarme en ella. ¿Es que acaso existe un acuerdo unánime de que tengo que hacerlo?

—No, no. Me refería a aquella silla eléctrica que encontramos en la terraza de la casa.

Fue en ese instante cuando Norton, que había escuchado desde la puerta toda la conversación, entró en aquel emporio de *perros calientes*.

Vio a sir Henry con el rostro congestionado y color púrpura, agarrándose con las dos manos el sombrero, que estaba a punto de caérsele de la cabeza.

—Déme otro *perro caliente* —dijo sir Henry con desfallecida voz—. Todos están despistados, pero este tipo es el más despistado de todos. ¡Válgame Dios! ¡La silla eléctrica...!

El policía O'Casey, con expresión de hondas preocupaciones, llamó al mozo holandés, que estaba al otro extremo del mostrador leyendo un periódico oculto bajo aquel. El mozo se acercó.

—Yo soy quien descubrió la silla eléctrica —declaró en voz alta O'Casey, produciendo el efecto de un rayo sobre los demás clientes—. Y lo afirmo aquí, en la página veintiséis del periódico. ¿Usted no sabía nada sobre la silla eléctrica, sir Henry?

—Espacio, hijo mío, espacio... *Pero, en nombre de...*

—Léalo —replicó O'Casey, sacándose un diario del bolsillo y desdoblándolo por una página previamente marcada.

Tratando por todos los medios de conservar su equilibrio mental, sir Henry cogió el periódico y se ajustó bien las gafas para leer. Aun sin destacarla como sensacional, esta información ocupaba gran espacio dentro del conjunto del reportaje sobre Manning.

—Bien; esas tenemos —dijo el policía—. Ni siquiera se enteró de lo de aquella silla eléctrica...

El mozo holandés salió con evidente simpatía en defensa de sir Henry y dijo:

—No pudo verla porque estaba demasiado bizco por la sorpresa. Además, este periódico dice aquí que estaba completamente borracho.

Bajo los ventiladores girando a toda velocidad se hizo un profundo silencio. La mayoría de aquellos clientes habían leído los diarios de la noche. Todos se pusieron a mirar a sir Henry fijamente, como si esperasen de él algo así como una reacción atómica.

Despacio, sir Henry colocó el periódico sobre el mostrador. Su boca estaba abierta y así continuó. Miraba fijamente enfrente, al espejo opuesto, pero sin verlo, concentrado en elaborar mentalmente nuevas pruebas.

Luego, sir Henry se levantó. Un momento después recobró el uso de la palabra.

—Ya lo tengo... —exclamó—. Por los seis cuernos de Satanás, *ya lo tengo...*

Norton, que discretamente había preferido no mezclarse antes en la discusión, se

adelantó y cogió a sir Henry de un brazo.

—Vámonos —dijo—. Bob y las muchachas están esperando junto a la oficina de Información, donde usted nos dijo que nos saldría al encuentro. Creí que usted había vuelto a lanzarse a aventuras y que estaría destruyendo el Subterráneo. ¡Vámonos!

—Ya voy —dijo sir Henry lentamente.

Antes de poner el dinero para pagar encima del mostrador, estrechó la mano de O'Casey.

—Hijo mío —le dijo—, si alguien merece alguna vez los debidos honores por resolver este misterio de la piscina, la mayor parte de ellos deberán otorgársele a usted.

—¿Quiere usted decir que tengo razón en lo de la pelota de polo acuático?

Lo que verdaderamente dijo sir Henry fue «no»; pero este monosílabo fue ahogado por los gritos de aquellos que, alborotadamente, pedían explicaciones más amplias. Maniobrando con la mayor habilidad posible, Norton sacó al gran hombre de aquel lugar, alejándole de allí y llevándoselo, por fin, al salón grande de la estación.

Una vez allí, sir Henry se detuvo con mal contenida furia.

—¿Podría usted explicarme —preguntó— por qué nadie me dijo una sola palabra sobre aquella parodia de silla eléctrica en la terraza?

—Porque esas fueron las órdenes de Byles.

—¡Ah! Fue Byles... Ese reptil está tratando de ponerme dificultades...

—No, no pretende eso. Pero consideró que lo de la silla eléctrica no tenía importancia alguna y que solo serviría para distraerle a usted de otros puntos más importantes.

—Distraerme... —dijo sir Henry con una voz hueca como la de un oráculo—. ¡Oh! Que me quemén vivo. ¿No ve usted que esa parodia de silla eléctrica revela la otra mitad del misterio?

—¿Lo dice usted en serio?

—Lo que dije a ese policía hace unos momentos —replicó sir Henry, levantando una mano y poniéndola sobre el corazón— lo dije tan en serio como pueda serlo el caerse del último piso de un rascacielos. En este problema, como ya le dije a usted, había dos mitades.

—Sí.

—Resolví la primera mitad. Bien. ¿Y por qué? Porque percibí que el principio de aquella era exactamente el mismo principio de que yo me valí cuando embrujé las puertas del Subterráneo.

—¿Quiere usted decir que aquel tumulto en el Subterráneo guardaba cierta relación con esto?

—Ambas cosas tenían el mismo principio. No es preciso ser un mago extraordinario para hacer un pequeño truco. Cualquiera puede hacerlo.

—Bueno, pero usted no está explicando nada, en absoluto. Usted está

solamente...

Sir Henry alzó una mano con aire solemne.

—Ahora bien: la segunda mitad del problema parecía más fácil, pero, por el contrario, era mucho más difícil. Parecía imposible que Manning lograra armonizar todos los detalles de su truco.

Pero cuando nos encontramos con la falsa silla eléctrica o su equivalente, la luz volvió a brillar otra vez. De todas formas, esto es asunto concluido.

Abandonando la discusión, con nuevo entusiasmo, sir Henry sacó de su bolsillo un puñado de dinero.

—Tiene usted que hacerme una gestión, hijo mío —dijo—. Yo iré a buscar a Bob y a las muchachas junto a la oficina de «información». Después las llevaré... a donde tenemos que ir. Mientras tanto...

Norton le interrumpió:

—Jean nos ha dado un trabajo terrible. No había manera de sacarla de casa, hasta que el doctor Willard la echó de allí prácticamente. Crystal y Bob tampoco son ellos mismos. ¿Cree usted que este es el momento oportuno... para...?

—Usted confíe en mí, hijo mío.

—Espero poder hacerlo. ¿Qué quiere usted de mí?

—La estación terminal aérea está exactamente al otro lado de la calle. Corra usted hasta allí —sir Henry le entregó dinero— y resérveme un billete para el avión que sale para Washington mañana a las once y cuarenta y cinco de la mañana. Dígales que vendré en automóvil desde Maralarch. Después vaya a reunirse con nosotros en casa de Irene Stanley, conforme a las instrucciones de Jean.

—¿Tiene usted algún otro equipaje, además de aquella maleta?

—Sí, tengo un baúl. Pero ya ha sido expedido a Washington. Y ahora, dese prisa.

Norton partió. Solo tenía que cruzar la calle 42 y subir la escalera mecánica de la terminal aérea. Aunque, en cuanto a perder tiempo, no le llevó mucho conseguir el billete, cada minuto le parecía un siglo.

Tuvo que hablar con una muchacha que hacía misteriosas llamadas, que se hubiera dicho estaban inspiradas por el mago oriental doctor Fu-Manchú. Según la muchacha y sus mensajes telefónicos, sir Henry no saldría de la estación terminal. No; él tampoco quería ese vehículo que las compañías de aviación persisten en llamar eufóricamente una *limusina* y que es simple y llanamente un modesto autobús.

Pocos minutos más tarde, Norton estaba de regreso en el vasto salón de la estación Gran Central.

Su instinto, que pocas veces le fallaba, pareció advertirle ahora algún desastre inminente. Aparte todo lo demás, era seguro que iba a producirse una emocionante escena cuando los muchachos se encontrasen con la amiga de su padre. Norton preveía esto y procuró ajustar sus nervios de antemano. Pero ¿por qué era tan indispensable ir a ver a Irene Stanley tan pronto?

«Bueno, deja eso —se dijo a sí mismo—. No pienses ni analices».

Norton echó un vistazo al gran salón de mármol, con sus inmensas ventanas abiertas en cada pared y su galería de mármol del entresuelo. Sorteando a la multitud, Norton se dirigió al lado Nordeste, donde encontró un arco que tenía en lo alto grabadas estas palabras: *Al edificio de las oficinas de la Terminal*.

Ya en el interior, subió una escalera de mármol y dobló a la derecha, encontrándose en una ancha galería. A la izquierda vio grandes puertas de cristal, la Oficina de Información para turistas y otro letrero que decía: *Edificio de oficinas*.

Una vez dentro de aquellas puertas de cristal, fue como si se hubiera encontrado en el seno de cualquier edificio corriente de oficinas a hora tardía de la noche. Todo estaba allí silencioso, salvo el eco del ruido que venía de abajo. A su derecha había tres grandes ascensores. Apenas tocó el timbre de uno de ellos, se abrió la puerta.

—Al último piso —dijo Norton al ascensorista negro, que llevaba una gorra de uniforme encarnada.

Nada parecía sorprender a Norton. Le habían dicho que este edificio tenía seis pisos dedicados a las oficinas del ferrocarril, y el séptimo y último dedicado a empresas privadas, que nada tenían que ver con la empresa ferroviaria.

La idea de que alguien pudiese tener aquí un apartamento para vivir le pareció a Norton tan grotesca como la idea de tener un piso de lujo encima de la estación Victoria de Londres. El ascensor iba subiendo, y a través del cristal de la puerta se divisaban pasillos de mármol y oficinas a oscuras.

—Último piso —dijo el ascensorista negro.

Norton salió. Las puertas del ascensor se cerraron con un suave golpe, y aquel volvió a bajar.

—Algo está equivocado aquí —dijo Norton en voz alta.

Si este fuese un piso de apartamentos, pensó, resultaría la cosa más extravagante que hubiese visto en su vida. Sus pasos rozaban un piso hecho de cemento, de cuyo alto techo colgaba una simple bombilla, carente de todo ornato.

Giró a la derecha y siguió por un corredor, escuchando el eco de sus propios pasos, hasta que a la izquierda encontró una ancha escalera de peldaños de hierro. Subió por ella, dobló a la derecha y entró en un largo corredor. Todo aquí estaba pintado y barnizado de blanco desde el techo hasta la altura de un hombre; de allí para abajo, la pintura era encarnada.

El largo corredor estaba sombrío, alumbrado solo por otras bombillas desnudas. Había, montadas al aire, largas tuberías de conducción de vapor, y todo tenía el aspecto de un garaje abandonado. A la derecha divisó otra hilera de puertas espaciadas, pintadas todas también de encarnado.

Norton se acercó a una de las puertas para leer el letrero que había en ella.

El letrero decía: *Myron T. Kirkland*. Norton se preguntó quién diablos podría ser este señor. La puerta siguiente ostentaba el nombre de una conocida revista ilustrada. Caminando despacio por el corredor, Norton advirtió que la mayoría de estas oficinas debían de albergar estudios fotográficos o de artistas comerciales.

Todo parecía ser erróneo y estar en desacuerdo con las informaciones de Jean. Sin embargo...

¿Por qué precisaba sir Henry ver a Irene Stanley con tanta urgencia? Había dos posibles explicaciones. Manning, según sir Henry, se disponía a marcharse con aquella mujer. En este caso, ella probablemente conocía sus planes. Conocería también aquella cita en el cenotafio e incluso quién era la persona con quien Manning debía encontrarse allí. Así, Irene Stanley resultaba peligrosa para el asesino.

Por otra parte, la propia Irene Stanley podía ser el asesino.

Un ruido apresurado de pasos, que parecían repercutir en los nervios de Norton tanto como en sus oídos, le despertaron de estas meditaciones. Los tres Manning — Crystal, Jean y Bob, este en medio de ambas— aparecieron en un extremo del corredor.

—¡Cy! —gritó Crystal llamando a Norton. Hasta su blanda voz pareció demasiado fuerte en aquel sombrío lugar—. Me alegro de que usted haya venido. Yo sola no soy capaz de contener a estos dos.

Jean habló en voz alta, con pretendida calma:

—Voy a ser insolente —dijo— y demostrar a lo que estoy decidida.

Bob, moviendo nerviosamente los pies, miró al suelo y apretó sus grandes puños.

—¿No la han visto ustedes todavía? —preguntó Norton.

—No. Esto es —dijo Crystal— como estar esperando en el dentista. Mire hacia allí.

A un lado del corredor se divisaba otra puerta encarnada, que tenía escritas en brillantes letras estas palabras: *Estudio Stanley*.

—Parece ser que sir Henry está celebrando con ella una conferencia preliminar —dijo Crystal—. Esa mujer es...

—Por el amor de Dios, tenga calma.

—¡Oh! Bien lo sé —los ojos de Crystal parecían todavía más oscuros en su pálido rostro. Golpeó el pie contra el suelo y dijo—: Ya he dado toda clase de disculpas civilizadas y he tratado de probar que todo era inevitable.

Hizo una pausa durante unos momentos porque le faltaba el aliento.

—Pero el hecho concreto —prosiguió Crystal— es que fue ella quien persuadió a papá para que se marchase; quien le obligó a que desbaratase su obra, y ella también es, por lo menos, la causa indirecta de que él se encuentre a unos centímetros de la muerte en este momento. ¿Cómo puede usted esperar que seamos razonables sobre todo esto?

En el grupo se respiraba fastidio, odio y hasta una especie de pavor, en una mezcla de corrientes físicas que Norton percibía perfectamente. Seguidamente, sir Henry abrió la puerta encarnada y se asomó a ella.

—Muy bien —dijo él—; ¿quieren ustedes venir?

Crystal iba delante afectando decisión. Después seguía Jean, un poco desconcertada, y detrás Bob, titubeante. Norton, que temía a estas escenas más que a

la propia muerte, alzó los hombros y siguió tras ellos. Sir Henry cerró la puerta.

Al entrar, Norton tuvo la impresión de encontrarse en un cuarto de alto techo, pero no muy espacioso, cuyas paredes estaban pintadas de gris. Pero estaba demasiado impresionado para fijarse en detalles.

Una mujer, con aspecto de blandura y buen carácter y rasgos de verdadera belleza en el rostro, estaba sentada en un sofá, de espalda a la pared opuesta a la entrada. Se hallaba sentada encima de sus piernas y en las manos temblorosas sostenía un libro abierto. No había más luz en la estancia que una lámpara de pedestal a su derecha, lo cual dejaba en sombra el lado izquierdo de su rostro.

Si los tres hermanos Manning se sentían dominados por una sensación de desagrado mezclado de temor, aquella mujer experimentaba las mismas sensaciones.

Seguidamente, cada uno de los hermanos Manning dijo instintivamente todo lo que llevaba en su corazón o en su pensamiento. Las palabras salieron de sus labios atropelladamente como en un torrente emocional. El primero en hablar fue el desconcertado y temperamental Bob:

—Creo que hay algo extraño y discorde aquí... Yo creí que...

Después fue la apasionada Jean:

—Antes de nada, quiero hacer constar que yo me opuse completamente a venir aquí...

A continuación habló la fría Crystal:

—Temo, miss Stanley, que somos unos intrusos al...

Pero sir Henry estaba al acecho y les ordenó secamente:

—¡Cállense!

Al decir esto, fue como si a la mitad de una orquesta sinfónica hubieran parado de tocar, repentinamente, todos los instrumentos.

Después, sir Henry señaló a la mujer que estaba sentada en el sofá.

—Esta es la mujer llamada Irene Stanley —dijo—. Esta es la mujer que iba a marcharse con el padre de ustedes. Esta es la mujer que ustedes pensaban que era tan degenerada. Pero esta es la única mujer que él ha amado en su vida.

Después de una pausa, sir Henry exclamó:

—Esta mujer es vuestra madre.

Cuánto tiempo permanecieron todos inmóviles como estatuas, bajo los efectos de la impresión recibida, incapaces de pronunciar una sola palabra. Norton no pudo determinarlo. Le pareció una eternidad, porque hasta a él mismo le costó mucho tiempo volver a recobrar la serenidad de sus pensamientos y aceptar la nueva situación como una cosa real.

Sin embargo, cuando al entrar había echado una primera ojeada a aquella mujer sentada en el sofá, al pie de la lámpara, en aquel estudio pintado de gris, Norton ya había descubierto un cierto parecido entre ella y alguien que él conocía. Ahora lo comprobaba plenamente. Aquella mujer se parecía a Crystal.

Tenía el mismo cabello negro. Los mismos ojos azules, profundamente oscuros. Irene Stanley —llamémosla así— era más alta que Crystal. La madurez de Crystal lo era solo de cuerpo. Pero en esta mujer, que tendría poco más de cuarenta años, la madurez resultaba más profunda y acaso también más atractiva.

Norton observó que, entre todos los presentes, ella era la más tímida y también quien estaba más atemorizada. Vestía un traje de seda color ciruela roja; encima del respaldo del sofá había también, doblada, una blusa de las que usan los pintores. Por el pensamiento de Norton cruzó inmediatamente un recuerdo muy reciente. Crystal le había dicho: «Su pasatiempo predilecto era pintar». Irene Stanley, instintivamente, se llevó la mano a la mejilla izquierda y, retirándola después, se incorporó en el sofá con expresión desconcertada.

El libro se cayó de sus manos.

—Yo... no sé qué decirles —manifestó con fina voz y como desolada. Titubeante, miró primero a uno y después a otro—. Estoy terriblemente avergonzada. Tengo miedo de ustedes. Por favor, ¿no me ayudará alguno de ustedes en este trance diciendo que *también ustedes* están turbados?

En el ambiente parecía cual si algo fuese a hacer repentina explosión. Pero no fue así.

—Yo no comprendo nada de todo esto... —murmuró Bob.

Jean, pálida como un espectro, fue la primera en actuar. Se volvió hacia sir Henry y le señaló con un dedo:

—Usted lo sabía... Usted lo supo siempre... Y usted no tenía derecho a hacer esto...

Sir Henry, que estaba en pie experimentando un modesto orgullo y con una mano a la cintura, abrió desmesuradamente sus pequeños ojos.

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios! —exclamó.

Al decir esto, con la expresión de verdadero mártir reflejada en su rostro, sir Henry alzó su fuerte voz como si estuviese discursando ante un tribunal.

—¿Quieren ustedes decirme —clamó— por qué he de ser yo siempre el que parece culpable y el perseguido? Yo trato de ayudar a la gente como a mí mismo. Ayudarla un poco. Después que lo hago, me miran con sorpresa y dicen: «Este viejo *tal y cual*... ¿Qué está haciendo aquí? Denle un puntapié y échelo a la calle...». Pero ahora ya me he cansado y estoy lleno de indignación —siguió diciendo sir Henry, cogiendo su sombrero de Panamá—. Soy bueno, pero estoy furioso y no seré yo quien continúe aquí y...

La realidad es que todos descargaban las culpas sobre sir Henry porque tenían que descargarlas sobre alguien y acaso presentían que él, en el fondo de su corazón, probablemente no lo tomaría con semejante resentimiento como lo hizo. Fue Irene Stanley quien le contuvo y aplacó.

—Sir Henry —le dijo.

Al decirlo, volvió a mirar nuevamente a sus hijos con inquietud, cual si temiese a su propia timidez. Norton comprobó que, hasta cierto punto, ella era mucho más peligrosamente atractiva que la propia Crystal.

—Quiero mostrarles a ustedes una cosa que quizá les ayude a comprenderlo todo —dijo Irene.

La mujer hizo una pausa y se humedeció los rescos labios.

—Ustedes han visto el lado derecho de mi rostro —añadió—. Ahora miren el lado izquierdo.

Y temerosa, lentamente, empezó a girar el cuello, de forma que la luz de la lámpara, a su derecha, dejase aquel lado en la sombra e iluminase el izquierdo. Era cual un inválido que no se atreve a probar la resistencia de sus piernas para dar los primeros pasos. Se presentía un desenlace y todos miraban sorprendidos.

—Bueno, pero ¿qué es eso? —preguntó Bob—. ¿Qué inconveniente hay?

Irene giró la cabeza.

—¿No ven ustedes nada irregular? —preguntó.

—No —dijo Crystal, que estaba observando fijamente, a la vez que trataba de contener su simpatía hacia aquella mujer.

Las lágrimas comenzaron a caer raudas de los ojos de Irene. Su alma quizá estaba riendo y sangrando en esos momentos.

—Algunas personas me dicen —añadió Irene— que ni a plena luz se distingue... mucho. Desde luego —y sonrió—, los que eso dicen tratan solo de ser amables. Pero hace todavía tres meses ustedes no se hubieran atrevido a acercarse a mí. ¡Oh, no!... Quizá crean que sí, pero no lo harían.

Jean habló suave y lentamente, como si estuviese coordinando el pasado.

—Cirugía plástica —murmuró Jean.

Al oír esto, en la mente de Norton también resonó el eco de las palabras que recordaba.

—Yo no puedo explicarles esto —dijo la mujer, juntando las manos y cruzando los dedos—. No puedo decirlo, especialmente, porque ya estaría muerta a estas horas si Fred no me hubiera encontrado. Sir Henry —dijo suplicante—, usted es el único que lo adivinó todo. Explíquese.

Sir Henry, que se mantenía apartado y con los brazos cruzados, se ajustó las gafas, echó un vistazo a todos y se sentó en una butaca.

La mirada que echó a los hijos de Manning era verdaderamente feroz.

—Bueno, señores *cabezas cuadradas* —dijo—. Esta ha sido la empresa más difícil que hasta ahora he realizado. Tanto, que me sentía preocupado por el temor de llegar a desentrañar tanto misterio. Porque, sépanlo ustedes, no había conseguido ni una sola partícula de pruebas verdaderas. Lo único que tenía era solo una especie de *certidumbre* y de convicción, que se basaba en el carácter de Manning, y, sumado a esto, un puñado de otros pequeños detalles que ustedes mismos habían oído. Anoche, en la biblioteca, empecé a convencerme de muchas cosas. Pensé, particularmente después de haberme enterado de aquella conferencia en su oficina: «Hijo mío, todo hasta ahora va por camino errado. Tú estás afirmando algunas verdades, pero están mezcladas con una gran cantidad de especulaciones sin base». La mayor de esas especulaciones era la supuesta aventura amorosa de Manning. Y que me lo digan ahora —prosiguió sir Henry—. No niego que no pueda haber algún hombre capaz de conservar durante dieciocho años una devoción, al estilo de Browning, hacia su mujer muerta. Pero de cuando en cuando ese hombre tendría que hacer una *escapada* lejos de esa devoción, en busca de un amor ocasional. Sí, señores *cabezas cuadradas*. Eso le ocurre —sir Henry tosió— hasta a los mejores hombres, a las almas puras y a las mentes más rectas. Pero —continuó sir Henry apeándose del caballo de tanta retórica y volviendo a ser simple y humano— puedo afirmar a ustedes que Fred Manning *nunca* hubiera hecho eso. Su idealización propia, reproduciendo la de Robert Browning y Elizabeth Barret, era algo verdaderamente sagrado. Tenía una ardiente sinceridad. Vivía para ella. Señora —dijo sir Henry—, ¿cuál es su verdadero nombre de pila?

La supuesta Irene Stanley estaba sentada, con los ojos entornados y en sus pestañas temblaban las lágrimas.

—Elizabeth —respondió ella.

Nuevamente las emociones de los presentes subieron de grado, haciéndose palpables en el ambiente. Jean se sentó en una butaca, ocultando el rostro entre las manos.

—Puedo afirmarles —continuó sir Henry— que Manning jamás hubiera hecho lo que se decía, y que decía o sugería él mismo, como no fuese enteramente para despistar con algún propósito. No hubiera dado un escándalo en la cara misma de su propia familia, asegurando que se iba a fugar, acaso para siempre, con una aventurera cuya vulgaridad le atraía. ¿Quién les dijo a ustedes que esa aventurera se llamaba Irene Stanley? Pues fue él mismo. Pero ¿recuerdan ustedes su burlona sonrisa cuando

lo dijo anoche? ¡Oh, no! Fred Manning jamás hubiera hecho semejante cosa, como no fuese en broma. Ese proceder era opuesto a su carácter.

Jean, sacudida por los sollozos y sin levantar la vista, preguntó:

—¿Y habría alguien que, pensando en ese carácter, hubiese sospechado que fuese capaz de desfalcar el dinero de la Fundación?

—Bueno... En cuanto a eso... —repuso sir Henry suavemente, como si se tratase de un detalle puramente técnico—. ¿Acaso el fiscal general del distrito ha probado que *estafó* ese dinero?

Se hizo nuevamente el silencio.

—¿Quiere usted decir entonces...? —volvió a insistir Jean.

—¡Cállese! —le ordenó sir Henry—. Anoche —añadió— todavía citó unos versos de Browning, cuando precisamente estaba refiriéndose a su supuesta amante. Es más, citó «La fuga de la duquesa». Ese es exactamente el poema que Browning escribió, antes de casarse, para persuadir a Elizabeth Barret de que se fugase con él. Y ella así lo hizo. ¡Bendito sea Dios! ¿Y qué es lo que acabábamos de oír —preguntó sir Henry— sobre la fallecida esposa de Fred Manning? Pues simplemente que había ocurrido una explosión a bordo de un barco fluvial y que la mujer se había ahogado. Al parecer, el cadáver no había podido ser rescatado. Pero ¿qué es lo que sucede en uno de esos viejos barcos de río cuando ocurre una explosión de una caldera? ¿Qué es lo que provoca el hundimiento del barco? Pues el fuego; únicamente el fuego. Ahora supongamos por un instante que la mujer de Manning no murió. Supongamos también que el fuego... Pues bien: ayer, la pequeña Jean me proporcionó una formidable idea. Su padre había ido a visitar a un médico de cirugía plástica. Jean creía que esto significaba que su padre iba a cambiar de fisonomía después que realizase el desfalco, lo cual no resulta práctico, como ya se lo expliqué. Nadie, ni los más famosos cirujanos del mundo, como Ferguson de Edimburgo o Richter de Viena, pueden hacerlo con perfección. Además, Manning tenía que permanecer en cama después de operarse, y entonces la Policía le echaría mano. Como verán, todo esto está muy lejos de ir a dar en el blanco. Pero lo que la cirugía plástica *sí puede* realizar cuando una persona se ha quemado...

Jean se sentó, erguida y rígida.

—Entonces —preguntó—, ¿fue por eso por lo que usted me dijo que yo no había dicho ninguna inconveniencia ni revelado nada importante cuando me referí a la cirugía plástica?

—¡Uh, uh! —musitó sir Henry.

—¿Y también por lo que —insistió Jean— me dijo usted que apostaba lo que fuese a que papá nunca acudiría a un cirujano de esa especie y la Policía no tendría ocasión de echarle mano así?

—Exactamente, muñequita mía. Si hubiera ocurrido lo contrario, ya estaría detenido. Pero cuando usted me dio la mejor idea fue cuando, esta noche, se presentó usted junto a la tumba y yo traté de impedirle que viese allí tendido a su padre.

—En esa ocasión yo no dije nada.

—¡Ah!, ¿no? Usted me dijo que le había seguido cuando él fue a *ese sitio donde se ocupan en buscar personas desaparecidas* ¡Buscar desaparecidos! La única firma privada que se dedica a eso es Pursuit Incorporated, cuyo historial de fracasos es tan insignificante que se puede sostener en la punta de una aguja. Yo comprendí que era esa firma la que su padre visitó. Ahora supongamos que Manning presentía que su mujer no estaba muerta. Supongamos que había estado tratando una y otra vez de encontrar sus huellas. Y supongamos que hace unos meses la encontró.

Sir Henry movió la cabeza y estornudó, como poniendo al relato punto final.

—Y eso es todo —dijo, como disculpándose—. Yo no tenía pruebas, solo tenía sospechas. Pero yo tenía, por encima de todo, que tratar de marcar un *gol* en este *partido*.

—Y lo marcó usted —replicó Irene Stanley con una débil sonrisa—. Tiene usted toda la razón en todo. En cuanto a lo que ocurrió..., no, por favor...

Todos habían comenzado a hablar al mismo tiempo. Irene bajó la mirada. De sus párpados había desaparecido toda huella de llanto. Después volvió a alzar los ojos.

—Por favor —dijo Irene—, considérenme como a una extraña. Yo también los consideraré a ustedes así, para que podamos estar aquí con naturalidad. ¿No lo comprenden?

—A mí me parece que sí —dijo Crystal—. Tiene usted toda la simpatía de mi corazón.

—Cuando Fred y yo nos casamos —Irene nunca usó las palabras «el padre de ustedes»—, yo tenía solo dieciocho años. Cuando aquella explosión ocurrió, yo todavía era muy joven, quizá también muy tonta. El fuego, todo a lo largo del lado izquierdo de mi cara...

De entre los cojines que había sobre el sofá, su mano extrajo un espejo y en él se contempló el lado derecho del rostro, sobre el cual caía de lleno la luz de la lámpara. Se sintió satisfecha y volvió a dejar el espejo sobre el sofá. Norton supuso que ese espejo lo tenía siempre a su alcance.

—No me importa ya hablar de eso —aunque se veía que sí le importaba—, porque ya hace mucho tiempo que ocurrió. Es preciso no hacerse mórbido. Pero cuando me sacaron del agua en el río y me encontré en el hospital tomé una decisión...

Jean gritó:

—No tiene usted por qué contarnos eso...

—Por favor, Jean...

—Lo siento —dijo Jean, y agachó la cabeza.

La mujer que tanto se parecía a Crystal, pero que a través de los años había desarrollado conjuntamente una pasión y una gentileza que superaban a las de aquella, volvió a titubear.

—Pensé que los hombres nos valoran, y quizá esto sea cierto, yo no lo sé, solo

por nuestros encantos físicos. Pensé también que yo ya no podría significar para Fred sino horror. Yo no podía ya ponerme ante él. No podía. Entonces hice lo que otras mujeres han hecho antes. Hice creer que me había ahogado.

Alzó los hombros y miró hacia el sofá, mostrando la fina línea del cuello y su negro cabello.

—Los años transcurridos me dicen ahora que fui tonta al proceder así, y hasta que fui cruel. El rey David sabía que todo en el mundo es vanidad. Pero yo volvería a hacer lo que hice. No voy a aburrirles contándoles lo que ocurrió en esos años intermedios. Tenía que procurarme un trabajo, pero no en público; es decir, no donde todo el mundo pudiera verme el rostro. Tenía, pues, que ser un trabajo en privado: lavar ropa, coser, hacer vestidos, en lo cual yo trabajaba muy bien. Además, seguí más intensamente mi afición a pintar. Después de largo tiempo, y tuve mucha suerte en ello, logré algún éxito. Bien —continuó Irene, levantándose del sofá como una anfitriona en una fiesta en su casa—. Ya no hay mucho más que contar, ¿verdad?

—Sí, hay mucho más —dijo Crystal—. Pero, por favor, no se violente usted.

Su madre, un poco más alta, miró fijamente a Crystal.

—Vine a Nueva York hace tres años. Algunos de mis cuadros fueron recibidos en las exposiciones. Yo era y soy especialmente una artista comercial, aun cuando no me atreví a pedir trabajo en ninguna agencia, porque...

Y se llevó la mano a la mejilla izquierda. Su dominio de sí misma comenzó a flaquear nuevamente.

—De todas formas —añadió—, soy una artista comercial. Por eso puedo alquilar este estudio aquí. ¿Les gusta a ustedes?

Viendo una ocasión para cambiar de tema, todos se agarraron a ella, aunque bien sabían que sería solo por unos momentos; sabían que el diablo estaba allí y trataron de espantarlo hablando a grandes voces.

Norton supuso que quizá el estudio eran puras paredes de cemento con vigas metálicas. Del techo al suelo, salvo en dos grandes ventanales, colgaban grandes cortinajes de terciopelo gris. La alfombra era blanda y oscura. Los cortinajes estaban un poco abiertos en un lugar, sugiriendo que servían de separación con otra habitación.

Se veían elementos para pintar, tanto al óleo como a la acuarela, y, apoyadas junto a las paredes, había muchas telas dispuestas para trabajar en ellas la artista. Véase también el estrado para los modelos, y junto a este el caballete y equipo fotográfico propio de los artistas comerciales. A Norton todo esto le pareció extraordinario que existiese en pleno centro de Nueva York, con una trémula luz más allá de las ventanas y semejando en conjunto, sin embargo, tan remoto como un valle espectral en la Luna.

Bob preguntó:

—¿Y usted vive realmente aquí?

Irene se rió.

—Para hablar con exactitud, no. ¡Por el amor del Cielo! No vaya a ocurrírsele buscar un apartamento aquí. No existen. Pero —hizo un gesto hacia los cortinajes— tengo una cama ahí y un teléfono a nombre de Estudio Stanley, así como un cuarto de baño... un poco primitivo. Así, si se me ocurre dormir aquí, a nadie le importa.

—Pero ¿y para comer?

—Eso es otra cosa. No me permiten cocinar. Eso sería faltar al reglamento del edificio. Pero en los primeros meses que estuve aquí...

—¿Entonces...? —intervino Crystal.

—Esto resultaba terriblemente solitario. Bellamente solitario, diría. Podía deslizarme hasta un pequeño restaurante abajo, a buscar comida, con una especie de velo cubriéndome la mejilla con aire más o menos descuidado. Esta es una gran ciudad, fulminante, siempre con una espantosa prisa. Por ello, nadie se fijaba en mí.

—¿No se le ocurrió a usted antes apelar a la cirugía plástica? —preguntó Jean.

—Claro que sí. Pero en aquellos tiempos no podía costearme ese gasto. Después pensé que las cicatrices ya tenían mucho tiempo para que pudieran ser eliminadas.

Después, Jean, la de los buenos propósitos, lanzó una de sus preguntas indiscretas:

—Mientras usted estuvo alejada de nosotros, ¿extrañó alguna vez...?

Se paró bruscamente.

Irene Stanley, como después recordaría siempre Norton, estaba en ese momento cogiendo uno de los cuadros apoyados en la pared. Era un cuadro representando una brillante escena de la Venecia del siglo XVI. Irene aparecía ágil y graciosa, con su vestido de seda color ciruela roja resaltando sobre el gris de los cortinajes.

—Sí —dijo con extraña voz Irene—. Sí que sentía nostalgia...

El cuadro se cayó de su mano, haciendo un ruido de madera seca.

—A veces lograba *olvidarlo*, y a ustedes también, claro es —añadió con apremio—, durante seis o siete meses. Una vez lo logré durante casi un año. Pero después, el más pequeño detalle despertaba en mí el recuerdo. Y entonces era una verdadera agonía; agonía aguda, como si el dolor se duplicase.

—¡Oh, por favor! No prosiga... Yo no quería...

—¿Y será preciso que les diga —continuó Irene— lo que ocurrió aquí en el estudio cuando volví a ver a Fred? Yo ignoraba que los detectives privados que tenía a su servicio habían logrado descubrir mi pista. Me encontraba sentada aquí, limpiando algunos pinceles, con el lado de mi cara saturada de cicatrices hacia la puerta. La puerta se abrió y Fred penetró por ella. Pero no me hirió con una vulgar ficción de que no se daba cuenta de las cicatrices. Por el contrario, dijo simplemente: «¿Y es eso lo que te ha estado preocupando tanto, Betty? ¡Bah!... Vamos a hacer que eso desaparezca en una o dos semanas». Yo... solo supe echarme a llorar.

Si hasta entonces pudo haber alguna inquietud en la voz de Irene Stanley —o Elizabeth Manning—, ya se había desvanecido. Hablaba con plena simplicidad, como si se tratase de cosas sin importancia alguna.

—Eso ocurrió hace algunos meses. Desde entonces comencé a vivir nuevamente. Hace un momento, usted, sir Henry, mencionó el nombre de Richter de Viena.

Sir Henry, encogido en su butaca con el mentón apoyado en la mano, se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—Pues bien —añadió ella—: Fred lo hizo venir aquí en un avión especial. Y Richter fue quien realizó esta obra —dijo, llevándose la mano a la mejilla izquierda.

—Precisamente, señora, estaba yo pensando todavía —repuso sir Henry— que solo dos hombres en el mundo podían haber realizado esa operación.

—En cuanto a Fred...

La mujer se detuvo. En un segundo sacó de entre los cuadros uno que estaba cuidadosamente oculto. Era un retrato de Manning, en busto, tan vivido como si fuese él mismo.

—Parecía cual si no hubiera pasado por él un día —dijo Irene, sacando el cuadro que estaba en el caballete y poniendo en su lugar el retrato de Manning—. Solamente su cabello se ha puesto prematuramente gris. Sus brazos, hombros y torso son los de un hombre veinte años más joven. Parecía haber *crecido*, pero continúa siendo el mismo romántico incorregible que era el último día que nos vimos.

Despacio, miró al grupo que la escuchaba.

—Creo que ustedes saben lo que proyectábamos hacer. Nos íbamos a marchar en una segunda luna de miel. Ya teníamos hechos todos nuestros planes.

En ese momento el diablo saltó al centro de la escena, sin posibilidad de arrojarlo fuera de ella.

La fuerte voz de sir Henry se interpuso para decir:

—Exactamente. Precisamos saber todos esos detalles y planes antes que los sepa la Policía. ¿Quiere usted exponérmelos?

Norton contuvo la respiración. Irene Stanley le dirigió una extraña mirada y se fue a sentar nuevamente en el sofá, cruzando las manos.

—No tiene importancia —dijo ella a sir Henry.

—¿Cómo que no tiene importancia?

—No. Esta noche usted, sir Henry, vino aquí muy poco después de las diez y media. Usted me dijo con delicadeza, que le agradezco, lo que había sucedido. Antes de esto ya había leído los periódicos de la tarde y de la noche, y me reí con el *truco* de Fred para esfumarse. Después usted me dijo que alguien había intentado matar a Fred dándole dos puñaladas en un costado. Usted me pidió que esperase por mis hijos y así lo hice.

—Muy bien, señora. Pero ¿por qué dice usted que no tiene importancia?

Los ojos azul oscuros de Irene se mantuvieron impenetrables.

—Esto ya ha durado demasiado tiempo. Si ahora Fred muere, yo moriré también.

Un grito incontenible salió de la garganta de alguien, que Norton no pudo determinar. Sir Henry se puso en pie.

—¿Quiere usted dejar de decir esos disparates? —dijo sir Henry.

—No los llamaría disparates —replicó ella alzando los ojos— si usted conociese *mi* vida.

—Pero ese individuo que trató de matarle, ¿no quiere usted que sea detenido y castigado?

—Ese individuo nunca será detenido ni castigado —contestó Irene.

Un aire frío pareció invadir el estudio, como si los cortinajes grises semejasen el color del rostro de Manning. El retrato de Manning, con los alegres ojos y el cabello largo, pero recortado detrás de las orejas, parecía contemplarlos a todos de extraña manera.

—Cuando usted se marchó de aquí esta noche, sir Henry, yo me sentía enloquecida —Irene Stanley se cruzó los dedos apretadamente—. Fui impulsada a telefonar y preguntar cómo se encontraba. Yo sabía que los criados no me creerían si les decía que yo era su mujer. Entonces me acordé de Stuffy. Stuffy está en la casa desde hace más de veintiún años. ¿No se lo dijo a ustedes?

—Sí —murmuró Norton con voz casi imperceptible.

—Al principio, Stuffy no era capaz de creerme.

Tuve que convencerle recordándole muchas cosas que una impostora no podría haber sabido.

—Comprendo. ¿Y después?

—Fred ha recobrado el conocimiento varias veces esta noche. Un detective, el teniente Zutano, ha estado con él todo el tiempo.

La sangre se le subió al rostro, a pesar de su autodomínio, y ahora, por vez primera, se percibía una ligera marca rojiza al lado del ojo izquierdo y otra cerca del mentón.

—Fred —continuó ella— se niega a dar el nombre de la persona que le hirió. Mejor dicho, dice que no sabe quién es y así lo jura. ¿Ve usted ahora? ¿Estará *protegiendo* a alguien? Lo cual, indudablemente, significa...

Lentamente, Irene miró a su alrededor. Miró primero a Crystal, después a Jean y finalmente a Bob.

Allá, detrás de las cortinas, en el tranquilo estudio, el teléfono comenzó a sonar estridentemente.

Irene Stanley se levantó al oír el timbre del teléfono.

—Ese es Stuffy —dijo—. Me prometió llamarme cada hora, tuviese noticias o no. Perdónenme.

Desapareció tras las cortinas, mientras Norton estudiaba tres rostros, cuyos ojos la habían seguido.

—Es maravillosa —dijo Jean, respirando fuerte—. Siempre la idealicé y soñaba que había sido exactamente tal como es, pero no podía creer que ese sueño fuese realidad.

—¡Jean! ¿Estás loca? —preguntó Bob a su hermana con un furioso silbar en las palabras. Bob estaba espantado de pies a cabeza. Cogió por la muñeca a Jean y añadió—: ¿No comprendiste lo que quiso decir?

—¿Qué fue?

—Quiso decir que uno de nosotros es el que agredió a papá.

Todas las voces se apagaron para poder oír lo que Irene hablaba detrás de las cortinas. Crystal, vestida con un traje de noche dorado y un chaquetón encima, se acercó a Norton con ojos dulces y brillantes.

—Jean tiene razón, como ve usted —dijo Crystal—. Es más bien buena..., pero creo que está un poco trastornada.

—¿Y qué? —preguntó Norton, que había sacado del bolsillo un lápiz y una vieja carta arrugada.

—¿Cree usted lo demás que ella dijo?

—Dijo muchas cosas. ¿A cuál se refiere usted?

—Que los hombres valoran a las mujeres simplemente por su atractivo físico.

—Por Dios, Crystal, yo lo ignoro —gruñó Norton. Y como ella empeoraba la opinión de Norton cada vez que se acercaba a él, Norton añadió—: Probablemente es verdad. Sí.

—Váyase al diablo —le contestó Crystal suavemente.

—Pero le diré a usted algo interesante, amor mío, si usted cree que la edad tiene importancia. Usted tiene veinticuatro años. Su madre debe de tener unos cuarenta y tres. Si ustedes dos entrasen juntas en un salón de baile en este momento, no habría un solo hombre que la mirase a usted.

Crystal comenzó a replicar otra vez «Váyase al diablo», pero titubeó y contribuyó a aumentar la tensión ambiente comenzando a llorar.

—¿Qué está usted haciendo en el respaldo de esa carta? —le preguntó después con acritud.

Norton miró a sir Henry, que se hallaba sentado mirando a su vez al vacío. Aunque como reportero no era esto obligación suya, había escrito en aquel papel una cabecera para el periódico y un subtítulo con unas rápidas notas debajo.

—¿Ve usted al *abuelo zorro* allí? —preguntó a Crystal.

—¿Qué le ocurre?

—Ahora ya estoy seguro de la pista que está elaborando, no solo para resolver este caso, sino para poner a cada cual en el sitio que le corresponde. En mitad de esa pista se encuentra un gran vacío, que es lo que falta por resolver: el misterio de la piscina. El resto ya lo logré yo. Si conseguimos anticiparnos a los acontecimientos con un reportaje en el periódico...

Detrás de la cortina se oyó la voz de Irene diciendo:

—Gracias, Stuffy. Me tendrá usted al corriente de lo que vaya sucediendo, ¿eh?

Se oyó también el ruido del teléfono al ser colgado nuevamente, y Elizabeth Manning, no Irene Stanley, regresó al estudio.

—Se encuentra exactamente lo mismo. Ni mejor ni peor —dijo.

—Ahora, señora, respecto a los planes que usted y Fred habían hecho... —dijo sir Henry, incorporándose de la butaca.

—Sir Henry, ¡por el amor de Dios!

—Usted se preocupa hondamente por su esposo —díjole sir Henry—. ¿Le preocupa también la reputación de él?

—¿La reputación?

—¡Por Dios santo! ¿No sabe usted que le achacan haber robado a la Fundación y desfalcado cien mil dólares?

—Pero ¡eso es absurdo!

—¿Sí? Usted dice que leyó los periódicos de la tarde y de la noche. ¿No vio usted en ellos algún rumor sobre eso?

—No —dijo Elizabeth. Después, reflexionando, con ojos de sorpresa, se llevó la mano a la frente y añadió—: Dicen, o a mí me lo pareció, que Fred había desaparecido por causa de una apuesta o algo de ese género. Pero, espere. También había un pequeño párrafo oscuro...

—Y tan oscuro —dijo sir Henry—. Las oficinas del fiscal general del distrito no dejan traslucir una información hasta que están seguros de ella. Si alguien realizó una jugada de escamoteamiento de las noticias, puede usted agradecerse a este amigo —añadió sir Henry, indicando a Norton—. Creo que no hemos procedido muy correctamente en cuanto a presentaciones. Aunque yo soy siempre correcto.

La mujer sonrió vagamente:

—¿Este es míster...? —interrogó.

—Míster Norton —dijo Crystal, cogiendo del brazo a Norton—. Míster Norton es mi invitado.

El tono de su suave voz expresó el significado íntimo de sus palabras con toda claridad. Su madre la miró (aquellos ojos que tanto se parecían a los suyos) y respiró

profundamente.

—He seguido tu vida —dijo Elizabeth—, aunque fuese a distancia. Tu último marido era cierto dignatario de los Balcanes llamado conde Yummy-Yummy o algo por el estilo. ¿Es que verdaderamente le amabas?

—No —replicó Crystal—. Pero tampoco uso su título, como habrás observado.

Norton, que detestaba este género de conversaciones, logró depositar el papel con las notas que había escrito en manos de sir Henry. Este, con un puro pegado en el ángulo de la boca, trató de apartar a Norton de su lado, pero después vio lo que estaba escrito y lo leyó.

Norton estuvo observándole. Por el rostro de sir Henry han cruzado infinidad de expresiones, la mayoría de ellas banales. Norton vislumbró, aunque muy fugazmente, lo que esperaba ver. Era la expresión endiablada de un mozalbete, absorto en su fechoría, en el momento preciso de colocar un pequeño petardo debajo de la silla del profesor.

—Esa es la *línea* exacta, sir Henry. ¿Puedo dar esto a la Prensa, respaldado por usted?

—¡Hijo mío! —replicó el gran hombre con solemnidad—. ¡Déselo usted! —y devolviendo el papel a Norton, añadió—: Pero no se lo dé por este teléfono; no fastidie. Porque *estos* oirán todo. Vaya afuera a comunicarlo.

Pidiendo muchos perdones y dando muchas disculpas, Norton logró maniobrar para salir a la calle.

Por el largo corredor, los presurosos pasos de Norton sonaban estrepitosamente. Los principios en que Norton asentaba su conducta eran, en parte, del puritano de Nueva Inglaterra o bien enteramente ingleses: una decente discreción como fachada y el viejo Adán siempre al acecho en el interior.

Al final del largo corredor encontró una cabina con teléfono. En principio, pensó en dejar a un lado al *Echo*, su antiguo periódico, que era matutino, mandándolo al infierno junto con su propietario, pero la vieja lealtad, a pesar de todas las fechorías, no muere. Marcó el número del *Echo*, pidió comunicación con el jefe de informaciones de la ciudad y habló por espacio de varios minutos.

Cuando terminó, la voz del que le había escuchado al otro extremo del hilo le dijo:

—Ahora escuche. Yo no fui quien le despidió. Aquel no es mi departamento. Yo me solidarizo enteramente con usted.

—Bien lo sé, Zack. Lo sé perfectamente.

—Por tanto, si este reportaje es una conversación de bar impregnada de alcohol, y a eso es a lo que suena...

Norton hizo una jugada de sesenta a cuarenta a su favor.

—Si quiere usted confirmación de él, Zack, telefonee a la oficina del fiscal general del distrito. Después llame al Cuartel General. Finalmente, puede usted intentar hablar con White Plains.

Colgó el auricular. Cumplido ya, cuando menos en parte, su cometido, Norton llamó a la Prensa Asociada y a la Prensa Unida, así como a varios periódicos donde tenía algún amigo. Después regresó rápidamente al estudio. Cuando abrió la puerta de este, lo primero que oyó fueron estas irritantes palabras: *el misterio de la piscina*.

Por si fuera poco, la temperatura emocional en el estudio había subido durante su ausencia hasta un punto peligroso.

Elizabeth Manning, sentada al borde del sofá, tenía la cabeza baja y estaba pellizcando distraídamente la cubierta de un cojín. Sir Henry, habiendo arrojado ya lejos de sí el puro, había acercado su butaca a Elizabeth. Crystal, Jean y Bob se mantenían próximos a ellos con los rostros pálidos.

—Y ahora escúcheme, mocita..., digo, señora —comenzó sir Henry con un cuidado como si estuviera manejando explosivos—. ¿Se ha convencido usted a fondo de que creen que su marido robó cien mil dólares?

—Sí.

—¿Y de que ellos la detendrán a usted porque creen que usted está mezclada en esta cuestión, a menos que yo consiga desorientarles o convencerles?

—Sí.

—Entonces, ¿está usted decidida a permitirme que le haga preguntas breves y simples y a contestarlas de la misma manera?

—Lo haré —contestó ella sin levantar la cabeza.

La luz de la lámpara de la estancia iluminaba su negro cabello, en el cual no había una sola huella de canas.

—Dijo que usted y Fred iban a marcharse para una segunda luna de miel. ¿Adónde iban?

—A la capital de México.

—¿Cuándo?

—En un avión que sale..., o mejor dicho, salió ahora, a medianoche.

—¿Y dónde iban a reunirse ustedes antes de partir?

—Aquí. En este estudio. Fred me prometió no llegar más tarde de las nueve de la noche.

—¿Sabía usted que él proyectaba *desaparecer* durante algún tiempo?

—Sí. Lo sabía.

Elizabeth Manning irguió el busto y miró directamente a los ojos de sir Henry.

—¿Y por qué iba él a desaparecer?

Todos los presentes parecían estar conteniendo su respiración. Elizabeth dirigió una corta mirada a Crystal, Jean y Bob.

—Él dijo —replicó con tenue voz— que nunca le habían gustado sus hijos cuando fueron pequeños. Desde luego, yo ya lo sabía; así que nunca llegó a quererlos hasta que estuvieron crecidos. Fred dijo que ellos debían de saber esto o por lo menos presentirlo y que con razón habrían de odiarle por ello.

—Quietos —gritó sir Henry haciendo seña con la mano hacia el grupo anhelante,

que estaba detrás de él. Pero no miró hacia ellos, sino a su madre.

—Pero —dijo ella— precisamente eso le sugirió a él aquella idea. ¿No ve usted cuán inevitable era esto?

—Puede que sí. Prosiga.

—Súbitamente, Fred recordó antiguos tiempos. Por ejemplo, pensó: «Si esto es lo que piensa mi hijo, ¿qué pensarán los demás?». Vivía para su Escuela y para el recuerdo de..., bien, de mí. Él pensaba que probablemente no tenía un solo amigo en el mundo. Después volvió a encontrarme. Estaba tan entusiasmado con nuestra segunda luna de miel que decidió *desaparecer* igual que si fuese un fugitivo. Así podría comprobar si a alguien le preocupaba o le tenía sin cuidado que él viviera o muriese. Cualquiera que fuese el caso, decía él, no tendría importancia, porque me volvería a llevar a su casa.

Elizabeth se detuvo de pronto y se colocó las manos sobre los ojos.

Nuevamente, sir Henry con un gesto impuso silencio al tembloroso grupo que tenía a su espalda.

—Es algo horrible —añadió la mujer bruscamente y mirando de nuevo a sus hijos— pensar que cualquiera de ellos hubiese tratado de matarle. Si alguno lo hizo..., bien. Y si no lo hizo, humildemente le pido perdón.

Norton, que estaba en pie un poco detrás de Crystal, dirigió su mirada al retrato de Manning colocado en el caballete.

Norton no tenía la menor duda de que el relato de Elizabeth era verídico. Todo ello era característico de Manning. Así era Manning exactamente. Norton lo hubiera predicho así si tuviese el arte de hacer predicciones. Esto explicaba prácticamente todo. Norton sintió como un cosquilleo de gratitud por el hecho de que un hombre a quien admiraba quedase limpio de culpa o casi...

Pero sir Henry, sin mover un solo músculo de su rostro, parecía implacable y sin compasión en su interrogatorio.

—Ahora tratemos de la cuestión del dinero —dijo sir Henry—. ¿Qué cantidad iba a llevar consigo para realizar su segunda luna de miel?

Elizabeth se sentó nuevamente, rígida.

—No le pregunté. Creo que habló de algo así como dos o tres mil dólares.

—¿Cuánto tiempo pensaba permanecer *esfumado*?

—No mucho. Dos semanas aproximadamente.

—Pero si él pretendía ser hasta un falso fugitivo, le habrían buscado. Quiero decir la Policía. ¿Cómo podía tomar un avión, hacer escalas o cruzar la frontera de México sin que le reconociesen?

En el rostro de ella apareció ese tipo de sonrisa complaciente, revelador de su filosofía (que es la de la mayoría de las mujeres) de que todos los hombres son niños.

—Allí, en mi dormitorio —señaló ella—, él tenía una especie de disfraz que estaba seguro surtiría efecto. Iba a ponérselo aquí.

—¿Quiere usted decir que iba a ponérselo cuando llegase esta noche a las nueve?

—Sí.

—¿Cree usted que dos o tres mil dólares es dinero bastante para abultar mucho en una cartera de mano?

—Nunca supe nada de una cartera de mano —replicó ella, arrugando el entrecejo—, pero no creo que abulte mucho, aunque sea en billetes pequeños.

—Yo creo lo mismo. ¿Acaso dijo Fred a usted que iba a realizar un *truco* de *esfumarse* en la piscina?

—Sí.

—¿Y le explicó cómo iba a realizarlo?

—No. Me dijo que me lo explicaría después. Esto le entusiasmaba. A Fred le gustaba confundir a la gente.

—Ya lo había advertido yo —dijo sir Henry—. ¿Y no le contó algo sobre esto?

—No lo creo. Pero... espere usted; solamente me dijo algo relacionado con su sombrero.

Norton, que estaba al borde del frenesí, pensó: «¿Su sombrero? Primero fue su reloj de pulsera y sus calcetines y ahora es su sombrero».

—¿Le dijo a usted —insistió sir Henry, repitiendo sin cesar preguntas como martillazos— que iba a desaparecer hoy por la mañana a las nueve y treinta?

—No.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que la última vez que me telefoneó fue ayer, es decir, el lunes por la mañana. Me dijo que probablemente se *esfumaría* el martes por la mañana. Pero no pudo reunirse conmigo porque tenía que esperar. Tenía una cita en... el cenotafio del viejo cementerio.

Los ojos de la mujer se enrojecieron como bajo el efecto de un desaliento profundo.

—Hace unos dieciocho años —agregó ella—, dije yo que debiera haber en ese cementerio un letrero diciendo: *Se alquila*.

—¿Un cementerio para alquilar? ¿Por qué?

En medio de esta tensión, y como un sedante para los nervios, volvió a sonar el timbre del teléfono.

—Es Stuffy otra vez —dijo Elizabeth—. Por favor, perdónenme.

Desapareció nuevamente, presurosa, tras las cortinas. Norton jamás había visto a sir Henry con la expresión que en este momento tenía. Una expresión tan implacable como la de un verdugo. Sir Henry comentó:

—Stuffy ha sido siempre espantoso en el teléfono. Equivoca las órdenes, confunde los recados, se presentará cuando no hace falta y no aparecerá cuando lo necesiten. Todavía no ha pasado una hora desde...

—¿Por qué no puede usted proceder más despacio con ella? —preguntó Bob carraspeando. La nuez estaba a plena presión en su largo cuello y su voz sonaba rencorosa—. ¿Por qué tiene usted que hablarle igual que un policía?

Jean permaneció callada y volvió los ojos hacia el retrato de su padre. Crystal intervino, poniéndose de parte de Bob:

—Usted no tiene derecho ninguno a hacer esto, sir Henry. Usted sabe bien que no lo tiene.

—¿Les he llevado a ustedes por el camino acertado hasta ahora? —replicó sir Henry.

Del otro lado de las cortinas oyeron cómo Elizabeth Manning colgaba nuevamente el teléfono. Cuando regresó nuevamente, estaba pálida, cansada, sin duda por la pena de la larga espera, y su cuerpo se encorvó. Pero volvió a erguirse con todo su encanto y sonrió.

—Continúa igual —les dijo, y se sentó otra vez en el sofá—. Exactamente lo mismo y siempre lo mismo.

Miró vagamente a sir Henry y le dijo:

—¿Decía usted...?

—Pues me refería a ese cementerio para alquilar —dijo sir Henry.

—¡Ah!, sí. En el viejo tiempo, sir Henry, aproximadamente cuatro familias acostumbraban asociarse y comprar lo que estimaban un excelente sitio para enterrar a sus muertos. Después, hará un siglo, todo era diferente. Resultaba que el cementerio no era suficientemente grande o que cada familia se marchaba a vivir a otro lugar. Pero cuando lo compraban, lo hacían, ¿cuál es la expresión?, *a perpetuidad*. Hasta en mis tiempos, un tal míster Van Sellars había comprado todas las sepulturas a sus propietarios primitivos, mas no se preocupaba de ellas; solo cuando fuimos a vivir en Maralarch, Fred descubrió que algunos de sus antepasados estaban enterrados allí. Fred quiso limpiar y arreglar aquel sitio. Pero míster Van Sellars se puso furioso, alegando que así, abandonado, era más pintoresco. Como él era el propietario, nadie podía hacer nada. Ahora, recientemente. Fred me dijo que míster Van Sellars le había llevado a los tribunales por causa de esto.

Sir Henry se pasó las manos por la cabeza y volvió a insistir en sus preguntas.

—Pero ¿qué era eso del letrero *Se alquila*?

—Era para los asesinos.

—Pero ¿qué quería decir?

—Dios me perdone. Hace largo tiempo me pregunté yo misma eso, ¿sabe usted? El cenotafio de Manning y el mausoleo de Renfield, situado en el lado opuesto, nunca fueron abiertos. Nadie va a ese cementerio. Si usted tuviese una llave para ese mausoleo, podría matar a cualquiera allí y dejar encerrado dentro el cadáver, sin que nadie pudiese enterarse, salvo por verdadera casualidad.

—Sí —dijo sir Henry—. Ya le dije a usted cuando llegué esta noche que su marido había sido agredido en ese cenotafio.

Elizabeth Manning se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiere decir usted que yo soy responsable? —preguntó horrorizada.

—No, no. Pero...

—Usted, honradamente, no puede creer eso.

—Le juro a usted que no. Pero usted sabía que Fred iba a entrevistarse con alguien en el cenotafio. ¿Le dijo a usted la persona de quien se trataba?

—No.

Sir Henry comenzaba a desesperarse:

—¿Y no le dio a usted ninguna indicación sobre quién era esa persona, ningún indicio?

—No. ¡Oh! Excepto que afectaba a un miembro de la familia.

—¿Qué miembro de la familia?

—No lo sé. Pero Fred no bromeaba en esta cuestión. Estaba tremendamente serio. Después de encontrarse con esa persona...

—¿Después de qué?

—Fred me dijo que no le llevaría mucho tiempo; luego añadió que iría a pie por la carretera de Fenimore Cooper a Larchmont y allí tomaría el tren de las ocho menos tres minutos. Después nos encontraríamos aquí.

En Elizabeth Manning se había operado un cambio de aspecto. Su manera de hablar y sus gestos eran ahora como los de una muchacha de la edad de Jean. Este fenómeno era algo así como si estuviese retrocediendo al pasado y viviendo en él.

—Sí, que nos encontraríamos —repitió ella.

Repentinamente, Bob, carraspeando, se inclinó sobre el respaldo de la silla de sir Henry.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó Bob con discreción y ternura—. ¿Ocurre alguna anormalidad?

La mujer se puso en pie y dirigió una lenta mirada a sus hijos.

—Lo siento —dijo con suavidad—. No dije la verdad de lo que me comunicaron por teléfono. Vuestro padre ha muerto.

Era esta la primera vez que ella les decía «vuestro padre».

En medio de un silencio dramático, Elizabeth trató de caminar lentamente hacia el retrato de Frederick Manning, extendiendo la mano hacia él como si pretendiera tocarlo. Pero no llegó a alcanzarlo. Sus piernas flaquearon y cayó pesadamente, desplomándose frente al caballete.

—¿Qué es lo que le ha ocurrido? —preguntó Bob con ansiedad—. ¿Se ha desvanecido?

Sir Henry, liberándose de todo estupor o asombro que hubiera podido invadirle, se arrodilló junto al cuerpo de Elizabeth.

—No, hijo mío —dijo sir Henry—. Se ha envenenado...

Se produjo un estrépito, provocado por Jean, que, al retroceder asustada, había derribado una pequeña mesa y unos libros. Jean estaba pálida como la muerte, pero todavía pudo decir unas palabras, repitiendo lo que había dicho Elizabeth sobre Manning:

—«Si él muere, yo moriré también» —repitió Jean, citando la frase de Elizabeth

—. Todo lo tenía ya preparado junto al teléfono.

Sir Henry tomó el pulso a Elizabeth, le abrió la boca para investigar sobre el veneno, le levantó un párpado, y parecía estarse maldiciendo a sí mismo, indignado. Norton le ayudó a ponerse en pie. Después de esto, sir Henry se encaminó hacia detrás de las cortinas, pero tuvo que ayudarle Norton a encontrar la puerta, y ambos se metieron en la otra habitación.

Era un cuarto largo y estrecho, con otro pequeño departamento inmediato que debía de ser el cuarto de baño. La luz estaba encendida.

—Este fue el veneno, hijo mío —murmuró sir Henry.

Sobre la mesilla de noche, junto al teléfono, había una botella de unas cinco onzas, cuyo tapón había sido quitado y puesto a un lado. La botella tenía una etiqueta que decía: *Mixtura de la Madre Meera*.

—Pero esta droga está hecha en Inglaterra —murmuró Norton—. Y debe tomarse en dosis muy insignificantes, con gran cantidad de agua, para curar los catarros. ¿Cómo es posible que esté aquí?

—No sé, hijo mío. Pero eso sería el líquido original, porque la botella estaba llena de tintura de acónito.

—¿Acónito? —repitió Norton.

—Esta droga —gruñó sir Henry cogiendo la botella— no actúa tan rápidamente como el ácido prúsico, pero es más mortal; no quema, produce la muerte muchísimo más lentamente.

—¿Y no puede usted hacer algo?

—¡Oh hijo mío! —dijo sir Henry, alzando ambos puños indignado—. ¿Qué puedo hacer sin una sonda de estómago, sin atropina y sin digitalina? ¿Y también sin lo que más necesitamos, que es oxígeno? Que me quemem vivo, pero dudo que podamos conseguir un médico en una estación de ferrocarril.

—Podemos intentarlo —replicó Norton, y echó mano al teléfono.

Después resultó que podían conseguir no solo un médico, sino varios. El doctor Jacobs anunció que llegaría inmediatamente. Por vez primera, Norton comprobó que en el laberinto de aquel edificio todo marchaba y funcionaba con una suave eficiencia sin apenas esfuerzo. Sir Henry se presentó a sí mismo, a través del teléfono, al médico y le dio unas rápidas explicaciones. Luego, sir Henry se trasladó al estudio.

—Levántenla del suelo y colóquenla sobre la cama —ordenó sir Henry a Norton y Bob, quienes transportaron el cuerpo inanimado de Elizabeth con sumo cuidado—. Cuando llegue el médico, quiero que salgan todos ustedes del dormitorio. El espectáculo no tiene nada de agradable y la presencia de ustedes tampoco es necesaria.

—Sir Henry —preguntó Norton con un murmullo—, ¿qué cantidad de veneno tomó?

—Hijo mío, no puedo decirle si la botella estaba llena, pero si lo estaba, tomó aproximadamente onza y media.

—¿Y eso es bastante grave?

—Eso es peor que grave. Gravísimo.

Cinco minutos después, que parecieron una eternidad, llegó el doctor Jacobs, acompañado de un ayudante que llevaba todo el instrumental necesario. El médico hablaba en voz baja y parecía muy eficiente. Él y sir Henry desaparecieron detrás de las cortinas grises.

Después de esto se produjo un largo período de espera en el estudio.

Cronológicamente, Elizabeth Manning se había desvanecido, al sufrir el colapso, exactamente a la una menos cuarto, según el reloj de Norton. Pero la espera posterior, bajo la dramática incertidumbre, daba la impresión de una eternidad.

Crystal se quitó el abrigo que llevaba puesto y se sentó resplandeciente, con su vestido de noche color oro, mirando fijamente al suelo. Y cual con frecuencia ocurre, cuando la tensión nerviosa quiebra, Jean había caído profundamente dormida en el sofá.

Bob paseaba impaciente de un lado a otro hasta que alguien le dijo que parase. Pero no podía descansar. Husmeó entre los cuadros arrinconados y encontró un autorretrato de Elizabeth Manning, cogiéndolo y colocándoselo bajo un brazo como si estuviera guardando un talismán.

—Creo que los antiguos enamorados románticos decían que para ellos era mucho mejor el reunirse para siempre —observó vagamente Crystal.

Sin saber por qué, la señora Manning había penetrado muy hondo en el corazón de Norton. Este fumaba incesantemente, miraba nervioso su reloj con tanta frecuencia que acabó por quitárselo de la muñeca y guardarlo en un bolsillo.

Las cortinas que separaban el estudio del dormitorio se balanceaban cada vez que el médico o sir Henry pasaban detrás de ellas. Mucho tiempo después, Norton pudo percibir las voces de aquellos, que hablaban sumamente bajo, oyéndose frases como estas: «No me gusta esto», «Ahora, digitalina», «¿Qué cantidad, hijo mío?», «Una centésima de gramo». Más tarde, después de un largo vacío en el tiempo, escuchóse: «Oxígeno; pero también continuaremos la respiración artificial».

El ruido producido por la respiración del oxígeno era apenas perceptible, no obstante lo cual repercutía en la mente de Norton de manera inquietante. Recostándose en su butaca y cerrando los ojos para distraerse, trató con la imaginación de situar la posición de este estudio en la cima de la Gran Central.

Las altas ventanas suponía que daban al exterior, hacia la Calle 42 y la Cuarta Avenida. Caminando un poco por esta avenida, por ejemplo hasta la Calle 12, se podía llegar a un núcleo de tiendas de libros viejos, por los que Manning y hasta el propio Norton sentían gran predilección.

Los propietarios de estas librerías, lo mismo que aquellos del Charing Cross Road en Londres, no hacían preguntas impertinentes ni molestaban a los presuntos compradores en nada. Uno podía libremente revolver y revolver libros en medio del polvo y de la repentina e inesperada aparición de alguna obra que uno buscaba o la de

algún párrafo o una línea de un verso, como

¡Oh lírico amor, mitad ángel y mitad ave!

¡Ah!, diablos. Esto era el poeta Browning otra vez. Norton echó una ojeada hacia Crystal, y viendo que estaba fría y solitaria, se sintió avergonzado de sí mismo. Se irguió, levantó a Crystal de la butaca, se sentó y después la puso a ella sentada sobre sus rodillas.

Bob paró un momento en su inquieto pasear, con la mirada vacía.

—Las siete y media —dijo ásperamente a Norton—. Era la hora en que usted y sir Henry se fueron hacia el campo de pelota, ¿verdad?

Norton replicó afirmativamente, sin meditarlo mucho.

El eco del oxígeno continuaba percibiéndose rítmicamente. Las luces parecían brillar más y los rasgos de los rostros estaban más agudamente delineados con el avanzar de la noche. Aquellas ventanas debían de estar clareando con el amanecer. Norton oía el tictac del reloj en su bolsillo.

Después el ruido del oxígeno cesó bruscamente.

Tras una conferencia en voz imperceptible y que pareció durar horas, sir Henry surgió saliendo de detrás de las grises cortinas. El estado de ánimo del gran hombre lo revelaba el hecho de que, automáticamente y con honda preocupación, buscó su sombrero, se lo puso y sin decir nada se dirigió hacia la puerta para marcharse. Pero algún recuerdo debió de hacerle reaccionar y se volvió.

—Todo marcha bien, hijo mío —dijo con gruesa voz a Norton—. Se ha salvado.

Los brazos de Norton, sus hombros y su espalda estaban entumecidos de sostener a Crystal. Esta se puso lentamente en pie. Bob se quedó inmóvil, con la boca abierta. En ese momento, detrás de las cortinas volvió a sonar el timbre del teléfono.

—Ustedes se están quietos y callados —les dijo sir Henry al ver que algunos trataban de acudir al teléfono—. Quiero que no se conteste.

Al parecer, ya el doctor Jacobs estaba contestando y aquel apareció saliendo de detrás de las cortinas.

—Es una llamada para usted, sir Henry —dijo el médico—. Parece que es del fiscal general, que le habla desde Maralarch.

—¡Ah! Es Byles. ¿Y qué es lo que ese reptil quiere de mí?

El doctor Jacobs, que era moreno y que acababa de ganar un caso prácticamente perdido contra el veneno, se sentía también impresionado.

—Por lo que he podido deducir —replicó el doctor Jacobs—, pretende meterle a usted en la cárcel. Creo conveniente que hable usted con él.

El doctor entró en el estudio limpiándose la frente con un pañuelo. Norton sacó el reloj de su bolsillo y descubrió, estupefacto, que no eran más que las tres menos cinco de la madrugada. Despacio, como un tigre, sir Henry cruzó entre las cortinas hacia el teléfono.

La voz de Byles brotaba, desbordándose estrepitosamente, del receptor.

—Escúcheme usted —decía el fiscal general con voz fría y amenazadora.

—Escúcheme usted —le replicaba sir Henry—. Escuche, Gil. Ha ocurrido aquí algo desagradable esta noche. No estoy precisamente ahora en estado de ánimo para un duelo con usted. Desde el punto y hora que me dijeron que Fred Manning había muerto...

Se produjo seguidamente una pausa tan larga que se hubiera dicho que la línea telefónica había quedado cortada.

—¿Manning? —repitió al fin Byles con voz entre sorprendida y de sospecha—. Pero ¿qué está usted diciendo? Manning no ha muerto.

Esta vez la pausa de silencio se produjo del lado de la línea de sir Henry.

—¿Manning no ha muerto? —gritó sir Henry.

En el estudio se produjo un ruido de madera, como si hubiese caído algún cuadro. Se oyeron sollozos que parecían proceder de Crystal.

—Cuando llegamos aquí —dijo Byles—, la criada nos contó lo que el doctor Williard había dicho. Manning está fuera de peligro. Posiblemente aún lo pasará mal, con congestión y fiebre, pero estará curado en un mes. Si alguien ha estado preocupado...

Los ojos de sir Henry se dirigieron lentamente hacia el cuerpo tendido sobre el lecho, cubierto hasta el mentón con una manta.

En este punto es preciso confesar que el viejo pecador se sintió emocionado. Sir Henry alargó la mano y acarició el hombro de la mujer todavía desvanecida..., aunque el viejo hubiera preferido la muerte a que nadie hubiese sorprendido en él este rasgo emocional.

—Excelentes noticias —dijo sir Henry al teléfono—. Verdaderamente, excelentes noticias.

Tras decir eso, colocó su mano sobre el receptor del teléfono y llamó a los que se encontraban del otro lado de la cortina, sugiriendo con su tono que nunca había creído una sola palabra sobre la muerte de Manning.

—¿No les había dicho a ustedes —exclamar— que ese tonto de Stuffy estaba siempre confundiendo los recados?

El teléfono le reclamó otra vez.

—¿Y qué es —preguntaba Byles— lo que está usted haciendo ahí a las tres de la mañana?

—Bien, ¿y qué está usted haciendo ahí, también a las tres de la mañana?

—Vine aquí en mi automóvil —replicó Byles con el tono afectivo de un asesino— por el exclusivo placer de sacarle a usted de la cama. No pude resistirme a ello. Y quiero decirle solamente el tiempo que le voy a tener en la cárcel.

Sir Henry cerró a medias un ojo con maliciosa burla.

—Entonces cree usted que va a poder *enjaularme*, ¿eh?

—En este momento —contestó Byles— estoy atizando mi furia para conservarla candente. Estoy preparando todas las cosas para encarcelarlo.

Sir Henry cogió el teléfono, lo bajó lentamente como si se tratase del cuerpo de un enemigo caído y le agarrase la garganta con una mano, apretándosela sin compasión. Pero su sombrero se le cayó de la cabeza, malogrando así este magnífico gesto de gladiador.

—Quiero advertírselo a usted, Gil. Si usted...

—También sé que en este momento —prosiguió la fría voz del fiscal— está usted en el apartamento de la verdadera Irene Stanley —la voz del fiscal cambió de tono—. Hermano: la que le voy a dar a usted —la voz cambió nuevamente y dijo—: Ahora, venga inmediatamente aquí, a Maralarch.

—Espere un instante. ¿Ha ocurrido *algo más*?

—¿Que si ha ocurrido? —rugió Byles—. ¡Oh Dios mío! Le repito que venga usted inmediatamente a Maralarch.

Todavía reinaba la oscuridad cuando el gran automóvil amarillo salió de Nueva York con Jean, que ahora dormía un sueño feliz en el asiento posterior. Bob se había quedado con su madre. Norton iba al volante, con Crystal en medio y sir Henry al otro extremo. Se habían detenido solo lo necesario para comprar un montón de diarios de primera hora de la mañana, y que llevaban en el asiento posterior. Las luces en las altas columnas del alumbrado brillaban a lo largo de la autopista del West Side, junto al río, que a esa hora despedía solamente un ligero perfume mañanero.

Probablemente entre todos no habían cambiado más de diez palabras. Pero el automóvil iba repleto de felicidad, porque tanto Manning como su mujer habían vuelto a la vida. Y aún había algo más.

En torno a los aros de las gafas de sir Henry Merrivale mariposeaba algo endiablado, indicador de que no se sentía cansado ni soñoliento. Aquella misma mirada, ya sin intención maligna, se dirigió al rostro de Norton. Crystal dormía con la cabeza apoyada en su hombro.

El motor del automóvil zumbaba.

Cuando doblaron la avenida Denford, entrando en la carretera de Elm, en Maralarch, el cielo parecía un inmenso fantasma gris. Las siluetas de los árboles iban adquiriendo cuerpo. Hacía más bien frío y se divisaba una ligera neblina estival; en ese paisaje matinal, el automóvil pareció bramar cuando Norton lo condujo rápido hasta un lado de la fachada de la casa.

Dos pares de ventanas estaban iluminadas; un par a la izquierda de la puerta principal y el otro a la derecha. Sir Henry miró en dirección a la biblioteca.

—Ahí está *él*, hijo mío —dijo sir Henry, refiriéndose a Manning.

—Sí, ¡ahí está! —replicó Norton—; quizá esté *esposado*.

En la amplia biblioteca, con ventanas a ambos extremos, se encontraba el fiscal general, Gilbert Byles, esperando.

Byles no revelaba señal alguna de cansancio ni desconcierto. Su cráneo arqueado, del cual el negro cabello iba desapareciendo; sus ojos oscuros, siempre alerta, y su mirada, un tanto indefinida; su rostro, que se ensanchaba en las mandíbulas, estrechándose después hasta hacerse puntiagudo, le daban, en conjunto, un aspecto de paciente Mefistófeles.

—Jean no puede tenerse en pie todavía —gritó Crystal desde la puerta de entrada—. La llevaré a acostarse y prepararé después café.

—Es una idea admirable, miss Manning —dijo Byles, inclinándose hacia ella levemente—. Hágalo, por favor.

Byles estaba recostado contra una estantería de viejos libros. Exactamente detrás del fiscal general, Norton divisó un tomo de *La historia de la Inquisición española*, la obra, en dos tomos, de Lea. El otro tomo estaba en las propias manos de aquel aspirante a inquisidor que parecía ser Byles, el cual hojeaba el volumen distraídamente.

—He estado buscando en este libro algunas sugerencias. Pero temo que no serán legales y que la Justicia no las acepte —dijo el fiscal.

Esta manera de proceder, teniendo en cuenta especialmente las gruesas venas en las sienas de Byles, no sorprendía a nadie. Era una clase de individuo susceptible, en cualquier momento, de empezar a emitir gritos salvajes y a dar saltos por toda la estancia.

—En cuanto a usted, sir Henry...

—Hola, Gil —le dijo sir Henry con sorprendente gentileza.

—Siéntese usted —contestó Byles.

Mientras Norton dejaba los paquetes de periódicos en una butaca, sir Henry se sentó en otra, estiró las piernas, colocando los pies encima de la mesa, sacó el resto de un puro y después lanzó un cómico estornudo.

—Vamos a empezar —dijo Byles, señalando con un dedo el libro sobre la Inquisición española— por examinar la conducta de usted en el Subterráneo el lunes último.

—¿Y no sería mejor que empezáramos por cualquier otra cosa? —interpuso otra voz extraña.

Norton se sobresaltó ligeramente. No había visto, rondando por allí ni recostado sobre otra estantería de libros, al corpulento abogado Betterton, que aparecía en este momento medio sumergido en una butaca tapizada. La cara de Betterton ofrecía un aspecto sereno, con sus inevitables lentes y sin huellas de fatiga ni arrugas en el traje.

—Míster Betterton —dijo Byles, hinchándosele las venas de las sienas—, comenzaremos *por donde yo diga*. Y no me alegue que estamos en el condado de Westchester, fuera de mi jurisdicción, porque lo que voy a decir atañe a la ciudad de Nueva York.

—Como usted guste —replicó el abogado, encogiéndose de hombros.

—Usted *destrozó* el maldito Subterráneo —dijo acusadoramente Byles, dirigiéndose a sir Henry y señalándole la *Inquisición española*—. Eso es un delito muy serio. Hubo personas lesionadas...

—¿Quién resultó lesionado, hijo mío?

—El dinero fue robado de la cabina de cambios, lo cual es todavía más grave.

—¿Cuánto dinero, Gil?

—La cantidad, que fueron treinta y siete centavos, no significa diferencia alguna para los principios de la Ley. Su delito es tan grave...

—Bueno, escuche, Gil —interpuso con aire de fastidio sir Henry—. ¿Por qué han de andar ustedes exagerando las cosas y dándose más importancia de la que en

realidad tienen? Mi lema es: «Que Dios nos proteja a todos». Si usted pretende armar mucho escándalo por veinte dólares, entonces yo pago siempre. Pero en este caso es diferente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cree usted?

—Puede usted llevarme a los tribunales si quiere —replicó sir Henry, contemplando su puro—. Pero tanto en su Ley como en la mía, Gil, eso es una *infracción*, pero no un *delito*.

—Entonces usted lo confiesa —dijo rápidamente Byles—. Lo que verdaderamente me hiere —añadió con aire profundamente dolorido— es la gran ingratitud demostrada por su conducta en público. ¿Sabe usted quién echó tierra a este escándalo? ¿Sabe usted quién devolvió su maleta inglesa? Se lo diré a usted. El Departamento de Policía.

Sir Henry miró inocentemente su puro.

Byles, lanzado ya por la pendiente de la elocuencia, se dirigió a Norton.

—Se sorprendería usted —dijo, imitando el estilo retórico de cualquier artículo de una revista barata— al descubrir cómo muchas cosas pequeñas llegan a la mesa del propio comisario de Policía. La maleta de este viejo réprobo fue abierta. Aparte de diversos artículos que había en ella modestamente marcados con la palabra YO, su nombre estaba escrito por todo el interior.

—Entonces, fue así como ustedes lo identificaron —dijo Norton, imperturbable, como si su rostro fuese de palo.

—Él es muy conocido. Él tiene un título nobiliario. Él... es mi amigo. Esa misma tarde en los periódicos, él alcanzaba considerable notoriedad al utilizar en unas declaraciones el adjetivo *bastardo* refiriéndose al ministro inglés de Vulgaridad.

—Pero precisamente eso es el tal ministro —dijo justificándose angelicalmente sir Henry.

—Por esas consideraciones —dijo Byles—, el comisario pensó que haríamos mejor olvidando todo el incidente y devolviéndole la maleta de una manera anónima.

—¿Qué hicieron para devolvérsela? —preguntó con afectada curiosidad Norton.

—Abandonarla tras la puerta de la cocina —replicó Byles— cuando en esta no había nadie. Yo ni siquiera sabía dónde se hospedaba sir Henry.

En el fondo de su corazón, Norton estaba pensando que la muchachada del Subterráneo había realizado una *faena* bonita y muy decente. Sir Henry pensaba exactamente lo mismo.

—Pues yo le estoy profundamente agradecido por todo eso, Gil. Ya sospechaba que todo se había producido así...

—¡Ah! Lo sospechaba usted, ¿eh?

—¡Oh! ¡Hijo mío! Esta mañana, junto a la piscina, cuando ese *polizante*, O'Casey, sufrió un ataque de furor y pretendió que me llevaran ante el juez, usted lo ablandó igual que una madre. Cualquiera que no fuese un imbécil podía ver claramente que usted lo sabía todo. La voz de usted así lo revelaba.

La memoria de Norton realizó una maniobra de retroceso y descubrió que todo esto era la pura verdad. Pero sir Henry no estaba interesado en ese asunto.

—Me pregunto, Gil, si yo podría inquirir de usted una cuestión relativa a esa maleta.

—Pregunte usted —dijo Byles, amenazador.

—Cuando usted me devolvió la maleta, ¿acaso envió con ella un revólver de calibre treinta y ocho?

Byles cerró los ojos. Haciendo un indescriptible esfuerzo, dominó una autoexplosión de furor.

Ya más calmado, replicó:

—Pues no. Nunca hacemos eso, por regla general. Desde luego, cuando la maleta pertenece a una persona muy importante, entonces es posible que le enviemos con ella una matraca o una bomba de gases.

Pero, al fin, la explosión de Byles se produjo.

—¡Maldita sea! Pero ¿es que esperaba usted que le enviásemos también un revólver?

—Despacio, Gil, despacio. No vaya a perder la camisa con la excitación.

—Yo tengo la camisa bien puesta —contestó el fiscal general, al mismo tiempo que desabrochaba el chaleco lentamente y sacaba aproximadamente un cuarto de camisa para demostrar su afirmación—. Es que además tengo mi genio. Pero no lo tendré demasiado tiempo.

Seguidamente, puso el libro de la Inquisición a sir Henry delante de las narices.

—Usted está loco —le dijo.

A pesar de ello, sir Henry mantenía el aire de un perro arrepentido.

—Ciertamente, Gil —dijo sir Henry—. Pero ¿puedo hacerle otra pregunta más?

—No. Espere un momento. ¿Qué es ello?

—Si sus contadores —murmuró sir Henry— han acabado su tarea de examinar los libros de contabilidad de la Fundación Manning a eso de las once y media de anoche.

Byles, que estaba luchando afanosamente por volver a enfundar su camisa en los pantalones, le miró con crudeza.

—¿Y cómo sabe usted que terminaron?

—Pues es muy sencillo —contestó sir Henry paladeando su puro—. Si usted desafía a un yanqui a hacer algo en veinticuatro horas, no se conformará con eso. Se pone tan furioso que insiste en hacerlo en doce horas, solo para demostrárselo a usted. No sé por qué lo hacen, pero es así.

Byles iba a empezar a hablar, pero volvió a cerrar la boca.

—Cuando usted no me buscó anoche, a las once y media, y usted tenía el número de mi teléfono, que yo comuniqué a su despacho, ya adiviné que la revisión de la contabilidad había sido terminada. Las once y media eran precisamente el tiempo límite para nuestra apuesta. También adiviné el resultado de la investigación. ¿La ha

acabado usted, Gil?

—Si.

—¿Es Manning un desfalcador? ¿Robó Manning los cien mil dólares? ¿Qué es lo que hay de irregular en sus libros de contabilidad?

Carraspeando para aclarar su voz, Betterton se irguió en su butaca tapizada y se dirigió hacia la mesa para actuar como abogado de Manning.

—Eso precisamente —dijo Betterton— es lo que temo que está desconcertando e inquietando al fiscal general: que en los libros de míster Manning *no hay nada* irregular ni anormal.

—¿No hay un solo centavo perdido?

—Ni un modesto centavo.

—¡Caramba! ¡Qué sorprendido me deja! —dijo sir Henry, respirando fuertemente de satisfacción y llevándose de nuevo el puro a la boca.

—De hecho —prosiguió Betterton, apoyando las manos sobre la mesa—, nunca la Fundación Manning ha estado en tan excelente situación económica como ahora. ¡Ah! Otra cosa, sir Henry y míster Norton: creo que ustedes oyeron una historia sobre un joven de Michigan y otro de West Virginia...

Norton asintió.

—Pues a ambos les fueron pagadas sendas becas. A uno en Poesía y a otro en Música. Se decía que Manning les había inducido a aceptar las becas..., pero sin paga, guardándose el dinero que les correspondía. Y esa calumnia fue lo que lanzó al fiscal general del distrito a entrar en acción. Exactamente —prosiguió Betterton—. Aquí tengo una copia de la carta enviada por míster Manning a míster Digby Purcell, tres días antes que aquel se *esfumase*. Míster Purcell es el joven de Michigan. Y una carta similar dirigida al otro joven está en los archivos.

Betterton entregó la copia a que aludía a sir Henry, y Norton la leyó por encima del hombro de este. El texto decía:

«Estimado míster Purcell:

»Me siento apenado al descubrir, después de mi carta del 10 de junio, que el descuido de un empleado me llevó a un desafortunado error. Tendré mucha satisfacción en aclarárselo a usted cuando nos veamos. Pero puedo asegurarle que la situación económica de nuestros fondos es y ha sido siempre satisfactoria. Para darle satisfacción a usted, tengo el gusto de enviarle adjunto un cheque por 2.500 dólares», etc.

—Gracias —dijo Betterton recogiendo nuevamente la carta y metiéndola en su bolsillo.

Ahora era cuando Byles resultaba verdaderamente peligroso. Había recuperado su actitud y su calma mefistofélicas.

—Usted sabía todo esto, ¿verdad? —dijo a Betterton.

—Yo sabía que la Fundación Manning marchaba bien.

—Y por eso usted no puso piedras en mi camino.

—Yo le pedí que no hiciese una investigación. Pero si usted insistía...

En la boca de Byles asomó una sonrisa.

—Es un *complot* bastante bien hecho —dijo mirando a sir Henry—. Y es más, usted participa en él.

—Despacio, hijo mío. Pare el carro. Todo lo que hice fue emplazarle a usted para que investigase sobre Manning, porque yo sabía perfectamente que no era un estafador.

—Pero usted, deliberadamente, me dio informaciones falsas. Me dijo que la amiga de Manning era una bailarina de *cabaret*.

—Yo no dije eso, Gil; fue Manning quien lo dijo. Crystal propagó ese informe.

—Usted, deliberadamente nos dio una dirección y un número de teléfono falsos. La Policía anduvo desorientada un día entero.

—¿Por la amiga de Manning?

—No de Manning, sino la amiga de usted, viejo vampiro.

—¡Oh hijo mío! Eso es muy sorprendente.

—Y otro pequeño cargo contra usted. No solo obstruyó usted la labor de la Policía en el cumplimiento de su deber, sino que usted ayudaba a un criminal a escapar de las garras de la Ley.

—¿Y qué crimen ha cometido Manning?

—Eso —replicó Byles con los ojos relampagueantes— es lo que vamos a determinar.

Retrocedió unos pasos hojeando las páginas de la *Inquisición española*.

—Yo le acuso —dijo como si estuviera ante un tribunal— de que todo este conflicto para detener a Manning fue tramado por él mismo. ¿Quién escribió esas cartas tan sospechosas sobre becas? Manning. ¿Quién envió a esos jóvenes las cartas anónimas que vinieron a mí, de rechazo? Manning. ¿Quién lanzó los rumores de que la Fundación estaba en quiebra? Manning. ¿Quién desafió, prácticamente, a la Policía a que lo detuviese? Manning. ¿Quién desapareció, haciéndonos pensar que las acusaciones eran verdad? Manning.

Y cada vez que repetía la palabra *Manning*, sir Henry asentía.

—¿Y todo por qué? —preguntó Byles—. ¿Por qué demonios lo hizo? Él no está loco. Tampoco puede desear que le señalen como un ladrón, incluso si los cargos no son ciertos. Hay un *complot* y usted y Betterton son cómplices. En todo caso yo les pregunto a ustedes: ¿por qué?

—Yo puedo explicárselo, Gil. Pero también tengo un *porqué* para usted. ¿Por qué está usted tan empeñado en envolver en las redes de la Justicia a alguien, sea quien sea? ¿Por qué?

Súbitamente, el fiscal general bajó su guardia.

—Muy bien —dijo—. Se lo diré inmediatamente. Estoy en un grave compromiso; quizá no debí lanzarme a esto porque detesto a Manning; quizá debí dejar a las autoridades de Westchester que corriesen con este caso. Pero yo me metí en él. Y lo propagué por doquier. Me lancé a las oficinas de Manning con el doble de los contables que necesitaba y no descubrí nada. Mañana, cuando tenga que presentar mi

informe, habré hecho un estúpido de mí mismo. Por si fuera poco, el comisario de Policía se pondrá rabioso. A la Policía de Nueva York no le concierne este caso, pero cada lector idiota de la Prensa cree que sí. Suponen que poseen el misterio de la piscina y ven que fracasan. Y los desmentidos no sirven. Cuando hay lío entre el fiscal general del distrito y el comisario de Policía, entonces el problema va a la propia Municipalidad. En este caso, yo tendré que ser la víctima propiciatoria, el cordero a quien van a degollar.

Sir Henry lo observaba con curiosidad a través del humo de su puro.

—Entonces, lo que usted quiere es agarrar a alguien para arrojárselo a las fieras.

—No digo eso precisamente.

—Pues bien, hijo mío: puede usted arrojarme a mí. Yo no voy a defenderme, aunque podría hacerlo. Pero, dígame: ¿va usted a *encerrarme* a mí o a alguien más?

Byles titubeó. Extendiendo su brazo y apuntando con un dedo a un centímetro de la nariz de sir Henry, dijo:

—Yo podría...

Byles calló y bajó el brazo, poniéndose a pasear por la biblioteca en silencio.

—Bueno; que se vaya todo al diablo —dijo Byles, y parándose ante la chimenea arrojó en ella el tomo de la *Inquisición española* que llevaba en la mano, añadiendo —: No; no lo haré. Estaba solamente agriado. Olvidemos esto.

Después volvió junto a la mesa, se sentó y apoyó la cabeza en sus manos.

—Yo sabía, Gil —dijo sir Henry—, que usted iba a decirme eso. El problema es que todos ellos se lanzarán contra usted por cosas de las que usted no tiene culpa.

—Sí.

—¿El comisario de Policía está furioso?

—Ya se lo dije antes.

—Pues yo, honradamente, creo que debe usted echar un vistazo a estos periódicos de la mañana. No empiece a jurar y a maldecir. Póngalos aquí, sobre la mesa —dijo a Norton, el cual así lo hizo. Sir Henry continuó—: Léalos cuidadosamente. No diga una sola palabra y, por el amor de Esaú, no pierda la cabeza hasta que haya leído la última línea.

En torno a la casa empezaba a amanecer, y Norton se preguntó dónde andaría Crystal, que había anunciado que iba a preparar café.

Después comenzaron a salir ruidos extraños de la garganta del fiscal; Norton hubiera deseado tener una cámara fotográfica para recoger cada expresión. La última de estas se produjo cuando Byles se puso en pie con los ojos desorbitados.

—Tranquilícese usted, hijo mío —díjole suavemente sir Henry, el cual, bajando los pies de la mesa, abandonó el resto del puro en un cenicero.

—Sin que yo pueda decirlo en el estilo periodístico americano exacto, yo redactaría la información más o menos así: «La inocencia de Frederick Manning —dijo entonando— ha sido probada por el fiscal general Byles, el cual nunca creyó en el puñado de insinuaciones propagadas contra la honradez de aquel». «Yo se lo

demostraré —declaró el fiscal general—. Y en la más vertiginosa operación jamás realizada por la oficina del fiscal general...».

Byles emitió un ruido semejante al de un fantasma que se lanzase a su trabajo. Norton, acercándose a sir Henry, le dijo:

—El misterio de la piscina.

- ¡Ah! ¿Eso debe ir primero?

—Absolutamente.

—«El enigma de la piscina, descifrado» —entonó sir Henry—. «El agente de Nueva York, Aloysius J. O’Casey, que es un policía raso y un irlandés de los pies a la cabeza, ha descifrado el misterio de la piscina de Manning. Al hacer esto, triunfó abiertamente sobre el detective inglés, un viejo pescado en escabeche, llamado Merrivale, que fue batido y ha reconocido su derrota. Gran parte de los méritos en el triunfo de O’Casey deben, en justicia, reconocérsele al fiscal general Byles. El fiscal general llevó consigo a este agudo irlandés-americano cuando fue a inspeccionar la piscina. El experto ojo de O’Casey en seguida descubrió en el agua una pelota de polo acuático...».

Tal parecía como si sir Henry estuviese leyendo un periódico imaginario.

- «Como ustedes habrán visto al principio de este relato —dijo sir Henry—, se explica la forma en que Manning metió la cabeza en aquella pelota, esperó y después logró eclipsarse mientras todos los presentes se hallaban distraídos escuchando a sir Henry. Al eclipsarse, Manning resultó herido al tropezar con algo, porque, llevando la cabeza dentro de la pelota, no podía ver. Ahora está postrado en cama a causa de este accidente.»

Byles, con incontenible alegría, lanzó al aire un ejemplar del *Record*.

—Pero ¡nada de esto es verdad! —exclamó inocentemente.

—¡Oh!, Gil —replicó sir Henry como si hablase a un niño—. Claro que no es verdad. Dígame, ¿cuál es el nombre del comisario de Policía?

—Finnegan.

—¿Y el del alcalde?

—O’Donnell.

—Muy bien —dijo sir Henry—; ya los estoy viendo castañeteando los dientes con esta historia.

—Pero y eso de la pelota de polo acuático... —dijo Byles, tragando saliva con dificultad.

—¿Qué tiene de malo?

—Pues...

—Que es absurdo, Gil. Yo mismo tuve mis dudas cuando lo oí, y medité mucho sobre ello. Todo consiste en poder meter la cabeza en esa pelota.

—De hecho —dijo Byles—, ya ha ocurrido antes. Y esto es legítimamente americano. ¿Acaso leyó un viejo libro titulado *Las Tumbas de Nueva York*, publicado en mil ochocientos setenta y cuatro?

—No, hijo mío. ¿Debo leerlo?

—Aquí está —dijo Byles, encaminándose a una estantería y cogiendo de ella un volumen encuadernado en verde—. En el viejo tiempo, parece que había un río o algo parecido detrás del presidio de las Tumbas, y de allí se escapó un preso con la cabeza metida en un pato de madera.

Norton golpeó con un puño sobre la mesa.

—Míster Byles —le dijo enfadado—, ¿dónde está su sentido del periodismo?

—Perdón; no le entiendo.

—Pues esto es muy aprovechable. Veamos. «Hace años, de las viejas Tumbas se escapó un preso con la cabeza metida en un pato de goma».

—Pero si era un pato de madera...

—Pero nosotros lo haremos de goma. Así suena mejor. «El policía O'Casey, que es un agudo estudiante de criminología, recuerda este caso ocurrido antes». Y así *todo el mundo* lo creerá.

—Míster Norton, ¿acaso es usted el autor de este memorable paquete de mentiras?

—Lo únicamente ocurrido es que me pareció entrever la trayectoria sobre la cual estaba sir Henry operando: que Manning era inocente y así quedaba probado. En cuanto a O'Casey...

—Dice aquí —interrumpió Byles, echando mano del *Echo*— que O'Casey abordó al aristócrata inglés cuando este estaba bebiendo una botella de dos litros de champaña en el Club Stork.

—La realidad —replicó Norton con la seriedad de las gentes de Nueva Inglaterra— es que lo que estaba tomando eran unos *perros calientes* en un mostrador en la Gran Central, y que O'Casey le expuso sus teorías delante de multitud de testigos. Después, sir Henry le estrechó la mano y proclamó que la mayor parte de los méritos en la solución de este caso correspondían a O'Casey. Este le preguntó si con sus teorías el misterio quedaba aclarado, pero el *no* con que le replicó sir Henry no fue oído en medio del tumulto. ¿Comprende usted? O'Casey creyó realmente que él había dado el gran campanazo. Yo me imagino que entonces el policía marchó vertiginosamente a su cuartel acompañado de algunos testigos. Es posible, incluso, que hasta fuese al Cuartel General de la Policía. Cuando yo telefoneé a los periódicos, antes de salir del estudio, comprobé que así lo había hecho.

El abogado Betterton, sonriendo ligeramente, dio una palmada en el hombro del desconcertado fiscal general.

—Estimo —dijo Betterton— que usted hará bien telefoneando y confirmando estas teorías lo más rápidamente posible, en especial lo que se refiere a que Manning tuvo un accidente.

—Pero yo no puedo hacer eso —replicó Byles.

—¿Y por qué no, hijo mío? —inquirió sir Henry.

—Porque no hay ni una sola palabra de verdad en todo esto. Además, no es ético y va contra la Ley.

—¡Oh!, Gil —dijo sir Henry—, ¿cómo, en nombre de esa Ley, va usted a esperar justicia si no da flexibilidad a la Ley?

—¿Es que ustedes hacen cosas como estas en Inglaterra? ¿Y no van ustedes nunca a parar a la cárcel?

—Ya he estado en la Corte Civil. Pero nunca fui condenado. Usted consérvese sereno y tranquilo, Gil.

Se produjo un largo silencio, durante el cual Byles no apartaba los ojos de sir Henry, dirigiéndole una mirada saturada de tantas emociones que resulta indescriptible.

—Dos veces —exclamó Byles— dije que usted era un *hijo de perra*. Pero nunca llegué a comprobar como hoy que es usted un *extraordinario hijo de perra* —Byles se detuvo y después murmuró—: Gracias; me asocio a los mentirosos.

—Magnífico —exclamó Betterton.

—Pero lo que todavía no comprendo —dijo Byles con terquedad— es por qué Manning realizó ese truco. Por qué, prácticamente, confesó que había robado dinero si no lo había robado. Por qué se *esfumó* cuando no precisaba hacerlo.

—Eso es lo que yo le voy a explicar a usted —dijo sir Henry, que saco otro puro y miró después hacia el abogado Betterton, diciéndole—: Crystal lleva ya demasiado tiempo preparando ese café. ¿Quiere usted ir a echarle una mano y ayudarla?

—Claro que sí, sobre todo a una hora como esta... —dijo Betterton.

—Pues apresúrese, hijo mío.

—Usted lo ordena —asintió Betterton, saliendo con gran solemnidad.

Sir Henry se inclinó sobre la mesa, de cara a Byles.

—Manning hizo eso porque era la única forma en que podía realizar lo que quería hacer. Lo que él quería era desenmascarar a una persona nauseabunda, la cuál trató de matarle.

Los ojos de Byles revelaron inquietud y sospecha.

—Pero ¡es que no se puede achacar un intento de asesinato a cualquiera, así como así! —replicó Byles—. Ha hablado usted con el teniente Trowbridge, y si la víctima se niega a declarar, no hay nada que hacer.

—Bien lo sé. Todo tiene que limitarse a murmuraciones; estoy de acuerdo. Pero ¿no podríamos entre usted, Trowbridge y yo, de una manera extraoficial, dar una lección a esa persona, en tal forma que se sintiese hasta asqueada de sí misma?

—Pare usted un momento —dijo Byles, alarmado.

Pero en ese instante alguien tocó en el hombro de Norton. Era Emilia, la criada de los Manning, cuya cara revelaba una tremenda falta de sueño.

—Miss Crystal desea verle a usted —murmuró la criada.

—Lo siento, pero estoy muy ocupado.

—Miss Crystal dice que es muy urgente —añadió Emilia, cogiéndole de un hombro.

Si hubiese sido otra persona..., pero era Crystal...

Norton, lleno de curiosidad hasta el tuétano, se marchó con Emilia. Sir Henry continuó cara a cara con Byles tratando de convencerle.

—Pero ¿quién es ese presunto asesino? —preguntó Byles. Y alzando más la voz añadió—: ¿Cómo, en nombre de Satanás, Manning logró salir de esa piscina?

—Escuche —dijo sir Henry.

—Cy, ¿quién hizo esto? —preguntó una voz.

Caminando lentamente hacia la cocina, las manos de Norton tocaron su cabeza dolorida y sus ojos que parecían estar llenos de arena. Por otra parte, se sentía desequilibrado.

En la amplia cocina, llena de utensilios blancos y brillantes bajo la luz del amanecer que entraba por las ventanas, Crystal se hallaba sentada junto a una mesa, fumando un cigarrillo. Frente a ella había una gran bandeja de plata maciza, con un servicio igual de plata.

—Yo hice el café —dijo Crystal, sin dar respuesta a la pregunta inicial que él había hecho—. Después me quedé aquí sentada, a pensar. El café no debe de estar muy caliente.

—No importa. ¿Quiere?

—No, gracias.

Norton vio que, al parecer, Betterton no había ido a la cocina, porque, seguramente, aquella especie de perro fiel prefirió ir a respirar el aire puro de la mañana. Norton se sirvió una taza de café negro y lo bebió rápidamente.

—Crystal —dijo—, su padre ha quedado limpio de toda acusación contra él. Hasta de las más simples.

—Ya lo sé —dijo ella con candor—. O casi todo. Estuve escuchando detrás de la puerta —los ojos de Crystal estaban fijos en Norton, murmurándole con una especie de fervor—. Creo que usted es extraordinariamente ágil en su propio oficio. Sin embargo, parece usted tan lento...

—Es pura ficción —replicó Norton—. Un buen reportero no es un lunático. Parte de su trabajo consiste en deducir lo que va a ocurrir poco antes que suceda y después actuar como el rayo. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado Russell, el del *Times* de Londres?

—No. ¿Quién es?

—Era una especie de camisa almidonada, con patillas, hace unos cien años.

Crystal apagó su cigarrillo contra la cubierta de metal blanco de la mesa, y Norton prosiguió su relato:

—Russell era capaz, y lo hacía, de quitarle los pantalones al mundo entero con agudeza. Publicó las condiciones del tratado secreto de Bismarck con Austria antes aún que estuviese seca la tinta con que ese tratado había sido escrito. En Crimea hizo el diablo. No tenía prejuicios. Ahora las cosas han cambiado, claro es, han cambiado y han suprimido prácticamente la audacia.

—¡Oh! Eso no podrá ser —gritó Crystal inesperadamente.

—¿Qué es lo que no podrá ser?

Crystal estaba vestida con una bata casera de brillante color. La luz del amanecer acariciaba sus ojos profundos y su boca temblorosa.

—Estaba pensando en nosotros —dijo ella como si no pudiera pensar en otra cosa—. Usted odia todo lo moderno y a mí me gusta. No podríamos amoldarnos uno al otro, ¿verdad?

—Probablemente, no.

Crystal esperaba, sin duda, que él continuase hablando de esto, y como Norton no lo hizo, pareció enfadarse.

—Como le dije —continuó Norton— su padre quedó limpio de toda acusación. Y el pobre Bob también quedará satisfecho, porque su padre no bromeaba cuando le anunció lo del garaje. Bob lo tendrá. Mejor dicho, ya lo tiene.

—Bob está preocupado. Recuerde usted que anoche preguntó: «Fue a las siete y media cuando usted y sir Henry se dirigieron hacia el campo de pelota, ¿verdad?».

Norton se sirvió otra taza de café. Olvidando lo que Crystal decía, recordó, en cambio, con toda precisión el cuadro del campo de *base-ball* la tarde del martes.

—Sí —dijo—, esa era la hora en que, de acuerdo *con* lo que su padre dijo a su madre, tenía la cita en el cenotafio. Como usted dice, ¿quién lo hizo? ¿Quién era la persona de la cita?

Crystal, cansada hasta el agotamiento, pero negándose a admitir este cansancio, miró a la cafetera.

—No servirá de nada el ir preguntando a cada cual: «¿Dónde estaba usted a las siete y media o un poquito antes o un poquito después?» —dijo Norton.

—¿Y por qué no?

—Porque todo el mundo estaba en el campo de juego cuando sir Henry hizo su entrada triunfal en él y empezó a asesinar a la pelota. Era fácil, en aquel tumulto, escabullirse, ir al cenotafio y regresar en unos minutos, pues, como recordará, la cerca del campo se extiende solo en un corto trecho y se puede caminar a lo largo de ella e internarse en seguida entre los árboles. Exactamente lo mismo que, según sir Henry, hizo su padre cuando salió de la piscina hacia el cenotafio.

—Entonces, ¿alguien pudo haber estado alejado del campo sin que los demás lo advirtiesen?

—Exactamente; así lo sospecho.

—Pero no puede ser nadie de la familia. Simplemente es imposible...

—Eso es también lo que yo creo. Pero su madre...

—No puedo acostumbrarme a esa *madre*. Cuando usted ha vivido siempre representándose como una sombra, como una especie de ángel, y de pronto la ve aparecer en carne y hueso y tan atractiva, entonces una se considera una tonta; exactamente como usted dijo...

—Yo no dije eso...

—Sí; no lo niegue —replicó Crystal, cuya palidez estaba acentuada por el estilo Victoriano de su peinado.

—Si lo dije, verdaderamente no lo sentía.

—Y lo que es más, ya vio usted cómo ella me trató y habló de mis matrimonios. Yo he probado esos matrimonios porque, ¡qué diablos!, me pareció que podía ser divertido y que no había otra cosa que hacer en este mundo.

—¿Quién lanzó esa absurda historia de que su madre era una bailarina de *cabaret*? Sir Henry cree que fue su padre.

—Y fue él quien me lo dijo. A mí me pareció extraño. Como una tonta, así se lo dije a Jean, que estuvo a punto de desvanecerse. Por otra parte, mi madre cree que no puede haber en el mundo otro gran amor más que el suyo. Pero lo hay. Yo lo sé y así lo digo. Cy, escúcheme. Si usted me ama tanto por lo menos como usted dice...

Crystal se puso en pie y Norton también.

—¡Oh! Nada de matrimonio —dijo Crystal casi con repulsión—. Usted hace promesas que son reales y verdaderas, simulando que las toma en serio. Pero ¿y si nos fuésemos a las Bermudas unos meses y tratásemos de descubrir si nos amamos realmente?

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, amor mío.

—Si ustedes se van a las Bermudas un par de meses —interrumpió la voz de sir Henry, que penetró repentinamente en la cocina y se puso a contemplarlos—, entonces mejor es que se olviden ya de cuanto está ocurriendo ahora.

Sir Henry arrastró una silla hasta la mesa y dejó a ambos atónitos sacando un revólver de calibre 38 que traía metido en la cintura del pantalón, como un pirata, colocándolo encima de la mesa.

—¿Sabe usted cómo se maneja este revólver, hijo mío? —preguntó a Norton.

—Claro que lo sé, y puedo manejarlo —replicó Norton—, aunque soy un tirador desastroso.

—Entonces este revólver no es para usted —dijo sir Henry con ironía, volviendo a ponerse el arma a la cintura—. Pero mejor es que venga usted conmigo. Va a haber un poco de tiroteo dentro de unos veinte minutos —un reloj eléctrico en la pared de la cocina marcaba exactamente las siete menos cuarto—. El tiroteo no será en casa. Igualmente, habrá unas poquitas explicaciones sobre la forma en que Manning salió de la piscina.

—Escuche —dijo Norton, bebiéndose una taza de café ya frío—: ¿por qué diablos no nos lo dice usted de una vez? Sí, sí; ya comprendo; usted es el gran hombre. Lo comprenderemos. Mas, a pesar de ello, ¿por qué no nos da algunos indicios?

—Ya le dije a usted anoche —señaló sir Henry— que el truco de Manning estaba basado en el mismo principio que yo utilicé cuando embrujé las puertas del Subterráneo.

—Con eso yo no me entero de nada.

—Nunca puede salir de dentro —dijo misteriosamente sir Henry— más de lo que entró. ¿Quiere usted saber el truco del Subterráneo?

—Sí.

Sir Henry, con un destello infernal detrás de sus gafas, miró cautamente en torno de la cocina para convencerse de que ningún extraño escuchaba.

—Pues bien —comenzó con voz confidencial—. Imagínese que usted está en un Subterráneo. Imagínese que está en la entrada, con ocho aparatos giratorios y un amplio espacio enfrente de ellos.

—Ya me he imaginado todo eso. Gracias; yo estaba allí.

—¡Ah! —dijo el viejo ogro—. El verdadero truco se hace *antes* que usted se ponga a actuar, lo mismo que otros buenos trucos. Ahora, sígame. Antes que su presencia sea advertida, ni siquiera por usted mismo, usted se desliza a lo largo de las ocho puertas y echa la moneda correspondiente en cuatro de ellas, una en cada una. Escuche con atención; el público está usando constantemente esas puertas giratorias, las cuales permanecen girando casi sin interrupción, lo mismo antes que después que usted depositó sus monedas. Pero resulta que hay siempre una moneda extra, que no ha sido utilizada, en cada una de las cuatro puertas, sin importar cuántas personas la utilicen, porque cada cual va depositando su propia moneda. Cualquiera que sea la posición en que se encuentre, la moneda permanece constantemente allí, esperando un pasajero extra. En ese punto, usted atrae la atención de la gente, arrojando, por ejemplo, una maleta al suelo y sentándose en ella. Después, espera como...

—Como una araña —gritó Norton, recordando las palabras de Jean.

—Después —prosiguió sir Henry—, espera a que aparezca su víctima, y usted le dice que va a embrujar las puertas; acto seguido, se mete usted por la primera, luego por la otra, y así sucesivamente.

—Un momento, un momento —interrumpió Norton, recordando algo—. El policía O'Casey trató de penetrar por una de las puertas después que usted y no lo logró. Usted le dijo entonces que tenía que pronunciar la palabra mágica. Así lo hizo, y O'Casey entró por la puerta con la misma facilidad que Moisés en el Cielo.

—Exactamente —agregó sir Henry—. Pero ¿no se dio usted cuenta de lo que hice yo unos segundos antes que él entrase?

—No.

—Pues dije al buen O'Casey: «Ese individuo que está en la cabina de cambios tiene un ataque de alta presión arterial, ¿verdad?», y señalé hacia él. Como la cabina estaba a su espalda, se volvió para mirar y yo aproveché ese instante para depositar una moneda en el aparato mientras él no lo veía. Eso fue todo.

La expresión de sir Henry cambió.

—Ya me han *exprimido* ustedes —dijo—; pero tomen esta lección muy en serio, mis *cabezas cuadradas*. No hacerlo así es el principio fundamental del error. Esa es la razón, también, de que muchas de las pruebas hayan rebotado y quedado en nada ante nuestros propios ojos.

Se puso en pie y añadió, dirigiéndose a Norton:

—Se está haciendo tarde, hijo mío. Venga conmigo a una pequeña fiesta.

—¿De qué se trata? —preguntó Crystal—. ¿Vas a ir?

—Esto es el desenlace de todo, niña mía. Por eso creo que él debe venir.

Norton fue.

Al salir por la puerta de la cocina desembocaron en un amanecer blanco y claro. El silencio era tan absoluto que, al cerrarse la puerta, esta produjo un ruido como el de un disparo de fusil.

La terraza y la pradera en torno a la piscina brillaban con el rocío de la noche, cual si fuese escarcha en plena mitad del verano. En aquel silencio, ambos podían oír sus propios pasos. En los macizos, hacia la derecha, Norton divisó la grotesca figura de una pelota de polo acuático.

—No, hijo mío. Ya le he dicho antes que esa pelota no tuvo nada que ver con el misterio. Alguien la dejó ahí, en cualquier momento, y ahí ha quedado.

—¿Adónde vamos?

—Vamos al cementerio.

Al decir esto, puso la mano ostentosamente en el revólver que llevaba a la cintura.

—Y las pruebas de tiro que me anunció, ¿son verdaderamente necesarias?

—Bien... No precisamente necesarias —replicó sir Henry como si hablase consigo mismo—. Puede que hasta no se realicen. Que me quemen vivo, pero ¿no es usted capaz de recordar algunas instrucciones que di anoche en el cementerio cuando llegó aquel policía al cenotafio?

—Usted dio al policía la llave del cenotafio y le dijo que permaneciera allí de guardia toda la noche con la puerta cerrada, y que no se marchase hasta las siete de la mañana. Igualmente, usted le dejó una larga nota para el teniente Trowbridge. ¿Es que acaso está usted preparando una celada a alguien?

—Sí, pero puede fracasar.

—Pero escuche. Usted y Byles dijeron que este intento de asesinato iba a ser prácticamente ocultado, que se le echaría tierra y no se acusaría a nadie.

—No se acusará a nadie... por la Ley —replicó sir Henry, acariciando el revólver nuevamente.

Norton guardó silencio hasta que estuvieron al otro extremo del campo de *base-ball*. Cuando llegaban al cercado vieron que la puerta estaba abierta en parte. Cerca de ella se encontraba amontonada una tela de lona de las que usan para cubrir automóviles.

—Cuando se persigue a alguien, uno no debe ser visto, ¿verdad? —dijo en voz muy baja Norton.

—No, hijo mío —le replicó en igual tono sir Henry—. El individuo a quien esperamos vendrá por otro camino. Tan seguro como que hemos de morirnos.

Sir Henry dijo después en voz baja:

—No eche el cerrojo a la puerta hasta que el policía Larkin salga de la guardia.

¿Comprendido?

A continuación entraron en el cementerio.

Indudablemente, resultaba en extremo interesante contemplar el espectáculo de sir Henry Merrivale caminando arrodillado y apoyándose en las manos. Mas para Norton, que veía el rostro del viejo maestro iluminado con una expresión criminal, la cosa no era para reírse. Así, ambos caminaron a gatas, no haciendo apenas ruido, aunque el piso era de arena, recorriendo una buena distancia a lo largo de la cerca del cementerio por el lado interior. Cy echó un vistazo; asomó los ojos por encima de una tumba ennegrecida, comprobando que todo estaba tan quieto como la propia muerte.

Divisó los mausoleos y vio al mismo policía de guardia en el cenotafio de Manning. Pasó algún tiempo, al cabo del cual el policía, que permanecía inmóvil, consultó su reloj. Norton hizo lo mismo y escuchó el tictac de aquel para comprobar si marchaba.

—Exactamente las siete —dijo con un murmullo a sir Henry.

El sonido «Ah-h-h» de un tremendo bostezo del policía, al tiempo que se distendía la espalda, fue perceptible perfectamente en aquel imponente silencio. En un cuarto de milla a la redonda no había señales de vida, sin exceptuar la estación de gasolina y la droguería, que se encontraban a alguna distancia en la carretera de Fenimore Cooper.

Titubeante, el policía echó una mirada a la gran llave nueva que tenía en sus manos y la metió en el bolsillo. Después echó a andar hacia la puerta de salida, que daba al campo de juego, produciendo sus pasos un ruido inhumano.

La puerta del cercado se cerró tras él y nuevamente se produjo el silencio, mientras los minutos iban transcurriendo y los nervios de Norton se hacían más tensos.

—Ya pasan diez minutos de las siete —dijo con voz casi imperceptible a sir Henry—. Este plan, cualquiera que sea, fracasará.

—Bien; yo no dije que no fracasaría —replicó sir Henry con suave voz—. Ya sabe usted que tengo que tomar el avión de las once y cuarenta y cinco de esta mañana para Washington. Yo...

Se detuvo bruscamente.

Detrás del cenotafio se escuchó un ruido. Era como si hubieran golpeado un martillo contra un grueso cristal.

Después, en la misma dirección, sonó un disparo de revólver.

Los pájaros volaron asustados alzándose de las sepulturas, haciendo gran ruido con las alas como si fueran faisanes, y el espacio pareció poblarse de ellos. La voz de un hombre, que Norton no pudo identificar, gritó detrás del cenotafio:

—Está rompiendo la ventana que ya estaba rota. Si alguien trata de salir por este cercado...

Se oyeron otros dos disparos y seguidamente un ruido, cual si alguien tratase de quebrar ramas, por el lado izquierdo del cenotafio.

La misma voz misteriosa volvió a decir:

—Estoy tratando de entrar en el cementerio.

En ese momento, Norton divisó tres siluetas con uniforme armadas de revólveres Colt 38.

Después se produjo una pausa, seguida súbitamente por el ruido de alguien que penetraba en el jardín del cenotafio.

—¡Oh! —dijo sir Henry, que alzó su revólver y disparó.

A pesar de sus jactancias sobre pasadas proezas, se hizo evidente que sir Henry estaba lejos de ser un gran tirador. La bala fue a chocar contra una negra columna, rebotando y dejando sobre ella una marca blanca. Del lado del cenotafio se oyeron tres nuevos disparos. En el silencio del ambiente el estampido de cada disparo parecía multiplicarse como ampliado por un altavoz.

Se produjo una nueva pausa, seguida de otro nuevo disparo.

Después, el intruso saltó hacia adelante, se escurrió y desapareció entre la alta maleza.

—No hay mucho viento —dijo sir Henry, incorporándose con dificultad—. Vigile bien la maleza y si ve que en algún sitio empieza a moverse...

—Sir Henry, ¿está usted loco como todos los demás? —dijo Norton.

—¿Qué es lo que le ocurre?

—Que este no es un lugar muy espacioso. Por tanto, si usted quiere desalojar a alguien de aquí, ¿por qué no usa bombas de gas lacrimógeno?

Sir Henry hizo caso omiso y volvió a disparar. El ángel de granito con el cuello quebrado osciló aunque sin caer, pero su cabeza se vino abajo grotescamente con gran ruido, cayendo sobre la hierba. Otros dos disparos, que procedían de la parte Sur, replicaron al de sir Henry. La cima de una columna voló en pedazos.

—¡Ya está! ¡Alto el fuego! —gritó sir Henry después de un tiroteo que venía del Sur—. ¿Ve usted aquella piedra plana y grande, sostenida por dos columnitas? —preguntó sir Henry—. Pues alguien está oculto allí detrás. Vaya usted hacia allí agachado en forma que no vayamos a alcanzarnos uno al otro cuando yo cuente tres. ¿Preparado?

De entre la alta maleza surgió una voz gritando:

—Me entrego, me entrego.

—¡Pare de disparar! —repitió sir Henry—. Muy bien; ahora, póngase en pie.

La silueta se incorporó lentamente y comenzó a mirar en torno suyo con cara asombrada.

—Allí —dijo sir Henry señalando—. Ese es el individuo que sirvió de cómplice a Manning para realizar su truco de esfumarse. Ese es el individuo a quien Manning quería desenmascarar, para bien de su hija, que estaba decidida a casarse con él.

Con un gruñido, sir Henry añadió:

—Ese es Huntington Davis.

En el amplio pasillo de cemento del aeropuerto de La Guardia de Nueva York no había mucho público, por lo que sir Henry Merrivale y sus acompañantes allí reunidos pudieron disfrutar de un poco de aislamiento.

Frente a sir Henry encontrábase Crystal Manning y Cy Norton. A un lado estaba el fiscal general del distrito, Byles, con sus mejillas azuladas, a pesar de un reciente afeitado y sus ropas tan planchadas como si no hubiese permanecido en pie toda la noche.

—Escuche usted, sir Henry —decía Norton—: ¿quiere usted mirar a aquel reloj?

—Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé; pero...

—Son ahora las diez. Su avión no sale hasta las once y cuarenta y cinco. Usted está aquí ya y no hay posibilidad de que lo pierda.

En el exterior, el día era azul y brillante, con un sol acariciador, pero ya empezaban a temblar en el pasillo de cemento las ondas de calor de esta jornada estival.

—Ya sabemos todos la armazón de esta historia —decía insistentemente Norton con relación a lo que Manning pretendió hacer, lo que hizo o lo que falló—. Pero lo que continúa sin aclararse es esa laguna que queda en medio: su desaparición de la piscina y lo que después ocurrió entre Manning y Davis en el cenotafio.

—Yo pienso lo mismo —interrumpió Crystal.

—El fiscal general, a juzgar por la forma en que está sonriendo burlescamente —continuó Norton—, ya lo sabe. Pero Crystal y yo no lo sabemos. Ahora, díganoslo usted.

—Muy bien, muy bien —gruñó sir Henry como si estuviese cansado, aunque, en realidad, sentíase encantado y por nada del mundo hubiera perdido esta ocasión.

Rechazando nuevamente un magnífico habano que le ofrecía Byles, sir Henry sacó y encendió su habitual puro barato con desprecio de todas las reglas.

—Ya les he dicho junto a la piscina —dijo sir Henry— que desde un principio teníamos tres grandes claves, que a su vez producirían otras. Y voy a recordarlas nuevamente. Primera: un busto de Robert Browning. Segunda, predecida y pronto encontrada: un pedazo de papel de periódico mojado, de unas siete pulgadas de largo por una de ancho, doblado varias veces. Y tercera: un par de tijeras grandes de jardinero.

—Un momento —interpuso Norton—. ¿No olvida usted el reloj de pulsera y los calcetines?

Sir Henry le miró con cómica acritud.

—¡Oh! Pues bien: incluya eso también y así tendremos cuatro claves. Y ahora, por un momento —prosiguió sir Henry, mascando la punta del puro—, olviden ustedes el busto de Browning, que fue la verdadera clave de una escena importante a la que yo no asistí. Esa escena fue representada y se produjo entre Manning, de una parte, y Jean y Davis de otra en el despacho de Manning el lunes, después del almuerzo. Yo me enteré de ella por Jean cuando nos dirigíamos en automóvil a Maralarch aquella misma tarde. Más importante aún fue que anoche yo tuve una larga conversación por teléfono, de la que hablé al vendedor de *perros calientes*, con miss Engels, la secretaria de Manning. Esa escena resultó para mí tan iluminadora en ciertos aspectos que de momento vamos a dejarla a un lado.

Sir Henry lanzó un refunfuño.

—De esa forma volvemos a mí —y se golpeó con una mano el pecho— exactamente en el momento en que Manning se arrojó a la piscina el martes por la mañana. Yo estaba tan furioso como desorientado. Pero hubo una cosa que se me metió en la cabeza, aunque vagamente. Era esta: «Cuando Manning se lanzó al agua, ¿por qué no se le cayó el sombrero?».

—¿El sombrero? —dijo Crystal como un eco.

—La madre de Crystal —exclamó Norton— dijo anoche que el sombrero estaba relacionado con esto. Pero ¿qué quiere decir usted con eso de que no se le cayó?

—No; no se le cayó —dijo sir Henry. Y señalando a Norton añadió—: Usted mismo es testigo de que el sombrero volvió a la superficie después que Manning había desaparecido, lo cual es muy extraño, si ustedes lo piensan bien. Como ustedes saben, Manning llevaba puesto un sombrero blando de Panamá, que además le estaba un poco grande. Lo llevaba puesto cuando llegó junto a la piscina. Esto me ha intrigado tanto que anoche, para experimentar, me compré yo también uno igual.

Al decir esto, sir Henry se tocó su sombrero de Panamá, se lo echó hacia adelante, después hacia atrás y por último a los lados, acompañando toda esta extraña operación con miradas de reojo.

—Es un sombrero bastante corriente, que no tiene cinta. Anoche, por ejemplo —sir Henry señaló a Byles, que hizo una mueca—, me encontraba en el Estudio Stanley hablando por teléfono con usted. Me sentía furioso, agarré el teléfono y, al inclinarme, mi sombrero se cayó, pero esta mañana estuve meditando acerca de cómo era posible que Manning se echase de cabeza al agua sin que perdiese el suyo. No creo razonable pensar que se lo habría pegado a la cabeza con cola o cemento. Por eso recordé el recurso a que todos apelamos cuando queremos ajustarnos un sombrero que nos queda grande. Consiste en un pedazo de papel de periódico, doblado varias veces y de una pulgada de ancho por seis o siete de largo, que se mete en el borde interior del sombrero. En efecto, ese pedazo de papel fue encontrado en la piscina. Por consiguiente, Manning estaba decidido a conservar su sombrero puesto, lo cual tenía que obedecer a alguna razón. La primera preocupación de alguien que va a hacer un truco para esfumarse tiene que ser el ocultarse el cabello. Después vienen

las grandes tijeras de jardinero que nos puso delante de las narices. Como pude comprobar después, se acercó a nosotros para decirnos una mentira innecesaria. Incluso ordenó a Stuffy que jurase que él estaba recortando con ellas la cima del cercado. Pero la verdad era que no había estado recortando nada, pues las tijeras estaban secas y sin partículas vegetales, como yo demostré después. ¿Por qué hizo esto si no formaba parte de sus planes? El objetivo era prepararse para desorientar, y utilizó las tijeras únicamente para distraernos de otras cosas que teníamos ante nuestros propios ojos, pero que no advertimos.

—Espere —insistió Norton—. Pero nada había ante nuestros ojos que no viésemos.

—¿Acaso ha olvidado usted —preguntó sir Henry— que Manning llevaba un par de guantes de algodón blancos, unos guantes de jardinero?

Hubo un silencio durante el cual la memoria de Norton recordó aquellos guantes.

—Primero tenía que ocultar su cabello y después tenía que ocultar sus manos. Fue un poco más tarde cuando empecé a descifrar algo. Me encontraba hablando con Gil y otras personas en la biblioteca, cuando apareció Betterton insistiendo en que quería celebrar una entrevista con el fiscal general. Fui con ellos, acompañándonos también Bob Manning, y nos encerramos en el estudio inmediato, sentándome junto a una mesa de ajedrez; pero la puerta doble, como recordarán, no cerraba completamente, y así pude oír lo que se decía en la biblioteca.

Vestida con un traje azul y blanco, Crystal se quedó mirándole y dijo:

—Pero si Cy y yo estábamos en la biblioteca y no había nadie más, porque Jean se había marchado...

—¡Uh! ¡Uh! —añadió sir Henry—. No obstante, mientras estaba en el estudio escuché una observación que me hizo dar un salto y casi derribé aquella maldita mesa de ajedrez..., aunque eché la culpa de ello a Bob.

—Pero ¿qué fue lo que oyó usted y quién lo dijo? —preguntó Crystal.

—Usted misma —replicó sir Henry—. Norton había estado hablando sobre el tostado de la piel de Jean y usted dijo: «¡Oh! Eso es artificial. Esa es una loción para tostarse la piel, que Jean compra en la perfumería». En efecto, según me explicaron, hay lociones que no se quitan con el agua por mucho que se nade. Pero no nos preocupemos más de eso. Hubo otra cosa que surgió y me espoleó aún más. Cuando Manning se dirigió hacia la piscina, aparentemente llevaba puestos un par de calcetines. Por lo menos, yo lo creía así. Pero los calcetines no aparecieron después en la piscina. Dígame —preguntó sir Henry a Norton—: ¿de qué color eran esos calcetines?

—Debo decir que no los vi —contestó Norton—, pero Jean me dijo después que eran oscuros.

—Oscuros —repitió sir Henry—. Ahora vean ustedes los hechos eslabonados, que no pueden ser puras coincidencias. Ya tenemos a Manning cubriéndose las manos con guantes, más un pañuelo que le oculta el cuello, más unos calcetines oscuros que

no lo son, más la alusión a una loción para teñirse la piel. Es notorio que Manning no se puede tostar al sol, porque se le pone la piel del color rosáceo de las langostas. Esto ayudábale a despistarnos también. Supongamos, por ejemplo, que Manning se había cubierto todo el cuerpo, desde los pies hasta el cuello, con esa tintura que se compra en cualquier perfumería, aplicándose varias capas de ella, para conseguir un tono bronceado. Esa tintura es muy resistente al agua y la piel no se desteñiría permaneciendo en aquella poco tiempo. Esto podía dar la impresión de que llevaba calcetines oscuros, tanto más cuanto que Manning calzaba unas sandalias que le ocultaban los dedos de los pies y el talón. Pero ¿con qué objeto se había pintado Manning de oscuro y se había vestido un traje blanco? La realidad es que, entre todas las personas que había en Maralarch, el único que tenía la piel tostada como un indio era Huntington Davis, y ese no era el único parecido que existía entre ambos hombres. Davis es esbelto y atlético y Manning también. Este tiene veinte años más que Davis, pero se conserva esbelto, al extremo que anoche mismo la mujer de Manning decía que él tiene los brazos, los hombros y el torso de un hombre veinte años más joven. Y eso no es todo, pues ambos tienen también la misma estatura.

—¿La misma estatura? —preguntó Crystal, que estaba desconcertada.

—Sí. ¿Recuerda usted, mocita mía —dijo sir Henry—, el lunes por la noche, en el salón, cuando durante la tormenta su papá y Davis tuvieron una disputa? Ambos estaban en pie frente a frente, rígidos como granaderos, mirándose fijamente en los ojos. Si lo recuerda, comprobará que uno era tan alto como otro. Pero hay una diferencia entre ellos, vistos de espalda. Davis tiene el cabello negro y su papá gris plateado. Así llegamos a la explicación de por qué Manning se calase el sombrero y lo ajustase bien a la cabeza para cubrir su pelo. Ahora, supongamos que Manning se tiñó el pelo con uno de esos tintes que venden también en las perfumerías. Hecho esto, podría ocultar su falso cabello negro fácilmente. Él llevaba su cabello gris bastante largo, aunque recortado detrás de las orejas. Para tapanlo por detrás se puso un pañuelo al cuello y el sombrero muy calado. Finalmente, supongamos que debajo de sus ropas interiores llevaba puestos también unos calzones de baño encarnados. Y con la imaginación pongamos ahora juntos a Fred Manning y a Davis y comprobaremos que ambos tienen la misma estatura, la misma corpulencia, el mismo tostado del sol y el mismo cabello negro. Coloquemoslos lado a lado, de espalda a nosotros, a unos doce metros de distancia, que es aproximadamente el ancho de la piscina, y yo desafío a cualquiera que no los conozca mucho a que los distinga.

—Entonces, ¿lo que hubo fue una especie de *sustitución*? —preguntó Norton.

—Y aun siendo así, ¿cómo pudo hacerse? —preguntó Crystal.

—Facilísimo. Ya se lo diré. Antes, déjenme hablarles sobre la clave número uno, que era el busto de Browning. Gracias a esta clave logramos conocer las voces, expresiones y otras características, además de las físicas, que nos llevan al desenlace.

Por el gran pasillo del aeropuerto pasó un pequeño camión cargado de equipajes. El altavoz funcionó, anunciando algo sobre salida de aviones que sir Henry no

percibió claramente; dio un salto y se puso nervioso, hasta que el fiscal general Byles le tranquilizó diciéndole que mirase al reloj.

—Tiene usted tiempo sobrado —dijo Byles—. Prosiga.

—El lunes por la tarde —continuó sir Henry—, Manning regresó del almuerzo a su oficina poco después de las tres, tras dejar en el restaurante un sobre abandonado para usted, Byles. Cuando Manning llegó a su oficina, la empleada de recepción le llamó y él se le acercó. La empleada le dijo, inquieta, que Jean y Davis estaban en su despacho. Manning pareció contrariarse por esto, pero se limitó a preguntar si su secretaria estaba en su oficina. Ahora veamos lo que pasó, valiéndonos de los ojos y los oídos de aquella secretaria, llamada miss Engels. Esta se hallaba sentada en su escritorio junto al despacho de Manning, separada de este solamente por unas divisiones de cristal que no llegan al techo. Cuando Manning iba a entrar en su despacho, vio sobre el piso el busto de mármol de Browning, que sostenía entreabierta la puerta. ¿Por qué estaba allí? El sugerir que era para dejar circular el aire acondicionado es una simpleza, porque el aire acondicionado funciona lo mismo en todas las habitaciones. Manning mostró una expresión indignada al ver aquel busto allí. A pesar de ello, no lo recogió y lo dejó donde estaba. ¿Por qué? ¿Y por qué, también, aparecía miss Engels tan turbada cuando él la llamó por teléfono? ¿Por qué dijo ella que no había querido molestarle con una llamada telefónica? Pues porque ella había oído todo lo que ellos dijeron a través de aquella puerta abierta. Y esto era precisamente lo que Manning quería. En otras palabras: toda aquella escena en la oficina de Manning era una pura comedia, preparada, ensayada y repetida para que fuese oída por los demás. Las tres personas que la representaron en el despacho estaban plenamente de acuerdo en llevarla a cabo.

Crystal, que jugaba nerviosamente con su bolso de mano, interrumpió diciendo:

—Ya había oído que Jean andaba mezclada en eso. Pero lo creo imposible. Si efectivamente lo estuviese...

—Lo estaba, pero inocentemente —replicó sir Henry—. Jean no tenía la más remota idea de que se tratase de algo malo. Ella es ingenua y honrada y una actriz muy mala, como habrán comprobado ustedes por su conducta posterior. Yo tuve una terrible entrevista con ella cuando ella creía que estaba protegiendo a su padre. Esta muchacha está saturada de ideas románticas. Después de Davis, su ídolo era su padre. Así, si él le dijo que estaba arruinado y que había estafado mucho dinero y tenía que huir todavía con mucho más, cosas que siempre ocurren en las películas, ella lo encontraba completamente natural. El único error que con Jean cometió Manning fue comunicarle lo de la otra mujer y, sobre todo, decirle que era una bailarina de *cabaret*. No creo que Manning se diese cuenta del desastroso efecto hasta que Jean lo sacó a relucir en su despacho, y aquí ya no había comedia; probablemente, un observador extraño hubiera comprobado que el reproche alcanzó a Manning desprevenido. Pero Jean se mantuvo leal. Todavía hubo algo más en aquella comedia del despacho, que no era comedia. Y es que Manning odiaba y despreciaba realmente

a Davis, lo mismo que Davis le odiaba a él. Ese es el secreto. Por eso, la empleada de recepción en la oficina de Manning se mostró tan turbada cuando le dijo que Davis estaba allí, pues todos los empleados conocían ese sentimiento ya antes que la cuestión de la desaparición de Manning surgiese. Aunque hablo a través de referencias, me parece estar viendo a Manning desahogando sus verdaderos sentimientos fogosamente en el curso de esa escena. Esos desahogos no consistían, precisamente, en sus gritos de «márchese usted», sino todo lo contrario, cuando estaba quieto, cuando Manning se dominaba a sí mismo; por ejemplo, al decir a Davis: «Me estaba preguntando por qué usted y yo nos detestamos tanto». Y cuando Davis le preguntó: «¿No tiene usted confianza en mí?», y Manning le replicó: «Ni una millonésima de una pulgada». Esta era la encrucijada del plan completo. Él había recuperado a su mujer. Quizá tenía algunos amigos en el mundo. Y se sentiría completamente feliz si solo pudiese realizar una cosa. Aquí Gil —y señaló al fiscal— ha estado preguntando siempre la misma cuestión: ¿por qué simuló que había robado dinero sin haberlo robado; por qué manchaba su nombre y por qué el *esfumarse* si no era necesario? La respuesta no puede ser más breve: por Huntington Davis. Jean, la hija predilecta, estaba enamorada de Davis. Jean no admitiría ni escucharía una sola palabra contra él, como todos ustedes saben. *Pero Manning iba a demostrar a Jean, sin lugar a réplica alguna, que su adorado héroe era solo un sonriente y despreciable pícaro.*

—¿Y si Davis sabía que Manning le odiaba...? —interrumpió Norton.

—¡Cállese! —ordenóle sir Henry—. Ahora llegamos a la explicación del misterio de la piscina.

El puro se había apagado, pero sir Henry se lo puso en la boca para mascararlo.

—Como ustedes saben, Manning trazó sus planes a toda prueba para realizar su *desaparición*. Ocurriese lo que ocurriese y cualquiera que fuese la reacción de las gentes, estaba preparado para ello. El lunes por la noche, Gil le telefoneó anunciándole que en la próxima mañana iría a buscarle «con la sirena de la Policía». Pero yo le apuesto a usted, Gil, que si usted no lo hubiera llamado, él le habría llamado a usted. ¿Le hubiera perseguido usted?

—Sí —dijo Byles—. Me tenía tan agriado como habitualmente se encuentra usted.

Sir Henry prefirió ignorar ese insulto y prosiguió hablando:

—Incluso si eso no hubiese ocurrido, no habría tenido importancia. Cualquier mensaje hubiera bastado para llevar allí a la Policía. Las sospechas de Byles sobre desfalco habrían hecho el resto. Tampoco hubiera importado que la Policía no hubiese llegado cuando Manning la esperaba, o mucho después, porque Manning tenía dos testigos de calidad, Norton y este servidor de ustedes, que jurarían que él había realizado una *desaparición* absoluta mediante un milagro tan limpio como el oro. En efecto, nosotros éramos los testigos e incluso nos puso a ambos en el mismo dormitorio. Allí nos llegó un recado de Jean, por la mañana, para que acudiésemos a

la piscina. Manning ya se las habría arreglado para llevarnos allí. Tampoco importaba que al llegar nos hubiésemos echado o no al agua, porque Manning se las habría arreglado también para que saliéramos de ella mediante recados de una u otra índole. Tanto, que consiguió que nos pusiéramos exactamente donde él quería. Así, allí estábamos presentes, unas dentro y otras fuera de la piscina, nada menos que seis personas. Davis, Jean y Betterton, dentro. Norton y yo en las proximidades, momento en el cual presentó Manning con su piel tostada artificialmente, su pelo teñido y sus calzones de baño ocultos bajo su ropa exterior. Pero antes que Manning pudiera arrojarse al agua, había algo de lo que tenía que asegurarse bien. *Tenía que estar seguro de que Davis saliera de la piscina sin que nadie le viese.*

—Un momento —dijo Crystal—. ¿Por qué tenía que salir Davis de la piscina sin que le viesen?

Sir Henry la miró con aire desmayado.

—¡Oh mocita mía!, porque cuando Manning estaba preparado para lanzarse al agua, Davis ya no podría estar allí. Era preciso que en la piscina estuviesen solo dos personas: Jean y Betterton. Manning sería la tercera. Después que Manning se hubiese arrojado al agua, los que estábamos presentes supondríamos, según sus cálculos, que había cuatro personas en la piscina, pues de lo contrario el truco habría fracasado. Manning, para hacer que Norton y yo nos pusiéramos de espalda a la piscina, apeló a una simple artimaña. ¡Y decir que yo caí en ella, cuando yo mismo utilicé una artimaña similar con el policía O'Casey en el Subterráneo!... Como usted recordará, Norton, Manning señaló hacia la parte posterior de la casa, diciéndonos: «¡Caramba! Miren allí...». Y nos acercamos a él, poniéndonos de espalda a la piscina. Tenía que señalar hacia algo que estuviese seguro que iba a tenernos en esa posición durante algún tiempo. Lo que señalaba era simplemente a Crystal, que acababa de aparecer en la puerta de la casa y avanzaba hacia nosotros.

—Pero yo no tenía nada que ver con eso —protestó Crystal.

—Ya lo sé. Esta era la segunda parte del problema, después que resolví la primera, y casi me volví loco descifrándolo hasta medianoche ayer.

—¿Y por qué? —insistió Crystal.

—Se lo diré a usted, mocita mía. Norton sabe, igual que yo, la fenomenal agudeza de su padre para oír. Así, cuando estuve encerrado en la bodega del vino, descifrando la primera parte del problema, yo sabía solo una cosa: que Manning había oído las sirenas de las motocicletas perfectamente muchísimo antes que los demás, y así supo que había llegado la hora, si, como pretendía, iba a hacer una exhibición espectacular. Y así lo hizo. Sin echar siquiera una mirada previa, se volvió y pronunció la frase: «¡Caramba! Miren allí...». Crystal estaba saliendo por la puerta. Todo estaba prácticamente en silencio; solamente Manning había oído las sirenas. Usted, Crystal, no pudo oírlas. Si usted fuera su cómplice, el cómplice vital que distrajese nuestra mirada mientras Davis salía de la piscina, ¿cómo diablos hubiera podido él comunicarse con usted? En realidad, Manning no lo hizo ni usted era su cómplice.

Usted estaba allí solo por casualidad. Aunque apuntó hacia usted, a lo que verdaderamente tenía proyectado apuntar era a aquella parodia de silla eléctrica en la terraza que él había colocado allí, quizá a medianoche, y de la que nadie se había dado cuenta porque, como han testimoniado varias personas, estaba cubierta con un paño. Cuando Manning vino caminando hacia nosotros, todo lo que tuvo que hacer fue quitarle la cubierta y echarla debajo de la silla. Esta era una estratagema segura, porque si usted ve repentinamente en un campo una silla eléctrica, es seguro que esta retendrá su atención algún tiempo. En cuanto a la frase «¡Caramba! Miren allí...», era, en realidad, la señal de Manning a Davis en la piscina. Davis miró en torno para comprobar que no le veíamos, lanzó algunas palabras para que por la voz creyésemos que continuaba en la piscina y se escurrió a ocultarse por el otro lado, yéndose por el sendero de hierba hasta los macizos de plantas, desde donde se deslizó hacia las casetas de baño, perdiéndose allí de vista. Crystal no pudo ver tampoco a Davis, porque nosotros tres se lo impedimos. Pero ella constituía un nuevo elemento que podía desbaratar el plan. Por eso, Manning, para asegurarse de que Crystal no viese a Davis, apuntó directamente a ella en lugar de hacerlo a la silla, con lo cual Crystal miraría hacia Manning mientras este hablaba. En cuanto a Betterton, en la piscina era incapaz de ver nada, pues, como ustedes habrán observado, es en extremo miope, y un hombre miope en el agua resulta casi ciego. Lo primero que hizo después, al oír que el fiscal había llegado, fue correr a buscar sus lentes, sin los cuales, como dijo, no podía ver nada. Volvamos al momento espectacular. Las sirenas de la Policía llegaron gimiendo por la carretera y se detuvieron. Manning retrocedió de espalda hasta el borde de la piscina, pero continuando hablando y diciendo que no las esperaba tan temprano. Me entregó las tijeras y se lanzó al agua. Puedo afirmarles que ignoro completamente cuánto tiempo permanecí mirando aquella piscina, pero me consta que no fue mucho. La cabeza de Betterton salió casi de debajo de los pies de Norton cuando este se encontraba parado en la orilla. Por el lado opuesto de la piscina, a unos doce metros de nosotros y vueltos de espalda, surgieron Jean y *aparentemente* Davis, saliendo del agua muy juntos, unidas las cabezas y al parecer muy felices. Era un cuadro enternecedor. ¿Quién iba a sospechar que esta feliz pareja no eran realmente Jean y Davis? ¿Quién iba a sospechar que en realidad eran Jean y su padre? Como recordarán, el falso Davis no volvió el rostro un solo momento ni dijo nada. Únicamente se volvió Jean y gritó: «Ya es hora de que salga del agua, míster Betterton»; seguidamente, Jean y su compañero corrieron hacia los macizos de plantas y las casetas de baño. Lo que hicieron era bellamente efectivo y fácil de realizar. Recordemos: el Davis *real*, con su piel tostada legítima, estaba esperando oculto entre los macizos de plantas. Cuando Jean y Manning llegaron cerca de aquel lugar, Jean se encaminó hacia las casetas de *Señoras* y el falso Davis hacia las de *Caballeros*. Repentinamente, Jean se dio la vuelta y corrió hacia la piscina, como si alguien la hubiese llamado. En su escondrijo, el Davis real se limitó a cruzarse con el falso Davis, tomó su puesto y se volvió también corriendo hacia la piscina. Así,

ambos estuvieron simultáneamente ocultos apenas un segundo. El inmediato regreso de Jean y Davis eliminaba cualquier sospecha, pues todo se había realizado con extrema sencillez y con tal prisa que incluso cualquiera que hubiese estado contemplando la escena no habría advertido nada de extraño. Así se hizo el milagro.

Pero Norton parecía no estar completamente convencido.

—Juré entonces y aun juraría ahora —dijo Norton— que nunca aparté mis ojos de aquella pareja. Puede que me engañasen, sí, pero aún no lo creo...

Sir Henry le miró con expresión divertida e irónica.

—Usted cree sinceramente lo que dice Pero yo podía probar con el propio testimonio de usted, si lo hubiéramos escrito, que lo que usted juró podría no resultar exactamente la verdad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que Betterton, al salir del agua, le agarró a usted por un tobillo, dijo algo y usted agachó la cabeza mirándole y diciéndole: «Salga ya de esa piscina», o algo semejante; por consiguiente, usted perdió de vista a la pareja algunos instantes para mirar a Betterton. En consecuencia, se contradice al asegurar que no apartó los ojos de Jean y Davis si al mismo tiempo miró a Betterton. Repito: nada habría cambiado los hechos, porque la *transformación* de Manning en Davis se hizo con la rapidez del relámpago. Por otra parte, ¿recuerda usted lo de anoche?

—¿Qué parte especial?

—Cuando Jean huyó del cenotafio y usted la siguió, alcanzándola junto a aquellos mismos macizos de plantas próximos a la piscina. Fue entonces cuando, prácticamente, ella le contó toda la historia, que usted no supo escuchar. Ella le tiene a usted extraordinaria simpatía, hijo mío.

—¿De verdad? —preguntó Crystal, con sus oscuros ojos llameantes.

—¿No recuerda usted —dijo sir Henry— que por vez primera Jean parecía furtiva? Estaba asustada; repentinamente sintió temor de que la relacionásemos directamente con la desaparición de Manning. Golpeó el tacón del zapato sobre la hierba y preguntó a usted, con extraña voz, si acaso sospechábamos que ella era... esto y lo de más allá, ¿recuerda?

—Pero ¿cómo sabe usted esto si usted no estaba allí?

—Diga usted mejor que no me vio; yo estaba espiando y me presenté a ustedes en el momento preciso. Jean le decía a usted, incluso, que ella pensó en girar hacia la derecha y Davis a la izquierda y recalcó que no habían llegado hasta allí. Recuerde también que usted no gritó a Jean o Davis, sino solamente a Betterton. ¿Por qué, entonces, habrían de volverse ambos?

—Dígame, sir Henry: ¿qué piensa usted sobre el reloj de pulsera de Manning?

Sir Henry echó hacia atrás su sombrero de Panamá.

—Bien. Manning saltó a la piscina con él puesto, pero me pregunto yo por qué no resplandecía como un diamante cuando Manning, el supuesto Davis, salió del agua por el lado opuesto. Recordemos que al encontrar a Manning tendido en el

cementerio tenía el reloj puesto hacia la parte interior de la muñeca. Una mirada al reloj me convenció de que no debía preocuparme esto, porque cuando el falso Davis salió de la piscina, la parte interior de sus muñecas estaba en dirección a nosotros. El reloj, como recordará usted, tenía una correa oscura con una pequeña hebilla que a doce metros de distancia y con el brazo tostado, como lo tenía Manning, resultaba completamente invisible. Lo que ocurrió, simplemente, fue que Manning olvidó quitarse el reloj. Ahora llegamos a lo del cementerio. Yo había lanzado a distancia algunas pelotas de *base-ball*, y solo porque una de ellas cayó en el cementerio encontramos a Manning allí tendido. Después fui al cenotafio y...

Sir Henry callóse y movió la cabeza.

—Dije a Jean —prosiguió sir Henry— que yo admiraba a su padre; y así era, porque allí en el cenotafio estaba la cumbre o culminación de su estratagema. Es completamente cierto que él estuvo yendo al cenotafio durante algunos años para lavar aquel paisaje mural de la guerra Revolucionaria; se aprovechó bien de ello, pues todos aquellos materiales de limpieza vinieron a servirle, en realidad, para quitarse el tinte que se había puesto sobre la piel, así como el teñido del pelo, antes que nadie volviera a verlo. Jean nos dijo con toda prontitud que Manning había estado *recientemente* en el cenotafio para proseguir su trabajo de lavar el paisaje, aunque la verdad era que el paisaje no había sido lavado tan *recientemente*. Cuando nosotros llegamos allí, menos de doce horas después de la desaparición de Manning, ¿qué encontramos? Tres jarros, dos de ellos todavía con sedimentos en el fondo; dos esponjas, una negra como la tinta, utilizada claramente para limpiar el muro, seca como un hueso. La otra, manchada de oscuro, con un borde amarillo por donde alguien la había cogido con los dedos para utilizarla, todavía estaba húmeda. También había sedimentos en una taza de metal. Finalmente, él había roto parte de una ventana y existían manchas oscuras en el friso, indicando que alguien había arrojado por la ventana agua teñida de oscuro. Estas eran pruebas evidentes. Más aún, dije que todavía habría otras pruebas en aquella maleta nueva de piel de cerdo, dentro de la cual estaba seguro de que se encontraban unos calzones de baño. Manning disponía de todo el tiempo que quisiera y de un escondrijo que nadie sospecharía. Ya les he dicho que esas lociones para tostar la piel, aun aplicando varias capas de ellas, no resisten eternamente el agua y se pueden quitar con jabón y agua frotando fuertemente. Manning utilizó aquellos jarros para lavarse; limpió el agua que cayó en el piso, y el cálido sol de aquel día secó todo rápidamente. El quitarse el tinte del pelo ya no era tan fácil. Sin embargo, todo lo que precisaba, según me explicaron en la perfumería donde pregunté en la Gran Central, era aplicarse un nuevo tinte gris sobre el negro, y uno y otro desaparecerían rápidamente. Mientras tanto, disfrutaría de una imitación aceptable de su cabello natural, sobre todo no viéndoselo con muy buena luz. Después, cuando encontramos a Manning medio muerto y poseíamos ya todas estas pruebas de lo ocurrido, tuve que proceder respecto a Jean. Allí estaba, asustada y temerosa, en aquel cenotafio, consciente de cuanto aquello significaba, teniendo

miedo hasta del reflejo de una luz sobre su rostro. Yo tenía que interrogarla y averiguar dónde vivía realmente Irene Stanley, que yo sospechaba que era la mujer de Manning. Y todo esto con Manning agonizando, al parecer, allí cerca de nosotros.

Lentamente, sir Henry sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la frente repetidas veces.

—Yo sospechaba que, probablemente, Manning había expuesto todos sus planes a Jean. Si ella se enteraba de que Manning había sido agredido, ella sabría que el autor no era otro que Davis, con lo cual podría echar todo a rodar. Eso mismo también podía ocurrirle al asesino, con lo cual Irene Stanley no estaría muy segura; era, pues, preciso ponerla en guardia antes que lo supiese por los periódicos. Sin embargo, yo estaba equivocado. Hasta yo —dijo sir Henry, tosiendo— puedo equivocarme algunas veces. Por ello, me desconcerté un poco cuando después la interrogué. Pero *manejar* a Jean era cosa de poner los pelos de punta. Allí, en el cenotafio, preguntó cosas, hizo preguntas sobre su padre y luego repetidamente las hizo sobre Davis. ¿Me comprenden ustedes?

—Sí. Si Jean hubiera siquiera sospechado que su adorado Davis había tenido alguna participación en el intento de matar a su padre, Dios sabe lo que hubiera hecho —dijo Norton.

—Por eso yo le mentí —repuso sir Henry— y aparté toda sospecha de Davis, diciéndole que este no tenía el valor ni el cerebro para hacerlo, lo cual era casi completamente exacto. Aparté toda sospecha de Davis, porque estaba hablando con Jean y no tenía otro remedio. En tales circunstancias, ¿qué otra cosa podía hacer? Davis no era solo fachada por fuera y celuloide por dentro, aunque tenga la mitad de todo esto. Aunque lo hubiera estado madurando dos siglos, nunca habría sido capaz de tener el cerebro necesario para imaginar un plan como el de Manning; para lo único que podía servir era para ayudarlo a llevarlo a la práctica y hasta aprovecharse de él en propio beneficio. Al propio tiempo, Manning y Davis rebasaron sus papeles en la comedia que representaron en el salón en Maralarch el lunes por la noche. Tenían que simular un nuevo choque entre ambos. Con histriónico heroísmo, Davis dijo que él podía sostener a Jean económicamente. Manning no pudo contener su desprecio y le lanzó aquel; «Conociendo la posición de usted en la oficina de su padre, lo dudo mucho». Davis replicó que también él conocía la situación económica de Manning. Pero ¿cómo podía saberlo Davis? Este pasaje de la farsa saltó del original como las garras de un tigre en una comedia de salón. Davis era el hombre, no había duda. Es más, como creo haberlo recordado, Manning dijo una gran mentira esa noche, y que yo descubrí cuando afirmó que el secreto de cómo iba a *desaparecer* solo lo sabía él.

—Si Manning y Davis se odiaban tanto —preguntó Norton—, ¿cómo pudo Manning persuadir a Davis a que lo ayudase en sus planes? ¿Y por qué precisaban aparentar que se detestaban?

—¡Oh hijo mío! Si en los planes de Manning, Davis era cómplice, ¿cómo iba a

sospechar la gente que lo fuese, sabiendo que Manning no lo estimaba ni tenía confianza en él? Davis era consciente de esto. No podía creer que Manning ni nadie pudiese no estimarlo, aun cuando muchos de nosotros instintivamente lo hacíamos; en cuanto a la forma en que Manning lo atrajo y lo atrapó..., creo que usted, Gil — dijo, dirigiéndose al fiscal—, ya ha oído el tiroteo que *celebramos* en honor de Davis en el cementerio esta mañana.

—Ni oficial ni extraoficialmente —replicó Byles, dirigiéndole una fría mirada— nada sé de eso. Usted me sorprende...

—Comprendo, comprendo; tampoco el teniente Trowbridge oyó nada de esto. A esta hora usted habrá comprobado...

—Yo debí haber comprobado entonces —interpuso agriamente Norton— que nadie en el mundo entero podría ser un tirador tan malo como usted, a menos que estuviese tratando de no hacer blanco sobre nada. ¿Por eso usted no usó bombas de gas? ¿Y por qué los policías eran tan malos tiradores? ¿Para estar seguro de que no iban a alcanzarlo?

—Lo único que quería era asustarlo hasta que perdiese la cabeza y quebrarle los nervios como ya se le habían quebrado anteriormente —dijo el viejo villano con toda tranquilidad—. Al terminar todo, dije a los guardias: «Muchas gracias, amigos; esto es todo», y me llevé al desvencijado Davis a la casa y allí le saqué la verdad.

—¿Cómo había logrado convencer a Manning?

—Hace algún tiempo, para probarle, Manning propuso a Davis una operación bastante sucia y Davis no reaccionó como un hombre verdaderamente honrado. Entonces, Manning llevó las cosas más lejos. Le propuso que si ambos iban a asociarse para operaciones de esa naturaleza, debían firmarse mutuamente documentos en los cuales cada uno de ellos recabaría para sí toda la responsabilidad, por si alguna de las partes traicionaba. Hicieron dos copias, escribiendo cada uno de ellos, alternativamente, un párrafo de su propia mano con ese objeto y en este tono: «Frederick Manning, que proyecta evadirse con una mujer, desfalcará la suma de cien mil dólares de los fondos de la Fundación. En consideración a que Huntington Davis le va a ayudar en su truco de *esfumarse*, Davis recibirá cincuenta mil dólares, a condición de que renunciará a toda pretensión respecto a Jean».

—¿Y los dos firmaron un acuerdo como ese? —preguntó Norton.

—Efectivamente, hijo mío. Manning sabía, en lo que a él afectaba, que estaba seguro como una roca. A Davis no le preocupaba tal referencia a Jean, aun en el caso de que pudiese ser hecha pública, pues en realidad no podía serlo. Si Manning daba en quiebra, entonces Jean ya no tenía interés para Davis.

—Pero este individuo estaba verdaderamente enamorado de Jean —protestó Norton—, puedo jurarlo. Él no es tan buen cómico para representarlo así de no ser cierto.

—Claro que está enamorado de Jean. Creo que usted no comprende la baja moral de estos jóvenes encarrilados por un camino de *éxito a cualquier precio*. Davis, que

pertenece a esa clase, es capaz de decirle a usted con lágrimas sinceras en sus ojos que casarse con la hija de un hombre pobre no es de buen sentido, porque su ascendencia social, su historial atlético, la firma a que pertenece, etcétera, exigen algo mejor.

—Comprendo —dijo Norton—. Al parecer, usted piensa que Manning lo tenía ahora ya envuelto en la red. Pero ¿cómo?

—Pues muy sencillo, si me deja explicarle la escena final de lo que voy a contarle. Anoche, a las siete y media, Davis se deslizó desde el campo de *base-ball* al cementerio con un revólver de calibre treinta y ocho que él creía que estaba cargado. Y aquí se plantea la pregunta de cómo aquel revólver de calibre treinta y ocho apareció mezclado con mi equipaje. Ustedes saben que la Policía me devolvió mi maleta. Davis fue a Maralarch con un revólver porque tenía sus planes especiales. En lugar de poner el revólver en su maletín, este estúpido lo metió en el bolsillo de su impermeable. Después se dio cuenta de que tenía que colgar el impermeable en el vestíbulo, lo mismo que había hecho Betterton, y se apresuró a buscar un sitio para ocultar el arma. En esta búsqueda, descubrió que no había nadie en la cocina; al encontrarse allí con el revólver en la mano, oyó que llegaba alguien y se asustó, no encontrando otra forma de deshacerse del arma más que abandonándola encima de mi maleta, junto a la puerta de la cocina. Los criados tienen por costumbre estimar que todo cuanto se encuentra encima de una maleta pertenece al dueño de esta, ya sean raquetas de tenis o palos de jugar al *golf*. Davis sabía que podía irse a otra habitación y recuperar después el arma, y así lo hizo, mas no se dio cuenta de que ya los cartuchos no eran los mismos, pues Manning se había encargado de cambiarlos. Por eso, al día siguiente, mientras yo estaba *bateando* en el campo, Davis se escurrió hasta el cenotafio, donde Manning, vestido nuevamente y ya sin su disfraz, se encontraba esperándole. Estaba atardeciendo y aproximándose el ocaso, y con este también un ajuste de cuentas entre ambos hombres. Verdaderamente, siento escalofríos al recordar que Elizabeth Manning, cuando nos hablaba anoche de «un cementerio para alquilar», estaba en realidad, sin darse cuenta, pensando en lo que Davis proyectaba hacer a su marido. Davis, a condición de reunir valor suficiente para ello, iba dispuesto a no aceptar la tontería de dividir el dinero con Manning. Simplemente lo mataría. Suponía que Manning llevaría consigo la llave del cenotafio y, una vez muerto, se la quitaría y dejaría encerrado allí el cadáver. En esos lugares, si se coloca el protector metálico que cubre el agujero de la cerradura, el aire no entra en ellos prácticamente. Nadie, pues, *descubriría* el cadáver. En opinión de todo el mundo, que de ello quedaría convencido, Manning se había fugado y le buscarían por todas partes menos en el cenotafio. Cuando Davis penetró en el cenotafio y cerró la puerta, no se dio cuenta del cristal a medio romper en la ventana. Por eso pensaría que el ruido de los disparos no desbordaría el interior del cenotafio. «¿Ha traído usted los cien mil dólares?», preguntó seguramente Davis. «Ahí están», dijo Manning, señalando la maleta de piel de cerdo. Pero lo que en realidad Manning llevaba eran

solo unos dos mil dólares sacados de su cuenta personal del Banco. Entonces, Davis sacó el revólver que llevaba a la cintura, bajo una amplia chaqueta de deporte, y disparó. Pero el revólver solo produjo un chasquido. Davis empezó a perder la serenidad y volvió a apretar el gatillo, con el mismo resultado. Allí estaba Manning, con los ojos fulgurantes que todos conocemos, mirando fijamente al asesino. «Estoy satisfecho de que haya usted realizado esto —dijo Manning suave y fríamente—, porque así no se llevará usted ni un solo centavo de los cien mil dólares. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que yo soy ahora un fugitivo y que he desaparecido? Todo el mundo lo sabrá dentro de pocos días. Usted no me puede denunciar con su copia de nuestro acuerdo, porque se denuncia también a sí mismo. Mi copia la guardo en mi caja de caudales. Mi secretaria tiene órdenes de entregársela, en un sobre lacrado, a Jean mañana a mediodía, lean sabe que ha habido un robo de dinero, pero lo que ella no sabe es que usted está dispuesto a abandonarla por razones económicas. Lo comprobará con la propia letra de usted. ¡Márchese inmediatamente!». En verdad, eso era lo que Manning había hecho con su copia. El efecto que su lectura pudiera causar a una muchacha de veintiún años, idealista como Jean, ya pueden imaginárselo. Claro es, Manning continuaba todavía su farsa con Davis en cuanto a los cien mil dólares, lo cual acabó de enloquecer a Davis, que llevaba una navaja en el bolsillo, de esas automáticas que se pueden comprar en cualquier parte sin llamar la atención. En aquella semioscuridad del cenotafio, Davis pudo abrirla colocándosela detrás de sí mismo. Una vez que la abrió, se lanzó a matar con ella a Manning, pero este se arrojó contra Davis valiéndose solo de sus puños. En la lucha, Manning recibió dos puñaladas en el costado, produciéndole dos heridas de esas que no se sienten inmediatamente. Una herida en el pulmón, por lo general, se siente como si fuera un hierro al rojo vivo. Manning, herido, empezó a desplomarse sobre una rodilla, pero volvió a ponerse en pie, decidido a vencer a Davis a pesar de la navaja. Davis ya no podía encarar aquellos ojos de fuego; sus nervios se quebraron, se acobardó y salió huyendo por la puerta hacia el cementerio. Manning, con una calma aterradora, cerró la puerta del cenotafio, metió la llave en el bolsillo y salió en persecución de Davis. Mas no pudo continuar la carrera, cayendo a poca distancia. Davis huyó, con la seguridad de que Manning estaba mortalmente herido, y pensó que ya podría volver a otra hora a buscar el cadáver y hacerlo desaparecer. Pero cuando estaba pensando esto, una pelota de *baseball*, providencialmente, pasó por encima de él y oyó que alguien venía a buscarla. Solo tuvo tiempo ya para escabullirse y deslizarse subrepticamente entre la gente, en el campo de juego, que en ese momento me rodeaba. Eso es prácticamente todo lo ocurrido. Desde luego, Manning se ha negado a acusar a nadie ni a perseguirlo ante la Justicia. Incluso no ha querido revelar el nombre de su agresor, aunque no es por proteger, como es lógico, a Davis, sino por proteger a Jean para que no se vea envuelta en este asunto. En cuanto a la pequeña trampa que yo armé, colocando al policía de guardia en el cenotafio, y esperando que Trowbridge lo dejaría allí, fue porque dentro del cenotafio había unas

pruebas importantes; las pruebas de que Manning se había disfrazado de Davis...

—Usted sospechaba que Davis trataría de entrar allí para destruir esas pruebas, ¿verdad? —interpuso Norton.

—¡Dios santo! No —replicó sir Henry.

—¿No? Pero si Davis estaba allí en pie, en el cenotafio, cuando usted le dio las órdenes al policía...

—Ya lo sé. Y lo dije todo para que él lo oyera. No era precisamente el disfraz lo que a Davis interesaba. ¿No ve usted que lo que verdaderamente le interesaba eran los cien mil dólares que él creía estaban aún en la maleta de piel de cerdo? ¡Cien mil dólares! ¿Cómo no iba a intentar apoderarse de ellos? Yo esperaba que así lo hiciera. Y así lo hizo cuando después de irse el policía por la mañana apareció cautelosamente en el cementerio y fue capturado. Y aquí termina la historia.

—¿Y qué me dice usted de Jean? —preguntó suavemente Crystal.

—Usted sabe igual que yo —replicó sir Henry— que Jean acabará sobreponiéndose y hasta olvidando esto. Ninguna vida queda arruinada nunca a los veintiún años.

—Ni aun a cualquier otra edad —intervino Norton.

—Además —añadió sir Henry—, no podemos permitir que ninguna de nuestras muchachas adore a uno de esos individuos de los clasificados en el género de *éxito a cualquier precio*.

Cuando Crystal se disponía a abrir la boca para decir algo, por el altavoz anunciaron: «Vuelo número veintiocho. Vuelo número veintiocho. A Filadelfia, Baltimore, Washington...».

Sir Henry Merrivale empezó a hacer gestos de enfado, buscando una maleta que ya un mozo había cogido para transportarla al avión. Junto con otros pasajeros, llegados en la pretendida *limusina* de la Compañía el gran hombre fue empujado hasta el salón principal.

Allí fueron conchudas todas las formalidades que faltaban. Crystal, Norton y el fiscal estuvieron contemplando a través de los cristales del salón cómo el avión de sir Henry con este, al fin, ya dentro, empezó a rodar entre el trepidar de motores para ir a situarse en la pista de arranque para alzar el vuelo.

—Él dijo eso por mí —contestó Crystal, refiriéndose a las últimas palabras de sir Henry.

—¿Qué es lo que dijo por ti? —preguntó Norton.

—Es que yo siempre estaba diciendo que tú habías triunfado, alcanzando el éxito —replicó Crystal con emoción—. Pensaba siempre que no me importa nada la forma en que lo habías logrado. Pero ahora ya no creo en eso.

—Para mí, ángel mío, al triunfo a cualquier precio prefiero una vida tranquila y fácil —contestó Norton, haciendo un guiño expresivo—. Excepto, claro es, en una cuestión...

—¿Dos meses en las Bermudas? —gritó Crystal.

—Dos meses en las Bermudas —replicó Norton, estrechándola en sus brazos.

En el exterior, el avión plateado, en que brillaban algunas luces, se deslizó por la pista, al tiempo que sus motores zumbaban a toda presión. El fiscal general Byles, apoyando su codo en una mano y en la otra apoyado el mentón, contemplaba la escena con aire tan siniestro que Norton hubo de preguntarle:

—¿Ocurre algo malo, míster Byles?

El roncar de los motores se hizo más profundo y, suavemente, el plateado avión despegó de tierra y se elevó.

—¡Oh!, no —replicó Byles—. Nada malo, en absoluto. Únicamente estaba sintiendo un poco de pena por esa simpática y hermosa capital de Washington.

—Pero ¿por qué?

—Porque estoy preguntándome —contestó Byles— qué es lo que irá a hacer en Washington ese viejo demonio.

El avión pasó sobre las copas de unos árboles y puso proa rumbo a su destino.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo II de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Murió como una dama*, *Empezó entre fieras*, *Anda de noche*, *Hombre de oro* y *Se alquila un cementerio*. (Nota del E. D.) <<

[2] Robert Browning, famoso poeta inglés (1812-1889), autor de numerosas obras. En 1846 se casó con Elizabeth Barret, con la cual vivió prácticamente en reclusión durante quince años, la mayor parte de estos en Italia. (*N. del T.*) <<